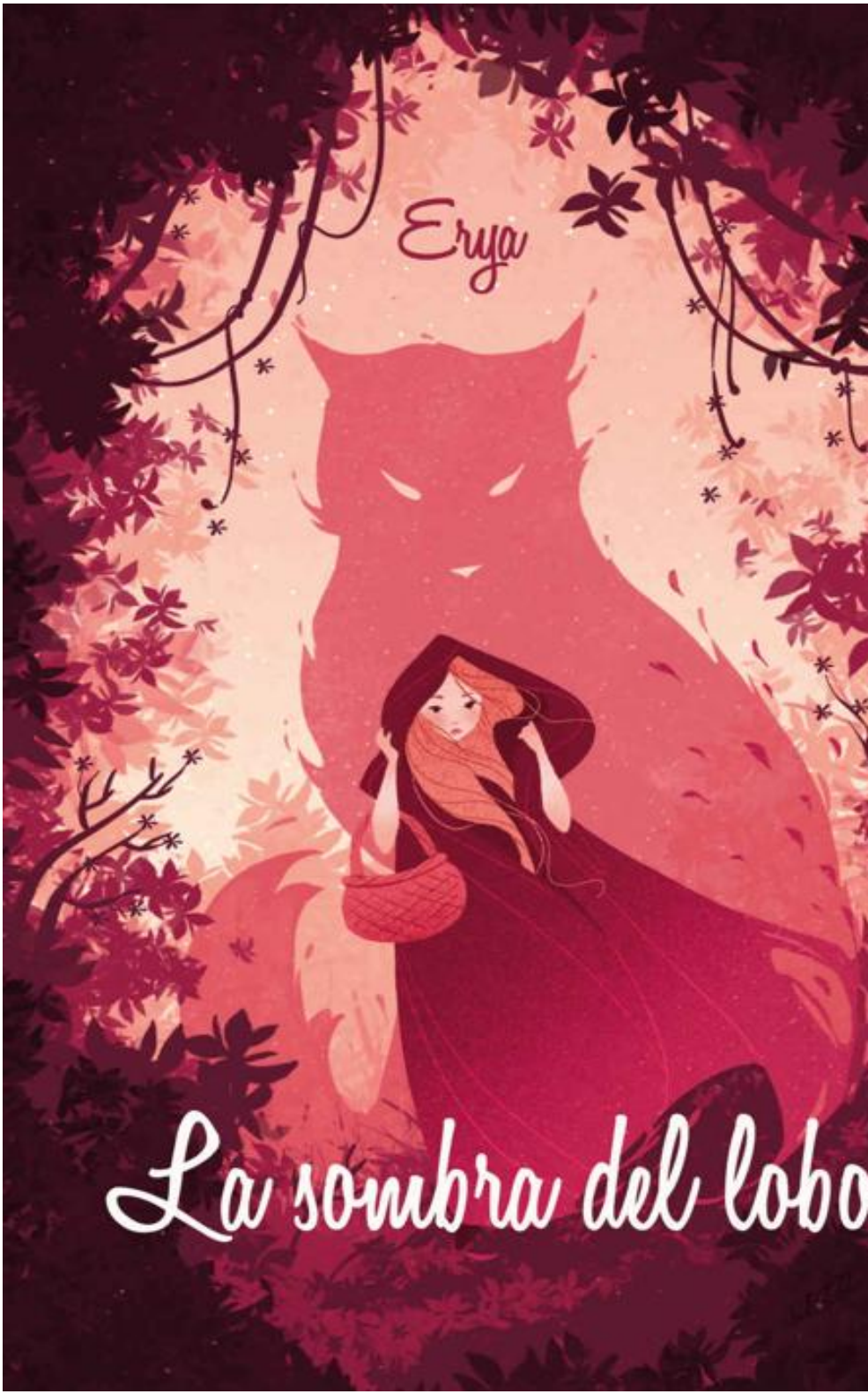
Erya
La sombra del lobo


Erya
La sombra del lobo

© 2022 Erya
© Ilustración de cubierta: Ana Paula Lomas (@hadadeincognito)
© Ilustraciones de interior: Ana Paula Lomas (@hadadeincognito)
© Ilustracion carteles: Designed by macrovector / Freepik
Corrección: Ana Escudero
Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad individual.

Para Janet, porque contigo escribir significa
mucho más para mí que antes.
Por compartir lecturas juntas.
Por estar tan cerca,
aunque nos separen kilómetros.

ISLAS PIRATAS
NUNCA JAMÁS
CAMELOT
LOCKSLEY
REINO DEL ANOCHECER
REINO DE LA TORRE
REINO DE LA AURORA
REINO DE LAS MARAVILLAS
OCÉANO DE LAS HADAS
LAGO DE LOS CISNES
REINO DE LA MONTAÑA MÁGICA
REINO DE LA ROSA ENCANTADA
CORONA DE HIELO
REINO DE MADERA
REINO DEL PIELLAGO

HAMELIN
BREMEN
REINO DE LA MUSICA
REINO DE LOS GIGANTES
REINO DE LA LAGUNA DORADA
REINO DE ORIENTE
REINOS MAGICOS DEL OESTE
REINO DE LAS QUIMERAS
SELVA INCATRONCADA
REINO GOTICO
IMPERIO POCAHATAS
REINO DE LAS ARENAS

Érase una vez, hace mucho, mucho tiempo…

Espera. Si eres nuevo, lector, y esta es la primera vez que viajas al mundo de los reinos malditos, debo advertirte.

Debes creer en la magia.

La magia es la respuesta a todas tus preguntas. Si buscas la lógica, en esta historia no la hallarás.

Mas, si buscas creer, coge mi mano y déjate llevar. Te guiaré por un mundo de fantasía. Un mundo donde las estrellas conceden deseos, donde los príncipes se convierten en bestias, donde las reinas envenenan manzanas, donde los lobos aúllan a la luna para desvelar tus sueños.

Si me conoces de *La maldición de los reinos* y *El espíritu del espejo,* ya sabes quién soy. Si no, me presento:

Soy quien todo lo sabe. También soy quien nada sabe.

Soy la magia que va y viene.

Soy las palabras que a veces todo te explicarán y otras confusión te crearán.

Soy quien entra y sale de los personajes, quien te muestra sus pensamientos o los mira desde fuera.

Soy quien te sumergirá en una historia real e irreal, una historia de sueños y pesadillas.

En definitiva: soy quien te contará una historia portadora de magia.

Tú decides ahora, lector: adentrarte y creer, o pasar a ciegas y no vivir lo que encierran estas páginas…

Bienvenido a *La sombra del lobo.*

Primera parte
La caperuza y el oro

Las estrellas contaban historias. Nadie lo sabía mejor que ella. Su abuela solía coger su mano y juntas caminaban lejos del pueblo, desde donde se veían mejor. Le preguntaba qué veía y, cuando la pequeña respondía que una sirena, un unicornio o un hada, la mujer hacía que viajara con sus palabras por lugares recónditos llenos de magia.

—Atenta, puede que hoy veamos una estrella fugaz.

Se habían sentado en la pradera de flores violetas que parecían resplandecer bajo las reinas de la noche. Las lunas, que gobernaban el mundo con su brillo celeste, violáceo y plateado, acariciaban esa noche despejada a abuela y nieta, que las observaban con ojos soñadores.

—¿Qué es una estrella fugaz?

La mujer sonrió y miró a la pequeña de cabellos dorados con ternura. Siempre le hacía ese tipo de preguntas: por qué las lunas tenían ese brillo especial; por qué existían las estaciones; quién escribía los libros; de dónde salían las historias que contaban los trovadores… Mas ella siempre tenía una respuesta, y su nieta lo sabía.

—Una estrella fugaz es un hada que agita su varita y concede, a quien la ve, un deseo. Por eso hay que estar muy atenta.

—¿Y si dos personas ven la estrella fugaz?

—Dos deseos serán concedidos.

La niña se inclinó hasta quedar tumbada y apoyada sobre los codos, observando lo que había sobre ellas: las luces, la oscuridad, la imaginación.

—¿Y si son diez personas?

—Diez deseos se cumplirán.

Los ojos oscuros de la niña se volvieron para mirar a su abuela. Tenía el pelo plateado recogido en una coleta con un lazo escarlata.

—¿Qué pasa si alguien malvado ve una estrella fugaz y pide un deseo?

La mujer suspiró antes de responder con la mirada clara clavada en las estrellas.

—También se cumplirá.

La niña arrugó la nariz y miró al frente, donde varias luciérnagas danzaban al son de una música silenciosa.

—Entonces ¿por qué las hadas agitan sus varitas? No deberían permitirlo.

—Las hadas son seres de bondad que ayudan a quien lo necesite. Y como no son omnipresentes, recurren a las estrellas fugaces para prestar socorro a aquellas personas de reinos lejanos que la precisen.

La pequeña agitó las piernas con nerviosismo. Miró hacia arriba, deseando con todas sus fuerzas ver una estrella fugaz para poder pedir un deseo: que no se cumplieran los deseos de la gente mala. Pero esa noche no tuvieron suerte, y en cuanto se levantó una brisa fresca, la mujer dijo que era hora de volver.

—¿Alguna vez has visto una estrella fugaz, abuela?

Ya habían llegado al pueblo. Pocas personas paseaban por las calles ya, y entre ellas no había niños. Rubí era la única, algo que los vecinos miraban con desaprobación. Mas ello no importaba a la abuela, y mucho menos a la pequeña, que disfrutaba de aquellos momentos mágicos e instructivos.

—Sí, en una ocasión tuve el placer de ver una.

Esto fue suficiente para emocionar a su nieta, que empezó a dar saltitos.

—¿Y pediste un deseo?

La mujer soltó varias carcajadas, divertida.

—Habría sido tonto no hacerlo, ¿no crees?

—¿Y qué pediste?

La mujer la miró antes de responder:

—Ahora lo verás.

Caminaron por la linde del Bosque del Invierno Mágico hasta llegar a casa de la abuela, algo retirada del resto del pueblo. Le gustaba la tranquilidad, alejarse de los gritos del mercado y el alboroto matutino de los quehaceres diarios. Siempre había vivido allí junto a su marido, leñador, y ni siquiera a su muerte se había planteado abandonar el hogar en el que había sido —y seguía siendo— feliz.

Hizo pasar a la niña, encendió el farol sobre un estante junto a la puerta y cerró. Se dirigió a la mesa central, circular y de madera oscura, que su marido había tallado años atrás, y encendió un fanal más grande cuyos cristales estaban especialmente trabajados para iluminar cada rincón de la casa con una cálida luz.

Rubí tomó asiento en el sillón de su abuela, tapizado en azul, junto a la chimenea, que estaba apagada.

—Espera aquí.

La niña estaba impaciente. Su abuela desapareció por una puerta que llevaba a la habitación y volvió con un cofre de madera. Chilló ilusionada. Era como los cofres del tesoro de las historias de piratas.

Lo puso a sus pies.

—Fue un regalo que pedí cuando supimos que tu madre estaba embarazada de ti.

—¿Es para mí?

Aplaudió con ilusión.

—Ábrelo.

Le temblaban las manos de los nervios y la mujer tuvo que ayudarla porque no era capaz de abrir el cofre. En cuanto vio el interior, su sonrisa se apagó y arrugó la nariz. Cogió la tela rubí, que hacía honor a su nombre, y la levantó a la altura de sus ojos.

—¿Qué es?

—Una capa mágica.

Estas palabras devolvieron la emoción a la niña, que se levantó de un salto y se la puso. Se colocó la capucha y miró a su abuela.

—¿Qué tal?

La mujer sonrió, feliz.

—Perfecta. Como diría el abuelo: estás preciosa, mi pequeña Caperucita Roja.

El rey reposaba la cabeza sobre su mano. Un trono aburrido en una sala del trono aburrida y vacía.

El reino estaba al borde del abismo. Sus súbditos partían para no volver. Incluso las tierras habían decidido dejar de dar fruto y rendirse para siempre. Como él. Como su pueblo.

El Reino de las Quimeras estaba acabado. Hubo un tiempo en el que gozaban de grandes riquezas gracias al comercio. El reino había sido conocido por sus ingeniosos inventos, que muchos creyeron meras quimeras hasta que pudieron verlos con sus propios ojos y comprobar que eran reales, auténticas maravillas como el molino de agua, la pólvora y el astrolabio.

Pero las guerras constantes habían obligado a sus reyes a pagar por su libertad, acabando con sus riquezas y los materiales utilizados para los inventos. El Reino de las Quimeras cayó en la miseria, y por mucho que intentaron salir de ella, solo lograron hundirse más.

El mismo palacio, antaño recargado hasta el último rincón, se alzaba ahora como un vulgar edificio de piedra sin más adorno que las vidrieras y los tejados de piedra azul. El interior se hacía eco de la pobreza. Allí donde mirara solo había madera mal tallada, tapices desgastados y cerámica rota.

Suspiró. A sus oídos llegaron las voces ahogadas de los príncipes, que correteaban por los pasillos, ajenos a la desgracia. Habían crecido sin riquezas, sin juguetes y vestidos caros. Habían aprendido a disfrutar de lo poco que tenían, a usar la imaginación para crear juegos. La reina lo veía con buenos ojos y disfrutaba con ellos, pero no el rey. Quería dar a su pueblo y su familia lo que antaño tuvieron, mas no sabía cómo lograrlo. Y sus escasos consejeros se habían rendido.

Las puertas de la sala del trono se abrieron, sacándolo de sus

pensamientos. Tras un guardia de armadura oxidada, caminaba un hombre, si es que se le podía llamar así. Tenía cuernos de macho cabrío y una larga cola de caballo bailoteaba en su trasero. Llevaba el pecho desnudo, sus brazos eran fuertes, tenía la piel oscura, como los ojos, y una barba recortada le cubría los labios. Llevaba unos pantalones claros cuyo final dejaba sus cascos al aire.

El rey reprimió una mueca de disgusto. Se levantó y saludó a su invitado.

—Sed bienvenido al Reino de las Quimeras.

El sátiro inclinó la cabeza en señal de respeto, aunque no tenía por qué. Su raza no debía lealtad más que a los dioses.

—Mi estancia será breve, alteza. Os agradezco vuestra hospitalidad, dadas las circunstancias en las que se encuentra vuestro reino.

—Estaría mejor si los dioses no se dedicaran a jugar con nosotros y se preocuparan por sus criaturas.

—¿Os atrevéis a blasfemar ante un enviado de los dioses?

—No es blasfemia: es la realidad.

El soldado se marchó. El sátiro y el rey se evaluaron con la mirada. El primero sonreía, el segundo reprimía sus impulsos de echarlo a patadas. No se sentía cómodo hospedando a nadie que no fuera noble, y menos a una bestia como aquella, por muy criatura de los dioses que fuera. Él no era un posadero.

—Seguidme.

Le condujo al interior sin darle más explicaciones que las necesarias para que pudiera orientarse. Fueron al ala de invitados, en la segunda planta, y tropezaron con dos niños que jugaban a carreras de unicornios imaginarios. Al ver al sátiro, fueron a su encuentro.

—¿Eres tú nuestro invitado? —preguntó el mayor.

—¿Eres tú quien nos sacará de la pobreza? —preguntó la niña, de cabellos rubios y mirada oscura.

Sin perder la sonrisa, el sátiro miró al rey, que carraspeó.

—No molestéis a nuestro huésped y, sobre todo, sed educados con él.

Asintieron y se marcharon entre gritos, risas y miradas descaradas al recién llegado.

Los adultos continuaron hasta llegar a la habitación en la que se alojaría y, antes de invitarle a entrar, el rey habló:

—Perdonad a mis hijos. Los niños… Ya sabéis.

—No os preocupéis, rey Midas. Toda buena acción tiene su recompensa.

Rubí se levantó, le dio los buenos días al sol desde su pequeña ventana y se vistió. Cogió la capa que le había regalado su abuela y bajó a la tetería que regentaba su madre. Junto a la puerta había una percha donde la colgó. Se dirigió a la parte del local que era librería, a la izquierda si se entraba desde la calle. Tan solo había un sofá ajado y una estantería maltrecha con trece libros. Allí su padre la instruía, como cada mañana, en las diferentes materias que consideraba necesarias para el aprendizaje de su hija. Él y su esposa, Esmeralda, habían optado por enseñar a la niña de forma privada en lugar de enviarla al colegio. Consideraban escasas las enseñanzas de la escuela.

A su corta edad, Rubí había aprendido a leer con soltura, además de matemáticas, astronomía y geografía. También historia, asignatura por la que sentía una gran pasión. Su padre le hablaba de razas y lugares que no se aprendían en la escuela. Cuando hablaba con otros niños, se reían de ella, diciéndole que las sirenas y los dragones no existían. Pero Rubí sabía que existían. Sus padres los habían visto. Ellos jamás le mentirían.

A la niña le gustaba inventarse historias que escribía en un libro en blanco que le habían regalado en un cumpleaños. Cuando no estaba jugando, con la abuelita o leyendo, se dedicaba a llenar las páginas. A veces incluso contaba situaciones que había vivido durante el día.

Ret apareció tras el mostrador, dio los buenos días a su mujer, que ordenaba la tetería, y se dirigió hacia donde le esperaba su hija con la emoción reflejada en el rostro. Ella corrió a darle un beso; él la levantó por encima de su cabeza.

—¡Cada día estás más grande! Ya casi no puedo contigo.

—¡Pero si tú eres el papá más fuerte de todos los reinos!

—Y tú la niña más guapa y dulce del mundo conocido.

—¿Y dónde quedo yo?

Esmeralda se acercó fingiendo un puchero. Él sentó a su hija sobre su brazo derecho y atrajo a su mujer con el izquierdo. La miró a los ojos.

—Tú eres la mujer más hermosa, maravillosa y encantadora que existe.

Frotaron sus narices en gesto de cariño y ella volvió a sus tareas. Padre e hija se acomodaron en el sofá con un mapa entre ellos.

—Hoy vamos a hablar del Reino de la Manzana de Plata.

Rubí aplaudió encantada.

—¿Me contarás por qué la princesa es negra?

—¡Rubí! —la regañó su madre desde el otro lado.

—¿Qué?

—Muestra un poco de respeto. Es una princesa.

La pequeña no entendía cuál había sido su falta. Su padre la acercó más a sí y le explicó:

—Nadie lo sabe. La reina deseó tener un hijo tan blanco como la nieve, tan rojo como la sangre, tan oscuro como la noche y tan bello como una rosa. Y así, meses más tarde, nació aquella a la que llamaron Blancanieves, cuyo color de piel distaba mucho del de sus padres. ¿Magia? Quién sabe.

—¿Y podrá ser reina? —preguntó ella balanceando sus pequeñas piernas.

—¡Claro! ¿Por qué no iba a poder?

Rubí se encogió de hombros.

—A lo mejor, como no es como los demás, a la gente no le gusta; le da miedo. Como la historia de *Frankenstein.*

Esmeralda lanzó una mirada de reproche a su esposo. No le gustaba que le contara aquellas historias terroríficas. Él alzó los hombros fingiendo inocencia, pero con una sonrisa en los labios. Le gustaba la comparación que había hecho la niña.

—Esto será diferente.

—¿Por qué?

Él acarició con las yemas de los dedos el Reino de la Manzana de Plata antes de responder.

—Porque la princesa no es diferente. Es como cualquiera de nosotros. El color de piel no indica nada. Tú eres rubia; ¿eres diferente a nosotros? —Señaló a su mujer y a sí mismo.

Rubí arrugó la nariz.

—Sois mayores que yo.

Ambos rieron.

Desayunaron juntos y, mientras la madre recogía, la pequeña y su padre se pusieron con sus clases, hasta que él tuvo que ir a trabajar. Rubí se quedó repasando lo que habían visto ese día.

—¡Hola! —saludó alguien con entusiasmo.

La pequeña, tumbada sobre la alfombra admirando las ilustraciones que tenía entre manos, levantó la mirada y sonrió a la joven de cabellos castaños y ojos marrones que acababa de entrar, mas enseguida volvió a concentrarse en la historia que se desarrollaba en las páginas.

Esmeralda apareció por las escaleras que subían tras el mostrador. Le dedicó una sonrisa a Bella y se dirigió a la niña, tendiéndole una cesta con un mantel blanco protegiendo su contenido.

—Rubí, necesito que le lleves la comida a la abuelita.

—¡Estoy viviendo una aventura! —se quejó la pequeña, y golpeó la alfombra con un puño.

—El libro no se va a ir a ninguna parte.

Se levantó refunfuñando y cogió su caperuza roja del perchero que había en la entrada. Se colgó la cesta del brazo y se despidió de ambas. Pero antes de cerrar la puerta, su madre le dijo:

—¡No se te ocurra entrar en el bosque!

—Que no…

Y la puerta se cerró.

La estancia del sátiro no fue tan desagradable como al rey le hubiera gustado. Intentaba buscar una excusa para quejarse, pero le resultaba difícil con un invitado tan perfecto.

Compartía juegos con Phir y Zoe y los instruía, relatándoles sus viajes por los diferentes reinos. Acompañaba a la reina en sus paseos; la aconsejaba en decisiones concernientes al reino que podían ser de gran ayuda, y también lo hacía con él, el rey. Le daba sugerencias en temas políticos y económicos.

Esto molestaba al soberano, y no porque fueran malos consejos, sino porque eran demasiado buenos y se culpaba por no haber sabido ver él mismo las soluciones sin la ayuda de alguien ajeno.

Se habían cumplido varias semanas desde la llegada de la criatura y Midas se había acostumbrado a tenerlo por allí. En esos momentos, el sátiro desayunaba con su mujer e hijos, que, como de costumbre, lo avasallaban a preguntas sin dejarle respirar.

En cuanto el rey entró en la estancia quedó sorprendido. El comedor quedaba bien iluminado por los rayos de sol que penetraban a través del atrio. Tres chimeneas se hallaban encendidas aportaban el calor que el exterior no podía. Había una mesa en el centro, larga, con un rico mantel blanco decorado con perlas de agua dulce y dos candelabros de madera lacados en plata. Ese paño lo habían guardado con celo; se habían negado a deshacerse de él como hicieron con otras pertenencias de gran valor. Era un regalo de los padres de Sadi, su esposa.

Pero no era esto lo que le había sorprendido, sino los manjares que cubrían el mantel: tortitas con caramelo de mora, huevos de fénix, ensalada de frutos azules y naranjas y un zumo de un verde oscuro de lo más apetitoso. Hacía años que no veía manjares tan selectos. Ya no

se los podían permitir.

—¿De dónde…?

—Regalo de nuestro invitado, querido —respondió la reina.

El soberano miró al sátiro, que sonreía complacido y le invitaba a tomar asiento presidiendo la mesa.

—Hoy me marcho, y quería agradecer vuestra hospitalidad. No todos los reyes están dispuestos a cobijar a una criatura como yo.

—¿Por qué? —preguntó el príncipe con la boca llena.

—¡Phir! Esos modales —le regañó la reina.

El joven tragó rápidamente y se limpió con la servilleta.

—Lo siento. ¿Por qué?

—Lo diferente asusta. A veces se juzga por las apariencias y, si estas no son del agrado de uno, se emite un prejuicio.

El rey bebió de su zumo mientras escuchaba sin perderse palabra. Era lo que le había pasado a él nada más ver al sátiro, aunque no pensaba reconocerlo.

Una vez terminado el desayuno, la criatura habló:

—Tengo regalos para todos.

Sacó un precioso collar con un diamante color salmón para la reina, quien profirió un grito de sorpresa y corrió a probárselo para ver cómo lucía en su cuello, dejando al sátiro con la palabra en la boca. Este sonrió, se guardó lo que iba a decir y sacó el siguiente regalo. A Zoe le entregó una cajita de oro rosa. La pequeña la abrió entusiasmada.

—¿Es maquillaje? —preguntó con emoción al ver los polvos que contenía. Siempre había querido maquillarse como su madre.

—Algo mejor: con estos polvos podrás disfrazarte y nadie te reconocerá si no quieres.

—¡Hala! ¡Gracias!

Se abrazó al sátiro y fue a enseñárselo a su madre.

A continuación le tocó el turno a Phir, que esperaba ansioso su regalo, aunque intentaba disimularlo. El sátiro sacó un frasquito que, por su forma, parecía un diamante a los ojos del niño, con un líquido azul claro resplandeciente. El príncipe lo cogió, intrigado.

—¿Qué es?

—Un elixir. Con tan solo unas gotas, quien lo beba no podrá ocultarte nada.

Una sonrisa floreció en el rostro del pequeño, que le dio las gracias, hizo una reverencia y se marchó para guardarlo como su

mayor tesoro.

El rey se quedó mirando estupefacto cómo su hijo se marchaba con un regalo tan poderoso.

—A vos no sabía qué regalaros, así que he pensado que seáis vos mismo quien lo decida.

—¿Cómo?

—Podéis pedirme un deseo.

El soberano le miró con extrañeza. No comprendía lo que le ofrecía.

—¿Acaso tenéis magia como las hadas?

—Tengo el favor de los dioses —respondió, llevando la copa a sus labios. Apuró su contenido—. Tenéis hasta el ocaso para pensarlo. Os recomiendo que lo meditéis bien, pues una vez concedido, no habrá vuelta atrás.

Se levantó y se marchó, dejando al rey a solas con sus pensamientos.

Una idea cruzó su cabeza: riquezas. De esta forma reflotaría al reino y podrían volver a ser lo que habían sido. Sin embargo, poco a poco se dio cuenta de que aquello era pasajero: las riquezas un día se agotarían y podrían volver a la pobreza.

No.

Tenía que pedir algo que no tuviera límites.

La salud de su abuela había empeorado en aquellas semanas. Decía que eran los achaques de la edad y que no debían preocuparse. Esmeralda le prohibió salir de casa salvo para lo justo y necesario. Ella se encargaba de llevarle las comidas. Algunas veces era Rubí la encargada de llevarle la merienda, pues su madre debía atender la tetería.

Rubí no entendía por qué había que llevarle merienda. La anciana seguía haciendo magdalenas a pesar de las quejas de Esmeralda, pero ya no podía comerlas y las hacía para ella. La niña estaba encantada. Nadie las hacía como la abuelita.

Ese día también habría magdalenas recién hechas.

Rubí salió de la tienda de su madre con la cesta colgando del brazo y empezó a tararear y dar saltitos mientras se dirigía a la linde del bosque. Le encantaba admirar el Bosque del Invierno Mágico. Ansiaba vivir alguna aventura como las que le contaba su padre. Ya casi lo había alcanzado cuando alguien la llamó. Se giró y vio a su madre acercarse corriendo.

—Rubí, me olvidaba de que la abuelita me pidió también unas setas. En el mercado no había, así que tendrás que cogerlas del bosque. —La idea entusiasmó a la niña—. No hace falta que te metas entre los árboles; crecen alrededor del camino. Unos pasos nada más, y allí las verás. En cuanto tengas unas pocas, sales. Y nunca te apartes del camino.

—Así lo haré, mamá —prometió para tranquilizarla.

A pesar de su corta edad, Rubí era consciente de los peligros que entrañaba el Bosque del Invierno Mágico. Iría con cuidado y no preocuparía a su madre. Sabía que si aquella tarea no la hacía ella misma era porque no podía. Su padre trabajaba de porteador, por lo

que Esmeralda, algunos días, debía hacerse cargo sola de la tetería-librería. Por suerte ahora contaba con la ayuda de Bella, la menor de seis hermanos que no tenían mucho para vivir. Esmeralda no siempre podía pagarle, pero Bella acudía igualmente con ganas de trabajar. Comprendía que cuando Esmeralda no podía pagarle era porque el poco dinero lo necesitaba para alimentar a su familia, ya que el trabajo de Ret era de bajo salario y solo se cobraba al terminar cada encargo.

Rubí se dirigió al camino conteniendo la emoción. Alguna vez se había internado en el bosque, pero siempre en compañía de sus padres o su abuela. Sería la primera vez que pusiera un pie en él sola.

Se colocó bien la caperuza para protegerse del gélido frío que emanaba el bosque. Aunque ya estaban en primavera, en ese bosque siempre era invierno. Eso la fascinaba.

Dio unos pasos por el camino hasta dar con las setas que tanto le gustaban a su abuela. Levantó el paño de la cesta y cortó con cuidado; sacudía la nieve y las metía en la cesta, hasta que no le cupieron más. Cubrió el contenido con el mantel blanco y se dispuso a salir de allí. Antes, echó una última mirada y vio algo que captó su atención: junto al sendero había un claro sin nieve y con unas preciosas flores.

—¡Hala!

Evaluó la distancia antes de seguir un impulso. Desde allí podría ver el camino, era imposible que lo perdiera. Llena de emoción, dio un primer paso fuera del sendero, y luego otro, y así hasta llegar al claro. La temperatura seguía siendo de lo más fría, pero los rayos de sol que se colaban entre los árboles rebajaban la sensación. Rubí dio vueltas sobre sí misma, riendo con ganas.

Se centró en las flores que habían parecido llamarla a gritos desde la distancia. Eran rosas y azules cubiertas de rocío, como pequeños diamantes, y cortó varias para alegrar a su abuela. Silbó mientras las colocaba con mimo para formar un bonito ramo. Las gotas no parecían querer abandonar los pétalos, se mantenían estáticas, deseosas de formar parte de la decoración de la casa de la abuelita. Rubí no se atrevió a tocarlas por miedo a estropearlas.

Se incorporó para regresar al camino y dirigirse a casa de la abuelita. Cuál fue su sorpresa al no verlo a simple vista.

Rio, nerviosa.

—Me he debido equivocar de dirección.

Miró hacia su izquierda, pero allí tampoco estaba.

Ni a su derecha, ni detrás.
El sendero había desaparecido.

El rey se había encerrado en su despacho. Había valorado pedir deseos infinitos, pero por alguna razón sabía que ese no era un deseo válido.

Debía pedir algo inagotable que ayudara a su familia y a su reino, pero debía estar únicamente en sus manos. Algo que no le pudieran arrebatar.

Suspiró.

¿Acaso existía algo así?

Sus ojos observaron a través de la ventana el atardecer. El sátiro se marcharía tras el ocaso, llevándose con él su deseo. Se le acababa el tiempo.

Valoró las peticiones que se le habían ocurrido: el zapato de oro del Reino del Anochecer, en los lejanos reinos del oeste, pero podría considerarse robo y no quería iniciar otra guerra que los devolviera a donde estaban; la gallina de los huevos de oro, al parecer, era una fuente inagotable, mas solo ponía un huevo al día. Era un proceso lento; además, cualquiera se la podría robar. Y, por supuesto, su primera opción: riquezas, montañas de ellas. Fuente agotable.

Resopló frustrado. Tendría que pedir alguna de aquellas cosas y conformarse con ello. Administrarlo bien.

Volvió a mirar a través de la ventana con las manos a la espalda. Sus ojos claros observaron el paisaje, su reino. Los últimos rayos de sol luchaban por mantener su reino dorado, pero la oscuridad avanzaba tiñendo cada casa, cada árbol, de gris.

Y supo qué quería pedir.

Sonrió. Sí. Era perfecto. Fuente inagotable y suya, solo suya. Algo que nadie podría arrebatarle jamás.

Salió en busca del sátiro. Este había dispuesto su marcha y lo esperaba con su habitual sonrisa.

—¿Habéis decidido?

Los niños y su esposa, allí presentes, lo miraron también, intrigados.

—Ya sé lo que quiero. Sin embargo, no estoy seguro de que puedas concederme algo de tal envergadura.

—Recordad que cuento con el favor de los dioses.

—No creo que sean omnipotentes. Al menos, no es lo que han demostrado.

—Quizás es que no han querido, rey Midas.

—Es posible.

Se mantuvieron en silencio, y los niños miraban a uno y otro a punto de sucumbir a un ataque de nervios.

—¿Qué vas a pedir, padre?

—¡Eso, eso! —continuó la princesa—. ¿Qué vas a pedir?

—Niños, dejad a vuestro padre con nuestro invitado. No molestéis.

La reina Sadi se alejó para darles espacio. Los niños obedecieron a regañadientes, pues no querían perderse nada.

El rey Midas levantó la barbilla sin dejar de mirar al sátiro.

—Quiero que todo lo que toque se convierta en oro.

El otro entrecerró los ojos y borró su sonrisa. La familia real ahogó una exclamación.

—¿Estáis seguro, rey Midas?

—Completamente.

—Recordad que, una vez concedido, no habrá vuelta atrás.

—Midas… —Sadi dio unos pasos hacia él, pero su esposo la detuvo con un gesto—. Por favor, piénsalo bien.

Cerró los ojos, aunque no le hacía falta pensarlo.

Estaba seguro. Era lo que quería.

Era perfecto.

«Seré perfecto».

—Deseo que todo lo que toque se convierta en oro —repitió.

El sátiro miró a la mujer y los niños antes de responder:

—Que así sea, rey Midas. Desde ahora, todo cuanto vuestros dedos toquen se convertirá en oro.

Dio varias vueltas sin salir del claro, temiendo abandonar el único lugar sin nieve al que llegaba la luz del sol. El camino no aparecía por ninguna parte. Tenía dos opciones: esperar a que la encontraran o buscar ella misma la salida del Bosque del Invierno Mágico. No debía de ser muy difícil; no tenía más que escoger una dirección y no desviarse en ningún momento.

Se armó de valor. Ella era una niña muy valiente, sus padres siempre se lo decían. No se quedaría lloriqueando en el claro. No. Saldría de allí, y lo haría por sus propios medios.

Escrutó cada árbol hasta dar con el lugar por el que creía haber llegado hasta allí. Sí. Le sonaba ese tronco retorcido. Estaba segura.

Cogió aire y abandonó el claro.

En el resto del bosque, los rayos de sol luchaban por colarse entre las ramas y hojas de los árboles, pero no siempre tenían éxito.

Rubí caminó en línea recta sin descanso. Tras varias horas vagando, se dio cuenta de que era inútil. Quizás lo único que estaba consiguiendo era adentrarse más en las profundidades del bosque, directa a las fauces de alguna bestia. Esto le dio miedo y varias lágrimas lucharon por escapar de sus ojos. No tendría que haber abandonado el claro. Decidió regresar sobre sus pasos. Si no encontraba el camino, por lo menos podría quedarse donde había recogido las flores; estaba cerca de la linde aunque ella no fuera capaz de encontrarla. Tarde o temprano, alguien la encontraría.

La luz del sol perdió intensidad y supo que estaba atardeciendo. El claro no aparecía por ninguna parte. Los nervios que había retenido se liberaron. La ansiedad la invadió y tuvo que apoyarse en un árbol e intentar respirar con calma.

—Papá vendrá a por mí…

Delicados copos empezaron a caer y la niña se cubrió bien para que no empaparan su pelo ni sus ropas. La capa rubí que su abuela le había regalado en nombre de su abuelo la protegía, impedía que el frío y la humedad la atravesaran. Esto la reconfortó. Era como estar arropada por ellos.

Se dejó caer sobre la nieve, abrió la cesta y cogió uno de los panecillos de hierbas destinados a su abuela. Sabía que estaba mal, que eran para ella que estaba enferma, pero tenía hambre; no podía aguantar. Solo comería uno. Ya le pediría perdón a su madre y, por supuesto, a su abuela.

Sació su sed con un puñado de nieve y se recostó de la forma más cómoda posible, aunque enseguida fue consciente de que aquel no era el mejor lugar. Su capa roja destacaba sobre el níveo manto. Cualquier animal la vería enseguida, si no la había olido antes. Miró alrededor. ¿Dónde podría ocultarse?

Con un último esfuerzo, se incorporó y fue en busca de un lugar mejor donde cobijarse. Entonces lo escuchó.

Se detuvo.

Nada.

Siguió y lo escuchó de nuevo.

Sí, eran pasos. Suaves, cercanos.

Paró su caminar, asustada. No se atrevió a moverse. Los pasos seguían acercándose. Estaba casi segura de que no pertenecían a una persona.

Su corazón se aceleró. Las lágrimas inundaron sus mejillas. Cerró los ojos, incapaz de contemplar lo que estaba por venir.

Los pasos se detuvieron frente a ella. Rubí mantuvo los ojos cerrados, hasta que, al no sentir nada, se atrevió a abrir uno de ellos.

Un lobo gris de patas blancas frente a ella la miraba con la cabeza ladeada. La niña abrió el segundo ojo y lo observó con cautela, sin hacer movimiento alguno que pudiera suponer una amenaza para el depredador. Este ladeó la cabeza hacia el otro lado, y a Rubí por poco se le escapa una carcajada por lo cómico de su actitud.

¿Te has perdido?

La pequeña miró en todas direcciones, esperando ver a algún cazador, pero allí tan solo estaban ella y el lobo. Sus ojos se detuvieron en la mirada clara del animal: era él quien le había hablado. Todavía con lágrimas recorriendo su cara, asintió.

Yo conozco el camino para salir, pero antes será mejor que vengas

conmigo a comer y descansar.

Rubí sopesó tal ofrecimiento. Seguía teniendo mucha hambre; un panecillo le había sabido a poco, y si se comía los demás, su madre la regañaría, seguro.

Sígueme.

El lobo se giró y caminó con lentitud, esperando que le siguiera. Rubí lo hizo tras echar una última ojeada alrededor y comprender que no tenía otra opción.

—¿Quién eres?

Un lobo de los bosques.

Esperó por si le decía algo más, pero el animal se mantuvo en silencio durante el trayecto hacia su madriguera.

Adelante, puedes pasar. Hay comida abundante que saciará tu hambre y sed, y no pasarás frío. Descansa. Luego volveré y te llevaré a la linde del bosque.

Rubí esperó a que se fuera antes de obedecer. Todo era extraño, pero el cansancio y el rugido de sus tripas nublaron su razón infantil, y se adentró en la oscuridad.

Dentro no era todo negrura como había esperado. Una antorcha encendida clavada en la tierra alumbraba una montaña de frutas variadas.

—Oh.

Estaba asombrada. Dejó la cesta a un lado y se bajó la capucha. Se acercó y alargó la mano hacia un melocotón, pero escuchó algo.

No estaba sola.

El sátiro le dijo que al día siguiente, al alba, su deseo estaría cumplido. Apenas pudo conciliar el sueño, expectante.

Al despuntar los primeros rayos de sol, se levantó con cuidado de no tocar nada. Quería probar su nuevo poder con algo que dejara a todos boquiabiertos. Pero ¿qué?

Y entonces la vio. Su corona, antes de oro y diamantes, ahora era una baratija lacada en oro y con cristales.

Sonrió.

Miró a su esposa, que todavía dormía, y se dirigió a la futura joya. La contempló por última vez.

—Adiós para siempre.

La cogió y la colocó sobre su cabeza, delante del espejo.

El efecto fue instantáneo. La corona se transformó en un objeto de brillante oro.

—¡Sí! ¡Sí!

Sus gritos de alegría despertaron a Sadi, que con los ojos entornados, miró por la habitación en busca de un buen motivo para molestarla tan pronto.

—¿Pasa algo?

El rey se giró y acercó a ella.

—¿No notas nada, querida?

Señaló hacia arriba con los ojos y su esposa lo comprendió.

—¡Es de oro!

—¡Es de oro! —repitió él, entusiasmado.

Dio saltos por toda la estancia sin dejar de admirarse en el espejo.

—¡Se acabaron nuestros problemas para siempre! Desde ahora seremos el reino más rico de los reinos del este… y ¿por qué no? También del oeste.

Sadi no compartía su emoción. Estaba pensativa, y él se percató. Se acercó a ella para coger su mano. Sin embargo, la mujer se alejó con violencia, evitando tocarle.

—¡No! No puedes tocarme, Midas. ¿No lo recuerdas? «Todo cuanto vuestros dedos toquen se convertirá en oro».

—El milagro que esperábamos. —No podía dejar de sonreír.

—Es una maldición. ¿No te das cuenta?

El hombre la miró sin comprender. ¿Cómo podía ser una maldición? Jamás volverían a ser pobres, y su reino nunca más pasaría hambre. Ningún gobernante osaría volver a declararles la guerra. Sus problemas estaban resueltos, y todo gracias a su astucia al pedir el deseo.

—He solucionado nuestros problemas. Deberías estar agradecida. —Su expresión se tornó seria. Estaba molesto porque ella no compartiera su entusiasmo y alabara la grandeza de su idea.

Se cruzó de brazos y su ropa se hizo de oro, para disgusto de su esposa. La reina Sadi se acercó a él unos pasos y le miró a los ojos.

—Ya no podrás volver a tocarme. Ni podrás abrazar a tus hijos.

Un niño con ropas elegantes, algo mayor que ella, comía uvas con tranquilidad. Tenía el pelo castaño recogido en una coleta y unos ojos marrones de mirada cálida. Le ofreció parte de su racimo.

—¿Quieres?

Rubí miró el resto de frutas y negó con la cabeza. Prefería el melocotón que había visto al principio. Se hizo con él y varias piezas cayeron a sus pies. Se sentó en un rincón con la espalda apoyada en la piedra.

—¿Cómo te llamas?

—Rubí.

—Yo soy Adrien. ¿Estás bien?

Ella sacudió la cabeza desordenando sus rizos rubios y sus ojos se empañaron mientras daba vueltas al melocotón entre las manos.

—Me he perdido… Tenía que haber hecho caso a mamá…

El chico fue junto a ella y le dedicó una perfecta sonrisa de dientes blancos.

—Saldremos de aquí. Me lo ha dicho el lobo. Nos llevará de vuelta al camino y podremos volver a casa.

Rubí asintió, creyendo en sus palabras.

Disfrutaron de una dulce cena en silencio. Adrien empezó a jugar con las piezas de fruta para hacer reír a la pequeña, que se unió y se hizo con un plátano, simulando que era un arco.

—¡Soy la mejor cazadora de todos los reinos! He cazado dragones, ogros, gigantes y seres que no eres capaz de imaginar. No podrás escapar de la ira de Caperucita Roja.

—Ese nombre no infunde mucho terror, ¿no crees? —rio él.

Rubí bajó el plátano y dio una patada en el suelo.

—Pues algún día será conocido y temido.

—¿Por qué querrías ser temida?

Adrien dejó la fruta y volvió a sentarse, mirándola expectante. Ella le imitó sin soltar el plátano, al que empezó a dar vueltas.

—Hay criaturas horribles ahí fuera. Reinos acechados por ellas. Alguien debe hacerles frente.

—No todos los seres son malos.

—¿No? Dime uno.

—Las hadas.

Rubí soltó una carcajada.

—No vale. Ellas no pueden hacer el mal.

—¿Por qué no? —preguntó divertido al tiempo que miraba esos ojos de un verde oscuro poco habitual.

—Porque no. —Se encogió de hombros.

—¿Y las sirenas?

—Tampoco valen.

El niño cruzó los brazos fingiendo un enfado.

—¿Y ya está? ¿Vas a decir eso de cada criatura que nombre?

—¡Tonto! Las sirenas no valen porque son una raza como nosotros, no criaturas horrorosas cuyo único fin es hacer el mal. Habrá sirenas buenas y malas. Eso me dice papá.

—Tienes razón.

Acabaron por quedar medio dormidos al calor de la antorcha. Horas después, la voz de Rubí despertó al niño.

—Adrien… La antorcha se ha apagado. No se ve nada. Tengo miedo…

A él le costó orientarse y recordar dónde estaba.

—Tranquila, no pasa nada. Estoy contigo.

Se levantó para estirar las piernas y se asomó al exterior. Aquella noche tenía más luz de lo normal. Las tres lunas estaban llenas, señalando el final del año. No podía verlas a través de los árboles, pero sí la claridad que había en el bosque. Suspiró. Sus padres estarían celebrando, como cada año, aquella noche tan especial. Y él no estaba con ellos.

Regresó junto a Rubí y entonces lo oyó. Pasos. Algo se acercaba.

A la entrada de la madriguera vieron al lobo. Por un momento se tranquilizó, pero enseguida algo le puso en alerta. Los ojos del animal los miraban hambrientos y la boca mostraba sus amarillentos dientes.

El lobo no tenía intención de llevarlos a casa.

Adrien se colocó delante de Rubí y cogió varias frutas, que tiró al

lobo sin efecto alguno. Este se lanzó a por él y le apartó de un zarpazo. El chico se golpeó la cabeza y quedó aturdido. Apenas fue capaz de escuchar los gritos de la niña.

Rubí interpuso el plátano entre ella y el lobo, mas no sirvió contra aquellos afilados dientes. Cayó bocabajo y sintió al animal sobre ella. Lloró con todas sus fuerzas al sentir esas mortíferas fauces atravesar la ropa y desgarrarle el hombro. Dedicó un último pensamiento a su familia, en especial a su madre, a quien pedía perdón por su desobediencia y por no haber logrado llevar los panecillos a la abuelita.

Adrien, recuperado del golpe y sin importarle el escozor de su herida, se lanzó al cuello del lobo en un último intento por ayudarla.

Supo que ninguno saldría con vida de la madriguera de aquel lobo feroz.

La noche había caído en el Reino de las Quimeras. El rey Midas se había pasado el día convirtiendo en oro casi todo el palacio, sin importarle las quejas y advertencias de su esposa. Ella no le comprendía. No entendía el gran bien que había hecho para ellos y para su pueblo. Pero ya se daría cuenta.

Los príncipes se mostraron igual de emocionados que él, y le pedían que convirtiera en oro todo tipo de cosas. Chillaban entusiasmados al ver el cambio y corrían a enseñárselo a su madre. Sadi fingía alegría delante de ellos, pero no podía evitar pensar que tarde o temprano pagarían las consecuencias de un deseo tan peligroso.

Cenaron en familia en un ambiente que hacía años que no tenían. El rey estaba más charlatán que de costumbre, y les contaba sus planes para enriquecer poco a poco el reino y rehabilitar el comercio.

—El Reino de las Lagunas no podrá rechazar nuestras ofertas. Todo volverá a ser como antes ¡o incluso mejor!

Los niños alzaron las copas llenas de zumo para brindar en honor a su padre.

Comieron con gusto los insípidos manjares, sabiendo que sería la última vez que degustarían alimentos tan atroces.

Para el postre tenían un frutero con fresas de un rojo tan oscuro como la sangre. Sadi lo colocó en el centro para que todos llegaran a él sin problemas. El rey Midas alargó la mano y cogió una de ellas con placer. Las había cultivado su propia mujer en los jardines de palacio. Era de los pocos manjares que podían disfrutar con gran deleite sin envidiar los de otros reinos más ricos.

Al hincarle el diente, sintió un dolor atroz y soltó la fresa, que cayó sobre el plato con un sonido metálico. Se llevó el dorso de la

mano a la boca. El dolor se había apoderado de sus incisivos. Era como si hubiera mordido una piedra.

—¡Hala!

El príncipe Phir había cogido la fresa de su padre y la alzaba ante sus ojos con admiración. Era una fresa de oro.

—¡Qué bonita! —exclamó la princesita Zoe con sus ojos oscuros brillantes por la emoción.

Midas maldijo por lo bajo. Cogió otra fresa que llevarse a la boca, aunque esta vez no la mordió sin antes examinarla bien. No quería saltarse un diente.

Obtuvo el mismo resultado.

—Querido, ¿por qué no las coges con el tenedor?

—¡Es tradición que las fresas se coman con la mano!

Testarudo como era, cogió otra, y otra más. La quinta, que también se transformó en oro, la soltó con rabia sobre el plato de porcelana, que se partió en dos.

Midas se levantó furioso y se fue sin despedirse. Sadi le miró preocupada.

—Cuando terminéis de comer la fruta, id a acostaros —ordenó a sus hijos. Les dio un beso y fue en pos de su esposo.

Los niños estaban encantados con las fresas de oro, y se las llevaron como su más preciado tesoro.

Antes de ir a sus habitaciones, se dirigieron a los aposentos de sus padres para darles el abrazo y el beso de buenas noches que acostumbraban cada día tras la cena. Encontraron la puerta entreabierta y la abrieron sin llamar.

Lo que encontraron quedó grabado en sus inocentes corazones como marcado con fuego candente.

Al principio no comprendieron la situación. Su padre, el fuerte y poderoso rey Midas, lloraba arrodillado ante una mujer con expresión de terror grabada en el rostro y las manos delante de sí en gesto de defensa.

Entraron para ver mejor.

Su madre se había convertido en una efigie de oro.

El lobo cesó su ataque. Adrien no se atrevió a soltarlo por si acaso estaba tomando un pequeño descanso. Un hombre con arco blanco de filigranas negras llegó hasta ellos y se agachó. El niño apartó con brusquedad el cuerpo del animal y se puso delante de Rubí.

—¿Cómo te llamas?

El pequeño frunció el ceño antes de responder:

—Adrien, señor.

—Bien, Adrien. Debes llevar a esta pequeña…

—Rubí —lloriqueó ella interrumpiéndole.

—A Rubí… de vuelta a su casa. Necesita que le curen el mordisco, y a ti el arañazo. El camino está a la izquierda de esta madriguera; no tenéis más que seguirlo y llegaréis al pueblo. ¿Podrás hacerlo?

Adrien alzó la barbilla y mostró una gran valentía que el cazador admiró. Parecía un príncipe.

—Claro que podré hacerlo. Es mi deber.

El niño ayudó a Rubí a levantarse y juntos abandonaron la cueva sin mirar atrás.

El camino estaba donde el cazador le había dicho, y lo siguieron en silencio. La niña contenía gemidos de dolor, pero a veces se le escapaba alguno, y su compañero la miraba con preocupación.

—Vamos, ya queda poco, Rubí. Llegaremos al pueblo, te curarán y podrás convertirte en la temible Caperucita Roja.

La pequeña sonrió ante estas palabras e hizo acopio de todas sus fuerzas para continuar. El alba los saludaba al final del camino, y cuando lo alcanzaron, suspiraron con alivio.

El pueblo se hallaba muy ajetreado, cosa nada habitual a aquellas horas. Se apartaron junto a un árbol y observaron el jaleo. Algunos entraban y salían del bosque, armados con cualquier herramienta,

había soldados por doquier… Era el caos.

Hasta que por fin alguien se fijó en ellos.

—¡Está aquí! —Un soldado se acercó a ellos—. ¿Estáis bien?

Ambos asintieron.

—Os llevaré de vuelta a palacio, alteza.

Rubí entornó los ojos, confundida.

—Necesita ayuda: está herida.

—Vos también. —El soldado señaló el arañazo y la sangre.

Silbó y varios más se acercaron a ellos. Un campesino cogió a la niña y los soldados se hicieron cargo de Adrien. No tuvieron tiempo de despedirse, tan solo de echarse una última mirada y preguntarse si sus caminos se volverían a cruzar.

En cuanto le perdió de vista, Rubí, que empezaba a sentirse mareada, notó cómo pasaba de los brazos que la sostenían a otros fuertes y amorosos.

—Papá…

Apoyó la cabeza en el hombro de su padre, que corrió sin detenerse, con Esmeralda pisándole los talones, hasta la casa de la abuela. Esta tardó un poco en abrir, tiempo que se les hizo eterno a los padres preocupados.

—¿Qué ha…? —Se cortó al ver la situación, se apartó y los hizo pasar sin dilación.

Acostaron a la niña sobre un diván alto que tenía de los tiempos en los que había sido curandera. Todavía ejercía su profesión cuando alguien desesperado acudía a ella, pero ya no era la misma que antaño: sus sentidos habían envejecido.

Le quitaron la capa roja y la camisa ensangrentada y desgarrada.

—Rápido. Traedme esa palangana con agua y unas gotas del frasco verde de la vitrina. También un paño limpio.

La anciana limpió la herida con el mayor de los cariños. Rubí trataba de no quejarse. Su abuela siempre le había dicho que el escozor era bueno, que significaba que la herida se estaba limpiando y curando bien.

El agua con que la limpió quedó de un granate muy oscuro, y al terminar, la anciana frunció el ceño, pensativa. Los padres se fijaron en su expresión y se preocuparon.

—¿Qué pasa, madre?

—Esto no lo ha hecho un vulgar lobo.

—¿Y qué ha podido ser? —inquirió Ret—. ¿Un oso?

—Esto no es obra de un simple animal. Es obra de un… un… —La anciana cogió aire—. Un lobo lunar.

Ni Esmeralda ni Ret comprendieron el significado. Rubí, al borde del desmayo, recordó las historias que el abuelito les contaba a ella y a la abuelita.

Los lobos lunares eran hombres y mujeres malditos, castigados por alguna criatura maligna a no formar parte jamás del mundo de los humanos, pero tampoco del mundo animal. Condenados a vagar por los bosques hasta alcanzar la muerte o encontrar la forma de romper la maldición, no podían controlar la transformación. En la mayoría de los casos, el lobo se hacía con el control del cuerpo. En otros, había una especie de pacto entre ambos espíritus. Y unos pocos, contaba la leyenda, mantenían a raya al lobo cada día, salvo en noche de luna nueva. De ahí su nombre.

Una de las formas de librarse de la maldición era mordiendo, en la noche trilunar, la última del año, cuando las tres lunas estaban llenas, a un alma pura. El maldito se liberaría por fin y pasaría el castigo a su víctima.

Una lágrima rodó por la mejilla de la pequeña al ser consciente de la situación a la que se iba a enfrentar.

—Debéis partir al Reino de las Quimeras. —La anciana le pidió a Esmeralda que vertiera en un tarro de cristal los líquidos de hierbas que le iba indicando—. Esto mantendrá al lobo a raya durante un tiempo, pero solo allí podréis conseguir la poción que la ayude a controlarlo y, quizás, una cura definitiva.

—¿Cura? ¿Reino de las Quimeras? Madre, ¿de qué estás hablando?

Los padres estaban al borde de un ataque.

La abuela se detuvo unos instantes, se apoyó sobre la mesa y empezó su explicación. Una que Esmeralda y Ret hubieran deseado no escuchar jamás.

Amanecía.

Phir había pasado toda la noche despierto en la habitación de Zoe con su hermana pequeña sobre el regazo, acariciándole los rizos rubios mientras ella dormía. Le había costado conciliar el sueño, pero lo había logrado gracias a él.

Phir no había llegado a pegar ojo. Pensaba en lo que habían visto la noche anterior: su madre convertida en oro. En frío oro. Su padre, al verlos, los había echado de la habitación entre gritos y llanto, sin darles ninguna explicación, tan solo pidiendo que le perdonaran.

—Es un monstruo —había dicho Zoe, abrazada a su hermano.

—No lo es —había asegurado él sin ninguna convicción en su interior.

¿Qué era lo que realmente había sucedido?

Unos suaves golpes llamaron a la puerta. La niña abrió sus ojos verde oscuro, rojos por haber llorado durante horas la noche anterior.

El rey entró y los hermanos se estremecieron. Mas el hombre se quedó en la puerta, sin atreverse a acercarse. No quería que se repitiera lo que había sucedido con su esposa.

—Hijos míos… Lo siento mucho. —Las lágrimas escapaban sin control. Si había pasado toda la noche llorando, Phir no comprendía cómo era posible que todavía le quedaran—. Vuestra madre quiso tranquilizarme… Yo no atendía a razones, y cuando me acerqué a ella para… —Se miró las manos y sollozó con fuerza—. Yo no quería… Yo… no quería que pasara esto… Solo quería salvar al reino… Yo solo…

Se derrumbó.

Por un momento, Zoe se olvidó de todo y quiso ir a consolarle, pero Phir la detuvo. A él también le gustaría acercarse, mas era

arriesgado.

—Tienes que olvidarte de esa maldición, padre —le dijo el niño, mostrando una madurez impropia de su edad.

—Lo sé, lo sé… Pero no sé cómo hacerlo. El sátiro dijo que sería para siempre.

Phir cogió la mano de su hermana y se acercaron a una distancia prudencial.

—Nosotros te ayudaremos. Con oro se puede comprar todo, ¿no?

En esos momentos, Midas no se sintió con fuerzas para explicarle a su hijo que no, que el oro no podía comprar cualquier cosa.

—¡Este es el Reino de las Quimeras! —exclamó Zoe. Todavía sentía miedo hacia aquel hombre que, aunque era su padre, le había arrebatado a su madre. Pero si Phir le apoyaba, ella apoyaría a su hermano.

—Si alguien puede encontrar la solución, es uno de nuestros súbditos —continuó el príncipe—. ¿Por qué no ofreces una recompensa que ningún otro rey sea capaz de igualar? Así no solo trabajará en ello nuestro pueblo, sino que llamarás la atención de personas poderosas, capaces quizás de devolver a madre a la normalidad.

El rey Midas se maravilló por la audacia de sus hijos y se sintió orgulloso de ellos. Sí, tenían razón. Había esperanza.

Miró de nuevo sus manos.

¿Qué podría ofrecer él que otro rey no pudiera?

Tardaron semanas en alcanzar el Bosque de las Hadas. Habían decidido probar suerte y adentrarse en él en busca de algún hada que se apiadara de ellos. De su hija.

Ret miró con preocupación el frasco que la abuela le había preparado a Rubí. Quedaba tan solo una dosis, y un largo camino por recorrer.

Habían dejado el cobijo del Bosque de la Primavera Eterna y pronto alcanzarían el Bosque de las Hadas. Podían distinguirse con claridad los árboles, mas la noche prometía sorprenderlos antes de que los alcanzaran.

Contaban con los ahorros que la anciana les había dado —a pesar de las quejas del matrimonio—, que no habían querido gastar en caballos para semejante viaje; era posible que lo necesitaran para la poción. Lo máximo que habían conseguido era viajar de carro en carro desde el Reino de la Rosa Escarlata hasta el Reino de la Manzana de Plata y atravesarlo de lado a lado. Pero nadie partía de este al Reino de la Madera, o al Lago de los Cisnes o a Corona de Hielo, y mucho menos a los reinos mágicos del este, por lo que habían tenido que continuar a pie.

Esmeralda buscó un lugar en el que pasar la noche, y tan solo halló un árbol solitario con un tronco grueso. Fueron a él, hicieron un fuego y disfrutaron de su escasa cena. Ninguno dijo nada. Desde que partieran, Rubí había perdido su actitud risueña, y aunque Ret había hecho lo posible por amenizarles el viaje, no había logrado apenas sacar unas sonrisas en ellas.

Pero esa noche él también estaba desanimado. ¿Había merecido la pena el viaje? La abuela les había dicho que era su única oportunidad; que la pócima que había elaborado contenía ingredientes que

procedían únicamente del Reino de las Quimeras. Por eso debían dirigirse allí. Por eso y porque ese reino contaba con los mejores ingenieros, inventores y boticarios. Si alguno de estos últimos no tenía la fórmula para curar a la pequeña, la tendría para contener al lobo. Además, la anciana contaba con que pasarían por el Bosque de las Hadas y, aunque al partir se habían negado a ir allí, habían acabado por hacer caso a la abuela. Por desesperación. Ella sostenía que a lo mejor un hada libraría a su pequeña Caperucita Roja de la maldición. Las hadas eran buenas por naturaleza, ¿cómo iban a negar su ayuda a una niña tan pura e inocente?

—Papá, mamá, mirad…

Las primeras palabras que Rubí pronunciaba desde el inicio del viaje apenas habían sido un susurro. Ambos la miraron sorprendidos y vieron que señalaba hacia delante. Entonces pudieron contemplar lo mismo que la pequeña.

El bosque estaba lleno de lucecitas voladoras, doradas, celestes y rosas. Alguna vez se veía alguna de un azul más oscuro.

Ret y Esmeralda se abrazaron a su hija mientras los tres se deleitaban con aquella imagen mágica, y la esperanza caló en sus corazones.

Las hadas eran buenas.

Las hadas los ayudarían.

Trasladaron la estatua de oro de la reina a un salón privado por orden del rey. Tan solo unos pocos habitantes del castillo, los de mayor confianza, y la nodriza de los pequeños sabían la verdad. Para el resto del reino, la reina había caído enferma.

Los hermanos estaban sentados en una mullida alfombra de pelo azul verdoso, cogidos de la mano, con la mirada fija en los ojos de oro de su madre.

—No creo que haya solución.

La princesita bajó la cabeza y el rubio cabello cubrió su rostro. Phir se lo colocó detrás de la oreja izquierda y la observó con sus ojos dorados.

—Padre la encontrará —dijo con intención de animarla, aunque ni él mismo fuera capaz de creerlo.

—¿Tú crees? —inquirió sin mucho convencimiento.

—Ya sabes lo que ofrece. Es algo único.

La pequeña se llevó las piernas al pecho y las rodeó para apoyar la barbilla sobre ellas.

—No sé… Madre siempre nos ha hablado de seres con magia muy poderosa. Quizás lo que ofrece padre esté al alcance de cualquiera. Quizás no sea tan único como él cree… —La voz se le quebró y sus ojos se empañaron.

Volvió a mirar a su madre y un escalofrío le recorrió la espalda al sentir sobre ella la fría mirada que le devolvía. La apartó al momento para encontrar la calidez en los ojos de su hermano, quien le acariciaba el pelo con ternura.

—¿Puede el dinero comprarlo todo? —murmuró él.

—¡Claro que sí!

—¿Estás segura?

Zoe se quedó pensativa unos instantes por la mirada que le echó él. La invitaba a pensar con más detenimiento. Miró de reojo a la reina. Si el dinero pudiera comprarlo todo, la habrían salvado en cuestión de horas, pero llevaban semanas esperando. Así que no, el dinero no podía comprarlo todo. Se había dejado llevar por lo que su padre le había contado de las riquezas: que podrían conseguir todo cuanto quisieran. Pero no era así.

Estaba equivocado.

—No, no puede…

—Pues así como el dinero no puede comprarlo todo, la magia no puede lograrlo todo.

—¿Qué quieres decir?

Zoe no comprendía la relación. La magia era magia. ¿Acaso un hada no podía agitar su varita y hacer aparecer de la nada cuanto deseara? ¿O una bruja? ¿O un hechicero? ¿Y un duende? Muchas de las historias que les habían contado narraban las aventuras de príncipes y princesas que habían sido ayudados gracias a la magia.

Apretó los dientes. Ahora les tocaba a ellos.

—La magia tiene límites. Si no los tuviera, el mundo sería un desastre, ¿no crees?

—No.

—¿No? —Phir ladeó la cabeza y se revolvió el negro pelo.

—Si la magia no tuviera límites, madre ya estaría de vuelta. Ni siquiera habríamos llegado a esto, porque no habríamos necesitado oro para recuperar nuestra vida de riquezas. Todos seríamos ricos. No habría enfermos. No habría guerras.

Phir no pudo evitar sonreír ante las inocentes palabras de su hermana pequeña. Él también pensaba así a su edad, hasta que su padre le abrió los ojos.

—Si todos fuéramos ricos: ¿quién haría el pan? ¿Quién cazaría? ¿Quién haría los vestidos? —La pequeña se encogió de hombros—. Nadie querría trabajar porque todos tendríamos dinero suficiente para comprarlo todo. Pero alguien debe encargarse de todas esas tareas.

—Entonces se podrían cambiar unas cosas por otras. Por ejemplo, una barra de pan por un vestido.

—¿Y de qué serviría el dinero?

Zoe comprendió lo que su hermano quería decirle. La gente trabajaba por dinero, para ganarlo y comprar bienes para subsistir. Si todos tenían dinero y nadie hacía esos bienes… ¿para qué serviría

entonces?

Volvieron a quedarse callados y miraron a la reina.

—¿Y cuánto vale un diamante de oro?

Phir suspiró antes de responder:

—Recuperar a nuestra madre.

Cuando llegaron al Bosque de las Hadas pararon a contemplar embobados lo que sus ojos veían. Los árboles combinaban hojas verdes y doradas. Los rayos de sol se transformaban en motas de oro que iluminaban cualquier rincón del bosque. Y flores. Muchas flores: aquí y allá, abajo y arriba; de todos los colores; de todos los tonos.

De colores que Rubí jamás había visto.

Se atrevieron a cruzar el límite que marcaban los primeros árboles. Ret cogió la mano de su hija con firmeza mientras Esmeralda indicaba el camino, sin saber muy bien a dónde ir. Mas fue poco lo que pudieron internarse en el Bosque de las Hadas.

La pequeña soltó un chillido y escapó de la mano de su padre, asustada. Él la llamó sin éxito, y al correr tras ella sintió que las ramas de un árbol lo sujetaban con fuerza. Buscó a su mujer con la mirada y la vio en la misma situación. Sin embargo, ella no parecía ser consciente: llamaba a su hija a gritos.

—¿Qué queréis de nosotros? —se atrevió a preguntar Ret, pero no recibió respuesta.

Forcejeó hasta que no pudo más. Las ramas que los sujetaban le habían parecido frágiles en un principio, mas no tardó en darse cuenta de que eran resistentes. Examinó los árboles y no encontró nada semejante a ojos o boca; tan solo aquellos brazos de madera que los atrapaban y las raíces salidas de la tierra, que eran como sus pies.

—Son ents —dijo la mujer—. Guardianes del Bosque de las Hadas. ¡Seré estúpida! —De haber podido, se hubiera dado una bofetada en la frente.

—No es culpa tuya.

—Nuestra hija está perdida y nosotros prisioneros. —Le miró con lágrimas en los ojos.

—Está perdida en el Bosque de las Hadas. —Le dedicó una sonrisa para calmarla—. No se me ocurre mejor lugar para perderse. Además, ¿qué daño podrían hacerle a una niña tan buena como ella?

Esmeralda se relajó.

Solo un poco.

Hasta que empezaron a pasar las horas y no escucharon más que sus respiraciones. No veían más que el paisaje que los rodeaba. Ni un rastro de vida, y mucho menos de su hija. El cuerpo les dolía: los ents no les permitían moverse ni un ápice.

La noche cayó. Las flores se tornaron plateadas, también las hojas doradas, y los rayos de las lunas se transformaron en motas de plata que flotaban iluminando el lugar. Esmeralda se preguntó qué eran las luces celestes, rosas, doradas y azul oscuro que habían visto el día anterior. ¿Serían las hadas? ¿Dónde estaban ahora?

Un aullido rompió la paz del bosque.

Padre y madre se miraron angustiados: sabían a quién pertenecía. Miraron hacia las lunas. Una de ellas estaba llena. No le habían podido dar la pócima a Rubí y evitar la transformación… Ahora debía de haberse convertido en una fiera salvaje ávida de sangre.

Otro aullido.

Esta vez sonó más cercano. Esmeralda sintió esperanzas, pero Ret sabía lo que sucedería si el lobo que era su hija aparecía y los veía indefensos. Dudaba que los ents fueran a protegerlos.

Su miedo se acentuó cuando una rama se partió a su derecha. Miró entre la espesura y vio dos ojos de un verde oscuro que siempre le habían producido ternura, pero ahora le helaban la sangre.

—¿Rubí?

Un tercer aullido.

Estaban desayunando cuando llegó uno de los soldados que custodiaban la entrada a palacio. Era extraño: jamás interrumpían la vida privada del soberano si no era por algo importante. Y por su expresión, el rey Midas supo que lo era.

—Mi señor —hizo una reverencia—, el rey del Reino de las Lagunas solicita una audiencia con vos. Ahora.

Midas se levantó.

—¿Está aquí?

—Sí, mi señor.

Padre e hijos intercambiaron una breve mirada de desconcierto.

—Acompaña a mi hija a los aposentos reales y que su nodriza se quede con ella hasta que yo lo ordene. Phir —se dirigió a su hijo—, tú vendrás conmigo.

—¡Yo también quiero ir!

El rey se agachó a la altura de la niña, que se había levantado. Tuvo que hacer grandes esfuerzos por no tocarla, a pesar de las ganas incontrolables que tenía hacía semanas de abrazarlos.

—Todavía eres muy pequeña para los asuntos del reino. Pero necesito a alguien de confianza que proteja a la reina ahora que está indefensa.

Zoe hinchó el pecho con orgullo. Se sentía especial por tener una misión tan importante como la de proteger a su madre.

—No te fallaré, padre.

Hizo un gesto al soldado, ordenándole que la siguiera, y ella salió dando pasos con porte elegante. Phir y Midas sonrieron.

—Vamos, hijo. Veamos qué quiere nuestro vecino.

Por su tono de voz, el muchacho supo que no le agradaba nada la visita del rey Toad. Nunca se habían llevado especialmente bien, pero

compartían en la frontera la Fuente Inagotable, por lo que debían mantener una relación cordial.

El príncipe Phir pensó en ella. La Fuente Inagotable. Era una maravilla de la magia más antigua. No existía otra explicación. Se trataba de una laguna —una de tantas que había en el Reino de las Lagunas y la única que compartía con otro reino— y una cascada que desembocaba en ella. Pero esa cascada no procedía de un río, sino de la propia laguna.

La fuente de agua estaba en el mismo centro. Nadie sabía de dónde provenía, tan solo que llevaba miles y miles de años surtiendo la laguna. Una fuente inagotable, pues ni la peor de las sequías había logrado minar el nivel del agua de la laguna. Ni por mucha agua que los habitantes de ambos reinos recogieran a diario mermaba el pequeño lago. Sin ella, ninguno de los dos reinos tendría cómo abastecerse de agua y dependerían únicamente de las lluvias. Ni siquiera el Reino de las Lagunas, pues la mayoría de sus lagos no eran potables.

Encontraron a la familia real en el salón, ocupando los tronos que pertenecían a Midas y Sadi. El rey carraspeó y sus vecinos saludaron sonrientes.

—¡Rey Midas! Cuán diferente se ve vuestro palacio.

Toad observó con deleite la gran estancia, ahora decorada sin escatimar en gastos.

—Y vuestro reino —añadió la reina Frog.

Ninguno hizo amago por levantarse para mostrar respeto por su semejante.

—Pasemos a la sala de los reyes —los invitó Midas entre dientes.

Padre e hijo hicieron la reverencia protocolaria a la cual los otros reyes respondieron con una leve inclinación de cabeza. Desde que Midas perdiera sus riquezas, había sido tratado con cierto desprecio por parte de los demás reyes. Y aunque había logrado recuperarse gracias a su maldición, parecía que aquellos dos seguirían considerándole inferior.

—¿El príncipe Varde no nos honra con su presencia? —preguntó Midas mientras se dirigían a la sala de los reyes.

—El príncipe se halla ocupado buscando esposa —respondió Toad con brusquedad.

Phir se permitió girar la cabeza para mirar a los reyes. Le aliviaba saber que Varde no había venido con ellos. No lo soportaba. Si sus

padres eran insufribles, su hijo era todavía peor: un engreído que creía tener el poder de hacer lo que le venía en gana; alguien que solo se preocupaba de sí mismo y de alardear de sus trofeos, incluidos los amorosos.

Varde se parecía a sus padres: todos tenían el pelo negro y la mirada marrón. El cabello de la mujer era ondulado y le llegaba por la cintura, y los reyes eran de estatura baja, algo que siempre había hecho gracia al pequeño príncipe. Varde no había heredado eso de ellos.

—¿Y vuestra comitiva?

El rey Midas abría la puerta a sus invitados.

—Les hemos dado permiso para que curioseen por la ciudad. No los necesitamos aquí, podemos hacer uso de vuestros sirvientes durante nuestra corta estancia, ¿verdad?

—Por supuesto —corroboró Midas con una inclinación de cabeza dirigida a la reina Frog.

Tomaron asiento en los cómodos sillones de terciopelo rojo que rodeaban una mesa baja de cristal y oro. El matrimonio real perdió el poco respeto que mostraba y miraron con descaro las manos del rey Midas. Este no lo pasó por alto.

—¿Y bien? ¿Cuál es el motivo de vuestra visita, altezas?

Toad tomó la palabra. Su esposa se recostó en el cómodo sillón.

—Tenemos la solución a vuestro problema.

Phir y Midas intercambiaron una mirada esperanzada.

—¿Podéis ayudar a mi padre?

El rey vecino echó una mirada de reproche al muchacho, molesto por su intervención. Ni siquiera entendía por qué estaba presente. Él no había permitido a Varde participar de los asuntos del reino, no hasta que cumplió los dieciséis, cuando empezaba a ser un hombre.

—Sin embargo, no nos interesa esa recompensa que ofrecéis. Nos parece insulsa, una minucia en comparación con lo que podéis ofrecer.

—¿Un diamante de oro una minucia? —El anfitrión no salía de su asombro—. Es un objeto único en el mundo. Un diamante con todas las propiedades de un diamante… y de oro.

—Sí, sí. —Toad agitó la mano con desinterés—. Pero sed sincero, alteza. ¿Un objeto único en el mundo? ¿Acaso me vais a negar que no hay en todo vuestro ahora esplendoroso palacio no uno, ni dos, sino un sinfín de diamantes de oro?

Midas calló: su invitado tenía razón. Agachó la cabeza. A Phir le

hubiera gustado acercarse a él y tocarle, transmitirle ánimos, hacerle ver que la recompensa no era tan mala como el idiota de Toad insinuaba.

—Mas no os preocupéis, querido amigo. Nosotros tenemos una oferta mejor.

—Os escucho.

En la voz de Midas se notaba la desesperación que sentía por recuperar la normalidad; por recuperar a su mujer. Por recuperar su vida. Toad sabía que el rey del Reino de las Quimeras haría lo que fuera con tal de librarse de aquella maldición.

Cualquier cosa.

Una bola de luz azul oscuro emergió de la tierra, y conforme ascendía, fue creciendo hasta adoptar la forma de un hada. La loba se había quedado parada contemplándola, igual que Ret y Esmeralda, que por un breve momento olvidaron que Rubí los acechaba.

Con un movimiento de varita, el hada ordenó a los ents que soltaran a los humanos. De la nada, sacó la caperuza roja de la niña y se la tendió a Ret, quien la cogió tembloroso. Por último, la mujer centró su atención en el animal y le sopló unos polvos plateados y azules. La loba estornudó, se tumbó y lentamente cambió de forma hasta recobrar la de la dulce niña de cabellos dorados.

El hombre y la mujer corrieron junto a ella y la cubrieron con la capa ante la atenta mirada del hada. Rubí yacía dormida en brazos de Esmeralda, quien la acarició con ternura y temor por lo que podría haber llegado a hacer si no llega a aparecer el hada.

—¿Podéis ayudarla?

La súplica nació de los labios de un Ret desesperado.

La mujer posó los pies descalzos sobre la hierba. Los ents se hallaban tras ella, pendientes por si debían intervenir; en silencio. Si Ret y Esmeralda no supieran la verdad sobre ellos, los verían como simples árboles.

—No.

La voz melódica acarició los oídos de los padres como una dulce canción.

—Pero… vos sois una melíade —intervino Esmeralda—. Sois las hadas más antiguas que moran este mundo, las más poderosas. Podéis deshacer cualquier maleficio.

La había reconocido por el tono azul oscuro de su luz. Las hadas se dividían en varios rangos: las melíades eran las ninfas más antiguas,

nacidas de los fresnos en flor. Las dríades, de luz dorada, eran las hadas nacidas de los robles en flor. Las náyades, de luz celeste, eran las que nacían de los ríos. Y las hamadríades, de luz rosada, eran las nacidas de un árbol concreto, al que estaban ligadas. También existían las nereidas y las oceánides, pero no habitaban los bosques como las demás: procedían de los océanos.

El hada los miró con pesar. Sus cabellos de color madera bailaban al son de una brisa inexistente, y sus ojos, del tono de su luz, expresaban la impotencia que sentía por no poder ayudar a aquellos humanos que tanto la necesitaban; a aquella niña que sufría bajo lo que creían una maldición.

—Vuestra hija no padece ningún maleficio.

Ret y Esmeralda se miraron desconcertados.

—Un licántropo la mordió y le transmitió su ponzoña. Claro que es un maleficio —replicó el hombre.

—Los licántropos son seres creados por la propia naturaleza.

—Las leyendas dicen…

—No todo lo que cuentan las leyendas es verdad —interrumpió la melíade a la mujer—; por eso son leyendas. Los licántropos no son seres malditos: son como vosotros, como yo, como cualquiera. Pero se los tacha de bestias salvajes, bestias malditas que siembran el terror.

—Nuestra propia hija iba a atacarnos —dijo Ret entre dientes.

—Porque no ha aprendido a convivir con el lobo. Pocos lo consiguen. Creer que es una maldición y no volverse uno con el espíritu del lobo provoca una eterna disputa, y cuando el lobo toma el control, desata toda su furia.

El hada se acercó más a ellos y se agachó. Miró con ternura a la niña.

—Los licántropos no pueden procrear. Esta es su única forma de mantener viva la especie. Intentan elegir a alguien que lo desee, o a huérfanos que no tienen nada. Pero a veces es el lobo quien decide, sin tener en cuenta nada más que su sed de sangre pura. Como la de esta pequeña.

Se hizo el silencio, únicamente roto por la música de la magia. Una música que pocos saben percibir y menos apreciar. Pero en el Bosque de las Hadas es imposible no escucharla, aunque no estés atento. Se cuela en tus oídos e invade tu ser.

—Entonces… No hay solución —negó él, abatido.

—No hasta que aprenda a convivir con el espíritu que ansía ser

uno con ella. Hasta entonces tendréis que controlar las transformaciones, pero no impedirlas. Eso sería peor para Rubí. En el Reino de las Quimeras pueden elaborar una poción hasta que la pequeña aprenda.

—¿Y si no lo logra nunca? —Esmeralda estaba preocupada. Debían permitir que Rubí se transformara, que diera rienda suelta al lobo que llevaba dentro. Era peligroso para quienes la rodearan… y para ella misma.

El hada se irguió e hizo un movimiento sinuoso con su varita. En el aire apareció un pequeño frasco que tendió a Ret.

—Tomad. Una vez elaboren la poción, metedla en este frasco. Jamás se gastará: podrá disponer del líquido siempre que quiera. Así no os veréis obligados a dejar vuestro hogar para siempre.

Su hogar…

Ambos padres volvieron a mirarse. No estaban seguros de querer volver: no querían poner a nadie en peligro. Todo dependería de los efectos de la poción y de saber cómo actuar cuando Rubí tuviera que transformarse. Hasta entonces, permanecerían lejos.

Esmeralda se levantó con su hija en brazos.

—Gracias…

—Melia. Soy Melia.

—Gracias, Melia.

—Un último regalo.

Agitó la varita en varias direcciones con movimientos largos y armoniosos. Danzaba al son de la música que provocaba su magia, y ante ellos apareció una elipse en cuyo interior una espiral celeste deformaba la imagen del bosque. No, no la deformaba: no se trataba de aquel bosque, sino de otro muy diferente.

—Es un Arco Mágico que os llevará directamente al Reino de las Quimeras. Rubí necesita ayuda cuanto antes.

Dicho esto desapareció sin darles tiempo de agradecérselo. Lo hicieron mirando a los ents, pensando que quizás ellos podrían transmitírselo al hada, y luego, cogidos de la mano, cruzaron hacia el Reino de las Quimeras; hacia los reinos mágicos del este. Muy lejos de su hogar.

—¿Y bien?

El rey Midas estaba impaciente por conocer la propuesta del rey Toad a cambio de ser liberado de aquel hechizo que le había privado de su esposa. Era consciente de que era culpa suya por haberlo pedido sin pararse a pensar en las consecuencias; sin escucharla a ella. De no ser por la gratitud del sátiro, nada habría pasado.

Un sirviente los interrumpió entrando con una bandeja de oro. En ella había cuatro tazas de porcelana y una tetera humeante. Lo dejó en la mesa baja y lo sirvió, hizo una reverencia y se marchó.

Midas cogió una de las tazas y esta se tornó de oro. Toad y Frog se miraron con los ojos brillantes de codicia. A Phir se le hizo un nudo en el estómago. ¿Qué le pedirían a su padre? Fue el único que no cogió una taza: la dejó sobre la bandeja, solitaria. Estaba tan nervioso que sabía que no sería capaz de tragar ni el mejor té del mundo.

El rey Toad sopló y dio un pequeño sorbo. Se relamió los labios.

—Exquisito, sin duda.

Su esposa asintió mostrándose de acuerdo.

Terminaron el contenido de las tazas con tranquilidad y pidieron a Midas que les sirviera más de aquel delicioso té. El anfitrión suspiró, mas hizo lo que le habían pedido haciendo uso de todo su autocontrol para contenerse.

Fascinados, los reyes contemplaron el cambio de porcelana a oro.

Con la segunda taza en la mano, el rey Toad decidió acabar con la espera.

—Os diremos cómo solucionar vuestro problemilla a cambio de una fuente inagotable de oro.

—¿Cómo voy a lograr eso?

Ante la sonrisa que le dedicaron los reyes, Midas comprendió al

instante.

—¿Funcionará? —intervino el príncipe, incapaz de contenerse. Su padre alargó el brazo para pedirle que se mantuviera al margen, pero se detuvo a tiempo.

—Podéis convertir cualquier fluido en oro líquido. Imaginad una fuente inagotable de oro. Seríamos el reino más rico, no solo de los reinos mágicos del este, sino de todos los reinos conocidos —habló Frog tras terminar el contenido de la segunda taza. La dejó con delicadeza sobre la bandeja y miró a Midas esperando respuesta.

—Acepto.

Los invitados sonrieron complacidos.

—Ah, una cosa más. —Toad terminó también su té y dejó la taza —. Desde el momento en que la Fuente Inagotable se convierta en la Fuente de Oro Inagotable, pasará a ser única y exclusivamente del Reino de la Laguna Dorada.

—¿Reino de la Laguna Dorada? —repitió Phir con el ceño fruncido.

—Querido príncipe: vuestro padre no va a rechazar nuestra oferta. Sabemos que es la única que ha recibido en semanas, así que nos hemos tomado la libertad de hacer un añadido al nombre de nuestro reino. Ya se están cambiando carteles y mapas, y decenas de mensajeros han partido hacia los demás reinos para informar y que hagan lo propio —explicó la reina, sonriente.

—¡No podéis hacer eso! Esa fuente pertenece a ambos reinos. —El joven se levantó invadido por la rabia.

—Esto no os compete, príncipe Phir. Está en manos de vuestro padre.

—¡Pero…!

—Phir. —No fue una orden; Midas ni siquiera lo dijo con tono severo.

Era una súplica.

El chico agachó la cabeza y volvió a sentarse. Colocó las manos en el regazo y las frotó con nerviosismo. No quería seguir allí, no quería escuchar las palabras que su padre pronunció a continuación.

—Trato hecho. ¿Cómo puedo librarme de esto?

Los reyes aplaudieron encantados.

—Existe un ser cuyo nombre nadie conoce. Yo hice un trato con él. No entraré en detalles sobre esta historia, pero os diré que ese duende tiene poder suficiente para libraros de esta… maldición, como

vos la llamáis.

—*Es* una maldición.

—Lo que sea. —Agitó la mano dándole la razón aunque no estuviera de acuerdo con él—. A cambio de lo que él os pida, os librará de ella.

—¿Lo que él me pida?

—Tened claro —dijo la reina— que, si no cumplís vuestra parte, os castigará con algo mucho peor que esto a lo que llamáis maldición, alteza. A no ser, claro está… —sonrió con diversión— que averigüéis su nombre. Solo así se libra uno de cumplir el trato del duende. Pero debemos advertiros de que nadie lo ha descubierto jamás.

Midas suspiró, afligido. Había perdido a su esposa. Acababa de perder parte de su reino. ¿Qué le pediría el duende por tan gran favor?

El bosque, de un verde apagado, quedó atrás, dando paso a una inmensa llanura que contenía una ciudad amurallada.

Conforme se acercaban, Rubí fue recuperando las fuerzas y su espíritu alegre e imparable. Se atrevió a soltarse de la mano de Ret para dar saltitos a uno y otro lado, jugando con las mariposas de colores que se escondían en las pocas flores de la pradera.

Sus padres la miraban preocupados. Caminaban cogidos de la mano, en silencio. La pequeña no parecía recordar el episodio de la noche anterior. No había hecho ninguna pregunta al respecto. Tan solo había comentado que el paso por el Bosque de las Hadas se le había hecho muy corto y que le hubiera gustado ver un hada.

Se detuvieron a comer las escasas provisiones que les quedaban: carne seca, queso duro y mohoso y pan duro. Al menos de agua no andaban escasos, y sospechaban que tenía que ver con el hada, pues sus cantimploras habían aparecido llenas al cruzar el Arco Mágico.

A varios metros vieron un sendero que parecía terminar en la ciudad. Por él circulaban carros y personas a caballo y a pie. Decidieron unirse a ellos. No sabían si encontrarían algún problema para entrar en la ciudad real, y lo mejor era informarse. Así, mientras Rubí hacía buenas migas con tres niños que viajaban en un carromato, sus padres entablaron conversación con los adultos.

Descubrieron que nada les impediría entrar en la ciudad. Al parecer, todo el mundo era bien recibido, en especial aquellos que portasen una solución para el problema del monarca.

—¿Qué problema? —inquirió Esmeralda, intrigada.

—Oh, ¿no os habéis enterado? ¡Es la comidilla de los reinos mágicos del este! —exclamó una mujer.

La pareja se guardó de decir que venían de mucho más lejos. No

querían dar detalles sobre sí mismos que no fueran necesarios.

La mujer los puso al día respecto a lo que había pasado en el Reino de las Quimeras. Ret se quedó abstraído mientras escuchaba la historia. Si nadie había sido capaz de ayudar al rey, ¿quién podría ayudarlos a ellos? Sintió un apretón en la mano por parte de su mujer, y supo que le estaba transmitiendo ánimos. Apartó esos pensamientos. El problema del rey no tenía que ver con lo que le pasaba a Rubí.

A un par de kilómetros de la ciudad encontraron un cruce. Un buen número de personas escogía el camino que salía hacia la izquierda. Parecía que sabían a dónde iban. Otros, los que iban con Ret y Esmeralda, se quedaron leyendo los carteles. El primero indicaba en qué reino se encontraban. El segundo rezaba: «Ciudad Real». Otro marcaba el camino por el que habían venido: «Bremen». Y el tercero, el que señalaba hacia la izquierda, estaba hecho con una tabla más nueva que las otras dos. Decía: «Reino de la Laguna Dorada».

Esmeralda ladeó la cabeza y Ret se frotó la barbilla. Varios cuchicheos surgieron a su alrededor.

—¿Y el Reino de las Lagunas? —preguntó alguien.

—¡Pero si lo tienes delante de las narices!

El primer hombre que había preguntado miró en todas direcciones y giró sobre sí mismo antes de volver a hablar.

—Yo no veo nada.

—¡El tercer cartel, cegato!

—Ahí dice «Reino de la Laguna Dorada». ¡Yo busco el Reino de las Lagunas, alcornoque!

Su acompañante se llevó la mano a la cara y murmuró algo ininteligible.

—Han cambiado el nombre, besugo.

El hombre miró de nuevo los carteles y la dirección en la que señalaban. Se dio varios golpes en la cabeza al comprender su error. Varias personas rieron; otras asintieron mostrando la misma confusión que él.

—¿No se llamaba Reino de las Lagunas? —preguntó alguien.

La mujer que había contado la historia del rey a Ret y Esmeralda se acercó al cartel y lo examinó. Se giró hacia los demás.

—Lo han puesto hace apenas unos días.

—¿Qué habrá pasado?

—¿Tendrá algo que ver con el rey?

—¿Qué?

—Ha podido convertir todas las lagunas en oro.

—¿Por qué iba a hacer eso?

Y con estas preguntas, y nuevas que surgieron, avanzaron hacia la ciudad amurallada, que los recibía con las puertas abiertas, invitando a todo aquel que quisiera entrar. Había guardias apostados a cada lado, controlando que la entrada y salida se hiciera en orden, sin percances.

—¿Por qué esta ciudad tiene un muro tan grande?

Esmeralda respondió a su hija de caperuza roja.

—Para protegerse.

—¿De quién?

—De animales salvajes, de otros reinos… Quién sabe.

Conforme cruzaban las puertas, Rubí miró las murallas. Parecían inmensas, hechas para gigantes. Ella se sintió pequeña a su lado y se cogió al brazo de su madre, preguntándose de qué o quién tendría que protegerse la Ciudad Real del Reino de las Quimeras.

Muchos, muchísimos súbditos del ahora Reino de la Laguna Dorada se hallaban allí, a la otra orilla, con copas de licor en las manos esperando el gran momento para brindar por sus reyes y su nuevo reino.

El rey Midas también estaba allí, en su lado del lago. Phir y Zoe habían insistido en estar con él: no le dejarían pasar solo aquel trago. Eran una familia.

Con ellos, algunos de los habitantes del Reino de las Quimeras que querían apoyar al monarca. El príncipe los miró con orgullo y agradecimiento. Estaban allí por su padre.

Faltaba un poco para medianoche, momento en el que el rey Toad había decidido que el rey Midas cumpliera su parte del trato. Quería todo un espectáculo. Estaba sentado en un trono improvisado junto a su esposa, ambos con copas hasta arriba de un líquido amarillento y burbujeante.

Phir buscó a su hermana con la mirada, pero no la halló al otro lado de su padre. Miró a uno y otro lado sin éxito.

—Voy a buscar a Zoe —susurró.

Su padre asintió, conforme.

El príncipe sabía lo que la laguna significaba para su hermana: el lugar más bonito del reino, allí donde acudía a menudo a jugar, bañarse o leer. Era su rincón especial y, aunque siempre había alguien en él, eso la reconfortaba todavía más. Phir entendía que, si bien quería estar allí apoyando a su padre, no sería capaz de verlo.

La encontró alejada del gentío jugando con otra niña alrededor de un arbusto. Las risas llegaron a sus oídos, cosa que le extrañó y reconfortó a partes iguales. Cuando Zoe se dio cuenta de su presencia, detuvo el juego y le miró. La otra niña hizo lo propio. Phir se detuvo

con la boca abierta por la impresión.

¡Había dos Zoe!

Sacudió la cabeza. Quizás el haber cenado poco le estaba jugando una mala pasada. Se frotó los ojos y volvió a mirar, pero seguía igual. Dos niñas, con ropas y peinados diferentes, pero iguales.

—¿Cómo es posible? —acertó a preguntar.

Ambas se encogieron de hombros y rieron. Zoe cogió de la mano a su nueva amiga y la llevó delante de su hermano.

—¿A que somos iguales?

Phir no salía de su asombro. Jamás habían visto a aquella niña antes; si lo hubieran hecho, no la habrían olvidado.

—¿Eres de aquí?

—¡Viene del Reino de la Rosa Escarlata! —volvió a hablar Zoe.

El príncipe arrugó la frente. Ese lugar estaba en los reinos mágicos del oeste. Estaba muy, muy lejos.

Un hombre los interrumpió.

—Ah, aquí estás. ¡No deberías alejarte sin avisar! A tu madre casi le da algo…

Se fijó en la otra niña. Pasó su mirada de una a otra.

—Me gustaría comprender qué está pasando aquí.

Puso los brazos en jarras, esperando una explicación de la pequeña de capa roja.

—Papá, ella es la princesa Zoe. ¡Somos idénticas! ¿A que si nos vistiéramos igual no sabrías reconocerme?

—¿La princes…? —El hombre señaló a la niña, que hizo una reverencia a modo de saludo. Luego su dedo pasó a señalar al joven que había a su lado; no tendría más de doce años—. Entonces, vos debéis de ser el príncipe Phir.

—Así es —saludó con una inclinación de cabeza.

El hombre empalideció.

—Espero que hayas sido respetuosa. No queremos buscarnos problemas con la realeza nada más llegar —se dirigió a su hija.

—Solo estábamos jugando —intervino Zoe—. ¡Es mi nueva amiga!

La abrazó con fuerza mientras el hombre se rascaba la cabeza, pensando que esa no era su idea de pasar desapercibidos.

—Bueno, vamos junto a tu madre, que nos está esperando. Y vosotros deberíais ir al lado del rey. El espectáculo está a punto de comenzar y querrá teneros cerca.

La princesa se entristeció. Phir fue junto a ella y cogió su mano

para transmitirle su cariño. Antes de que la otra niña siguiera a su padre, Zoe le preguntó:

—¿Cómo te llamas?

Rubí cruzó una mirada con su padre y se mordió el labio.

—Caperucita. Caperucita Roja.

Y desapareció entre la gente.

Los hermanos se quedaron pensando en el extraño nombre. Se miraron, sonrieron y se encaminaron a su lugar.

Midas ya tenía los pies en la orilla. El agua los bañaba con dulzura. Se giró y vio a sus hijos en primera fila. Phir le transmitía su apoyo con la mirada. Zoe era abrazada por su hermano mayor y se tapaba la cara con las manos, aunque con los dedos abiertos para mirar a su padre. Su corazón infantil, aunque triste, no quería dejarle solo.

El rey avanzó con las manos en alto para no tocar las aguas. Todavía no. Cuando le llegaban por la cintura, se detuvo y miró al rey Toad y a la reina Frog, que sonreían complacidos. Estos se miraron.

—Adelante, rey Midas.

El apelado suspiró. Se miró las manos y las sumergió.

Era curioso cómo todo lo que tocaba se solidificaba. La comida, la bebida…, pero no el agua. Esta se convertía en oro líquido.

Y así sucedió.

A su alrededor se formaron círculos de oro que crecieron y crecieron hasta ocupar cada orilla. Todos los ojos se fijaron en la cascada, todavía de agua cristalina. Pocos pudieron evitar exclamaciones de asombro cuando las gotas empezaron a tornarse de oro, dando la sensación de que en la laguna caía magia.

Sin embargo, Midas no había acabado. Debía tocar directamente el origen. Cogió aire y se sumergió en las doradas aguas. Nadó y nadó hasta lo más profundo, allí de donde salía el agua: una fuente subterránea. Según el rey Toad, si tocaba el origen, se tornaría en una fuente inagotable de oro líquido. Midas no estaba tan seguro, pero no había expuesto sus pensamientos ante él. Quería librarse de la maldición. Si en un futuro la fuente dejaba de echar agua convertida en oro, ya no sería su problema. Habría cumplido su parte del trato y Toad no tendría nada que reprocharle.

Extendió la mano y alcanzó el agujero. Era cálido. Introdujo la mano lo que le fue posible, hasta tocar algo que le quemó.

Había terminado.

Nadó con todas sus fuerzas hacia la superficie, ansioso por volver a respirar.

Emergió en una explosión de gotas de oro.

El Reino de la Laguna dorada aplaudió y brindó con entusiasmo.

El Reino de las Quimeras se retiró, abatido.

La princesa había prometido ir a buscarla al día siguiente. Rubí la esperaba con impaciencia. Gracias a la solidaridad de algunos ciudadanos, Esmeralda y Ret habían podido alquilar una pequeña casita de dos plantas, y en esos momentos se encontraban limpiando la de abajo para abrir una tetería, como en el Reino de la Rosa Escarlata.

La pequeña había dejado de limpiar los cristales y observaba el exterior en busca de Zoe. Cada vez que veía una melena rubia su corazón se aceleraba por la emoción, pero resultaba ser una niña que no tenía nada que ver con la princesa.

Suspiró y continuó con su trabajo. Al poco, sus padres se acercaron a ella.

—¡Pero bueno! Menos mal que sé que aquí hay un cristal. —Ret admiró el trabajo de su hija—. Lo has dejado tan limpio que ni se ve.

Rubí sonrió, orgullosa.

—Hija, nos vamos a ausentar un rato en busca de muebles. —Esmeralda se agachó para ponerse a su altura—. ¿Podemos confiar en ti?

—¡Ya tengo ocho años! —Levantó la cabeza.

Los adultos sonrieron y él le revolvió el pelo.

—Volveremos enseguida. Tú continúa con el polvo en cuanto acabes las ventanas.

La pequeña asintió y salió a despedirlos desde la puerta. Vio varios niños jugando en su regreso de la escuela y sintió envidia. A lo mejor Zoe también había tenido clase y por eso no había podido ir a buscarla. O a lo mejor… se había olvidado de ella.

—Somos idénticas. Es imposible olvidarse de eso.

Sonrió para sus adentros con esperanza renovada y retomó sus

quehaceres.

En cuanto terminó con los cristales hizo un pequeño descanso. Tenía los brazos muertos de cansancio. Comió unas galletas que su madre había hecho por la mañana al levantarse y se paseó por la sala. Allí había algunos muebles que aprovecharían, como un mostrador delante de las escaleras que subían a la casa. Su madre quería poner ahí una selección de pastas y tés gratuitos para que los clientes pudieran probarlos y así atraerlos. Estaba justo frente a la puerta de entrada, por lo que sería lo primero que vería cualquiera que entrara.

Las mesas y sillas se colocarían a la izquierda de la entrada. Además, las ventanas tenían asientos, que harían más cómodos con unos cojines. Rubí ya había elegido su rincón favorito, y era el asiento que había en la ventana justo a la derecha de la entrada. Desde allí podría ver la calle, viajar por sus cuentos y observar la tienda. Y como la clientela se acomodaría al otro lado, aquel sería exclusivamente suyo.

Su madre aprovecharía una estantería para colocar la porcelana y el cristal. Se dirigió a ella para limpiarla bien. Pasó un trapo húmedo por los estantes a los que llegaba y luego fue al mostrador. Tras él había un taburete de madera que habían encontrado en una habitación y habían bajado a la tienda por si llegaran a necesitarlo. En cuanto se agachó a por él, la puerta se abrió. Sus padres habían regresado.

—El hada dijo que no debíamos impedir las transformaciones —decía Ret.

—¡Y también dijo que no era un maleficio! —Esmeralda estaba alterada. Rubí se atrevió a mirarlos por encima del mostrador—. No podemos permitir que esa cosa vuelva a hacerse con el control. Mira lo que pasó en el bosque.

—No pasó nada.

—Pero podría haber pasado si ella no llega a aparecer. —Suspiró—. Ret, nuestra pequeña se pondría en peligro… Querrían cazarla, estudiarla, exhibirla… Y quién sabe qué más horrores. No voy a permitirlo.

Él claudicó.

—Tienes razón. No permitiremos que Rubí vuelva a pasar por eso. La mantendremos a salvo. Se tomará la poción todas las noches.

La niña volvió a agacharse. Ella no recordaba qué había pasado en el Bosque de las Hadas. Solo estar dormida y cómo una melodiosa voz

hablaba con sus padres, diciéndoles que lo que tenía no era una maldición.

Pero si ellos creían que lo mejor era que se tomara el remedio que la ayudaría, lo haría. No quería preocuparlos. Y no quería poner en peligro a sus padres ni a nadie de aquella ciudad que tan bien los había acogido.

Los hermanos yacían dormidos como cada noche, con Zoe rodeada por los brazos de Phir. El día había sido agotador por la tensión. Los tres habían esperado durante horas la aparición de aquel que curaría a su padre y les devolvería a su madre.

Alguien los contemplaba con ternura y cariño; lágrimas rebeldes escapaban de sus ojos. Luchaba contra el impulso de despertarlos y abrazarlos para no soltarlos jamás.

Desde su prisión de oro había sido consciente de cada detalle que sucedía a su alrededor. Incluso de lo acontecido hacía apenas unos instantes…

Su esposo, el rey Midas, había ido junto a ella tras acostar a sus hijos, como cada noche. La miró desde la puerta de sus aposentos y lloró al comprobar que todo se mantenía igual, mas enseguida se dio cuenta de que había alguien más; alguien con la suficiente osadía de sentarse sobre su cama endoselada. La furia le invadió al momento, y estaba a punto de llamar a los guardias para que encarcelaran a quien se había atrevido a entrar en los aposentos reales cuando se dio cuenta de que era un ser menudo de orejas puntiagudas, ojos dorados y ropas verdes.

Era el duende del que el rey Toad le había hablado.

Aquel que le libraría de la maldición.

—¿Cómo es tener una reina de oro? —inquirió el ser con voz chillona mientras cruzaba una pierna sobre otra y aparecía una copa de vino de la nada.

El hombre se mordió la lengua haciendo grandes esfuerzos por contener su rabia. No quería enfadar al único capaz de ayudarle.

—Vaya. Últimamente mis clientes se quedan mudos. —Dio un sorbo a la copa de oro—. Debo de causar gran impresión; voy a tener que trabajar menos en mi indudable atractivo. —Se peinó el pelo hacia atrás mientras se miraba en el reflejo que le ofrecía la copa.

—Ve al grano.

—¡Así me gusta! —Dio una palmada y, para sorpresa del rey, la copa se mantuvo flotando en el aire—. Nada de enredos ni de irnos por las ramas. Directos al grano. Bien. —Con un movimiento de la mano derecha hizo que apareciera un papiro escrito con letras de oro, de caligrafía elegante—. Si firmáis este contrato, quedaréis liberado al momento de eso que os pasa en los dedos, y quedaréis atado a mí hasta que cumpláis vuestra parte del trato.

—¿En qué consiste? ¿Qué debo hacer?

El duende soltó una risilla.

—Veréis, esto ha sido tan repentino que aún no he decidido qué quiero de vos.

Midas le miró con desconfianza.

—¿No quieres riquezas? Puedo cubrirte de oro en un instante.

—¿Riquezas? —Rio y, con un chasquido de dedos, los aposentos reales quedaron inundados de montañas de oro, joyas, diamantes y piedras preciosas. El rey se sintió abrumado. Y se preguntó qué podría querer de él alguien con tanto poder—. No os preocupéis —continuó el duende como si le hubiera leído el pensamiento—, algo se me ocurrirá. Y tendréis que cumplirlo. Solo así quedaremos en paz, y no volveréis a saber de mí jamás.

—¿Qué pasa si no cumplo mi parte?

—Ah, bueno: tomaré represalias. Y os puedo asegurar que no queréis que las tome.

El duende le dedicó una sonrisa maliciosa y dio otro sorbo al vino hasta que apuró la última gota. Las riquezas desaparecieron junto con la copa.

—¿Y bien? ¿Cuál es vuestra decisión, *majestad*?

Aquel «majestad» no estaba dicho con respeto, sino como una muestra de que el duende era superior a él.

Midas miró a su esposa, quien le devolvía su ya habitual mirada, fría y sin vida.

—Acepto.

Otra risilla y el contrato flotó ante sus ojos, que empezaron a leerlo.

—Ah, no necesitáis leer los términos legales: son tecnicismos y palabrería propia de los contratos. Ya sabéis. Con que firméis, será suficiente. —Le tendió una enorme pluma dorada cuyos pelos ondeaban movidos por una brisa que el rey no sintió. Eso le dio escalofríos. La cogió e intentó estampar su firma, pero la pluma no pintó—. La tinta es vuestra sangre, majestad.

Un contrato de sangre. No hacía falta que el ser lo explicara con palabras: era un contrato irrompible. Mientras se llevaba la punta al dedo, el rey fue capaz de leer las últimas líneas, que rezaban que la única forma de romper el contrato era averiguando el nombre del contratante.

El pinchazo fue más desagradable de lo que esperaba. La pluma quedó impregnada con su sangre, y la acercó al lugar donde debía firmar. Al momento, su nombre quedó grabado en el contrato.

El ser rio y atrajo el papiro. Lo enrolló y lo hizo desaparecer.

—Un placer hacer negocios con vos.

Hizo una reverencia.

—Cumple lo prometido —ordenó el rey, impaciente.

El duende dio un chasquido con sus dedos, pero el hombre no sintió nada.

—No veo ningún cambio.

—¿No? ¿Por qué no probáis a tocar algo que todavía no hayáis convertido en oro?

Midas miró las cortinas de la cama endoselada. Se acercó y, con mano temblorosa, rozó la suave seda. No sucedió nada. La agarró esta vez con fuerza, pero la tela se mantuvo imperturbable.

Se giró hacia el ser.

—Nos volveremos a ver, *majestad.*

—Espera —se apresuró a decir—. No me has dicho quién eres.

El duende soltó una de sus habituales risillas.

—No necesitáis saberlo.

Desapareció y el rey se maldijo por no haber sido capaz de engañarlo para que le dijera su nombre.

—¿Midas?

La rabia, la ira y la impotencia se disolvieron en cuanto escuchó esa voz.

—Sadi…

El reino había vuelto a la normalidad, e incluso mejorado. Se había restablecido el comercio, se habían enriquecido gracias a la maldición del rey Midas y habían recuperado a la familia real en todo su esplendor.

Ret y Esmeralda no comprendían la alegría que invadía cada rincón de la ciudad. Las gentes les sonreían y regalaban cosas: pan, fruta e incluso algunos muebles necesarios para la tetería. Pero no solo a ellos: todos daban e intercambiaban con entusiasmo. Incluso después de dos semanas, la felicidad bullía allí donde uno posara la mirada.

—Mira, Esmeralda. —Ret señaló un papel que colgaba de su propia puerta. Cuando habían salido al mercado no estaba—. El rey celebra un baile esta noche en honor de la reina. ¿Qué te parece si…?

—¡Sí! —exclamó Rubí—. ¿Podemos ir? ¿Podemos?

La pequeña no había vuelto a ver a la princesa y tenía ganas de hacerlo.

—No tenemos vestidos para la ocasión —lamentó la mujer, apenada.

—¡No os podéis perder un baile del rey! —terció una cuarta voz —. Venid conmigo: encontraremos algo para ti y, por supuesto, para la pequeña Caperucita.

Era una de las modistas del pueblo. Las arrastró hasta su tienda mientras Ret las observaba con una sonrisa.

Ni él ni su esposa le habían dicho nada a Rubí por que no hubiera dado su verdadero nombre. Pensaban que quizás tenía que ver con que echaba de menos a la abuela, y lo dejaron estar.

Se metió en la tetería y colocó los enseres que llevaba en una cesta grande de mimbre. Les había quedado una tienda acogedora a la que la gente acudía encantada. Esto, y el nuevo trabajo de Ret como

herrero, les había permitido empezar a ahorrar. Ret soñaba con darle una buena educación a Rubí y tener dinero para el futuro si las cosas se complicaban, además de invertir parte en el viaje de aniversario que estaba planificando con su esposa. Rubí tendría que ir con ellos, pues preferían controlar ellos su toma de la poción.

Atendió a las pocas personas que acudieron esa tarde. Suponía que la gente se estaría preparando para el gran baile. Él mismo tenía que mirar su escaso vestuario, aunque dudaba que tuviera algo a la altura. Acompañaría a Esmeralda y Rubí y luego volvería. Merecían disfrutar después de todo lo que habían pasado. Él podía quedarse leyendo. Habían adquirido nuevos libros y tenía ganas de sumergirse en una larga tarde de lectura.

Unos silbidos le sacaron de su ensimismamiento mientras ordenaba unas tazas. Acababan de entrar dos preciosidades que bien podían ser diosas. Ret se quedó embobado mirando a Esmeralda con un precioso vestido granate que se ajustaba a su esbelto cuerpo y caía en vuelo debajo de las caderas. Rubí, en cambio, llevaba uno en honor a su nombre. Era de manga corta, un auténtico vestido de princesa que conjugaba a la perfección con su caperuza. Esta parecía no deteriorarse, no ensuciarse. Jamás se le había roto desde que la tenía, y parecía una prenda muy elegante si se combinaba con las vestimentas adecuadas.

—Estáis preciosas. Las dos.

Se acercó a dar un beso a cada una.

—Tenemos algo para ti —dijo Esmeralda con una amplia sonrisa.

Le mostró un traje azul oscuro de varón. Él se quedó sin palabras.

La gente empezó a irse para prepararse también. Antes de salir se deshacían en halagos hacia las dos, que aceptaban con un intenso rubor en sus mejillas.

Ret subió a vestirse y bajó al poco, bien peinado. Esmeralda le hacía una trenza a su hija.

—¿Qué tal estoy?

—¡Estás muy guapo, papá!

La mujer le dio un beso en los labios.

—Bien, pues, ¿estáis listas?

—Rubí, ¿te lo has tomado? —La niña asintió.

Se encaminaron al castillo junto a tantas otras personas, que hablaban con emoción del evento. Hacía años que no vivían un acontecimiento como aquel, por eso se había formado tanto revuelo.

Los jardines delanteros habían sido adornados con guirnaldas de luz y tenían mesas y sillas para quien quisiera quedarse por allí. La música del interior se oía fuera. Varios de los acompañantes de la familia se quedaron por el camino, saludando o yendo hacia alguna mesa que ya tenía bebidas distribuidas.

Los tres continuaron hacia el interior. En el inmenso vestíbulo había varios invitados hablando, riendo y bebiendo. A la izquierda estaba el salón del trono, que se había habilitado para acoger a todos los ciudadanos en la fiesta. En el salón de la derecha había bailes, por lo que Ret cogió a su esposa de la mano y la llevó hasta allí.

—¿Cuánto hace que no bailamos?

—Demasiado…

Rubí los observó durante un rato con una sonrisa.

Sus ojos se posaron en el príncipe Phir, que bailaba con una noble preciosa. Él no parecía disfrutar tanto como su pareja. A Rubí le parecía un chico muy guapo; no le extrañaba que a un lado esperasen varias damas para compartir un baile con el joven heredero.

El príncipe debía bailar con cada una de las doncellas pertenecientes a la nobleza. Era una orden estricta de su padre. Debía establecer relaciones con las familias y, en un futuro, elegir a la que sería su esposa.

El joven vio a Rubí mirándole y le dedicó una sonrisa. Ella le saludó con la mano y enseguida fue secuestrada por Zoe, que apareció tras ella y la sacó a bailar. Algunos de los invitados quedaron extrañados al fijarse en las niñas y en su parecido, mas enseguida volvían a los bailes y las conversaciones.

Cuando Phir terminó su último baile, se acercó a un camarero y se bebió una de las copas de un trago. Estaba cansado de bailar y compartir palabras insulsas con las chicas. Ninguna tenía una conversación interesante. Todo eran halagos hacia él, moda y política. Sabía que era su deber, pero necesitaba un respiro.

Buscó a su hermana con la mirada, pero no la encontró. Soltó un suspiro resignado y decidió salir a los jardines laterales, donde apenas había gente. Así podría despejarse de tanta música y gritos.

¡Cómo envidiaba a Zoe! Ella no tenía que obedecer los protocolos impuestos por el rey Midas. Podía jugar libremente y hacer lo que quisiera. Su única obligación era asistir a clase. Y mientras tanto, él, aparte de acudir a clases, tenía que estar presente en cada reunión y aburrida convención social donde lo único que se hacía era beber —a

él no le dejaban— y presumir. Y también estaban las fiestas de los nobles. Tenía que ir a todas; según su madre, era su deber: nunca se sabía dónde aparecería la esposa ideal.

Paseó alejándose de los balcones del salón, hasta que la música y las voces fueron tan solo un murmullo. Cogió aire con gusto y miró al cielo despejado. Las tres lunas le sonreían.

Iba a marcharse cuando, a su derecha, vio algo sobre las flores. Era una capa roja… ¿de la niña llamada Caperucita? Escrutó los alrededores en busca de ella o de su hermana.

Un grito de terror partió la noche.

«Zoe».

Aquello no podía ser cierto. En el Reino de las Quimeras no había lobos. Sin embargo, lo que sus ojos dorados veían junto a una de las fuentes de los jardines era un lobo gris y blanco de mirada feroz que acechaba a su hermana. Si no fuera por el temblor que invadía el cuerpo de la princesa, habría jurado que se trataba de una inofensiva estatua.

Con la capa todavía en la mano, se interpuso entre ellos.

—¡Zoe!

—¡Phir! —lloriqueó la pequeña abrazándose a su cintura.

—No te muevas.

—¡Es ella!

El lobo fijó los ojos de un verde oscuro salvaje en el príncipe y enseñó sus dientes afilados. El joven giró la cabeza para escuchar mejor a su hermana sin perder de vista al animal.

—¿Quién?

—Caperucita Roja… —Hipó—. Estábamos jugando y de repente… —Sollozó.

Phir observó al lobo. Era pequeño.

¿Caperucita? ¿Cómo iba a ser aquella bestia una niña?

—Se habrá escondido. Estará a salvo.

—¡No! Es ella, Phir. Lo he visto. —Cogió su mano, suplicante.

Su hermano se centró en el peligro que corrían y no en desentrañar de dónde había salido el lobo.

—Yo lo distraeré. Tú corre al castillo y llama a los guardias. Diles dónde estoy.

—No puedo…

El animal dio varios pasos hacia ellos y el príncipe sintió cómo su hermana volvía a temblar. Respiró hondo. No tenía nada a mano para

enfrentarse a él. Nada salvo la capa de Caperucita. Podría intentar envolverlo en ella para desorientarlo: eso le daría a su hermana una oportunidad, y quizás también a él.

Levantó la prenda, preparado.

—Cuando te diga, corres, ¿entendido?

—Phir…

—¿Me has entendido?

—Sí…

En cuanto el lobo se abalanzó sobre ellos, Phir lanzó la capa sobre su cabeza y, luchando con los movimientos de su contrincante, trató de envolverlo.

—¡Corre!

Zoe no se movió. Phir miró a su hermana.

—¿Qué haces? ¡Corre! No sé cuánto tiempo podré retenerlo.

Pero la expresión de la pequeña había cambiado. Ya no mostraba miedo, sino confusión y un brillo de curiosidad.

El lobo ya no ofrecía resistencia. Tragando saliva, el príncipe se atrevió a levantar un poco la caperuza. El lobo lo miraba con sus ojos verdes. Tenía la cabeza ladeada y parecía un cachorro con ganas de jugar. Phir frunció el ceño sin entender por qué el animal ahora era dócil. Llevado por un impulso, se atrevió a acariciarlo, y este se dejó.

El pelaje blanco y gris fue cambiando hasta mostrar unos cabellos dorados. Las orejas desaparecieron y la piel rosada tomó protagonismo. El corazón del joven se detuvo al instante al descubrir quién había bajo ella.

—Te lo dije —habló su hermana, acercándose—. Es Caperucita Roja.

—Pero…

La niña parpadeó varias veces. Los miró y contempló el entorno. Se la veía desorientada. Se dio cuenta de que estaba desnuda y, roja como las manzanas, se tapó mejor con su capa.

—¿Estás bien?

Zoe hizo amago de acercarse, pero su hermano la detuvo con el brazo, todavía sin comprender la situación.

—¿Qué ha pasado?

Caperucita bajó la mirada y tragó saliva.

—Yo…

—¡Te has convertido en loba! —Sin que el príncipe pudiera detenerla, la princesa se arrodilló frente a su amiga—. ¿Cómo lo has

hecho? ¿Puedes hacerlo otra vez? ¿Puedes enseñarme?

—Yo… —repitió Caperucita. No le salían las palabras.

—Vamos dentro —propuso él.

—¡No pueden verme así!

—Tranquila, evitaremos a todo el mundo. Sabemos cómo entrar sin ser vistos —explicó Zoe con picardía.

Así, la joven de capa rubí se dejó llevar por los hermanos. Entraron por una puerta del servicio que no estaba vigilada. Los sirvientes estaban demasiado ocupados atendiendo la fiesta, cocinando y fregando. No prestaron atención a los niños, que atravesaron las cocinas y llegaron hasta la habitación de la princesa. Una vez allí, Phir cerró la puerta tras asegurarse de que nadie los había visto. Esperó a que Caperucita se pusiera un vestido celeste y blanco de su hermana y luego se sentaron los tres en la enorme cama endoselada de color melocotón.

—Toma, seguro que te ayuda a sentirte mejor.

El joven había robado una tableta de chocolate de las cocinas. Zoe se la arrebató de las manos, la partió y le dio la mitad a su amiga. Esta se la llevó a la nariz.

—¿Es chocolate?

—¡Pues claro! ¿Nunca has probado el chocolate?

La otra niña arrugó la nariz.

—Sí, pero nunca así. Siempre líquido y calentito…

—Pruébalo, ya verás.

La pequeña de la capa dio un mordisquito a aquel desconocido manjar. Sus mejillas se iluminaron ante el sabor.

—¡Está muy rico!

Phir esperó a que comiera y riera con su hermana para rebajar la tensión de lo que habían vivido. Paseó por la estancia y miró por la ventana. Algunos de los invitados empezaban a marcharse. Tuvo que interrumpir el momento.

—Tienes que contarnos qué ha pasado ahí fuera. ¿Eres un peligro?

No estaba seguro de que su decisión llevarla allí hubiera sido buena. Como heredero que era, no debía poner en peligro el castillo. Sin embargo, no había visto otra solución. También se había hecho con un cuchillo de las cocinas, que no dudaría en usar si la cosa volvía a ponerse fea. Protegería a su hermana de cualquier amenaza.

La niña se arrebujó en su capa y procedió a contarles su historia desde que estuvo en la cueva del lobo, pasando por el Bosque de las

Hadas y los retazos de conversación que creía recordar, hasta que llegaron al Reino de las Quimeras.

—Entonces, ¿esa poción impide que te conviertas en lobo?

—Sí. Mi madre me preguntó antes de venir si me la había tomado y le mentí… —Varias lágrimas corrieron libres por sus mejillas—. Pensaba tomarla después de la fiesta. No pensé que pasaría nada… Lo siento.

Se quedaron en silencio. Zoe cogió su mano para tranquilizarla.

—Hay algo que no entiendo. —El príncipe se levantó y retomó el paseo por el dormitorio—. Si solo esa poción puede evitar la transformación…, ¿por qué has vuelto a ser tú?

La niña se encogió de hombros.

—A lo mejor el lobo no quería hacernos daño y decidió dormir —planteó la princesa, mas a él esta explicación no le convencía.

Cesó su andar y miró a la niña. No, no la miraba a ella, sino a la capa. El lobo había usado uñas y dientes para librarse de ella y, sin embargo, estaba en perfecto estado. ¿Cómo era posible?

—¿De dónde sacaste esa capa?

Caperucita se miró y respondió:

—Fue un regalo de mi abuela. Me dijo que era una capa mágica.

—Claro… Por eso en la fiesta has estado bien. Pero te la quitaste en los jardines y cambiaste… hasta que te envolví con ella —comprendió el príncipe.

—Pero no se transformó al instante con la capa —apuntó su hermana—. Durante unos momentos fue como un cachorro —añadió recordando el comportamiento de los perritos que tenían poco tiempo.

—Porque la capa no te impide transformarte en lobo: te ayuda a ser una con él, tal y como os dijo el hada.

Se quedaron mirando la capa mágica mientras la niña que la llevaba puesta la acariciaba como si fuera el mayor tesoro que un pirata podría desear.

—Rubí…

Aquella voz le llegaba lejana, como si estuviera en otro reino. La niña no se movió. Si era un sueño, prefería no abrir los ojos por si un monstruo la acechaba.

—Rubí…

Esta vez sonó más cerca.

Y dulce.

Y cariñosa.

—¿Mamá?

Se atrevió a abrirlos y se encontró con la cálida sonrisa de Esmeralda.

—¿Cómo está mi pequeña dormilona?

Bostezó, arrancando una carcajada en la mujer.

Le llevó unos instantes recordar lo acontecido la noche anterior. No se había tomado la poción, por lo que el lobo había tomado el protagonismo durante la fiesta. Pero Phir y Zoe la habían ayudado. Con la capa…

—¿Dónde está mi caperuza? —preguntó aterrorizada.

Su madre le señaló una silla con la cabeza. Sobre ella estaba la capa, bien colocada. Rubí se permitió suspirar de alivio.

Esmeralda pensó que era tan importante por ser un regalo de su abuela, que no quería perderla, y mucho menos separarse de ella.

No iba desencaminada, pero la noche anterior había cobrado una mayor importancia al descubrir que quizás podría ser lo que Rubí necesitaba para comprender al lobo que habitaba en ella. Para ser una con él. Para hacer de ello un don, y no una maldición como pensaban sus padres.

Tras lo sucedido, Phir había buscado a sus padres y alegó una

indisposición de Rubí, motivo por el cual la habían llevado a los aposentos de Zoe.

La pequeña no había querido mentir a sus padres, pero no podía contarles nada: no quería que la regañaran, que le impidieran salir ni que le prohibieran ver a Phir y Zoe.

—¿Cómo te encuentras?

—Estoy bien. Cansada.

—¿Quieres quedarte en la cama?

Rubí lo pensó unos instantes, mas enseguida se levantó.

—Quiero ayudaros.

Mientras se vestía, su madre le dijo:

—Hoy, como papá libra, no abriré. Queremos preparar nuestro viaje.

A Rubí se le iluminaron los ojos, a pesar de que ella no iría.

Tras asentarse en el Reino de las Quimeras y comprobar que con la poción Rubí estaba a salvo, habían decidido celebrar su aniversario a solas.

Bajaron juntas a la tienda, donde su madre le sirvió unas magdalenas. Ret estaba sobre una mullida alfombra a la izquierda, junto al rincón favorito de la niña. Esta se sentó en la ventana con su desayuno. Con el primer mordisco, recordó a la abuelita. Nadie hacía las magdalenas como ella, y eso que su madre era una gran repostera.

¿Estaría bien? La echaba mucho de menos.

Desde su posición privilegiada observó los libros y papeles que su padre tenía ante sí. Esmeralda se sentó frente a él.

—Entonces, ¿decidido? ¿Viaje en barco?

Antes de que la mujer pudiera responder, alguien llamó a la puerta.

—¡Está cerrado!

La llamada se repitió y él se levantó. Tras la puerta no se encontró ningún cliente, sino a la mismísima princesa acompañada por un soldado de la guardia personal de los reyes.

—¡Hola! —saludó con entusiasmo, y levantó una cesta llena de pasteles por encima de su cabeza—. ¿Puedo ver a Caperucita Roja?

Ret sonrió y la hizo pasar con una reverencia. El soldado se quedó en la puerta, rechazando la invitación.

Rubí chilló de alegría. Con un gesto la invitó a sentarse a su lado. La princesa le ofreció los pasteles, y ella, a su vez, le ofreció de sus magdalenas.

—¿Qué hacéis?

—Mis padres se van de viaje por su aniversario.

—¡Caperucita! No hables con la boca llena, y menos delante de la princesa.

—¿Por qué no puede hablar con la boca llena delante de mí? —inquirió Zoe con la boca llena de un buen mordisco de magdalena de chocolate.

Esmeralda puso los ojos en blanco y Ret rio.

—¿A dónde vais?

—Queremos hacer un viaje en barco desde el norte del Reino de la Rosa Escarlata y rodear la Isla de Nunca Jamás.

—¿La isla donde no se envejece nunca? —preguntó Zoe con ojos soñadores.

—La misma.

—Cuando sea mayor de edad iré allí a vivir para no envejecer más —aseguró la princesa.

—¡Iré contigo!

Los adultos sonrieron con su ocurrencia.

—Lo tenemos todo listo —dijo Esmeralda a Ret mientras miraba los papeles—. Cogeremos un portal hasta el Reino de la Mazana de Plata y de allí iremos al puerto del Reino de la Rosa Escarlata.

Zoe dejó de reír y abrazar a su amiga y la miró con pena.

—¿Eso significa que te vas?

El ambiente se tiñó de tristeza.

Los padres de Rubí no respondieron. Habían pensado dejar a la pequeña con su abuela, aunque no estaban seguros, pues no querían cargar a la anciana con la niña. Rubí era obediente y apañada, pero nerviosa. Además, no creían que volver al Reino de la Rosa Escarlata fuera buena idea: todavía no habían encontrado un remedio permanente para la maldición de Rubí. Al final habían decidido que la pequeña iría con ellos, aunque todavía no se lo habían dicho.

—¿No podría… quedarse? —preguntó la princesa con timidez, mirando a los padres de su amiga.

Intercambiaron sendas miradas de confusión.

—¿En palacio? —inquirió Ret.

A Rubí se le encendieron los ojos por la emoción. Entrelazó los dedos y suplicó:

—¿Puedo? Por fi, por fi.

—Quizás el rey y la reina no estén de acuerdo… —musitó

Esmeralda, poco convencida.

Zoe se levantó de un salto.

—¡Vamos a preguntárselo!

Sin darles tiempo de responder, abrió la puerta y desapareció. Rubí, ilusionada, la siguió, y sus padres fueron tras ella, llenos de dudas.

Los reyes no pusieron objeción: les encantó la idea de acoger a una amiga de Zoe. Era la primera vez que la princesa invitaba a una niña a palacio, y no querían privarla de ello. Además, conocían tanto a Caperucita Roja como a sus padres.

Esmeralda y Ret se habían mostrado reacios y habían objetado con mil excusas, pero los reyes no se dejaron convencer. Les aseguraron que todo iría bien. Al final, los padres de Rubí habían optado por confiarles la poción, alegando que se trataba de una medicación muy importante y que era vital que no pasara una sola noche sin tomarla.

En los días siguientes llevaron las pertenencias más importantes de la niña a palacio y sus padres ultimaron los detalles del viaje.

Y llegó el día de la despedida a las puertas de palacio.

—Pórtate bien; haz todo lo que sus majestades te pidan.

Los reyes sonrieron. Sadi giró la cabeza y la apoyó en el hombro de Midas para que nadie percibiera que le había entrado la risa al ver a Esmeralda más emocionada que su propia hija. Estaba claro que nunca se habían separado de la pequeña y era una escena de lo más enternecedora.

Caperucita se mantenía más fuerte y animada que su madre.

—Te enviaremos cartas cada semana y te contaremos cuanto veamos —prometió Ret.

Abrazaron a su pequeña con fuerza, como si pudieran llevarse parte de su esencia al viaje.

—¡Nos veremos dentro de poco! —afirmó Caperucita Roja secándose las lágrimas que habían logrado abrirse camino a través de sus ojos.

Ret y Esmeralda agradecieron una vez más a los reyes que se

hicieran cargo de su pequeña. Luego se marcharon a la ciudad, donde recogerían sus cosas y se dirigirían a la Casa de los Espejos. Tenían un pasaje para viajar hasta el Reino de la Manzana de Plata. Una vez allí viajarían hasta un pueblo costero en el Reino de la Rosa Escarlata, que organizaba los cruceros por Nunca Jamás.

—¡Vamos, te echo una carrera por los jardines!

Las niñas salieron corriendo y gritando.

Los reyes volvieron a su despacho para atender asuntos del reino.

Phir se quedó observando la ciudad que se extendía a sus pies; aquella que algún día estaría bajo su mando. Le ponía nervioso pensar en ello. Lo veía difícil y, sobre todo, lleno de límites que no podría sobrepasar una vez se convirtiera en rey.

Suspiró.

Para eso acudía diariamente a clases: para formarse como el futuro soberano que el Reino de las Quimeras esperaba.

... cuando volvamos prepararemos un viaje los tres. Iremos a donde quieras. ¡Viajar entre espejos es tan mágico y rápido! Te encantará.

Nos hemos entretenido porque hemos dado un rodeo para visitar a la abuelita. Te envía recuerdos: está deseando verte. Ella está bien, en el pueblo la quieren y ayudan mucho.

Ahora ya estamos en Náutica, y enseguida embarcaremos. Llevamos papel suficiente para describirte cada detalle de nuestro viaje, ¡especialmente si vemos sirenas! Tu padre intentará dibujarlas para ti. Esperamos ver muchas, hablar con ellas y hacerles todas las preguntas que tú les harías.

La carta continuaba preguntando cómo le iba en palacio. Mentiría si dijera que no los echaba mucho de menos, pero también si negara que

lo estaba pasando en grande. Por las mañanas asistía de oyente a las clases de la princesa, aunque oyente era un decir: no dejaba de hacer al profesor preguntas que ayudaban a Zoe a recordar lecciones anteriores. Después le gustaba tumbarse en los jardines y escribir en su nuevo libro en blanco, regalo de sus padres antes de marchar. A veces su amiga la ayudaba con las historias contándole anécdotas del Reino de las Quimeras. La princesa le decía que un día sería una gran escritora.

Antes de comer, Phir las llevaba a cabalgar por las inmediaciones. A veces montaban por la ciudad y le enseñaban a Rubí los rincones más exóticos. Otras, iban por el bosque y la pradera, y muchas se detenían en la Fuente Inagotable, a una distancia prudencial, puesto que ya no pertenecía al Reino de las Quimeras. La joven de caperuza roja podía leer en los ojos de los hermanos lo mucho que echaban de menos aquel lugar, que ahora resplandecía como el mismísimo sol.

Habían tenido que buscar un nuevo rincón; no era ni por asomo tan bueno como la laguna de la fuente, pero era lo mejor que habían podido encontrar: se trataba de un lago pequeño, una charca en mitad de la pradera. Había árboles a un lado que aportaban una sombra agradable; flores en el otro extremo, y el resto era arena blanca y fina. Ninguno había visto una playa, pero sabían por los libros que era lo mismo, salvo por el hecho de que, en lugar del océano, las aguas que bañaban esa arena eran dulces, siempre transparentes y cálidas, y en el centro había bastante profundidad: la suficiente para que las niñas no hicieran pie.

A veces no les daba tiempo de ir por la mañana porque el príncipe estaba ocupado con su preparación real, así que ellas aprovechaban a jugar por el palacio e iban después de comer con él.

No olvides tomar tu medicación, es muy importante para tu corazón.

Te quieren,
Mamá y Papá

Rubí suspiró y dobló la carta para guardarla en una cajita verde que Zoe le había regalado. En ella también guardaba el vial con la pócima que debía tomar cada día antes de que se pusiera el sol. La reina Sadi

acudía a recordárselo, y no se iba hasta que no veía cómo la ingería.

Pero no aquella noche.

Miró a través de la amplia ventana de su habitación. El sol iniciaba el descenso, cansado de mantenerse en lo alto durante tantas horas. Ahora les tocaba a sus hermanas. Y una de ellas estaría llena esa noche.

Una llamada suave y se volvió hacia a la puerta al tiempo que la reina entraba en el dormitorio.

—Buenas noches, Caperucita. —Le dedicó una calurosa sonrisa que siempre reconfortaba a la pequeña—. ¿Preparada para tomar la poción mágica que te hará más fuerte?

Siempre le decía lo mismo. La niña asintió, cogió el vial y lo abrió para llevárselo a los labios ante los ojos de la mujer. Fingió darle un buen trago. Lo cerró y lo devolvió a su sitio.

—Muy bien, pequeña. Que las hadas iluminen tus sueños.

Se marchó, dejando a una Rubí llena de dudas.

Tenía miedo, pero si había una forma de unirse al lobo en lugar de mantenerlo encerrado, quería intentarlo. Ahora formaba parte de ella. El hada ya lo había dicho: no era un maleficio. Ret y Esmeralda creían que Rubí no había escuchado nada de su conversación con el hada. Y aunque al principio había tratado de obviarlo y seguir los deseos de sus padres, sabiendo que querían lo mejor para ella, tras la noche de la fiesta había empezado a replantearse su decisión. Las palabras del hada habían vuelto cada noche.

Ella ahora era una licántropa, y debía aprender a convivir con ello.

Ya lo había hablado con Phir y Zoe. La princesa se había mostrado emocionada ante la idea de ayudar a su amiga; sin embargo, persuadir a Phir le había llevado tiempo. Él estaba convencido de que sí era una maldición, y que aunque se pudiera controlar con la caperuza, lo mejor era seguir tomando la poción. Mas Rubí había logrado hacerle ver, a través de sus recuerdos de la conversación con el hada, que no era un maleficio. Era una licántropa, y si no aprendía a ser una con el espíritu, siempre sería un peligro.

La poción era inagotable, pero sin ella perdía el control. ¿Y si un día desaparecía? Podían robársela, el vial podía romperse… Y podía suceder en cualquier momento, cuando no tuvieran acceso a más: siempre que estuviera lejos del Reino de las Quimeras.

Esto había terminado por convencer a Phir.

—Está bien, pero lo haremos a mi modo. Y tendréis que obedecerme en todo.

Las dos se lo habían prometido.

Y todo empezaría esa misma noche.

La primera noche que lo intentaron fue un completo desastre.

El príncipe condujo a las niñas a las mazmorras. Zoe no estaba convencida de que aquellas rejas pudieran contener al lobo, pero entonces entraron en la mazmorra del final, la única que no se hallaba a un lado del pasillo, sino justo en el final del camino. Phir empujó varias piedras y ante ellos se abrió un pasadizo que la princesita desconocía.

—¿Qué es esto?

—Aquí abajo —explicó su hermano mientras descendían por una escalera de caracol— se encuentran unas mazmorras que no fueron construidas para personas.

Esto dejó heladas a las niñas, que se cogieron de la mano al terminar la bajada y adentrarse en un nuevo pasillo iluminado por antorchas verdes y azules que se encendían a su paso. Temían lo que podían encontrar allí abajo. Caperucita se armó de valor y miró el interior de algunas celdas, mas estaban vacías. Suspiró aliviada.

Phir las llevó hasta la más amplia, con una pequeña ventana enrejada que daba al exterior. ¿A qué parte podría dar desde la profundidad a la que se encontraban?, se preguntó Zoe.

—Creo que este es el mejor lugar —indicó él.

Se pusieron manos a la obra. Primero encerraron a Caperucita sin su capa, a petición de la propia niña. Quería saber hasta qué punto era consciente cuando era el lobo quien tomaba el control. Su inteligencia y madurez, impropias de una niña de su edad, impresionaron al príncipe.

No fue agradable ver cómo se transformaba y perdía su humanidad. Zoe le pidió a su hermano que le lanzara la caperuza, pero él, luchando contra sus propios deseos y los de su hermana, se

mantuvo firme, respetando la última petición de Caperucita.

Al final, los hermanos se quedaron dormidos en un rincón y el día llegó. El lobo desapareció y dio paso a una niña rubia de mejillas sonrosadas.

—Es extraño. Me siento encerrada, débil, incapaz de comunicarme con el lobo —les contó mientras subían.

—Quizás por eso sea tan complicado ser uno con el lobo y pocos lo consigan. Tú tienes tu capa: seguro que te ayuda a conseguirlo.

Estas palabras del príncipe animaron a la pequeña, y en las noches siguientes lo intentaron con ella puesta.

Aunque la capa le devolvía su forma humana si así lo deseaba, Caperucita era incapaz de comunicarse con el lobo, y cada vez se sentía más frustrada. Pensaba que jamás lograría su objetivo, que tendría que volver a tomar la medicina y olvidarse de lo que era.

Zoe ya no bajaba con ellos a las mazmorras: no soportaba ver a su amiga convertida en un animal salvaje. Phir se mantenía al lado de Caperucita a petición de esta. Todavía le quedaban esperanzas, y que el príncipe luchara con ella la ayudaba a no rendirse.

Aquella luna nueva bajaron, como cada noche, en silencio. La niña retorcía las manos, presa del nerviosismo. ¿Lo conseguiría en aquella ocasión o el resultado sería el de siempre?

Miró de reojo al príncipe, que caminaba con seguridad. Sería la última noche que lo intentaran. No se lo había dicho a sus amigos, pero lo tenía decidido. No podía seguir abusando de su amistad así. Phir pasaba las noches allí abajo con ella. Descansaba mal y se le notaba. Y ella estaba igual. No podían seguir así más tiempo, y menos él, con las responsabilidades que tenía.

—Esta vez lo conseguirás. Confía en ti. El lobo no debe verte como una amenaza ni una barrera, sino como una aliada —dijo Phir antes de que se metiera en la celda.

Ella asintió.

—Gracias por todo, Phir. Yo… no sé cómo agradecerte esto.

Él le sonrió y cogió su mano, mirándola con mucho cariño. Detrás de ese dulce rostro se escondía alguien a quien había visto madurar a pasos agigantados. Había participado en temas del reino cuando los reyes conversaban en las comidas, y había demostrado tener un pensamiento honesto y altruista que había impresionado a Phir. Él había imaginado que, algún día, se casaría con una mujer como ella.

«¿Y por qué no ella?». Se sorprendió a sí mismo haciéndose esta

pregunta. «Porque es la amiga de mi hermana; porque es igual que mi hermana y eso sería raro; porque es una campesina y mis padres no lo aceptarían; porque… ¿por qué?».

La abrazó con fuerza y, después de separarse, clavó la mirada en ella.

—No eres solo la amiga de mi hermana, Caperucita. Te has convertido en alguien muy importante en mi vida.

La niña sonrió, se puso de puntillas y le dio un dulce beso en la mejilla, susurrándole un «Gracias» que caló en el príncipe. Se introdujo en la celda y se sentó en medio de la mazmorra de cara a la ventana con la capa atada al cuello. Las lunas hicieron su aparición poco a poco; la plateada no brillaría esa noche. Los rayos de sus hermanas acariciaron el rostro de la pequeña.

Caperucita cerró los ojos y buscó en su interior a su otra mitad.

Allí estaba, en un rincón, esperando el momento de tomar el poder.

Ella se acercó y le tendió la mano. El lobo ladeó la cabeza.

La luna plateada apareció llena y brilló sobre ellos. Eso no había pasado antes. Dentro de ella siempre estaban solos la niña y el lobo. Nada del exterior entraba con ellos.

Miraron el astro y el animal se tumbó, volviendo sus ojos a la niña. Esta se armó de valor y se acercó a él. Lo acarició entre las orejas.

Hubo un destello rubí.

Cuando Caperucita volvió a abrir los ojos, estaba de vuelta en la mazmorra. Se giró y miró a Phir con pesar.

Otro fracaso.

—¿Caperucita?

Cuando respondió, de su garganta salió un suave aullido.

Miró hacia abajo. Sus manos eran las de un lobo.

Deseó volver a su ser y el lobo se lo permitió.

Recuperó su forma humana ante los ojos del príncipe, quien se dio cuenta de que, en esta ocasión, la caperuza había desaparecido mientras ella era una loba y vuelto a aparecer al recuperar su cuerpo de niña.

Caperucita sintió algo cálido en su interior. Sintió que podía ser salvaje y libre, correr en la noche y disfrutar de la naturaleza sin dejar de ser ella.

Lo había conseguido.

Por primera vez en mucho tiempo, Rubí se sentía segura. Lo había conseguido. Ya no tendría que recurrir a la última opción que le quedaba para librarse de la licantropía: morder en la noche trilunar a un alma pura. No lo había compartido con los hermanos; había preferido guardárselo. No sería capaz de hacer algo así… ¿Librarse ella para condenar a otra persona?

Suspiró y apartó estos pensamientos.

Estaba sentada en el escritorio de su habitación en palacio. Delante de ella descansaba la caja verde abierta, mostrando el vial con la pócima y las cartas de sus padres, que estaba releyendo. Retiró todo a un lado y extendió un papel de color salmón que Zoe le había dado. Decía que su padre lo traía del Bosque de las Hadas y que era mágico. Ni el agua ni el fuego podían destruir su contenido.

Mojó una pluma escarlata en tinta esmeralda y comenzó a escribir.

Queridos mamá y papá:

No dejo de releer e imaginar todo lo que estáis viendo. Ya estoy mirando mapas, ¡pienso pediros que me llevéis al reino más lejano y mágico que encuentre en ellos!

Aquí estamos bien. Los reyes son muy agradables y Zoe es como mi hermana. ¡Siempre estamos juntas!

A veces nos gusta jugar a engañar a los sirvientes de palacio: les cuesta reconocer quién es la princesa y quién la amiga de la princesa. Al único que no engañamos es a Phir. Me gusta mucho. Es listo, valiente y guapo.

¡Algún día me casaré con un príncipe como él!

Ah, y tengo una sorpresa que…

Alguien llamó a la puerta de su habitación. Le extrañó. No esperaba a nadie. Después de cenar y que la reina les contara una historia y comprobara que Caperucita Roja se tomaba la medicina, Zoe y ella se iban a dormir; Phir se quedaba hablando con su padre, y Sadi acudía a los aposentos reales a darse un baño relajante

Dejó la pluma en el tintero, se envolvió en la bata celeste y fue a abrir. Tras la puerta apareció Phir.

La pequeña se ruborizó por lo inesperado de aquella visita. Le gustaba el hermano de su amiga. Y aunque era consciente de que ella nunca podría estar con un príncipe, fantaseaba en sus sueños.

—Me gustaría regalarte algo para que siempre te acuerdes de mí.

Le tendió una tela aterciopelada color esmeralda que envolvía con torpeza algo duro. La niña lo abrió, con el corazón latiéndole con fuerza. Era una cadena de oro con un rubí en forma de luna creciente.

—Oh —lo admiró—. ¡Me encanta!

—Gírate, que te lo pongo.

Ella se dio la vuelta, encantada con aquel fantástico regalo. Tuvo que contener una risa al pensar que Phir no sabía hasta qué punto aquel colgante hacía juego con ella.

—Precioso.

Durante unos minutos se observaron en silencio. Entonces llegó la princesa.

—¿Qué pasa, Zoe? —preguntó él.

Rubí apreció que su amiga parecía mantener una lucha interior.

Más de una vez abrió la boca, como si quisiera decir algo, pero enseguida la volvía a cerrar. Por fin cogió aire y soltó:

—Creo que algo malo les ha pasado a tus padres.

Rubí sintió que el mundo se detenía y su cuerpo se sumergía en una helada oscuridad de la que jamás podría salir.

Zoe la abrazó, pero ella no respondió. No estaba allí. Estaba buscando respuestas. Aquello no podía ser verdad. Sus padres estaban de viaje y volverían: regresarían a por ella. Luego viajarían juntos y nada volvería a separarlos.

Algo la devolvió a la realidad. A la fría y maligna realidad.

—¿Cómo…?

Logró apartarse de la otra niña. Zoe se mordió el labio con ademán culpable. Les indicó que la siguieran y los condujo a una salita donde los reyes hablaban en susurros. Apoyó la espalda en la pared y dejó que su amiga y su hermano se asomaran lo justo para observar sin ser descubiertos. Sadi sostenía un trozo de papiro y se tapaba la boca. El rey tenía la frente apoyada contra la ventana.

—No puede ser —decía—. Pobre niña. ¿Cómo se lo decimos?

—No podemos contarle la verdad.

La reina miró a su marido con los ojos horrorizados.

—¡Merece saberla! Se trata de sus padres…

—¿Y cómo pretendes hacerlo? —Midas golpeó el cristal de la ventana y sus ojos se perdieron en el exterior—. ¿Cómo le explicas a una niña que una sirena atacó la embarcación en mitad de una tempestad y que solo ha sobrevivido el guía? ¿Cómo le cuentas que cuando mató a la sirena ya era tarde para sus padres y tuvo que huir para salvar su propia vida? ¿Cómo le dices que unos seres que consideraba buenos han segado la vida de sus padres? No. Nos limitaremos a decirle que naufragaron…

Sadi sollozó.

—¿Qué será de ella ahora?

El rey cerró los ojos, pensativo.

—Mencionaron que tiene una abuela en el Reino de la Rosa Escarlata.

—¿Crees que estará mejor que aquí?

Él se giró hacia su mujer, la cogió por los hombros con delicadeza y la miró con pesar.

—Creo que esta decisión debe tomarla ella.

Pero Rubí no quería decidir. Quería que sus padres regresaran.

Quería que volvieran a ser una familia… La familia que una sirena le había arrebatado.

«Una sirena».

Sus padres siempre le habían dicho que eran seres bondadosos y ella les había creído; incluso había querido conocerlas.

Cuán equivocados habían estado.

Las sirenas eran monstruos despiadados.

Algún día se vengaría.

Zoe volvía de la habitación de su amiga. Caminaba triste y con la cabeza gacha. Caperucita llevaba varios días sin salir de la cama y sin apenas comer. La princesa había intentado sacarla de allí y distraerla, pero no había tenido éxito con ninguna de sus ideas. Phir le decía que le diera tiempo, que se pusiera en su lugar. Y eso había hecho.

Ahora iba a verla y no le insistía. Tan solo le hacía compañía y le preguntaba si quería hacer algo con ella. Le leía cuentos, aunque se cuidaba de escoger aquellos en los que no aparecieran sirenas.

Ojalá pudiera ayudarla.

—Hola, *majestad.*

El duende que le había librado de la maldición del oro se encontraba delante del amplio escritorio con una sonrisa traviesa.

—¿Tú? ¿Qué quieres? —inquirió Midas levantándose.

—Tan solo vengo a cobrar vuestra deuda. Hicimos un trato, ¿recordáis?

El rey tragó saliva. ¿Qué le pediría? ¿Dinero? ¿Tierras? ¿La mano de su hija? Temía las palabras que salieran de la boca de aquel ser.

Durante aquel tiempo había enviado a sus mejores hombres en busca de su nombre para librarse del trato, pero por más que había indagado, no había hallado respuesta.

—Deberéis entregarme a la primera persona que acuda a veros mañana cuando regreséis de la ciudad.

Midas contuvo su alivio. El mozo de cuadras siempre salía a su encuentro para llevarse al caballo, cepillarlo y darle de comer. Luego acudían otros sirvientes para llevarse la capa y la corona.

Se quedó tan tranquilo con el asunto que despidió al duende de buen humor y se reunió con su familia para comer.

Durmió bien aquella noche, obviando su preocupación por Caperucita Roja. Dado su estado no se habían atrevido a preguntarle qué quería hacer: si volver con su abuela o quedarse con ellos. Zoe esperaba que fuera lo segundo, pero entre él y su esposa habían hecho que comprendiera que a lo mejor su amiga necesitaba al único familiar que le quedaba.

Por la mañana acudió a atender unos asuntos políticos en la ciudad. Cuando regresó, seguido de su escolta, y entró en los dominios del castillo, su corazón se detuvo. Quiso dar media vuelta y salir huyendo de allí.

Phir había acudido a su encuentro.

—¡Padre! Necesito…

—¡Phir, no! —le interrumpió descabalgando. Se acercó a su hijo, le cogió por los hombros y le agitó con brusquedad—. ¿Qué has hecho?

El joven le miró sin comprender.

—¿Qué pasa? Padre, ¿estás bien?

El rey ignoró sus preguntas y ordenó que el mozo de cuadras acudiera a la sala del trono de inmediato. Phir le siguió. Cuando se cruzaron con la reina, ella intentó detenerlos para que le explicaran qué sucedía.

—¡No lo sé! Parece que se haya vuelto loco —respondió el príncipe, preocupado.

Siguieron al rey hasta la sala del trono. El hombre paseó de un lado a otro hasta que apareció el mozo de cuadras. Se acercó a él.

—Lo siento mucho…

Cuando Sadi y Phir iban a preguntar qué significaba aquello, apareció el duende. La mujer soltó un chillido y se abrazó a su hijo. Midas levantó la barbilla y trató de mostrar serenidad.

—Aquí le tienes. Llévatelo y acabemos con esto. —Señaló al mozo de cuadras, que abrió mucho los ojos, perplejo.

—¿Qué significa esto, Midas? —preguntó la reina.

—Ah, truhan, no intentéis engañarme. —El ser se sirvió una copa de vino—. Ha sido vuestro primogénito quien ha acudido a vos esta mañana. —Bebió un buen trago—. Mmmm, exquisito este licor de brujas. —Agitó la copa y terminó el contenido. Se relamió con gusto.

—No te llevarás a mi hijo.

El rey se colocó delante de su familia, plantando cara al duende, que rio con ganas.

—Un trato es un trato, *majestad*. Y si no cumplís, tendréis que ateneros a las consecuencias.

Mas el hombre se mantuvo firme en su decisión.

—¡Papi! Caperucita Roja por fin ha… —Zoe irrumpió en el salón llevando de la mano a su triste amiga.

—¡Zoe, vete de aquí! —gritó su padre.

Las niñas se quedaron paralizadas. El duende apareció junto a ellas y dio una vuelta a su alrededor.

—¡No le hagas nada a mi hija! —suplicó la reina.

El ser sonrió y chasqueó los dedos.

Segunda parte
La sirena y el monstruo

El cementerio permanecía dormido. Como cada noche, los fuegos fatuos velaban el descanso eterno. Rubí se aferraba al barrote con fuerza, los nudillos blancos. Su otra mano jugueteaba con un colgante con forma de luna creciente. Allí deberían estar sus padres, descansando como merecían.

Apretó los dientes.

Ocho años.

Ocho años desde la fatídica noticia.

Ocho años en los que su odio hacia ese monstruo oceánico que le había arrebatado a sus padres se había convertido en una insana obsesión.

Monstruos… Jamás creyó que fuera posible, pero tener una bestia por príncipe la ayudaba a creer cualquier cosa: un hada había castigado al tirano ególatra de Adrien y lo había convertido en un monstruo. Y, con él, el reino sufría el yugo de sus garras.

Se colocó la caperuza roja que su abuela le había regalado años atrás, y que, inexplicablemente, había crecido con ella —la abuelita ya le había dicho que era mágica—, y se encaminó hacia casa de la anciana con la cesta de mimbre colgando del brazo.

Al regresar del Reino de las Quimeras, su abuela se había hecho cargo de ella y la había obligado a terminar sus estudios. En cuanto pudo, Rubí montó una pastelería donde había estado la tetería de sus padres. Ella no tenía el don de los tés como su madre; por ello no se había sentido capaz de mantener el antiguo negocio. También estaban los recuerdos, esas dolorosas imágenes que acudían a su mente para atormentarla como cuchillos que se clavaban en lo más hondo de su ser.

En cuanto llegó a la casa se encontró, sentadas frente a la

chimenea encendida, dos dulces ancianitas. Ambas bebían algo caliente de sus tazas y charlaban con ganas.

—¡Caperucita! —saludó su abuela.

—Hola, abuelita. Hola, Día. ¿Qué cuento de hadas le estás contando hoy?

La otra anciana, de cabellos blancos y negros y mirada gris, le dedicó una sonrisa cargada de cariño y respondió:

—Solo le hablaba sobre el reino dormido.

Rubí amagó una sonrisa. Colocó en un plato las magdalenas que había hecho la abuelita y los pasteles que ella había llevado en un plato para ofrecérselas a las mujeres. Luego se sentó en el suelo frente al fuego, mientras Día deleitaba a su abuela con sus palabras cargadas de irrealidad. Subió las piernas al pecho y las rodeó.

Día había llegado a la vida de la abuelita tiempo atrás, cuando ella estaba fuera con sus padres. Esta época de su infancia la recordaba vagamente. Su abuela decía que la fatídica noticia le había causado un trauma y por eso su cerebro había decidido olvidar. A veces, Rubí se enfadaba consigo misma por ello.

Día se había convertido en parte de su familia. Era como tener dos abuelas. Le encantaba, y distraía a su senil abuelita con historias fantasiosas. En el pueblo era muy criticada por esto. Decían que estaba loca. Para Rubí era una anciana soñadora y creativa, y eso no tenía nada de malo. Y menos en el Reino de la Rosa Escarlata, donde al parecer todo el mundo, incluida ella, se había olvidado de soñar, de imaginar, de creer en la magia…

Rubí creía en la magia. ¿Cómo no hacerlo? El príncipe Adrien estaba bajo una maldición. Y aunque muchos pretendían cazarlo y poner en el trono a alguien digno (y humano), no dejaba de ser su príncipe. Maldito.

Y luego estaba ella.

Se miró las manos.

No le había contado el secreto ni a su abuela. No quería preocuparla.

La joven no recordaba qué le había sucedido ni cuándo. Era así desde donde alcanzaba su memoria.

Ella y el lobo eran uno.

Los dos jóvenes corrían cogidos de la mano. Se les había hecho tarde sin apenas darse cuenta. El sol se había ocultado y las lunas pronto gobernarían la noche.

A lo lejos divisaron el castillo: su hogar; su salvación.

Phir miraba hacia atrás de vez en cuando y comprobaba que nada los seguía. Mas esto no era un alivio, pues podía aparecer en cualquier momento…

En cuanto cruzaron la ciudad, ya casi vacía, y se internaron en los dominios de palacio, respiraron sintiéndose a salvo.

—Esto no puede volver a pasar.

Zoe bajó la cabeza.

—Lo siento…

Se habían entretenido en su rincón secreto. Phir enseñaba a su hermana pequeña el tiro con arco. La reina Sadi no había estado de acuerdo cuando Zoe le pidió permiso, por lo que se habían visto obligados a hacerlo a escondidas. El joven había aceptado porque consideraba imprescindible que su hermana supiera defenderse. También le enseñaba llaves cuerpo a cuerpo.

Fueron a sus respectivos aposentos a cambiarse de ropa y, antes de bajar a cenar, se dirigieron a la habitación de los reyes. Allí reposaba su padre desde hacía años, aquejado por una extraña enfermedad que apenas le permitía moverse. Esta se le había ido extendiendo desde los pies hasta inmovilizarlo por completo. Ahora yacía en un profundo sueño del que solo despertaría si lograban vencer al monstruo.

Ocho años atrás, el duende había enviado una bestia salvaje contra el Reino de las Quimeras por el incumplimiento del contrato por parte del rey: Midas se consumiría mientras el monstruo se hacía

más fuerte. Al principio, tenían muertes esporádicas: no más de una al año. Conforme Midas empeoraba, la frecuencia de las muertes aumentó: cada pocos meses, cada mes… Y así hasta que, a veces, se sucedían varios días seguidos. Otras veces, sin embargo, pasaban semanas sin que supieran nada de la criatura. Esto les hacía tener esperanzas, armarse de valor para enfrentarse a él. Pero con la caída de la siguiente noche, todo se desvanecía. ¿Cuándo volvería a atacar? ¿Quién sería el siguiente?

Ese era su castigo por haber faltado a su palabra.

Midas seguía vivo gracias al collar con un diamante color salmón que el sátiro había regalado a la reina Sadi en agradecimiento por su hospitalidad. Ella lo había puesto alrededor del cuello de su esposo cuando este ya no podía moverse de la cama. Y aunque había llegado a entrar en coma, no había pasado de ahí, a pesar de que el duende había dejado claro que tras la dormición vendría la muerte y, con ella, el monstruo prevalecería.

No entendían cómo ni por qué, pero era la única explicación, y no se atrevían a quitárselo. Mantenían la esperanza de que, algún día, el collar invertiría la enfermedad. Una esperanza que menguaba, dejando paso al miedo y la desazón.

Se habían organizado partidas de caza, vigilancias nocturnas; los soldados habían patrullado el reino. Pero nada. Nadie había logrado ver a la bestia que los acechaba por las noches. Y quien la había visto no había vivido para contarlo.

Se había decretado el toque de queda en todo el reino, aunque las muertes habían demostrado que tan solo se movía por las inmediaciones de la ciudad.

Algunos habitantes habían intentado abandonar el Reino de las Quimeras, pero, cuando las muertes se hicieron más frecuentes, los caminos empezaron a llevarlos de vuelta. Estaban atrapados, a merced de la bestia.

Las noches se sucedían en el miedo más absoluto. Se encerraban en sus hogares cerrando a cal y canto, abrazados a las armas de las que disponían. Se mantenían en silencio para no atraer al monstruo, y se estremecían cuando escuchaban sus pasos, su respiración y los escalofriantes aullidos que anunciaban la muerte.

Phir miraba a su padre con angustia mientras su hermana cogía la mano del rey y se la llevaba a su mejilla sonrosada.

La reina Sadi se había hecho cargo del reino como regente, y

aunque Phir era mayor de edad hacía tiempo, había renunciado al trono hasta que diera muerte al monstruo y recuperara a su padre. Al menos eso era en lo que se escudaba de cara a su familia. La verdad latía en su interior como un volcán dormido que explotaría en cualquier momento.

«Eres un cobarde y no te atreves a llevar el reino».

Sacudió la cabeza. No, no. Había sido por luchar junto a su pueblo, y siendo rey, no podría.

Miró a su hermana. Se había convertido en una joven hermosa de cabellos dorados y mirada triste. Era altiva y caprichosa: no acataba las normas con las que no estaba de acuerdo, pero tenía un corazón que no le cabía en el pecho. Aunque solo lo mostraba con su hermano. Ante el reino prefería hacer el papel que se esperaba de ella.

—Vamos al comedor. Madre nos estará esperando.

Phir le tendió una mano. Zoe le miró. Un apuesto príncipe que hacía suspirar a todas las chicas de la ciudad. Las doncellas se le acercaban a diario aspirando ser las elegidas para convertirse en reina. Pero él no estaba para asuntos del corazón. Desde que todo empezó se había dedicado por entero a entrenarse, a ser el mejor caballero para proteger a su reino y dar caza al monstruo que pugnaba por consumirlo.

Para traer de vuelta a su padre.

Su piel lucía morena por los intensos entrenamientos bajo el sol; su pelo negro siempre se hallaba revuelto, y sus ojos dorados reflejaban su lucha interna.

Caminaron juntos hasta el comedor. La comida ya estaba servida, y la reina Sadi los esperaba con las manos en el regazo. Les dedicó una sonrisa forzada. Cenaron envueltos en el característico silencio que se había instaurado sobre ellos años atrás.

Las manos amasaban con fiereza lo que se convertiría en unos bollos de fresas y chocolate blanco, una receta que acababa de inventar. Día y la abuelita serían las catadoras. Ellas siempre eran las primeras en probar sus inventos y valorarlos. Había mejorado mucho gracias a ello.

Todavía quedaba un rato para que abriera la pastelería, pero alguien entró haciendo caso omiso del cartel que colgaba de la puerta. El atrapasueños que colgaba de la entrada anunció la llegada de un niño con la respiración agitada.

—¡Rubí! Día te llama. Me ha dicho que vayas cuanto antes a casa de tu abuela.

La joven estuvo a punto de replicar, pero al ver la urgencia en sus ojos supo que algo sucedía. Dejó lo que estaba haciendo y salió en pos de él, cogiendo la caperuza, que impregnó de harina. Corrió como si no hubiera un mañana a esa casita apartada cerca del Bosque del Invierno Mágico.

La abuelita estaba postrada en la cama. Llevaba varios días sintiéndose mal y le habían pedido que no se forzara. Junto a ella estaban Día y el sanador del pueblo, que la ayudaba a beberse el contenido humeante de un cuenco.

Miraron a Rubí. El hombre dejó el recipiente en la mesita, posó una mano sobre el hombro de la joven, que apretó levemente, y se marchó. Día esperó a que la muchacha se acercara a la cama, y cuando esta se arrodilló y cogió la mano de su abuela, decidió dejarles intimidad.

—Abuelita… —musitó Rubí con los ojos anegados en lágrimas.

—Mi Caperucita… —Una tos ronca la interrumpió. A la chica se le encogió del corazón—. Debo partir.

—No —lloriqueó—. No me dejes tú también… Por favor…

—Querida niña, nunca estarás sola. —La mujer acarició la cabeza de su nieta—. Escúchame, Caperucita. —Otro ataque de tos—. Libérate de ese odio que te consume. Vive como querrían tus padres. Vive como quiero yo. No caigas en ese pozo de dolor.

—Pero…

—Las sirenas no existen. —Era la milésima vez que la abuelita se lo decía, pero ella no llegaba a creerla, aunque una parte de sí lo intentara.

Nadie creía en ellas. No existían seres mágicos: eran solo parte de los cuentos. Mas ella recordaba las palabras que había escuchado tiempo atrás, aunque no recordara quién las había pronunciado: una sirena había acabado con la vida de sus padres.

—Son monstruos, abuelita —afirmó, limpiándose las lágrimas con el dorso de la mano y endureciendo la mirada.

«Como yo».

La anciana sonrió y la miró con ternura. Siempre había sabido leer los pensamientos de su nieta. Ella de pequeña decía que era bruja.

—No eres un monstruo, Caperucita Roja. Lo que tienes es un don, y debes aprovecharlo.

La muchacha suspiró. Acercó la mano de la anciana a su frente y cerró los ojos, disfrutando el calor y la paz que le transmitían el contacto.

Entonces sintió que la mano perdía fuerza y era ella quien la sostenía por completo. Miró a la abuelita. Había cerrado los ojos y… ya no respiraba.

Las lágrimas volvieron con más fuerza y Rubí rompió en amargo llanto.

—Tú también no… Abuelita, por favor… —La miró, desesperada. Acarició su mejilla—. No me dejes…

Mas la anciana ya se había marchado. Como hicieron sus padres. Como habían hecho los recuerdos.

Se había quedado sola.

Dejó la mano de la mujer con delicadeza sobre el regazo y la arropó. Parecía dormida. Su rostro reflejaba una calma que Rubí fue incapaz de sentir. Se incorporó echando una última mirada, apretó los ojos y salió corriendo de allí, ignorando a Día y el sanador, que esperaban en la puerta. Él hizo amago de detenerla cuando la vieron perderse en el bosque, pero Día le detuvo.

Rubí corría entre los árboles. El sol había decidido ocultarse tras una espesa capa de nubes, como si comprendiera que era un día triste. Las lágrimas se despegaban de sus mejillas y se fundían con la brisa.

De un salto, Rubí se transformó y trotó hasta una zona rocosa. Escaló a lo más alto, y desde allí, con sus ojos lobunos empañados, observó la espesura que se extendía a sus pies y aulló al silencio.

Un aullido lastimero que recorrió el Bosque del Invierno Mágico: cada huella en la nieve, cada hoja mecida por la brisa, cada arbusto en flor. Un aullido correspondido por otros a lo largo y ancho del reino.

Una melodía de muerte y dolor que escapó de las profundidades del bosque y llegó a los oídos de los pueblerinos, ajenos a la pérdida que habían sufrido.

Phir apretaba la mandíbula mientras sentía el dolor de la familia que había perdido a uno de sus hijos mayores en una guardia noches atrás. Él, su madre y su hermana habían acudido al entierro para mostrar sus respetos.

El joven príncipe pasaba las horas planificando, indagando, preguntando a los habitantes, buscando la forma de averiguar qué los acechaba cada noche y cómo vencerlo.

Y mientras tanto…, poco más podían hacer. El toque de queda estaba decretado. Se habían reforzado las casas. Nadie estaba obligado a patrullar durante la noche, ni siquiera los soldados al servicio de la realeza. Solo participaban de forma voluntaria aquellos con ansias de vengar a sus seres queridos, de protegerlos y, sobre todo, de dar caza al monstruo.

De vuelta a palacio, el joven rompió el silencio.

—Me uniré a las patrullas nocturnas.

—Ya lo hemos hablado, Phir. Eres el heredero: no puedes ponerte en peligro de esa forma —replicó su madre con dureza.

—No accederé a ser coronado en estas circunstancias. No mientras haya una mínima esperanza pasa salvar a padre. No mientras el reino es sometido por el miedo.

—Puedes disminuir ese miedo si aceptas la corona.

—¿De qué sirve un rey que no ayuda a su pueblo?

—¡Luchar no es la única forma de hacerlo! Un rey no debe ponerse en peligro: debe estar a salvo para gobernar.

Zoe puso la mano sobre el brazo de su hermano para tranquilizarle. Mas no surtió efecto.

—¡A este paso la ciudad perecerá! Y no seré rey más que de un reino muerto.

—¡Ya basta! —La reina se detuvo a las puertas del castillo y se encaró con él—. No solo soy tu madre: soy tu reina. Y ya sabes lo que supone desobedecer la orden directa de un rey.

La muchacha se asustó ante estas palabras. ¿Sería su madre capaz de acusar a su propio hijo de alta traición? ¿De condenarlo? Contuvo la respiración al imaginar a Phir encadenado en las mazmorras del castillo, muriendo de hambre y sed como un criminal.

Apretó el brazo de su hermano, y él, por deferencia a ella, no siguió discutiendo.

Sadi le miró con dureza antes de internarse en palacio con los soldados tras sus pasos.

—No puedo quedarme de brazos cruzados… —musitó el joven.

—Y no lo estás haciendo. Te pasas el día recorriendo la ciudad, y cuando no, te encierras en la biblioteca. Eres el heredero que muchos desearían tener. —Sonrió y él la miró a los ojos—. Encontraremos una solución.

—Cada día que pasa voy perdiendo la esperanza…

—Pues yo avivaré esa llama. Venceremos al monstruo, humillaremos a ese maldito duende, salvaremos a padre y el reino volverá a la normalidad.

—Zoe… Nada podrá reparar las pérdidas que el pueblo ha sufrido. —Se notaba la angustia en sus palabras.

La joven suspiró, dándole la razón.

—No podemos pensar en los muertos, Phir. Tenemos que pensar en nosotros.

Su hermano la miró, dolido.

—¿Cómo le dices eso a quien ha perdido hijos, o esposo, o esposa?

—¿De qué sirve anclarse a ellos? —Extendió los brazos—. Solo sirve para seguir sufriendo. Pues yo me niego.

—Sirve para darnos fuerzas. Para luchar por ellos y seguir adelante. Así, un día, los niños crecerán libres del miedo. Los adolescentes podrán escapar de sus casas por las noches, como hacían antes. No habrá toque de queda porque nada nos impedirá disfrutar de cada momento, sea de día o de noche. Y eso solo lo conseguiremos teniendo presente en cada momento a aquellos que ya no están, no olvidándolos como si nunca hubieran existido.

Phir se marchó, dejando a su hermana con los puños apretados. Ella no pensaba igual. Los muertos solo eran un lastre. Era triste sufrir una pérdida, pero no podían estar llorando día sí y día también, y

menos aquellos que debían proteger al reino; los debilitaba. Tenían que aprender a olvidar, a pasar página.

Phir se sumergió, como de costumbre, en la biblioteca. Devoraba un libro tras otro en busca de cualquier pista sobre el duende, el monstruo o sobre cómo salir del reino y pedir ayuda.

Tenía la esperanza de que, quizás, en algún códice hallaría el nombre que los liberaría. Sus padres, antes de que el reino fuera prisionero, habían enviado mensajeros a todos los reinos. Sin éxito.

Él lo había seguido haciendo a pesar de saber que era inútil. Pero ¿y si al menos uno lograba salir? Sin embargo, los mensajeros regresaban al poco sin haber podido cruzar las fronteras del reino, así que solo le quedaban los libros. Y cuando terminara con los de la biblioteca real, iría a por los de la ciudad. Llamaría puerta por puerta si hacía falta. No quedaría libro en el reino sin pasar por sus manos.

—¡Phir! —El grito de su hermana le sobresaltó.

Se había dormido sobre uno de los libros. Ya había caído la noche y alguien había encendido las lámparas de la biblioteca. Alzó la cabeza con un trozo de papiro pegado a la mejilla. Su hermana soltó una risilla y se la quitó con delicadeza.

—Se me ha ocurrido una idea para enviar mensajes fuera del reino.

El joven se levantó para estirar las piernas y le hizo un gesto a Zoe para que siguiera hablando.

—¡Los comerciantes!

—¿Qué les pasa? —Se frotó la nuca, confuso.

—Los que son de otros reinos siempre han podido entrar y salir.

Entonces el príncipe lo comprendió. Apoyó las manos sobre la mesa y recorrió con su mirada dorada los rincones del mapa que se extendía ante él. Levantó la cabeza y miró hacia el ventanal. Maldijo para sus adentros. ¿Cómo no se le había ocurrido a nadie? Después de tantos años, ¿cómo es que nadie, ni siquiera su padre o su madre, habían pensado en esa posibilidad?

—Porque el monstruo nos ha tenido muy ocupados —se respondió.

—¿Qué?

Zoe se le acercó por detrás.

—Nada, nada.

Sacudió la cabeza. Habían estado tan abrumados con el monstruo, y después con la enfermedad del rey, que nadie había pensado en

pedir ayuda al exterior. Y, cuando por fin se habían decidido a hacerlo, se habían conformado con saber que no podían salir del reino. Ni siquiera los espejos mágicos les permitían salir. Siempre aparecían en la Casa de los Espejos por el mismo espejo por el que se habían ido.

—Hermanita, eres la mejor. Vamos a decírselo a mamá. Pediremos ayuda a los demás reinos y alguno sabrá cómo podemos descubrir el nombre del duende y librarnos de su maldición.

Zoe sonrió y le hizo una inclinación de cabeza con altivez.

Fueron juntos al comedor, donde los esperaba Sadi, mirando su plato vacío con una expresión que no supieron descifrar.

—Madre, tenemos la solución —dijo Phir con entusiasmo.

—*Yo* la tengo.

El joven alzó una ceja y su hermana le hizo una mueca de burla.

—Está bien. Zoe tiene la solución. Podemos enviar mensajes a los demás reinos con los comerciantes que no son del Reino de las Quimeras: pueden entrar y salir sin problemas.

No vieron ninguna reacción en su madre. Zoe ya había abierto la boca para llamar su atención cuando la reina habló, dejando las palabras congeladas en su garganta.

—Ofreceremos la mano de Zoe.

—¿Cómo? —preguntaron los hermanos al unísono. Intercambiaron sendas miradas de confusión.

Sadi miró a sus hijos y se detuvo en la menor.

—Ofreceremos tu mano al hombre que sea capaz de vencer al monstruo.

—Madre, ya se ofrece una cuantiosa recompensa por…

—Y no es suficiente —interrumpió la mujer al chico—. Utilizaremos a los comerciantes y la noticia llegará hasta el último rincón del mundo: hasta alguien con suficiente poder para ayudarnos. Ofreceremos la mano de la princesa, una cuantiosa recompensa y… la corona del Reino de las Quimeras.

Cuando Rubí llegó al cementerio, acompañando a su abuela en la marcha fúnebre, se encontró a todo el pueblo allí. Todos querían despedir a la abuelita. Esto, lejos de reconfortarla, hizo que se sintiera todavía más sola. La gente estaba allí por su abuela, no por ella.

Se había quedado sola.

«Encima, egoísta. Estás en el funeral de tu abuela y solo se te ocurre pensar en ti, y no en lo mucho que la gente la quería».

Agachó la cabeza, avergonzada, y se adelantó a la comitiva para guiarla a donde estaba enterrado su abuelo. Estaba en una tumba apartada, junto a la verja. Ya habían excavado en la tierra para introducir junto a él a su eterna compañera.

Los porteadores se detuvieron a pocos pasos de la joven y el pueblo los rodeó en sumo silencio. Se mantuvieron a la espera de que la nieta dijera unas palabras, como era costumbre, pero Rubí no era capaz de articular palabra. Cada vez que lo intentaba, las frases se le atascaban en la garganta dando lugar a gemidos, mientras las lágrimas huían de sus ojos buscando la libertad.

«¿Qué se dice cuando ya no te queda nada? ¿Cómo se le dice adiós a la última persona que te quiere?».

Gritó, presa del dolor y la desesperación.

Sabía que era ley de vida, pero ¿por qué tan pronto? La abuelita era joven: setenta y tres años.

La cara nívea bañada por las lágrimas; los cabellos dorados escondidos tras la caperuza: lo único que le quedaba de la abuelita. Y los recuerdos que podía conservar.

Sabía que la capa se la había regalado ella, pero no cuándo. Ni cómo. Sin embargo, sí recordaba las historias que le contaba, las magdalenas que le hacía… ¿Por qué se acordaba de algunos

momentos y había olvidado tantos otros?

Las flores azuladas que sostenía cayeron a sus pies. Rubí se arrebujó imaginando que la abuelita la abrazaba.

Alguien colocó las manos en sus hombros y, con mucha delicadeza, la apartó a un lado.

Allí estaba Día, como siempre. Había recogido las flores, e hizo un gesto con la cabeza a los porteadores para que continuaran con el enterramiento.

Alguien empezó a cantar.

Unas voces acompañaron el canto.

La abuelita se sumergió en la tierra.

Rubí aferró su colgante con fiereza. No recordaba quién se lo había regalado, pero, sentirlo la reconfortaba. Sentía una conexión especial con él. Por el color, suponía que había sido regalo de su padre.

Los porteadores se apartaron y esperaron con respeto a que Rubí echara las primeras flores.

Día se las tendió, le apretó el brazo con cariño y la animó con su mirada gris.

La joven cogió el ramo y avanzó con torpeza. Allí estaba, en una caja de madera que no hacía honor a la anciana. Y Rubí arriba. Sola.

Una vez que echara las flores, se acabaría todo. Que su abuela se había marchado sería real, y sería enterrada bajo tierra para no volver a verla más. Ni su sonrisa, ni sus cuentos, ni sus magdalenas. Rubí quería aferrarse a ella; no se atrevía a dejarla marchar. No podía.

—Rubí…

El canto había cesado, pero no había sido consciente de ello. Día estaba junto a ella y le hablaba en un susurro, para que tan solo la joven pudiera escucharla.

—Ella no está ahí —señaló la tumba—, está aquí. —Señaló el corazón de la chica.

Lágrimas tardías acudieron a los ojos verdes de Rubí, que asintió ante las palabras de la anciana. Habían logrado reconfortarla, aunque fuera solo un poco.

Volvió la mirada hacia el féretro y se llevó las flores a los labios.

—Diles a mis padres que los quiero mucho. Y que algún día los vengaré. Te prometo que entonces viviré como me has pedido. Intentaré ser feliz, abuelita. Por ti. Por el abuelito. Por mamá y papá.

Besó los pétalos y echó el ramo al agujero.

Se hizo a un lado para que otras personas hicieran lo propio. Luego pasaron junto a ella y le dieron el pésame, bien con palabras, bien con gestos de apoyo.

Para terminar, uno de los porteadores se acercó a la joven y le ofreció una bolsa de tierra blanca como la nieve. Era costumbre que el primer puñado lo echara un familiar cercano y que esta procediera de lugares sagrados. Era una marca para que los dioses de la muerte supieran que aquella persona merecía cruzar al otro lado y ser feliz, porque había sido buena en vida. Quienes no eran enterrados con ese puñado de tierra blanca se quedaban atrapados en el mundo terrenal por la eternidad.

Cogió una buena cantidad, fue al borde y la echó.

Los hombres cogieron palas y echaron tierra hasta que la abuelita quedó sepultada.

Rubí se marchó sin aceptar el apoyo de Día e ignorando las buenas palabras de los pueblerinos.

No dejaría entrar a nadie más en su vida para volver a perderlo. No quería volver a sentir ese dolor.

Quería que la dejaran en paz.

Corría.

Huía de algo.

No. Iba detrás de algo.

De alguien.

Estaba persiguiendo a alguien.

¿Quién era? Parecía un joven. Estaba asustado. Miraba hacia atrás, le miraba con terror y trataba de correr más deprisa. Mas no le sirvió de nada, porque él le alcanzó. Y, cuando lo hizo, vio que no era ningún joven.

Era Zoe, ensangrentada.

Muerta.

Despertó, sudoroso. Los rayos de sol se colaban por su ventana con timidez, como si temiesen importunarlo. Miró a la derecha, esperando no haber despertado a su hermana. Pero ella no estaba.

Llevaban años sufriendo pesadillas, desde que padre había caído enfermo de gravedad. Zoe tenía miedo de dormir sola, por eso siempre dormían juntos. Él la abrazaba, intentando protegerla.

Pero ¿cómo la podía proteger de las pesadillas?

No podía ni protegerse a sí mismo.

Se levantó y preparó él mismo el baño. Era pronto: los sirvientes estarían ocupados con otros quehaceres. Mejor. No quería la compañía de nadie. Ese cuerpo sudoroso y tembloroso no podían verlo. ¿Qué heredero se levantaba así por una vulgar pesadilla?

«Vulgar no. Has soñado que tu hermana estaba muerta. Que la mataba el monstruo. Y que tú eras ese monstruo».

El agua estaba fría; si la quería caliente, tendría que esperar a los sirvientes. Pero era así como la quería. Le despejaría. Era lo que necesitaba, aunque sumergirse en ella fuera una tortura en aquella época.

Aprovechó para pensar cómo cazar a la criatura. Se encontró con la misma muralla de siempre: el monstruo no atacaba de forma regular. No habían logrado encontrar un patrón en las noches que salía de caza. A veces pasaba tan solo un día. Otras, semanas. Otras, apenas unas horas de diferencia.

Nadie lo había visto jamás. Por el estado en el que encontraban los cuerpos suponían que era algún tipo de animal. Rápido. Silencioso. Despiadado. Con sed de sangre.

Había organizado partidas en busca de su escondrijo. En algún sitio tenía que dormir. Había enviado mensajeros por todo el reino para que los nobles hicieran lo propio y le informaran de inmediato si daban con alguna pista. Pero nadie había hallado nada hasta la fecha. Ni siquiera huellas. ¿Y si no dormía y los esquivaba cuando se acercaban demasiado? Era imposible. No existía monstruo sobre la faz de los reinos que no necesitara unas horas para dormir. ¿Y si era inteligente y sabía borrar su rastro? Esta idea no era tan descabellada, mas el príncipe se negaba a creerla.

Se enfrentaban a un animal salvaje.

Él era más listo.

Salió del agua, se secó y vistió. Observó por la ventana cómo el sol ascendía; su luz impregnaba la ciudad y la llamaba a despertar con el nuevo día.

—¿Os preparo el baño, alteza?

Phir salió de su ensimismamiento. Ni siquiera se había enterado de que habían llamado a la puerta.

—Ya me lo he tomado. Gracias, Nir. —Le sonrió.

Salió en dirección al comedor, donde estaría la reina, y seguramente también la princesa. Giró en el primer recodo y llegó hasta sus oídos una risa coqueta. La ignoró, hasta que se repitió y reconoció en ella a su hermana. Se detuvo. Venía de uno de los salones pequeños. Acercó la oreja y escuchó ruidos que no le gustaron un pelo: objetos que se caían y golpes. Abrió con brusquedad y ansias de matar a quien quiera que estuviera haciendo daño a su hermana, pensando que la risa no era tal.

Jamás hubiera esperado encontrarse aquella escena. Zoe estaba

sobre una mesa alta con la espalda apoyada en la pared. Tenía el pecho al aire, uno de ellos en manos de uno de los soldados del castillo, que recorría el cuello de la joven con sus labios. Ella reía y gemía mientras le rodeaba la cintura con los muslos, enmarcados por sus faldas subidas. Había un jarrón roto en el suelo junto a algunas prendas del chico.

—¡Zoe!

El soldado, rojo por la vergüenza, se apartó de la muchacha.

—Príncipe Phir, yo…

—Tú y yo ya hablaremos, Kail —le dijo con frialdad.

El soldado se vistió y salió de allí lo más deprisa que le permitieron los nervios.

Zoe ya se había tapado y bajó de la mesa de un salto.

—Eres un aguafiestas.

Phir se fijó en las ojeras de su hermana.

—¿Te parece normal el espectáculo que me he encontrado de buena mañana?

—Eh, ya soy mayorcita para hacer lo que quiera. Solo busco divertirme, no soy una mojigata sosa como tú.

Pasó por su lado, pero él la detuvo.

—¿Lo haces por diversión o por fastidiar a madre por obligarte a casarte con quien logre librarnos del monstruo?

Un brillo de rabia cruzó la verde mirada de ella.

—Ambas, supongo. ¿A ti qué más te da? Es mi vida y no tienes ningún derecho a meterte en ella.

—Soy tu hermano. Se supone que eso es importante.

—Ya. Pues no lo es si no respetas mi intimidad.

La joven ya atravesaba la puerta cuando él le preguntó:

—No has dormido, ¿verdad?

Ella suspiró antes de responder:

—¿Acaso hemos dormido en los últimos años?

Se marchó colocándose el pelo y el vestido. Phir la siguió mirándola con desaprobación.

Su hermana había empezado a volverse caprichosa cuando aumentaron las riquezas del reino: si algo no se lo daban, se las ingeniaba para conseguirlo. Había llegado a montar auténticos escándalos en público, a sabiendas de que los reyes accederían a sus caprichos con tal de quedar bien.

A él no le importaba que su hermana quisiera jugar con su

sexualidad. Pero seguía siendo su hermana pequeña, y no quería que le hicieran daño. ¿Y si se quedaba embarazada? Sería un escándalo, y la reina Sadi no se lo tomaría nada bien.

A veces la envidiaba. Él nunca había prestado atención a ninguna chica. Y cuando se planteaba hacerlo, cuando pensaba en descansar de tanta responsabilidad, unos ojos verdes y un colgante rubí con forma de luna cruzaban su mente. ¿Era posible estar enamorado de un recuerdo?

Al entrar en el comedor saludaron a su madre y se sentaron.

—Dentro de poco llegarán nuestros invitados. Espero que seáis educados y corteses, especialmente tú, Zoe.

—¿Vendrá alguna mujer?

La reina alzó las cejas, sorprendida.

—Solo vendrán hombres.

—¿Por qué? —La princesa se untó una tostada y la mordió con poco decoro, sabiendo que molestaría a la mujer.

—Porque no puedes casarte con una mujer.

—¿Ah, no? —replicó con la boca llena. Tragó y continuó—: ¿Y qué me dices del Reino de la Manzana de Plata? Lo gobiernan dos mujeres. Dos reinas. Se casaron.

Sadi dio un sorbo a su copa antes de responder, haciendo esfuerzos por contenerse.

—Eso no está bien visto. No es lo correcto. Si fueran campesinas, no importaría. Pero el deber de los reyes es traer herederos que continúen su labor.

—Yo no quiero ser reina.

—Tú serás lo que tengas que ser por el bien de tu familia y del reino. —Sadi endureció su mirada.

Cuando Zoe iba a replicar, los interrumpió un soldado. El mismo que había estado con Zoe unos momentos atrás.

—Disculpad la intromisión, mi reina; príncipes. Ha venido un campesino. La mujer de su vecino ha sido… encontrada muerta hace unas horas. La ciudad entera se ha reunido en la plaza y pide soluciones ya.

Apenas hablaba con la clientela. Todos los que acudían a la pastelería le dedicaban sonrisas y buenas palabras, pero Rubí se centraba en sus dulces y, cuando estaba sola, en investigar lo que pudiera sobre la muerte de sus padres, deseosa de vengarlos.

Acudía todas las tardes a casa de Día y le llevaba pasteles, que ambas compartían junto al fuego. A veces, se mantenían en silencio. Otras, la anciana trataba de distraerla con sus historias. Rubí nunca reía como antes, pero, a veces, Día veía un amago de sonrisa en ella. Y esperaba que no fueran imaginaciones suyas.

Por las noches, desaparecía en el Bosque del Invierno Mágico. No alcanzaba a recordar cómo ni por qué podía ser un lobo, pero no le importaba. Era el único resquicio de algo cercano a la felicidad que le quedaba. Lo único a lo que aferrarse.

Aquel día, la joven se retrasó al cerrar y la noche cayó antes de que llegara a casa de su anciana amiga. Decidió dar un rodeo y pasar por el cementerio para hacer una visita a sus abuelos.

Se arrodilló frente a ellos y les dedicó unos pensamientos: compartía sus tristes sentimientos ahora que su vida se había tornado fría y oscura como el Bosque del Invierno Mágico. Su única motivación era vengar a sus padres, e incluso eso se le antojaba casi imposible. No recordaba nada sobre su muerte, y ahora, sin su abuela, nadie podría ayudarla.

Estaba ahorrando. Emprendería el mismo viaje que ellos hicieron, descubriría qué pasó y castigaría a los culpables.

—Te echo de menos, abuelita.

Sacó de la cesta dos flores celestes y un par de magdalenas que había cocinado expresamente para ella. Les lanzó un beso a ambos y se alejó de allí.

Paseó entre las tumbas en dirección a la salida. Las lápidas ya quedaban iluminadas por pequeños puntos celestes y blancos, como cada noche.

Al salir y cerrar, vio a un lado a una joven mirándola con interés. No le sonaba del pueblo, por lo que se acercó a ella. Rubí era más alta. Le parecía raro no reconocerla. Esos cabellos borgoña y esa mirada azul oscuro no pasaban desapercibidas.

—¿Qué haces en el cementerio? —le preguntó.

—¿Cementerio? —repitió la otra ladeando la cabeza.

—¿No sabes lo que es un cementerio?

Recibió una negación de cabeza. Esto hizo que Rubí sintiera curiosidad y a la vez recelo. ¿Quién no sabía qué era aquel lugar?

—Un cementerio es un lugar de enterramiento. Cuando morimos, reposamos aquí por toda la eternidad. Es una forma de seguir aquí aunque en realidad ya no estemos. —Dirigió sus ojos al interior del cementerio—. Ahí está mi abuela también —señaló un rincón—. He estado visitándola, me gusta llevarle flores. También hago magdalenas, como ella solía hacer cada tarde, y las dejo sobre su tumba. Sé que son pasto de algún animalillo, pero me hace sentirla más cerca.

—Es bonito. Poder visitar a un ser querido aunque ya no esté…

Rubí sintió melancolía en sus palabras. Y tuvo que saciar su curiosidad.

—¿Cómo lo hacéis en tu reino? ¿Qué pasa cuando… morís?

—Los restos simplemente reposan en el océano.

La muchacha se encogió de hombros sin dar más explicaciones. Rubí prefirió callar y no hacer más preguntas molestas. Su mirada se había tornado triste y ella sabía lo agobiante que podía ser una persona que no respetaba tu dolor.

—¿Y qué son esas luces? —preguntó la pelirroja señalando los puntos blancos y celestes que la tenían hipnotizada—. Me recuerdan mucho a las noctilucas.

—¿A las qué? —Rubí alzó una ceja.

—Unos seres oceánicos que brillan.

—Ah… Son fuegos fatuos: así los llamaban nuestros antepasados. Qué son en realidad, nadie lo sabe. Hay quien cree que son los espíritus de nuestros seres queridos.

—¿Y tú lo crees?

Rubí miró hacia el cementerio durante unos instantes. ¿Qué creía

ella? Ya no estaba segura. Giró la cabeza y sus ojos oscuros se encontraron con los índigos.

—No. Mi abuela me decía que no son más que seres que habitan en los cementerios y les dan vida cuando cae la noche. —Se dispuso a irse—. ¿Dónde te alojas?

—En casa de la anciana Día.

—En ese caso voy contigo; tengo algunas magdalenas para ella.

La chica le dedicó una sonrisa y Rubí le respondió con una forzada.

El pueblo ya estaba casi vacío. A aquellas horas la gente disfrutaba en familia de cenas calientes y anécdotas cotidianas. La joven intentaba no prestar atención a las ventanas, en las que se apreciaba a los pueblerinos gozando de la compañía de sus hogares. Una lágrima rebelde escapó de sus ojos y la limpió con disimulo.

Al llegar a casa de la mujer, esta las recibió con un abrazo a cada una. Luego las invitó a cenar; había cocinado una de sus especialidades: revuelto de setas y pétalos.

Día le presentó a Aneris y le contó cómo se habían conocido.

—Así que te habías perdido en el bosque.

—No me había perdido.

—Oh, sí; estabas más perdida que yo viajando a lo largo y ancho de los reinos —intervino la anciana con una afable sonrisa mientras Rubí ponía los ojos en blanco—. ¡Falta el agua! —Desapareció en la cocina.

—¿Ha viajado por todo el mundo?

—No sabría decirte. Inventa muchas cosas. —Se recogió varios rizos detrás de la oreja.

—¿Tú tampoco la crees? —Aneris se mostró ofendida—. ¿Por qué?

Rubí se echó hacia atrás, un tanto molesta por tener esa conversación con una desconocida. Algo en ella no terminaba de gustarle. Si seguía allí, era por Día.

—Es mayor, cuenta cosas demasiado fantasiosas. Un reino dormido, un reino helado, un reino hecho de dulce… ¡También cree que existe un reino acuático!

Aneris se atragantó justo cuando llegaba Día, que dejó lo que llevaba entre las manos y fue a darle unas palmadas en la espalda con la mirada fija en la rubia.

—¿Le estabas contando lo del lobo?

—¿Qué lobo? —preguntó la desconocida, ya libre de la tos.

Rubí miró a la anciana, irritada. Chasqueó la lengua y se levantó. A esa tal Aneris no le interesaba su vida. Además, era algo que ni siquiera recordaba con claridad. Sabía cada detalle de lo acontecido porque de pequeña solía escribir las aventuras que vivía, deseando convertirse algún día en una escritora como las de sus libros favoritos. Respiró hondo antes de tomar asiento de nuevo.

—Algo que me ocurrió de pequeña.

Rubí le narró el encuentro con el lobo y el chico que comía uvas, pero antes de terminar su relato, se marchó. No quería escuchar ningún comentario, y tampoco quería que Día la incitara a contar el final: que aquel lobo la había mordido. Todavía tenía las marcas en el hombro.

Al entrar en la pastelería, se sentó en la oscuridad mirando al exterior, recordando cada palabra que había pronunciado en voz alta. Era extraño saber que eso le había pasado, pero no ser capaz de recordarlo. Y más extraño que ese niño, según había escrito con su letra infantil, se tratara del mismísimo príncipe Adrien.

La bestia.

Ya era público. La reina Sadi había comparecido ante el pueblo y había informado de la jugosa recompensa que ofrecía al hombre, campesino o noble, que acabara con la amenaza y llevara su cadáver a su presencia. Había enviado misivas a los demás reinos, y esperaban ese mismo día la llegada de los primeros valerosos hombres.

Decenas de pares de ojos habían mirado a la princesa; algunos con lascivia, otros con codicia, y muy pocos con la pena propia de aquellos momentos de desesperación.

Phir se había percatado; se había contenido con los puños cerrados y apretando los dientes para no perder la compostura. Su hermana no era un objeto. Pero ahora se había convertido en un premio a ojos de los otros reinos y del suyo propio. Y lo peor era que había sido por su culpa al haber renunciado a la corona hasta que atraparan a la bestia.

De vuelta a palacio, abordó a su madre cuando estuvieron a solas.

—Aceptaré mi destino. Me convertiré en rey como querías. Pero libra a Zoe de este castigo.

La mujer se giró. Sus ondulaciones rubias se recolocaron en su sitio, sin que un solo cabello quedara fuera de su lugar.

—Ya es tarde, hijo. Ahora mismo, no hay mejor incentivo para envalentonar a los hombres y que nos libren de este mal.

—También puedo hacerlo yo como rey.

Su madre sonrió de lado.

—Claro, es una excelente idea. Anunciaremos que la mujer que logre vencer al monstruo obtendrá la mano del rey. ¡Será todo un espectáculo! Vendrán de todas partes con sus mejores armas: agujas y dedales, joyas, trapitos…

—Ese comentario sobra, madre. Hay mujeres soldado en todos los

reinos, incluido el nuestro, y guerreras más valerosas que cualquiera de nuestros soldados.

—¿Y eso cómo lo sabes? ¿Por tus estúpidos libros? Pura ficción para atraer a las más tontas y que se conformen con soñar mientras se limitan a hacer lo que se espera de ellas. Igual que de mí se espera que sea la reina que ahora necesitamos, la que tome las decisiones que un niño como tú no está en condiciones de tomar.

Le acarició la mejilla y se marchó.

Phir contuvo las lágrimas. No podía ayudar a su hermana y su madre no estaba por la labor. Y todo por su pusilanimidad. Había tenido miedo de aceptar la corona: no se sentía preparado. ¿Y si llevaba el reino a la perdición como hiciera su padre? Había pensado que sería más útil ayudando a buscar a la criatura, pero su madre se lo había prohibido expresamente, y ni siquiera se había sentido con el valor suficiente de desobedecer. No se veía capaz de enfrentarse al monstruo.

Se miró las manos, las cerró con fuerza y dio un puñetazo a la pared. Se las daba de valiente, pero no era más que un cobarde.

—¡Phir! —llamó su hermana. Él se giró y forzó una sonrisa—. Están llegando los… —Cogió aire antes de seguir—. Los *pretendientes* —terminó con sorna—. Ven conmigo, por favor. No creo que pueda soportarlo si no estás a mi lado.

Él cogió su mano y la acompañó a la sala del trono, donde recibirían a los invitados. La reina llegó al poco con un vestido diferente, dorado, a juego con su cabello y sus ojos. Miró a sus hijos y chasqueó la lengua con disgusto al verlos con las mismas ropas.

—Espero que al menos os comportéis como se espera de vosotros —susurró al ponerse tras ellos.

Ambos se miraron y suspiraron con resignación.

Sadi siempre había sido estricta a la par que cariñosa. Pero con aquella situación, lo primero había ido ganando terreno, preocupada como estaba por su esposo, por sus hijos y por bienestar del reino.

Entraron los primeros y Zoe los evaluó con calma. Incluso se permitió sonreír al ver lo que llegaba. Había algunos con los que podría incluso pasar un buen rato. Al final iba a resultar divertida la idea de su madre de invitarlos a palacio.

Se fueron acercando en orden a la familia real, y se deshacían en halagos al detenerse frente a la princesa, que tuvo que fingir para no mostrar repugnancia. Le gustaba que la adularan; lo merecía por su

posición y belleza, pero ahora se notaba que era por mero interés y no hacia ella. Y eso la molestaba.

—Princesa Zoe, los rumores sobre vuestra belleza no os hacen justicia. —Un joven besó su mano y la muchacha pudo sentir los dedos callosos—. Yo, sastre valiente, os libraré del mal y os convertiré en mi reina.

—¿Sastre? —repuso ella con disgusto.

—Maté siete, mi princesa.

La reina sonrió encantada y le hizo un gesto para que se apartara y diera lugar al siguiente, un joven musculoso, aunque no más alto que el príncipe.

—¡Devar! —exclamó Phir.

—A vuestros pies, altezas —respondió con un deje burlón.

—¿Qué haces tú aquí?

El chico, de cabellos largos de un castaño claro recogidos a la perfección en una coleta, le dirigió sus ojos marrones.

—Se ofrece una recompensa por libraros de una maldición.

—A ti lo que te interesa es el trono, ya que el del Reino de la Laguna Dorada jamás podrás obtenerlo sin cometer un crimen.

Los ojos de Devar brillaron con rabia.

—Bueno, ¿y a quién no? —Extendió los brazos y giró su rostro anguloso a izquierda y derecha—. ¿Creéis que todos los presentes están aquí por mero altruismo? ¡Ja!

Phir abrió la boca para expulsarlo, pero Sadi intervino.

—Presenta tus respetos a la princesa y vete.

Devar así lo hizo, besando con esmero la mano de Zoe, quien soltó una risilla traviesa para disgusto de Phir, que solo tenía ganas de darle una buena paliza. Devar era el hermano ilegítimo del príncipe Varde. Hijo bastardo del rey Toad. Y más insoportable que su hermano mayor.

La última persona en acercarse levantó cuchicheos por toda la sala. La reina contuvo la respiración y se puso tensa.

Una mujer, poco mayor que el príncipe, se presentó con una reverencia. Tenía el pelo negro recogido en una trenza, a su espalda portaba un carcaj con arco y flechas y en la cintura había una daga. Llevaba ropas verdes y negras, las propias de un cazador.

—Márchate —ordenó la reina con voz gélida—. Esto solo compete a hombres.

—Majestad —respondió ella—, es cierto que la recompensa es solo

para hombres, según vuestro anuncio. Sin embargo, ninguna ley me prohíbe quedarme en el reino y dar caza al monstruo.

Zoe, sin poder contenerse, aplaudió, encantada.

—Te quedarás en palacio, como los demás. Es lo justo.

Sadi se quedó sin palabras, mas se recompuso y dejó pasar aquello… por el momento.

—Sed todos bienvenidos al Reino de las Quimeras. Nuestros sirvientes os acompañarán al ala de invitados. Poneos cómodos y buena suerte. Veamos quién demuestra ser digno de la mano de mi hija y el dominio de mi reino.

Aquel día amaneció gris, de los favoritos de Rubí. Las nubes ayudaban a apagar las risas más alegres y traían silencio. La gente solía tener más ganas de quedarse en casa que de salir.

Y no tardó en llegar la lluvia. Rubí se quedó hipnotizada mirando mientras amasaba sus próximas magdalenas. Esta vez serían de limón y dulce de leche, un ingrediente exótico que le había regalado Día con intención de distraerla. Y lo había conseguido, pues se había pasado horas ideando una nueva receta.

Los gritos la distrajeron. Se había formado un gran revuelo en el exterior a pesar de la intensa lluvia. Al principio supuso que era por el mercado, y que todos recogían las mercancías con la mayor de las prisas. Pero entonces vio pasar a personas armadas, corriendo de un lado a otro.

Se limpió las manos y se acercó a la ventana.

¿Qué estaba pasando?

Corrían al centro, a la plaza, donde todos los días se ponía el mercado.

Muerta de curiosidad, cogió la caperuza y salió para seguir a los más rezagados.

Había multitud de gente rodeando una jaula de hierro, que a saber de dónde había salido. A nadie parecía importarle que lloviera: todos miraban expectantes el interior. Y entonces la vio.

Aneris.

Rubí tuvo el impulso de gritar a los pueblerinos qué estaban haciendo. Mas cuando se acercó lo suficiente, lo comprendió todo: allí donde debían estar las piernas de Aneris había una cola de color índigo. Una cola de pez. No, de pez no: una cola de sirena.

Se quedó sin respiración y estalló en un torbellino de

sentimientos.

¿Aneris era una sirena?

A pocos pasos vio a Día, quieta, mirando también la jaula. Rubí se acercó a la mujer y tiró de su brazo para llevársela. Miró brevemente a la sirena encerrada antes de marcharse.

Al poco de llegar a casa de la anciana, estalló:

—¡Una sirena! ¡Una sirena aquí!

—Cálmate, pequeña.

—¿Cómo quieres que me calme? ¿No se suponía que no existían? ¿Qué hace aquí? ¿Acaso ha venido a terminar lo que su madre empezó? —Bullía de rabia. La caperuza se le había bajado y su pelo se pegaba a su cara—. Intenté creer a la abuelita cuando me dijo que había sido un monstruo oceánico, ¡aunque yo supiera la verdad! Pero no… Fueron las sirenas. Y tú lo sabías y la has encubierto.

Se marchó sin mirar atrás, dejando a Día con una gran desazón.

Entró a la pastelería y subió a su habitación. De debajo de la cama sacó una caja donde guardaba cosas importantes que ya nunca miraba. Había un frasco de la poción que hicieron para ella y que no había vuelto a probar desde… No lo recordaba. Sabía para qué servía y no la necesitaba. Con eso era suficiente.

También había cartas de sus padres y cartas de alguien a quien no conocía y que no había querido leer jamás. No quería volverse loca en intentar recordar un pasado que no sentía suyo.

Y por último, libros escritos de su propio puño y letra. Un diario que también contenía historias inventadas por ella. Allí estaba la historia del lobo, de la cueva y de Adrien. Y la muerte de sus padres.

Ponía que había escuchado a los reyes —no sabía de qué reyes hablaba— decir que sus padres murieron a manos de una sirena.

Una sirena.

No un monstruo marino, como había intentado hacerle creer la abuelita alegando que las sirenas no existían.

Se sentó en la cama con el libro entre las manos. Según sus propias letras, de pequeña adoraba a las sirenas, ansiaba conocerlas y aprender todo de ellas. Pero cuando leyó sobre la muerte de sus padres, un recuerdo había acudido a ella, unas palabras que había escuchado diciendo que las sirenas los habían asesinado; se lo contó a la abuelita y esta le dijo que su imaginación infantil le habría jugado una mala pasada. Que las sirenas tan solo existían en los cuentos que su padre le contaba. Con toda seguridad, por proteger su mayor

ilusión.

Quizás las historias de Día no fueran tan fantasiosas después de todo. Quizás hubiera algo de verdad en ellas… Acababa de comprobar que existían las sirenas; que Día apenas se había sorprendido, y ella alguna vez había mencionado el reino acuático.

Pasó allí varias horas, hasta que, a través de la ventana, vio cómo la lluvia amainaba y unos tímidos rayos de sol se abrían paso entre las nubes.

Su rostro se endureció y salió de casa con determinación, dispuesta a hacerle pagar a esa sirena la muerte de sus padres. Y después, iría a por las demás, como siempre había planeado.

Cuando llegó ante la jaula, ya no había nadie en la plaza. La sirena tiritaba y Rubí estuvo tentada de sentir pena.

«No». No podía sentir pena de un ser engañoso y sanguinario. Se puso la caperuza en honor a su familia.

—Una sirena… —pronunció con desprecio y el más absoluto de los odios chispeando en sus ojos.

Aneris giró la cabeza con esfuerzo. Sus ojos se abrieron con sorpresa al reconocerla.

—Rubí, yo…

—Sabía que había algo raro en ti, pero esto… —Negó con la cabeza y la giró—. Ellos murieron por vuestra culpa…

La sirena no dijo nada. Solo se escuchaban sus dientes castañeteando, el sonido de las cadenas mecidas por el temblor que invadía su cuerpo. Todo ello fue roto de nuevo por la suave voz de Rubí. Una voz que desprendía una profunda rabia.

—Cuando era pequeña, mis padres salieron a navegar…

Rubí le contó todo: el viaje de sus padres, su desafortunado encuentro con la sirena y su asesinato a manos de esta. Descargó su rabia en cada palabra, y la sirena se encogió ante el veneno que emanaba su voz.

El silencio que siguió a sus palabras fue suficiente para que Rubí lo tomara como una aceptación de culpa.

Pero no era suficiente.

Entonces, alguien pasó por su lado, y Rubí se quedó perpleja viendo cómo Día arropaba a aquel ser con una manta.

—¿Qué haces?

—Tiene frío.

—Ella no merece ningún cuidado —escupió la joven.

Día la miró entristecida y le dijo con ternura:

—Estás juzgando sin conocer.

—¡Las sirenas son seres despiadados que solo quieren acabar con nosotros! ¡Y ahora todo el mundo lo sabe!

—Ni todos los humanos son buenos ni todas las sirenas son malas… —La miró de forma penetrante antes de añadir—: Ni todos los lobos son malos.

Zoe se contoneaba siempre que podía por los pasillos en los que se alojaban sus pretendientes. Le gustaba humillar o ignorar con descaro a aquellos que creía que no merecían su atención, porque ella jamás los habría elegido ni como sirvientes, y se deleitaba con la adulación de aquellos que, precisamente, eran los que menos agradaban a la reina Sadi. A la mujer no le pasaba desapercibida su actitud, pero la dejaba estar.

Si antes Phir tenía prohibido salir con los voluntarios en busca del monstruo porque era peligroso, ahora le había sido prohibido porque no era lo adecuado. ¿Qué pasaría si era él quien lograba dar muerte al animal? Ante los ojos de todos, tendría que dar la mano de la princesa a su propio hermano o… la familia entera tendría que renunciar al trono por no poder cumplir con su palabra.

—¿No sería gracioso? —preguntó la princesa mientras paseaban juntos por el patio de armas. Quería admirar a los aspirantes a su mano.

—No tiene ninguna gracia, Zoe. Todo esto es…

—Te preocupas demasiado.

Phir caminaba junto a ella, con el brazo de Zoe enganchado al suyo. Tenía una expresión poco amigable.

Le hubiera gustado contraatacar con el hecho de que alguno de esos se convertiría en rey y, por tanto, en el esposo de su hermana, pero lo habían declarado tema tabú. A ambos les causaba ansiedad solo pensarlo.

—No soy capaz de obviar los problemas tan bien como tú.

Ella rio.

—¿Quieres que te ayude? Casi todas las nobles suspiran por ti…

—Ya no. —Se detuvieron a mirar a Devar y la agresividad que

mostraba contra su contrincante—. Desde que renuncié a la corona, me he convertido en un vulgar ricachón más.

—¡Qué va! —Durante unos instantes, los ojos de ella recorrieron el torso desnudo y sudoroso del bastardo. Phir la arrastró con él—. Créeme. Compartir cama con un príncipe, aunque no sea heredero, es de lo más excitante.

—¿No crees que se te va de las manos?

—¡Eh! —Se detuvo y le apuntó con el dedo—. Hasta que esta mierda que ha ideado madre se resuelva, soy una mujer libre. Y pienso hacer lo que me plazca, disfrutar de la vida y de mi cuerpo. Y tú deberías hacer lo mismo. Se te quitaría esa cara de trol que ya empieza a amargarme.

El joven suspiró.

—Solo intento protegerte. Eres mi hermana.

—¿De qué exactamente?

—¿Qué tal un embarazo no deseado que te arruine la vida?

Ella rio con ganas, volvió a cogerse a su brazo y reanudaron el paseo.

—Ya sabes que las mujeres tenemos ciertos métodos.

—No son infalibles, Zoe.

—A mí me funcionan.

Phir no respondió. Ojalá fuera solo eso. Las intrigas palaciegas eran peligrosas; cualquier paso en falso y de lo más alto podrían acabar en el más oscuro de los pozos.

La familia real pendía de un hilo; el pueblo estaba al acecho, ávido de poder.

—Oye, Phir… ¿Tú te acuerdas de… ella?

Al principio, él no supo a quién se refería. Sin embargo, conociendo a su hermana, solo podía tratarse de una persona.

—¿Caperucita Roja?

El rostro de Zoe se tornó melancólico. Phir se abstuvo de confesarle que pensaba más en ella de lo que quería admitir. Que le gustaría volver a verla.

—¿Por qué dejó de responder a mis cartas?

—Seguramente sí respondía, pero no nos llegaban por la maldición.

La chica suspiró.

—O a lo mejor ya no quería saber nada de nosotros.

Phir se detuvo y la miró.

—Me niego a creer eso. —Y era cierto: su corazón se negaba a creer que esa conexión que había sentido con Caperucita fuera solo por parte de él.

Su hermana sonrió y le abrazó.

¿Qué habría sido de la niña lobo?

¿Limón y menta?

¿Melocotón y chocolate blanco?

¿Crema y uva?

Rubí ya no sabía qué probar. Se afanaba por crear la combinación de sabores perfecta para elaborar la tarta de la coronación del príncipe Adrien. La fecha estaba cada vez más cerca, y a ella se le agotaba el tiempo. Además, él era muy exigente: no perdonaba un solo fallo. Encerraba en las mazmorras a cualquiera que osara siquiera opinar diferente.

Había pedido ayuda a algunos niños del pueblo, que se encargaban de catar cada nuevo pastel que salía del horno. Resultaban de lo más expresivos cuando daban un bocado. En otras circunstancias, la joven hubiera disfrutado de aquellos ratos. Pero la muerte de sus padres y su sed de venganza sobre las sirenas apenas la dejaban conciliar el sueño.

—¡Rubí, que se te quema!

La muchacha se giró, alertada por el grito de la pequeña Ada y corrió a sacar el pastel de chocolate, manzana y base de galleta. Se quemó al sacarlo y lo colocó en el mostrador con un gemido de dolor.

Mientras soplaba para calmar la quemazón, los tres niños se pusieron de rodillas sobre las banquetas de madera y aspiraron con gusto el intenso aroma del dulce.

—¡Yo creo que va a ser este! —exclamó Nerian, aplaudiendo.

—¿Manzana con chocolate? Huele bien, pero ¿no es… raro? —Reya arrugó la nariz.

—Vamos a probarlo y me dais vuestro veredicto.

Rubí lo cortó en cuatro y lo repartió. Ada se lo metió en la boca con tanta prisa que se quemó y tuvo que escupir parte del manjar. Los

otros niños la señalaron y rieron mientras la niña bebía a toda prisa de su leche ya fría y tragaba lo que tenía en la boca.

En cuanto la joven lo probó, supo que algo fallaba. No era el acertado.

—¡Está rico!

—A mí hay algo que no me pega.

El comentario de Nerian hizo que Reya arrugara de nuevo la nariz, pensativa.

—¿El chocolate, a lo mejor?

Ada robó el trozo que quedaba, lo sopló y se lo llevó a la boca.

—¿Y si lo cambias por chocolate blanco?

Rubí le acarició la cabeza con una sonrisa.

—¡Buena idea!

Los niños asintieron satisfechos y de un salto bajaron de sus asientos.

—¡No te olvides de llamarnos cuando lo prepares!

Rubí se despidió de ellos agitando la mano. Lo haría al día siguiente. Ahora tocaba reponer el resto de dulces que se solían encontrar en su pastelería y hacer las magdalenas que llevaría a la abuelita, como cada tarde.

Al salir, cogió su caperuza, la cesta y cerró bien.

A mitad de camino se encontró con Día, una anciana que se había hecho muy amiga de su abuela hacía unos años. La mujer parecía nerviosa: miraba a su alrededor con confusión.

—¡Día! ¿Estás bien?

La anciana corrió hacia ella con expresión de alivio.

—Ay, Rubí, Rubí. ¡Algo extraño ha pasado! —La cogió por los brazos. Dada su estatura, no llegaba a los hombros de la joven—. ¡Ha desaparecido!

—¿Qué? ¿Quién ha desaparecido?

—Aneris. La jaula estaba destrozada y…

—¿Quién es Aneris? Eh, tranquilízate. ¿Por qué no vienes a casa de mi abuela y nos lo cuentas?

Día abrió los ojos con horror.

—Ay, querida… Tú también no… ¿Qué está pasando? —Sacudió la cabeza, desesperada—. ¿No recuerdas a Adrien convertido en bestia? ¿Ni a la sirena? ¿Ni el entierro de tu abuela?

La joven de la caperuza movió las manos tratando de calmarla.

—Día, ¡qué imaginación! Ven conmigo y… —Dejó la frase

suspendida en el aire. ¿Había oído bien?—. ¿Has dicho «el entierro de mi abuela»?

No dejó que la anciana respondiera: se lanzó a correr y no se detuvo hasta llegar a casa de la abuelita, pero estaba cerrada. Miró a través de los cristales, mas no halló nada en el interior. Muebles tapados con sábanas y polvo, que empezaba a cubrir cada rincón.

Día la alcanzó con la respiración agitada.

—¿Dónde está la abuelita? ¿A dónde se ha ido?

Mas la anciana, incapaz de responder con palabras, se limitó a dirigir su mirada hacia el cementerio.

El corazón de Rubí se paró, incapaz de creer lo que estaba sucediendo. Tiró la cesta, cuyo contenido se desparramó, y fue en busca de respuestas. Sabía que no hallaría nada, que aquello no era más que una terrible pesadilla. Sin embargo, cuando alcanzó la tumba en la que reposaba su abuelo, vio, a su lado, la de su abuela.

—¿Cómo…?

Fue incapaz de decir nada más. Su garganta se negaba a pronunciar las preguntas que se amontonaban en su cabeza.

¿Qué había pasado?

¿Cuándo?

Y, sobre todo…

¿Por qué no recordaba nada?

Día tras día, noche tras noche, los aspirantes a la corona, y a la mano de la princesa Zoe, salían en busca del monstruo. A veces, regresaban todos sanos y salvos. Otras, menos de los que habían salido.

Esto provocó que la mayoría tomara la decisión de marcharse, a pesar de las súplicas de la reina Sadi.

—Estáis malditos; no queremos tener nada que ver con un reino maldito —explicó un noble venido de otro reino.

—Pero si acabáis con la bestia, romperéis la maldición.

—Eso no lo sabéis. Y no estamos dispuestos a gobernar sobre un reino maldito que poco a poco irá muriendo.

Muchos se marcharon, y con ellos, la esperanza del Reino de las Quimeras.

La reina se sentó en el trono y apoyó la frente en los dedos, que paseó por las sienes con lentitud. Ya no podía hacer nada más. Lo habían intentado todo.

—¿Madre?

Allí estaban sus hijos. Los herederos de un reino condenado.

También estaban la mujer guerrera, el bastardo y el sastre que decía haber matado a siete —¿siete qué?— de un golpe. Los únicos que seguían dispuestos a lo que fuera por hacerse con *su* reino. Pero ya no le importaba. Ni siquiera si era la mujer quien mataba a la criatura y se quedaba con el poder.

Sadi solo quería recuperar a su esposo y que todo terminara.

—¡Soldados! —Se levantó. Acudieron dos guardias que custodiaban la entrada a la sala del trono—. Desde hoy declaro toque de queda para todos. Nadie, sea por voluntad propia ni por causa de fuerza mayor, podrá abandonar su casa pasado el atardecer. No seguiremos sirviendo de alimento a lo que quiera que esté acabando

con nosotros. Quien ose desobedecer será encarcelado.

Se marchó, dejando a unos hijos preocupados y a unos aspirantes planificando su próximo movimiento.

No era la mejor de las soluciones, pero sí la única que protegía al pueblo. Phir y Zoe tampoco sabían qué más hacer. Incluso ellos notaban cómo sus esperanzas mermaban cada día.

Al llegar la noche disfrutaron de una cena tranquila. La reina no se presentó, y Phir y Zoe tuvieron que ejercer de anfitriones con los invitados que quedaban.

—Es cuestión de tiempo —habló Devar devorando un muslo de pollo—. Cometerá un fallo y ahí estaremos nosotros para atraparlo. —Se chupó los dedos para limpiarse la salsa, para desagrado del príncipe.

—Le hemos puesto todo tipo de trampas y cebos suculentos, hemos buscado huellas. Y durante todos estos años, nada ha dado fruto —repuso Phir antes de dar un sorbo a su copa de vino.

—A lo mejor es que no sabéis cazar.

—Ah, ¿y tú sí?

Devar cogió otro muslo de la bandeja de oro y lo agitó.

—Yo provengo de una larga estirpe de cazadores.

—Eso es lo que tú dices —espetó la guerrera mirándole con frialdad—. Ni siquiera tu padre, el rey, según tú, te ha reconocido públicamente.

—Porque sería un escándalo. Pero en secreto, me reconoce como lo que soy: su hijo favorito. No como ese blandengue de Varde.

La chica puso los ojos en blanco y Zoe soltó una risilla. Nadie soportaba al bastardo, pero todos tendían a ignorarle, salvo la guerrera y, por supuesto, Phir.

—Y tú, ¿de dónde vienes? —se interesó la princesa—. No hemos tenido mucho tiempo de conocernos…

—Digamos que vengo de muy lejos. —Se encogió de hombros y Phir notó cómo la curiosidad de su hermana aumentaba.

El sastre se mantuvo callado durante toda la cena, hasta que terminó y se marchó, despidiéndose con educación.

—¿Os apetece pasear por palacio, alteza? —preguntó el bastardo a la princesa una vez dieron buena cuenta del postre.

—Hoy no. Estoy cansada.

—Yo me retiro ya. Buenas noches, majestades.

La guerrera se fue, y tras ella, Zoe.

—¿Serás capaz de soportar que me case con tu hermanita y sea tu rey? —Devar se sirvió más vino y agitó la copa delante de su nariz.

Phir se levantó y lo miró con seriedad.

—Eso no pasará.

—Pasará, ya lo verás. Estamos hechos el uno para el otro. En la cama funcionamos muy bien… Es toda una tigresa…

El príncipe cogió al bastardo por el cuello de la camisola. La copa cayó al suelo y se derramó su contenido.

—Ten mucho cuidado con lo que dices. Aquí, y ahora, soy tu príncipe. Y no voy a tolerar ningún comentario lascivo hacia mi hermana.

—Puedes tolerar o no lo que quieras, *majestad,* pero eso no va a evitar que tu hermana me busque cada noche para hacer realidad sus sueños más lujuriosos.

Devar se soltó, recogió la copa y la volvió a llenar, dedicando una burlona sonrisa al joven, que se marchó airado.

Al llegar a sus aposentos, dio un puñetazo a la pared, presa de la rabia. Se desnudó y se acostó, deseando que aquella pesadilla terminara y que Devar no fuera el causante de ello. Esperó a su hermana durante largo rato, hasta que cayó sumido en las pesadillas que cada noche lo acosaban.

Huida, sangre, muerte…

—Despertad, alteza.

Phir abrió los ojos, sobresaltado, regresando al mundo real. Vio ante sí a su sirviente y le agradeció en silencio que lo hubiera sacado del mal sueño.

—La reina os ha mandado llamar.

El príncipe asintió. Era pronto, quedaba bastante para el desayuno. Le extrañaba que su madre le requiriera a esas horas.

Se vistió pensando que ya se daría el baño más tarde y acudió a la sala del trono. Por el camino chocó contra su hermana, que salía de una habitación que no era la suya. Phir no tuvo problema en reconocer a la dueña temporal del dormitorio: la guerrera.

—¡Zoe! ¿Con ella también? —inquirió escandalizado.

Ella le hizo callar y se cogió a su brazo.

—¿Qué? Tenía que probarlo… —Y se alejó de allí con las mejillas sonrosadas y los ojos brillantes.

El joven chasqueó la lengua, pero no dijo nada. ¿Para qué?

La reina Sadi los esperaba paseando nerviosa. Los miró con

preocupación antes de hablar:

—Ha habido otra muerte.

—¡Pero si se declaró el toque de queda! ¿Qué hacía fuera, quien quiera que sea? —exclamó Zoe, poniendo los brazos en jarras.

—El cadáver se ha encontrado en el interior de una casa…

Estuvo evitando a Día y cualquier contacto con otras personas. Por las noches se transformaba en lobo y corría libre por el Bosque del Invierno Mágico, donde los problemas no la perseguían. Donde solo había soledad, paz, animales que no se preocupaban por nada más que por alimentarse.

Trataba de comprender qué estaba pasando. En algún momento incluso se había planteado la posibilidad de que la anciana dijera la verdad…, pero era surrealista.

¿El príncipe Adrien una bestia?

¿Una sirena allí, en el Reino de la Rosa Escarlata?

Se había sumergido en los diarios que escribía de pequeña, tratando de volver a esa época en la que era feliz, con sus padres, con su abuela; en las cartas que había recibido durante años de su amiga Zoe, la princesa del Reino de las Quimeras, y que de repente había dejado de recibir. ¿Qué sería de ella? ¿Y del príncipe Phir?

Se colocó bien la caperuza y dejó atrás el mercado con los ingredientes necesarios en su cesta para la tarta de la coronación. De repente, alguien se abrazó a ella con violencia.

—¡Eh! Pero ¿qué haces?

Rubí se apartó y miró con desconcierto a quien lo había hecho. Se trataba de una joven de cabello rojo y rostro cubierto por una capucha oscura.

—¿Quién eres? ¿Qué haces?

La pelirroja abrió la boca, pero no emitió ningún sonido. Se señaló y le sonrió. Rubí alzó una ceja sin comprender qué quería decir.

—¿Necesitas algo?

La joven de la caperuza miró a su alrededor, incómoda por aquella situación. La otra se quitó la capucha para mostrarse ante ella.

Sus ojos, de un color índigo extravagante, brillaban de emoción. Miró a su alrededor y Rubí leyó la confusión en su rostro.

La pelirroja volvió a mirarla y agachó la cabeza.

—¡Aneris!

Día se interpuso entre ellas. Tenía el cabello negro y blanco cuidadosamente recogido y sus ojos grises miraban a la pelirroja con entusiasmo.

—¿La conoces? —inquirió Rubí levantando una ceja.

La mujer, antes de responder, dirigió su mirada a ella y a las personas que pasaban cerca. Por último, se fijó en la muchacha de cabello borgoña.

—Sí, la conozco. ¿Vienes a tomar una taza de té conmigo, Aneris? Creo que tenemos mucho de qué hablar…

Se marcharon, dejando a Rubí desconcertada. Estuvo tentada de seguirlas y descubrir quién era la misteriosa chica, pero enseguida recordó que tenía mucho trabajo: le habían hecho varios encargos. En cuanto pudiera, le haría una visita a Día.

Sin embargo, acabó tarde y tuvo que dejarlo para el día siguiente. La anciana le presentó a su nueva amiga como Aneris, pero no mencionó de qué la conocía y Rubí decidió respetar a Día. Si no quería contárselo, era asunto suyo.

Se limitó a visitarlas todos los días y llevarles magdalenas, que compartían mientras escuchaban las historias de Día. Rubí no se sentía con fuerzas de nada. Su mente volaba al cementerio, a su abuelita; a qué había pasado y por qué no podía recordarlo.

Aquella mañana, aprovechando un rato que tenía libre, decidió acudir también a casa de la anciana. A mitad de camino un mensajero real la detuvo para entregarle una misiva y se marchó para hacer lo mismo con otras jóvenes que paseaban por el pueblo.

Rubí la abrió intrigada y empezó a leer. Alcanzó la puerta de la casa de Día y la abrió con más brusquedad de la que pretendía.

—¡Increíble!

Lanzó el sobre amarillento sobre la mesa y resopló. Se sentó con la rabia bullendo en su interior.

—¿Qué sucede, cariño?

La mujer apareció desde la cocina a la par que Aneris lo hacía desde una habitación.

Miró a Día con fastidio.

—El príncipe nos invita a todas las doncellas a su coronación.

¡Hipócrita! —Abrió el sobre y leyó—: «… sería un placer para mí que el castillo se llenara con tu bella presencia… bla, bla, bla…». ¿Bella presencia? ¿Y si soy un trol? Seguro que ya no pensaría que mi presencia es «bella». —Volvió a resoplar mientras la otra muchacha tomaba asiento—. ¿Y para qué? Para que seamos testigos de cómo le hacen rey. ¡Es que no me lo puedo creer!

—Ay, Rubí, Rubí, querida… —La anciana se acercó a la mesa y sirvió a Aneris un par de tortitas con confitura que ella misma había elaborado.

—¿Qué?

—¿Acaso conoces al príncipe?

—¿Es que hace falta? Mira cómo eran sus padres. Él ha heredado su arrogancia y egoísmo. ¿Se ha preocupado alguna vez por su pueblo? ¡No! —Dio un golpe en la mesa que sobresaltó a la pelirroja —. Perdona. —Volvió a mirar a la anciana—. Siempre observando todo desde la seguridad de su castillo. Él lo tiene todo. ¿Y nosotros?

—Rubí, no deberías juzgar por las apariencias.

Se levantó y se colocó la caperuza. Miró con desprecio la carta.

—No pienso ir a esa estúpida fiesta. Si quieres ir tú, la invitación es tuya —terminó, mirando a Aneris.

No se quedó para ver cómo la chica cogía el sobre con mano temblorosa ni cómo sus ojos centelleaban por la emoción.

Phir acudió acompañado de Devar y la guerrera a casa de la víctima. Se trataba de una mujer de avanzada edad. Encontraron el cadáver cerca de la entrada, tapado por una sábana azulada que ya tenía manchas de sangre. A un lado, en los sofás, estaba la familia, su esposo y sus dos hijos, de más edad que Phir.

El hombre, al ver llegar al príncipe, se levantó y le saludó con respeto. Los dos chicos no se molestaron en hacerlo.

—Lamento mucho vuestra pérdida. —El hombre agradeció sus palabras con un gesto de cabeza—. Sé que resulta difícil, pero ¿podrías contarme qué ha pasado?

Tras aclararse la garganta, así lo hizo:

—Estaba durmiendo después de un día bastante duro. Noté que Denysa se levantaba por la noche, pero eso no es nada fuera de lo normal. La escuché trastear con los cerrojos y comprendí que seguramente había bajado a asegurar la puerta. Entonces escuché un grito y… —Los ojos se le empañaron.

Phir le puso la mano en el hombro.

—¿Entró por una ventana? —preguntó Devar inspeccionando la amplia estancia.

—Estaban todas cerradas —terció uno de los chicos, con cara de pocos amigos—. Y si la hubiera roto, habría cristales por el suelo.

El príncipe miró al bastardo con severidad por su falta de tacto. Paseaba inspeccionando cada rincón con expresión altiva.

—La cerradura no está forzada —comentó la guerrera con el ceño fruncido.

—¿Es posible que Denysa dejara entrar a…? —Phir no supo cómo terminarla frase.

El hombre negó con la cabeza.

El príncipe se planteó la posibilidad de estar ante un vulgar asesino y que ese caso no tuviera que ver con el monstruo del reino. Sin embargo, cambió de opinión cuando la guerrera, tras obtener la aprobación de la familia para mirar bajo la sábana, levantó la tela y Phir pudo ver con sus propios ojos las heridas propias de la criatura.

Aquello no podía ser obra de un imitador.

—Haremos lo posible por atrapar de una vez por todas a la bestia; os lo prometo.

Uno de los hijos soltó un bufido y se encaró con el príncipe.

—¿Ah sí? ¿Y cómo pensáis hacerlo exactamente? ¿Cuál es vuestro grandioso plan? Lleváis años prometiendo acabar con esta amenaza y librar al reino de la maldición que nos tiene presos. Yo ya no me creo nada.

Devar miraba la escena cruzado de brazos con una sonrisa maliciosa. Estaba disfrutando con la situación. El reino se iba a pique y él, en cuanto pudiera, lo salvaría, se convertiría en un héroe, en el rey y en el esposo de Zoe. Por fin tendría lo que merecía.

Phir agachó la cabeza, pidió disculpas y se marchó, sintiendo cómo la culpabilidad se posaba sobre él como toneladas de acero aplastándole.

Los días siguientes estuvieron deliberando sobre lo que habían visto en la casa. Pusieron a la reina y la princesa al corriente y se reunieron con los consejeros. Mas nadie sabía dar una explicación a lo acontecido.

—Solo se me ocurre una cosa —concluyó Phir—. Alguien del reino controla a esa cosa. Por eso nunca hemos encontrado rastro alguno: alguien debe de borrarlo. Y debe de darle acceso a cualquier sitio. No hay otra explicación.

El silencio se cernió sobre la reunión. Estaban presentes los consejeros, varios soldados y el sastre: aquellos que se tomaban en serio salvar al reino y no lo hacían por puro interés. Phir no podía sentirse más orgulloso, y halagado, pues ni el sastre ni la guerrera eran del Reino de las Quimeras, y se habían tomado aquella misión como algo muy serio y no como una competición por alcanzar un jugoso premio.

Miró la silla vacía de la chica. Había faltado a la reunión, algo raro. Quizás había salido pronto en busca de pistas o estaría entrenando.

Devar estaría durmiendo, como siempre. No solía aparecer en los

desayunos: le veían ya bien entrada la mañana, e incluso a veces a la hora de comer; se presentaba despeinado y adormilado, pero con una sonrisa en los labios. Phir trataba de ignorar el porqué de su sonrisa. Zoe ya no pasaba todas las noches con su hermano a pesar de las pesadillas que acosaban a ambos. Decía que, si no dormía, no vendrían, y que prefería pasarlo bien a dormir con miedo.

—Bien, lo que vamos a hacer es…

Gritos. De sirvientes. Y uno que…

—¡Zoe!

Phir salió corriendo hacia el origen del revuelo. Una de esas voces pertenecía a su hermana. La encontró en la planta de arriba, sobre la sala de reuniones. Estaba tirada en el pasillo con varias doncellas atendiéndola. El príncipe pensó que se había mareado, hasta que sus ojos miraron más allá y vieron el motivo del escándalo.

Allí yacía el cuerpo de la guerrera, destrozado.

La invitación al baile había tenido una gran acogida en el pueblo. Rubí se había pasado las horas poniendo los ojos en blanco cada vez que veía a través de la ventana a alguna chica de su edad correteando de un lado a otro en busca de vestidos y zapatos que ponerse para la ocasión.

Ella se había mantenido encerrada en la pastelería creando nuevos sabores, lo único que lograba distraerla.

Por la noche, cuando ya había puesto el cartel de «Cerrado», alguien llamó a la puerta. Fue a abrir, refunfuñando, y se encontró cara a cara con Día.

—¡Hoy no me has llevado magdalenas!

La joven la invitó a pasar y volvió a cerrar.

—Lo siento, Día. Me he olvidado.

No hizo falta que la anciana le preguntara qué le pasaba. Sabía la confusión que bullía en su interior: los recuerdos y los olvidos que no casaban entre sí. Y ver la felicidad de la gente mientras ella había perdido tanto.

—¿Y Aneris?

—Oh, ha ido al baile.

—Ah.

La joven sacó la bandeja de magdalenas de aquella mañana y le ofreció un té. Luego se sentó junto a ella y sacó el colgante que siempre llevaba abrazando su cuello.

—De pequeña viajé con mis padres al Reino de las Quimeras. —Su mirada se tornó melancólica—. Allí conocí a los príncipes, Zoe y Phir. ¿Sabes? Zoe y yo éramos como dos gotas de agua. Y Phir… —Sonrió mordiéndose el labio—. Bueno, me gustaba. Él me regaló este colgante. —La anciana la escuchaba mojando el pequeño bizcocho en

la bebida caliente—. Al volver aquí, que no recuerdo cómo fue, Zoe me estuvo escribiendo. Y no me acordaba de eso. Nunca le respondí, y creo que ya es tarde para…

No pudo terminar la frase. Sintió algo extraño en su cabeza. No le dolía, pero era como una explosión. Como un volcán que acabara de entrar en erupción dentro de sí.

—¿Rubí? ¿Estás bien?

La joven se llevó las manos a las sienes. Cerró los ojos con fuerza y, cuando volvió a abrirlos, fue como si la luz hubiera esclarecido todo lo que había en su mente. Miró a Día, temblorosa.

—Mi abuela… La sirena… La bestia…

Era incapaz de construir una frase. Día se sorprendió.

—¿Lo recuerdas?

Rubí miró a su alrededor, confundida.

—Lo recuerdo todo, Día. Mi infancia y lo que hemos vivido todos estos años. Y Aneris… Ella es… —Sintió repulsión solo de pensarlo.

La anciana se acercó hacia la ventana y miró al exterior, en dirección al castillo, pero el bosque y las casas le impedían verlo.

—Algo ha sucedido… ¿Se habrá roto por fin la maldición?

Rubí se colocó a su lado.

—¿La del reino? ¿La que convirtió al príncipe en una bestia y nos hizo olvidar la magia e incluso a los demás reinos? —Ahora ya sabía que por eso no recordaba su viaje al Reino de las Quimeras, ni a Zoe ni a Phir, ni la muerte de sus padres. Incluso había olvidado que era el príncipe Adrien el que estaba con ella en la cueva la noche que un lobo lunar la mordió.

—Cuando Aneris desapareció, todo volvió a la normalidad. Era como si se hubiera roto la maldición que se cernía sobre todos vosotros. Volvíais a creer en la magia, recordabais con claridad los demás reinos, Adrien era humano de nuevo. Pero no recordabais los años durante los que el príncipe había sido una bestia. Las maldiciones no funcionan así al romperse. No hacen desaparecer los recuerdos. Salvo que sea una de las condiciones, y no es el caso. —Rubí se abstuvo de preguntarle cómo sabía tanto sobre maldiciones y sobre esa en concreto. Día era muy misteriosa y no desvelaba apenas nada sobre su pasado—. Y ahora, de repente, lo recuerdas todo. A lo mejor Aneris lo ha conseguido y os ha salvado.

—Pero ¿por qué a ti no te afectó?

—Porque yo no pertenezco a este reino, querida.

Tenía sentido. Rubí entrecerró los ojos.

—¿Y cómo sabes tanto sobre maldiciones? ¿Sobre todo esto?

La anciana suspiró y tomó asiento en los cojines de la ventana.

—Verás, Rubí, yo… era un hada madrina. —Esperó a que su amiga procesara sus palabras. Los ojos verdes de la muchacha se abrieron por la sorpresa. Fue a decir algo, pero Día la interrumpió—. Hice un trato con el duende de los tratos y… se quedó mi varita.

Al ver la tristeza que embargaba a la anciana, Rubí no pudo hacer otra cosa que abrazarla con fuerza, compartiendo su dolor.

Por fin comprendía a Día.

Ese era su secreto.

Había sido difícil calmar a la princesa. Phir ordenó que le llevaran infusiones relajantes, que le preparan un baño de aromas suaves y que la acostaran en la cama de él.

Ahí estaba, entre sus brazos, dormida después de varias horas. Mas su cuerpo seguía temblando.

La muchacha no había sido capaz de articular palabra sobre lo que había visto. Phir sospechaba que no solo había descubierto el cadáver de la guerrera. Había sido testigo de algo más.

Y él necesitaba saberlo para atrapar a la bestia.

Pasó todo el día velando el sueño de su hermana, preparado por si las pesadillas acudían a perturbarla. El rey había sostenido que aquellas pesadillas de sus hijos formaban parte de la maldición: ser acosados cada noche, no ser capaces de dormir, ver cosas horribles… y, poco a poco, ir hundiéndoles la moral, la alegría. Habían probado calmantes, infusiones para dormir, pero nada había podido ayudarlos por el momento. Salvo cuando dormían juntos, protegiéndose, apoyándose.

Quedaba poco para el anochecer cuando llegó la reina con dos vasos de leche. Los dejó sobre la cómoda y se acercó a ellos. Acarició con ternura el cabello de la princesa.

—¿Cómo está?

—De momento tranquila. Ya apenas tiembla.

Sadi suspiró.

—Deberías comer algo. Yo me quedaré con ella.

—No tengo hambre, madre. Todo esto empieza a superarme.

La mujer se sentó junto a él, con cuidado de no despertar a su hija.

—Todo va a mejorar. Confía en mí.

—¿Cómo estás tan segura?

La miró a los ojos.

—Una madre sabe esas cosas. Una madre da todo por sus hijos.

Al joven le sorprendió la respuesta. Iba a preguntarle qué quería decir, pero ella se levantó y le acercó uno de los vasos.

—Leche con vainilla y miel. Os ayudaba a dormir de pequeños. También le he traído a Zoe: que la beba cuando despierte. Tú tómatelo ahora, y a ver si esta noche podéis descansar.

Phir no replicó. Se sentía cansado y pensó que, después de no haber comido ni bebido nada en todo el día, la leche caliente le sentaría bien. Le dio las gracias y bebió hasta apurar la última gota.

Llevaba tantos años sin probarla que hasta le pareció raro el sabor. Era normal: de pequeños solo podían permitirse beber leche de cabra, que mantenían ellos mismos.

—Buenas noches, mis pequeños.

Phir se acomodó y esperó a que el sueño le invadiera.

Notó un movimiento suave en su pecho.

—¿Zoe? —Sus ojos dorados se encontraron con los verdes de ella—. ¿Cómo estás?

—Tan cansada… —Volvió a cerrar los ojos—. Lo vi, Phir…

El príncipe bostezó.

—¿Qué viste?

—Vi cómo la mataba… Lo vi… Era… —Se estaba quedando dormida de nuevo. Incluso él notaba los párpados pesados—. Era extraño…, aterrador…, humano y animal a la vez… Era…

Ambos cayeron de lleno en el mundo de los sueños.

El cielo se cubrió de nubes tan negras como el ébano. Por mucho que lo intentaban, los rayos de las lunas no lograban atravesar tan densa capa.

El Reino de la Rosa Escarlata quedó a oscuras.

Día y Rubí salieron de la pastelería. Escucharon gritos asustados, niños llorando. Fijaron sus ojos en el bosque, en el castillo.

—¿Qué crees que habrá pasado? ¿Tendrá que ver con la maldición todo esto también? —La joven señaló las nubes.

La anciana entrecerró los ojos. Luego soltó un suspiro frustrado.

—Yo podría…

—No. —La cogió de los hombros—. No voy a permitir que te culpes de nada. Porque no podías hacer nada. Ya no tienes tu magia… —terminó en un susurro para que solo ella la escuchara, y volvió a abrazarla.

Tuvieron que esperar a la mañana para descubrir lo que estaba pasando.

La espesa capa de nubes se mantuvo. Mientras algunas personas se afanaban por encender las farolas del pueblo y otras se limitaban a mirar con estupor, llegó la carroza real.

O lo que antes era la carroza real.

Ahora era de un negro estremecedor con acabados en morado en lo que antes era de oro puro. En lugar de caballos, nagas tiraban de él.

El pueblo entero se acercó, curioso, aunque respetando cierta distancia, por temor a lo que salía de allí: una hermosa mujer de cabellos negros con algo brillando en ellos, semejante a estrellas del cielo nocturno. Llevaba un vestido a juego con su pelo, ajustado y sin mangas. Portaba un cetro muy peculiar: era azul oscuro y terminaba en una piedra violeta que desprendía un halo plateado como la

espuma del océano y que la rodeaba de forma sinuosa, cual serpiente.

Sonrió ante ellos y a Rubí le dieron escalofríos. Se colocó delante de la anciana.

—¡Reino de la Rosa Escarlata! —Extendió los brazos—. Soy Nessarose: vuestra heroína, quien os ha librado de una vez por todas de esa bestia que teníais por príncipe; vuestra nueva reina, y reina de los océanos. A partir de ahora, seremos uno. Si me obedecéis, no tendréis nada que temer. —Alzó una ceja antes de añadir—: Mas si osáis oponeros a mí —se humedeció los labios— sufriréis un castigo peor que la muerte.

Durante unos instantes se hizo el silencio más absoluto. ¿Dónde estaba Adrien? ¿De dónde había salido aquella mujer?

—¡Que la Rosa guarde a la reina! —gritó alguien.

Todos corearon.

Todos menos Rubí, que miraba con los ojos chispeantes por la rabia, y Día, angustiada.

La mujer se marchó en su tétrica carroza y la gente volvió a sus quehaceres con el miedo envolviendo sus corazones.

—¿Rubí?

Día se atrevió a abrir la puerta de la pastelería. La joven llevaba dos días sin dar señales de vida. Había tapado las ventanas para que nadie viera el interior desde la calle e ignoraba a cualquiera que llamara para pedir pasteles. La anciana había ido varias veces sin recibir respuesta. Pero aquella noche no podía más: cogió la llave de repuesto que Rubí le había dejado y se armó de valor. No le gustaba meter las narices en la intimidad de su amiga, pero podía necesitar su ayuda.

La encontró tirada en el suelo, a la luz de un farol, con mapas y libros extendidos por la alfombra.

—Pequeña, ¿qué haces?

—Esa mujer es la reina de los océanos. Pagará por lo que su pueblo nos ha hecho, por el dolor que han causado durante tantos y tantos años.

Día se acomodó en una silla.

—Querida, después de conocer a Aneris, no puedes seguir pensando así.

—Ah, ¿no? —Rubí se sentó con las piernas y los brazos cruzados —. Según me contaste, ella tocó la Rosa, nuestra Rosa sagrada, y complicó la maldición, borrando nuestros recuerdos de los últimos años. Y todo esto seguramente tenga que ver con ella. ¿No sucedió todo la noche del baile al que ella asistió? ¡Y después aparece esta bruja! No, no es casualidad. ¿Quién te dice que Aneris no es Nessarose?

—Me lo dice el corazón. Y tú deberías escuchar más al tuyo.

—El mío clama venganza.

Día cogió la mano de la joven y la obligó a mirarla a los ojos.

—Rubí, por favor… Este odio no te hace bien. No disfrutas de la vida, apenas sonríes, no…

—¡Basta! ¡Tú no lo entiendes!

Rubí cogió su capa roja y salió corriendo en dirección al bosque, dejando a una anciana preocupada. Trotó y saltó en forma de lobo, hasta quedarse en un lugar desde donde veía las estrellas. Las nubes habían decidido dar tregua ese día. Y así pasó las horas.

Estaba sola en el mundo por culpa de esos seres.

Y debía hacerse justicia.

Aulló con rabia.

Aulló con desesperación.

Aulló con impotencia.

Escuchó pasos. Sus orejas guiaron sus patas y sus ojos verdes vieron quién estaba en el Bosque del Invierno Mágico. Estuvo tentada de saltar, dejarse llevar por su lado más salvaje y hacer correr la sangre de quien estaba ante sí. Ladeó la cabeza. Era un pensamiento tan agradable…

El sol se alzó sobre los árboles; algunos de sus rayos atravesaron las hojas y acariciaron su pelaje blanco y gris. Rubí decidió dejar que el lobo se marchara y se transformó.

Aneris abrió la boca y la cerró. Al volverla a abrir emitió un leve gemido.

—¿Qué haces aquí? —espetó la rubia.

Aneris tragó saliva.

—Necesito ver a Día.

—Déjala en paz.

Rubí pasó por su lado sin mirarla. Aneris la siguió.

—¿Cómo has…?

—No es asunto tuyo. —Las palabras de Rubí iban cargadas de

desprecio.

Escuchó a la pelirroja seguirla y se giró con brusquedad.

—¡Déjanos en paz!

Sus ojos echaban chispas, pero la sirena no se amedrentó.

—Quiero arreglar esto.

Rubí echó la cabeza hacia atrás y entrecerró los ojos, escrutándola.

—¿Arreglar qué, exactamente?

Aneris suspiró.

—Nessarose se ha hecho con mi reino y el tuyo por mi culpa. Se los ofrecí en concha de plata sin saberlo.

La boca de la rubia se abrió por la sorpresa.

—No sé por qué me sorprendo… —musitó negando con la cabeza y mirándola con rabia.

«Ya se lo dije a Día y no me creyó».

—No lo hice a propósito, ¿vale? Me engañó. Yo solo quería ayudar a Adrien y… —Los ojos se le empañaron.

Rubí apreció el dolor que reflejaban, pero no se ablandó.

—Así que la mejor forma de ayudarle fue condenándonos a todos. ¡Muchas gracias! —Volvió a girarse y continuó su camino.

—¡Quiero arreglarlo! Pero necesito vuestra ayuda…

Se detuvo. Cogió aire varias veces, librando una fuerte batalla en su interior. ¿Ayudarla o dejarla tirada a su suerte?

—Te llevaré con Día. A mí ni te acerques.

Y reanudó el camino hacia el pueblo con la sirena siguiendo sus pasos. Rubí ni siquiera se fijó en cómo la gente del pueblo las miraba. Llamó a casa de la anciana y entró. La sirena se detuvo en el umbral con inseguridad.

—¡Rubí! Qué agradable sorpresa. ¿Qué te trae a estas horas por aquí? Justo iba a preparar el desayuno, ¿te apetece…? —Enmudeció al salir de la cocina sosteniendo un bol de masa y ver a Aneris plantada en la puerta como si fuera una extraña—. Aneris…

La sirena se frotó las manos, nerviosa.

—Pasa, querida, pasa.

—No sabía si sería bienvenida.

—Aquí siempre serás bienvenida. —La anciana le dedicó una cálida sonrisa.

Rubí resopló tomando asiento frente a la mesa, sin mirar a ninguna. Día le echó una mirada de reproche, pero no le dijo nada.

Invitó a Aneris a entrar y la joven se sentó al otro lado de la rubia, quien se había cruzado de brazos. Intercambiaron miradas.

—Voy a terminar de preparar el desayuno y nos pondremos al día —dijo la anciana desapareciendo en la cocina.

El silencio reinó entre ambas, roto únicamente por Día, trasteando en la habitación de al lado.

—Deja ya de mirarme así —pidió Aneris con firmeza.

—¿Y cómo quieres que te mire? Eres un monstruo.

—¡Vale ya! —La sirena se levantó dando un puñetazo sobre la mesa, para sorpresa de Rubí, que le sostuvo la mirada—. Puedes culparme por todo lo que está pasando y odiarme por ello. Pero no pienso consentir que me culpes por un crimen que yo no he cometido…

—… todavía —señaló la rubia con desprecio.

—¿Qué insinúas?

—Solo mira lo que ya has hecho. Es cuestión de tiempo que empiecen las desapariciones, los asesinatos… Así sois los seres oceánicos.

Aneris puso los ojos en blanco.

—¿Y qué me dices de vosotros? —espetó—. ¡Mi madre fue asesinada por humanos!

—¡Seguro que se lo buscó!

La sirena se quedó con la boca abierta. Rubí sintió satisfacción por haberla dejado sin argumentos, pero Aneris se sentó de nuevo y empezó a hablar.

—Mi madre admiraba a los humanos. Quería saber más de ellos. Siempre me contaba historias maravillosas sobre su mundo, el mundo terrestre. —Su expresión se tornó melancólica—. Yo soñaba con conocerlo de primera mano. Los humanos me parecíais seres tan impresionantes… Y pensaba que no existía la maldad en vosotros. Cuando ella murió a manos de unos pescadores, supe que no era así. Pero a pesar de ello quise confiar en que había sido un error. Mis ganas de conocer vuestro mundo no desaparecieron.

»Cuando fui encerrada en la jaula pensé que me había equivocado. Mis creencias se desmoronaron de la noche a la mañana. Mi padre tenía razón: el ser humano es cruel y despiadado. Entonces apareciste tú. —La miró a los ojos—. Me contaste la historia de tus padres, y en ese momento supe que ni tú ni yo estábamos en lo cierto. En ambos reinos hay buenas y malas personas. —Se echó hacia atrás dejando las

manos sobre las piernas—. Y no podemos juzgar a todos por igual. No podemos juzgar a todos por los actos de unos pocos. Es injusto.

Bajó la mirada, pero Rubí vio lágrimas en sus ojos. La quietud reinó sobre ellas. La rubia sentía que algo iba a explotar en su interior y decidió marcharse.

¿Era verdad todo lo que Aneris le había contado?

Tenía sentido. Igual que entre los humanos había criminales y buenas personas… ¿por qué no iba a ser igual entre las sirenas?

¿Qué debía creer?

Zoe vagaba por el castillo como un alma en pena. La muerte de la guerrera le había afectado. Ni siquiera los intentos de Devar por seducirla lograban algún efecto en ella. Phir había intentado echarlo, pero el bastardo se negaba a irse, alegando que llegaría hasta el final con tal de conseguir la recompensa.

La reina Sadi no se había atrevido a hablar con su hija. Iba a verla por las noches, cuando la princesa ya estaba dormida en los brazos de su hermano. Les seguía preparando la leche con miel y vainilla; parecía que algo los ayudaba, aunque las pesadillas volvían algunas noches.

Aquella mañana, Sadi y Phir debatían sobre qué paso dar a continuación en uno de los pequeños salones de la tercera planta. La chimenea estaba encendida, aportaba calidez entre aquellas frías paredes.

La puerta se abrió, interrumpiendo la conversación.

—Zoe, deberías estar comiendo algo —le dijo su hermano mientras se levantaba del sillón y se dirigía hacia ella.

—No tengo hambre. Quiero participar. —Se plantó frente a la chimenea—. Quiero impedir que *ella* vuelva a cometer una locura semejante —terminó, refiriéndose a la reina.

—Hija, eso es injusto…

—¿¡Injusto!? Injusto es que la vida de tantos inocentes haya acabado por tu estúpida idea.

—Si no se da un incentivo, nadie colabora para ayudar a otros. El altruismo no está de moda —se defendió la mujer.

—Y lo mejor era vender a tu hija a cualquiera. Te importa más la corona que tu propia sangre.

—Si eso fuera cierto, solo te hubiera puesto a ti como recompensa,

y no al reino.

Zoe se cruzó de brazos.

—Una buena forma de mantener el gobierno en manos de la familia. Luego sería fácil deshacerse del desgraciado y arrebatarme la corona con cualquier excusa.

—¡Basta! —Sadi se levantó y Phir se acercó, esperando no tener que interponerse entre ambas—. No te consiento que me hables así. Márchate y no vuelvas a dirigirme la palabra si no es para pedirme perdón por tu insolencia.

La princesa alzó la barbilla y se marchó pisando fuerte. Sadi volvió a tomar asiento, masajeándose las sienes.

—No sé qué voy a hacer con ella…

Phir se guardó de decir que Zoe tenía parte de razón. También comprendía a su madre. Debía tomar decisiones difíciles, y peores cada vez, pues no lograban resultados.

Sacó unos papiros de una carpeta que había dejado sobre una mesa.

—Debemos pedir ayuda a otros reinos, madre.

—Ya lo hemos hecho —respondió con voz cansada, sin mirarle.

—No me refiero a ofrecer algo a cambio. Hablo de pedir ayuda de verdad. Dejar el orgullo a un lado y reconocer de una vez nuestros errores.

—¡Jamás nos rebajaremos ante otros reyes! —Se levantó—. No vamos a mostrarnos débiles ante nadie. Lo solucionaremos solos.

El joven vio a su madre marcharse con la cabeza alta, tal y como lo había hecho Zoe momentos atrás. Suspiró y guardó de nuevo los papiros. Desde pequeños les habían enseñado que los asuntos del reino los resolvían ellos mismos, como habían hecho con la pobreza. Tan solo una vez se habían rebajado a pedir ayuda al reino vecino, pero había sido por desesperación del rey Midas.

¿Acaso ahora no estaban en una situación incluso peor? Moría gente. Estaban prisioneros. Ni con la recompensa habían logrado nada.

Salió envuelto en sus pensamientos y, al cruzar la esquina del pasillo que conducía a sus aposentos, chocó con alguien. La carpeta se le cayó y los papeles revolotearon y se desparramaron por el suelo.

—¡Mira por dónde vas, sirviente! —Bramó una voz autoritaria.

—Zoe, que soy yo.

—Ah…

Se agacharon y la princesa cogió uno de los papiros.

—¿Qué es esto?

Reino de la Rosa Escarlata - Rosa Escarlata

Reino de Oriente - Lámpara Maravillosa y Anillo Encantado

Reino de la Manzana de Plata - Manzana de Plata y Espejo Mágico

Reino del Anochecer - Zapatito de Oro

Reino de Oz - Mago de Oz

¿Cómo puedo salir del reino?

—Una lista que he elaborado con los reinos que podrían ayudarnos.

—¡Claro! —Chasqueó los dedos—. Algunos de estos objetos mágicos podrían librarnos del monstruo. ¿Por qué no se nos ha ocurrido antes? —Miró a su hermano mientras le devolvía el papiro y ambos se levantaban.

—Porque mamá nos lo ha impedido.

Zoe hizo un gesto de disgusto y siguió observando la lista.

—¿Por qué has rodeado con un círculo Espejo Mágico y no la Lámpara Maravillosa? ¿O el Anillo Encantado? —Señaló lo escrito—. Contienen genios que ofrecen un deseo.

—¿Qué crees que pasaría si pedimos un deseo a ciegas, sin saber a qué nos enfrentamos?

La muchacha se encogió de hombros y siguió a su hermano, que había echado a andar.

—Podemos desear que desaparezca y punto.

—No es tan sencillo, Zoe. La magia tiene sus límites, ¿recuerdas? Y no pienso arriesgarme. El espejo puede mostrarnos a qué nos enfrentamos, y actuaríamos en consecuencia.

La princesa se mordió la lengua y le dio la razón. Así era su hermano. Valoraba todas las opciones, las estudiaba. No tomaba decisiones a la ligera, como ella.

—¿Y has logrado responder a esa pregunta que pones al final?

Él negó, parándose delante de su habitación.

—Iba a ir a la Casa de los Espejos y… probar. —Se encogió de hombros; era una estupidez—. Sé que nadie lo ha logrado, ni por los caminos convencionales. Pero ninguno de nosotros lo ha intentado. Si la maldición es por culpa de padre, quizás nosotros sí podamos… Quizás el maldito duende nos haya dejado una puerta abierta… —

Suspiró sin terminar la frase. Exponerlo en voz alta era todavía más absurdo de lo que había pensado.

—No es tan descabellado como crees, Phir.

La princesa le acarició la mejilla antes de dirigirse a su propio dormitorio.

Él estuvo dando vueltas por su habitación hasta la hora de la cena, mas no tenía ganas de comer nada. Un sirviente le llevó una bandeja con comida por orden de su madre.

—¿Sabéis dónde está la princesa, alteza? —inquirió el muchacho dejando la bandeja en la mesa de cristal del príncipe.

—¿No ha bajado a cenar?

—Y tampoco está en su habitación.

Un terrible presentimiento cruzó la mente de Phir. Corrió hacia los aposentos de su hermana, atropellando por el camino a varios sirvientes a los que no pidió perdón. Entró sin llamar y se dirigió hacia el baño. Posó la mano en el pomo, pero antes de hacer nada, alzó los nudillos y dio varios toques en la madera.

Silencio.

Abrió. Estaba vacío. Volvió a la habitación. Todo estaba en orden. O casi todo… El armario estaba mal cerrado, la puerta pillaba una prenda caída. Se acercó a colocarlo bien y, al abrir, lo vio revuelto. No conocía toda la ropa de Zoe, pero apostaba su cabeza a que allí faltaba algo. Se lanzó hacia la ventana y la abrió.

Un jinete galopaba lejos del castillo en medio de la oscuridad.

La historia de Aneris batallaba en su interior, tratando de llegar a un acuerdo con aquello en lo que Rubí siempre había creído.

Y ya no sabía distinguir la realidad de la mentira.

Aguzó sus oídos. Escuchaba voces.

Era extraño. Nadie osaba internarse en el Bosque del Invierno Mágico cuando la noche era tan avanzada. En silencio, dirigió sus patas hacia el origen del sonido.

—La quiero dentro de tres días. Ni un día más. Al atardecer del tercer día deberá ser mía.

El ser, de mediana estatura con ropas doradas y pelo negro recogido en una coleta, desapareció dando un chasquido.

Y allí estaba ella.

La sirena problemática.

Presa de la rabia, dio un paso hacia delante y pisó una rama, que crujió. Aneris se giró y la vio. Se quedó aterrada; pudo verlo en sus ojos, y no era para menos. Acababa de descubrirla haciendo un trato.

Con él.

Rubí percibió ese miedo. ¿Cómo alguien malvado podía sentir algo así?

«Ni todas las sirenas son malas», recordó las palabras de Día. «Ni todos los lobos son malos».

En deferencia a la anciana, decidió marcharse antes de hacer algo de lo que pudiera arrepentirse. Volvió a la pastelería envuelta en su caperuza y allí pasó las horas bebiendo una infusión relajante que la ayudaba a dejar la mente en blanco.

No quería pensar.

No quería juzgar.

Le daría a Aneris la oportunidad de explicar qué hacía con el

duende.

Por la tarde, cuando creía que podría controlar la situación sin saltar sobre la sirena, se dirigió a la cabaña de la anciana. Se puso la caperuza y colgó la cesta del brazo. Estaba llena de frutos que quería llevarle a su amiga, que utilizaba para elaborar deliciosos platos que juntas compartían recordando anécdotas de la abuelita.

No se molestó en llamar. Cerró tras de sí, dejó la cesta sobre la mesa y miró con seriedad a Aneris.

—¿Qué tal si nos explicas lo de anoche en el bosque, Aneris?

—¿Qué…?

—¿De qué hablas? —preguntó la anciana acercándose a la mesa.

—Anoche vi a Aneris con él —respondió cruzándose de brazos.

La mujer abrió mucho los ojos, llenos de terror, y los dirigió a la sirena, negando con la cabeza.

—No… Dime que no es cierto.

—¿Él?

Día no contestó al momento. Rubí tomó asiento y apartó la cesta a un lado. Día se había acercado a la sirena y cogía sus hombros.

—Aneris, ¿has hecho un trato con él?

—En realidad…

La mujer se llevó las manos a la cabeza.

—¡No tenía elección!

—Siempre hay elección —musitó Rubí. La rabia luchaba por dominarla.

—No, no lo entendéis.

—Pues explícanoslo.

Sirena y anciana tomaron asiento tras un gesto de invitación de la joven de la caperuza.

—La única forma de volver a ser humana era entregando mi voluntad al primero que viera en la playa. Y fue él quien apareció.

—¿Le entregaste tu voluntad… a él? —Rubí se inclinó sobre la mesa.

—Fue quien apareció. ¿Qué pasa? ¿Qué tiene de malo?

—Querida niña, ese ser al que has entregado tu voluntad es un duende malvado. No quedan muchos ya, de hecho hace años los creíamos extintos. Conceden cuanto se les pide a cambio de algo que nunca es agradable, y mucho menos bueno. Solo miran por su propio beneficio. Se dice que existió uno que, a base de tratos, estuvo a punto de hacerse con todo un reino.

—¿Qué te ha pedido? —inquirió Rubí entrecerrando los ojos.

La sirena tragó saliva antes de responder:

—La Rosa Escarlata.

Anciana y muchacha se miraron preocupadas.

—No puedes dársela —negó Rubí con rotundidad mientras Día suspiraba.

—¡Si no lo hago, volveré a ser una sirena y no podré arreglar todo esto! —Se levantó con las manos sobre la mesa. Le temblaban, pero sus ojos mostraban valor.

La licántropa se sorprendió, y por primera vez creyó a la sirena. Creyó como lo hacía Día.

—Existe una forma de liberarte. —Día acarició su brazo para tranquilizarla—. Basta con que averigües su nombre.

Rubí apreció la preocupación de la sirena, y no era para menos. Parecía sencillo: averiguar un nombre. Mas ¿cómo hacerlo entre los miles de millones de posibilidades?

—¿Cómo sabes tanto de él?

Día y Rubí intercambiaron miradas cómplices. La joven licántropa asintió, infundiéndole ánimos. La anciana empezó a hablar con la cabeza gacha.

—Porque yo también me vi obligada a hacer un trato con él… y se quedó mi varita. —Levantó los ojos y los posó en los azules de Aneris —. Soy un hada madrina, Aneris.

Rubí, ante esta revelación, se marchó para que hablaran a solas.

Ella tenía mucho en lo que pensar.

Cuán equivocada había estado respecto a los seres oceánicos; cuán injusta había sido con Aneris.

Ella era el monstruo por haberse dejado cegar por su odio; por no haberse planteado la posibilidad de que, como entre los humanos, había sirenas y hombres oceánicos buenos y malos.

Despertó aturdida. Había poca luz en la estancia, lo que quería decir que ya era por la tarde. ¿Qué había pasado? Había soñado que huía del castillo, atravesaba un espejo y…

—Layra, tráeme algo de comer —ordenó a su sirvienta, que escuchaba trastear por la habitación—. Me siento mareada.

—Si quieres comer algo, te levantas y bajas al comedor, niña.

Aquella grave voz la puso en alerta. Se incorporó con el corazón latiéndole a una velocidad que no creía posible. No estaba en su dormitorio. Ni siquiera estaba en el castillo.

—¿Dó-dónde estoy?

Un hombre de pequeña estatura la miraba con ojos de un pardo amarillento como el topacio. Hizo una mueca de desesperación.

—¿Tan borracha ibas que no sabes ni dónde estás? Has tenido suerte de encontrarte conmigo. Estás en el Reino de la Manzana de Plata.

El corazón de Zoe dio un vuelco. ¿Era real? ¿Había logrado salir de su propio reino?

Estaba en una habitación pequeña con una cama individual, una mesa y una silla de madera. Había mantas en el suelo, que dedujo que pertenecían a la cama improvisada del enanito.

—¿Te has atrevido a dormir en la misma habitación que yo? ¡Como te hayas propasado conmigo…!

—Pero ¿quién te crees que eres, mocosa?

El enanito le arrebató la sábana que la tapaba y Zoe dio un grito. Enseguida vio que estaba vestida y respiró aliviada.

—Te recogí de la calle y tuve la amabilidad de cederte mi cama. Deberías estar agradecida.

Zoe sintió un nudo en el estómago.

—Tienes razón, lo siento. Me encuentro desorientada… —Cogió aire—. Me llamo Zoe.

El hombrecillo gruñó por respuesta. Terminó de recoger sus cosas y salió de allí.

—¡Espera!

La joven cogió sus botas y mochila y salió descalza en pos de él. Lo alcanzó al final de las escaleras.

—¿Podrías… podrías ayudarme? Necesito ver a las reinas.

Él soltó una risotada. Llamó la atención del posadero y le pidió que le cobrara la habitación.

—Por favor… Mi reino… —Se calló mirando alrededor.

El mesón estaba a rebosar de gente que iba y venía; no quería decir más de la cuenta. ¿Era realmente seguro para una princesa estar allí? Podrían secuestrarla y pedir un rescate, o esclavizarla.

Salió, aterrorizada. La ciudad que se alzaba ante sí era grande y hermosa. Se sentó en un rincón a calzarse y valoró qué camino coger. ¿Por dónde se iba a palacio?

—Una princesa perdida… Esto me trae ciertos recuerdos —dijo el enano, que acababa de salir. Zoe no le miró—. Te llevaré ante las reinas, no te preocupes. Puedes llamarme Topacio.

La joven aceptó, dudosa, la mano que él le tendía. Se levantó y le siguió. La ciudad emanaba encanto, alegría, despreocupación. Observó todo con envidia. Allí no tenían que preocuparse por un monstruo que se dedicaba a matar durante la noche.

Atravesaron el Bosque de la Primavera Eterna y se dirigieron a palacio. Una vez superadas las puertas, Zoe se puso cada vez más nerviosa.

¿Había sido buena idea? Sí, claro que sí.

Había pagado una gran suma de dinero por el viaje. La Casa de los Espejos del Reino de las Quimeras estaba casi en la ruina, dado el descenso del turismo. Ya nadie quería viajar allí si no eran comerciantes, y sus propios habitantes no podían salir. El dueño se había negado a darle un pasaje, alegando que algunos habían padecido daños físicos, como quedarse sin una mano o un pie. Otros habían enloquecido. Pero, al ver la gran bolsa de dinero que ella le ofrecía, no había podido negarse. Tenía una familia a la que alimentar.

Si había logrado llegar hasta allí, no volvería sin respuesta.

Los soldados la miraron, pero no pusieron objeciones. Topacio se

movía como si conociera el lugar.

Encontraron a las reinas tomando té y galletas en una terraza abierta a los bellos jardines, llenos de rosas y manzanas.

Zoe se quedó parada a mitad de camino. Admiró la belleza de la reina Blancanieves, que no hacía justicia a las historias que se contaban de ella. Piel negra como el ébano, cabello blanco como la nieve y unos ojos que mostraban felicidad, valor, sabiduría.

—¿Quién te compaña, Topacio? —preguntó, supuso Zoe, la reina Bella.

Su cabello era castaño, igual que sus ojos, y aunque no era exótica, también poseía una belleza digna de alabanza.

Ambas vestían de amarillo pálido, un color que resaltaba rasgos diferentes en cada una.

—Acércate, querida —la invitó Blancanieves, ofreciéndole asiento.

Topacio hizo una reverencia y se apartó a un lado.

La joven salió de su ensimismamiento, abrumada por estar en presencia de dos mujeres a quienes admiraba, y se acercó.

—¡Rubí! —Bella corrió a abrazarla, pero se detuvo cuando la muchacha hizo amago de apartarse, con mirada de extrañeza—. ¿Rubí? Soy yo, Bella.

—Soy… Me llamo Zoe, princesa del Reino de las Quimeras.

Las reinas cruzaron sendas miradas cargadas de curiosidad.

—Lo… lo siento. Te he confundido con… Da igual. —Bella volvió a su asiento con un brillo de decepción en los ojos.

Le sirvió una taza de té y la princesa la cogió, agradecida. Le dio un buen sorbo y se sintió reconfortada.

—Mi reino sufre una maldición y he venido a pedir vuestra ayuda, altezas.

—Tomad asiento, princesa Zoe. Contadnos qué necesitáis de nosotras y haremos lo posible por ayudaros.

¿Así de fácil? ¿No pedirían nada a cambio, como siempre sostenía la reina Sadi? ¿Quién daba sin pedir?

La muchacha terminó el contenido de la taza y la dejó en la mesa baja.

—Necesito el espejo. Una criatura nos acecha desde hace años. Asesina sin piedad. Nadie jamás ha logrado verla. No sabemos a qué nos enfrentamos, pero vuestro espejo podría ayudarme a ver qué es. Por favor —suplicó.

La reinas se miraron. Blancanieves respondió:

—Hace tiempo que ya no está en nuestro poder.

—Ahora pertenece al Reino de la Rosa Escarlata.

Pusieron al día a Zoe sobre el secreto del espejo. Blancanieves empezó:

—Bella fue el penúltimo espíritu que contuvo el espejo. Hace unos años se presentaron los reyes Selene y Endimión, reyes del Reino de la Rosa Escarlata. Enterados de que Bella estaba atrapada, ofrecieron liberarla a cambio de llevarse el espejo. Decliné su oferta. El espejo es un objeto poderoso; no puede estar en manos de cualquiera, por mucho que deseara liberar a mi amada para poder estar por fin junto a ella.

—Sin embargo —continuó Bella—, una noche, mientras Blanca dormía profundamente bajo los efectos de unos sedantes que el rey le había suministrado, Endimión se coló en sus aposentos, invocó el poder del espejo y pidió encontrar tesoros y riquezas. Y entonces se le ocurrió ordenarme que le mostrase cómo vivir para siempre. Le pregunté si estaba seguro de querer ser eterno, pues no habría marcha atrás. Endimión afirmó sin pensarlo. Le mostré la piedra necesaria para lograrlo, escondida bajo la almohada de Blanca. Una piedra de alma. Él la tomó y el espejo lo atrapó en su interior, liberándome.

—El rey del Reino de la Rosa Escarlata se convirtió en el nuevo espíritu del espejo. —La reina de piel de ébano retomó la historia—. Viviría eternamente joven como quería y disfrutaría del poder de los espejos, pero no podría usarlos para sí. Estaría a las órdenes del dueño del espejo.

—Lo hice en castigo a su codicia y vanidad. Y puesto que la Manzana de Plata ya no estaba en él, no importaba quién fuera el espíritu del espejo, a pesar del desacuerdo de Blanca cuando descubrió lo que había pasado.

—Regalamos el espejo a la reina Selene confiando que, si aprendía de los errores de su esposo, podría liberarlo algún día. Se llevó también el cuerpo del rey Endimión. Sin embargo, tiempo después, al parecer, la reina también sucumbió a la avaricia y acabó atrapada junto a su marido, pero Selene nunca le reveló al príncipe Adrien la verdad sobre el espejo ni lo que le había sucedido a su padre —concluyó Blancanieves.

Zoe parpadeó varias veces, anonadada con la historia.

—¿Y no se lo explicasteis cuando la reina también fue atrapada?

—Para cuando nos enteramos —respondió Bella—, ya era tarde.

Había caído una maldición sobre el príncipe que lo había convertido en bestia. Y también sobre el reino entero, que olvidó la existencia de la magia y dejó de creer en otros reinos.

La princesa pensó en todo esto. Aunque era de lo más interesante, debía centrarse en su objetivo: viajar al Reino de la Rosa Escarlata y enfrentarse al espejo.

¿Sería capaz de convencer a la bestia?

Estaba sentada frente a la tumba de sus abuelos. Había pasado allí la noche, batallando en su interior sobre Aneris.

Sobre el mundo oceánico.

Sobre ese odio que la había dominado durante tantos años.

Se miró las manos. Sus padres siempre habían visto lo mejor de las personas, y ella lo había hecho hasta su muerte. Desde entonces, había prejuzgado a todos, fueran quienes fueran. También había alejado al mundo de sí: si no quería a nadie, no volvería a sentir el dolor de la pérdida. Tan solo Día había logrado hacerse un hueco en su corazón. Esa anciana entrañable.

Sonrió.

Se levantó, armándose de valor para lo que debía hacer.

—Día me dijo que estarías aquí.

La voz de la sirena. Rubí se giró, lenta. El odio creció con intensidad, así que cerró los ojos con fuerza, dejó que mermara. Pensó en la sirena como una joven como ella, impulsiva, alguien que cometía errores. ¿Quién no lo hacía? Sin embargo, eran pocos los que buscaban enmendarlos, y allí estaba Aneris, dispuesta a lo que fuera.

Abrió los ojos y, por primera vez, la vio como lo que era: una muchacha tan perdida como ella. Rubí había perdido a sus padres, a su abuela, su alegría… La sirena, su hogar, y estaba a punto de perder a quien amaba.

—Quiero pedirte perdón, Aneris. —Le costaba pronunciar las palabras—. He sido muy injusta contigo. Y eso que nunca me has dado motivos para odiarte en realidad.

La sirena se emocionó y se acercó más a ella.

—Los de mi reino te han hecho mucho daño. Entiendo lo que es eso: he pasado por lo mismo.

—Pero tú jamás llegaste a odiarnos. Supiste ver que no todos somos asesinos. Yo no lo hice.

Aneris se atrevió a posar la mano sobre el brazo de la rubia.

—Darte cuenta dice mucho de ti, Rubí. Nadie es perfecto. Yo he cometido muchos errores. Tú, otros. Y de ellos aprendemos, crecemos como personas. Por eso —la miró con intensidad—, no tengo nada que perdonarte.

Rubí se sintió en paz por primera vez en muchísimos años. Abrazó a Aneris y le dio las gracias. Eso era lo que había necesitado: alguien que hubiera pasado por lo mismo, alguien que la comprendiera y le hiciera entender que estaba equivocada.

Rubí irrumpió en casa de Día con la respiración entrecortada. De los nervios y la emoción, hasta se le olvidó cerrar la puerta.

—¡Lo tengo! Ya sé cómo vamos a conseguir que entres en el castillo bajo las mismísimas narices de los centinelas.

Gracias a los más chismosos del pueblo se había enterado de lo que acontecía esa misma noche, su billete para colarse en palacio.

Respiró hondo para recuperar el aliento. Día cerró la puerta a sus espaldas y la animó a contárselo.

—Hay una celebración esta noche y todos los reyes y miembros de la realeza están invitados a ella. Al parecer Nessarose se quiere presentar como nueva soberana del Reino del Piélago Azur y el Reino de la Rosa Escarlata. —Se llevó un dedo a los labios mirando hacia arriba—. Creo que quiere poner un único nombre para ambos… ¿Reino de la Rosa Pelágica? ¿Reino del Piélago Escarlata?

—¡Rubí! —instó Día.

—Ah, sí, perdón, perdón. Como iba diciendo, hay una celebración. —Clavó sus ojos en Aneris—. Y tú podrás formar parte de ella.

—¿Cómo? Los guardias solo dejarán entrar a los miembros de la realeza.

Rubí sonrió con picardía, se acercó a ella y posó el índice en el hombro de su nueva amiga.

—Tú eres una princesa, Aneris.

Era cierto: era una princesa del Reino del Piélago Azur, mas seguía sin ver lo bueno de aquello.

—Los centinelas comprobarán la sangre de cada invitado para que

nadie pueda colarse. Ellos no saben quién eres. Nessarose los trajo después de todo el lío que montaste, ¿verdad? Una vez dentro solo tendrás que escaquearte y…

La única parte con la que Rubí no estaba de acuerdo era con el hecho de robar la rosa para el duende. Aneris les había dicho que, antes de hacerlo, planeaba hablar con Adrien para buscar una solución.

—¿Y de qué reino diré que vengo? No puedo decir del oceánico.

Rubí volvió a sonreír con picardía.

—De Corona de Hielo. Y yo te acompañaré para hacerlo creíble.

Con la llegada del atardecer, la prepararon con un vestido de los que Día guardaba. Era dorado, y resaltaba la figura de la sirena y el color de su recogido. Se despidieron de la anciana, que abrazó a cada una, les pidió que tuvieran cuidado y les deseó toda la suerte del mundo.

Se dirigieron al bosque y Rubí se transformó en lobo; los habitantes de Corona de Hielo solían ir acompañados de algún animal de las nieves, como osos polares o lobos blancos.

Avanzaron por el sendero del bosque entre carrozas reales y nobles invitadas. Había dos nagas en la entrada, y le pidieron a Aneris una muestra de sangre. Rubí la notó nerviosa, pero saldría bien: estaba segura. Se lo hizo saber con una mirada de confianza.

—¿Reino? —preguntó el naga que le había pinchado el dedo.

—Corona de Hielo.

Asintieron y la dejaron pasar. La loba jamás había estado en los jardines, pero no se detuvo a admirarlos.

En las puertas del castillo las esperaba otro naga. Rubí no pudo evitar gruñir, pero nadie la escuchó.

—Seguidme —ordenó sin ningún respeto.

—¿A dónde vamos?

El naga resopló, molesto, pero respondió:

—Cada invitado debe presentarse personalmente ante la reina antes de que dé comienzo la celebración.

Ambas se miraron a los ojos, alarmadas.

Las condujeron a una sala del castillo. Allí estaba Nessarose, con un vestido verde esmeralda salpicado de estrellas que se ajustaba a su cuerpo hasta los pies con una larga cola tras de sí. Sus labios morados se curvaron en una maléfica sonrisa al verlas entrar.

—¡Qué agradable sorpresa! —La reina aplaudió encantada—. ¿No

querías perderte mi gran presentación? No me extraña. —Rio con fuerza. Se acercó y la rodeó sin dejar de mirar a la joven. Aneris se mantuvo quieta. Un gruñido hizo que la bruja bajara la mirada—. Ah, ¿y este chucho? —Lo miró con desprecio—. Debería haber prohibido la entrada de animales. Estos de Corona de Hielo, siempre pegados a despreciables bichos…

El animal enseñó sus dientes. El desprecio era mutuo.

Nessarose rodeó los hombros descubiertos de su invitada y le clavó los dedos.

—Espero que disfrutes de la fiesta. ¡No olvides que, si puedo hacer cualquier cosa para que tu velada sea más agradable, bastará con hacérmelo saber!

Empujó a Aneris hacia la puerta donde un naga esperaba para acompañarlas a la fiesta.

Se mezclaron entre los invitados. Rubí se sintió de lo más incómoda. Alzó la cabeza para suplicarle a Aneris que se alejaran y buscaran la rosa, mas vio que la joven sirena ya no la acompañaba.

Soltó un bufido de exasperación y se internó en el castillo en su busca. Hizo uso del agudo olfato que poseía en esa forma, pero era difícil con tantos olores flotando por los pasillos. Trotó de un lado a otro sin descanso, deteniéndose solo para escuchar. Unos pasos apresurados la condujeron al ala oeste. Había una sala abierta de par en par, y cuando entró con el mayor de los sigilos, vio a Nessarose preparando un ataque dirigido a la bestia.

Al príncipe Adrien.

Se lanzó sobre la bruja e impidió que disparara el Cetro Azur, propiedad del verdadero rey del océano.

—Estúpido chucho.

Rubí la esquivó y le mordió el brazo. La bruja usó su propia magia para deshacerse de ella: sintió un fuerte golpe en el costado y acabó junto a la bestia, aullando de forma lastimera, en medio de un mar de pequeños espejos que debían de haber formado uno solo no hacía mucho.

El espejo mágico del Reino de la Rosa Escarlata se había roto en mil pedazos.

Nessarose se curó y miró a ambos con desprecio antes de dirigirse a Adrien.

—Ahora, si me disculpas, tengo algo que hacer. Espero que te hayas despedido de la princesita sirena…, porque no la volverás a ver.

Como respuesta, la bestia soltó un doloroso gemido.

La bruja se marchó y Rubí trató de seguirla, pero el dolor se lo impidió. Gimió. La bestia la miró con pesar a través de los cientos de cristales de espejo que los rodeaban. Cientos de bestias la miraban. Y en esos ojos reconoció al príncipe Adrien, al niño que había intentado protegerla en la cueva del lobo cuando eran pequeños.

Haciendo un esfuerzo supremo, se levantó. Le dolía todo, pero debía encontrar a Aneris. Echó una última mirada a la bestia antes de echar a correr.

Según avanzaba, escuchaba los gritos despavoridos de quienes huían del salón. Y allí se dirigió.

—… todavía poseo el cetro de tu padre. —La loba vio cómo la bruja apuntaba a la joven y sonreía—. Despídete de cuanto conoces.

Rubí preparó sus afilados dientes, y de un salto alcanzó el brazo de la bruja, desviando el ataque. Una cristalera estalló.

Nessarose dirigió un rayo oceánico hacia el animal y, aunque logró esquivarlo, varios escombros la sepultaron.

Phir paseaba de un lado a otro en la Casa de los Espejos. Esperaba que su hermana regresara. Pero había pasado más de un día y no daba señales de vida.

Había estado a punto de seguirla la noche en que se marchó, pero no podía dejar el reino así. No podía abandonarlo a su suerte. Su madre ya no pensaba con claridad, y aunque él no fuera el rey, llevaría las riendas de la sensatez.

¿O era quizás para no obligar a su hermana a volver al horror del Reino de las Quimeras? Ella había logrado escapar. Y, aunque sabía que volvería, deseaba que no lo hiciera, que se olvidara de ellos e iniciara una nueva vida, lejos de allí.

Detuvo sus pasos y miró su reflejo en el espejo mágico.

Gracias a Zoe tenía la certeza de que él también podía salir del reino. A escondidas, había cabalgado hasta la Fuente Inagotable, y había cruzado al otro lado: al Reino de la Laguna Dorada. Se había internado en él.

No había sucedido nada.

Nada de lo que contaban los habitantes del reino. El camino no le había devuelto al Reino de las Quimeras.

Si hubiera querido, podría haberse marchado para siempre.

Esa experiencia había sido la semilla de una nueva idea: tal vez el duende permitía que ellos salieran para que escaparan y abandonaran el reino a merced del monstruo, convirtiéndose en personas sin sentimientos, sin piedad; cobardes y egoístas. Serían humillados por los demás reinos; se convertirían en escoria, condenados para siempre. Y mientras, otros se disputarían la huérfana corona del Reino de las Quimeras.

Suspiró.

Regresó a palacio a continuar con los interrogatorios. Desde que habían descubierto que quizás alguien dominaba a la criatura, habían organizado exhaustivas investigaciones y habían convocado a todo el pueblo a un estricto interrogatorio. Uno de sus consejeros formulaba las preguntas pertinentes y era el mejor. También hacían uso del elixir de la verdad que el sátiro había regalado a Phir cuando era pequeño.

Interrogar a todo el reino llevaría tiempo, pero, al final, darían con el culpable.

Despertó en el más absoluto de los dolores, en la más absoluta de las negruras.

No, no era todo oscuridad. Una luz atravesaba aquello que la enterraba. ¿Qué era? Escombros. Habían caído cuando esa odiosa bruja le había disparado y ella había esquivado el ataque.

Intentó apartar los bloques de piedra con sus últimas fuerzas. Cuando quitó un pedrusco de los más pequeños, se miró la mano. Era humana de nuevo.

Un esfuerzo más y logró salir, magullada y herida; sin fuerzas. Pero viva.

—Agh. Recuérdame que nunca más vuelva a morder a una bruja. —Escupió a un lado y se llevó las manos a la lengua—. Es asqueroso.

La sirena la abrazó gimiendo. Rubí contuvo su queja por el dolor que le provocaba. Aneris lloraba, ¿por qué? Estudió el panorama y lo comprendió. La bestia… yacía inmóvil en el suelo.

Muerta.

De la bruja no había ni rastro.

—Aneris —pronunció una voz firme y cargada de cariño.

Se separaron, y a Rubí se le detuvo el corazón al ver al mismísimo rey del océano allí, delante de ellas. Portaba el Cetro Azur. Las fuerzas le fallaron y tuvo que sentarse en el suelo y observar desde allí lo que sucedía.

—¡Padre! Padre, siento todo…

—No, Aneris. Has dado una lección a este rey tan obstinado. Los humanos —añadió mirando a Rubí, que se puso nerviosa— no son como creía. Y ha tenido que pasar todo esto para que me dé cuenta y te crea, y a tu difunta madre.

La princesa sirena apoyó la cabeza en su pecho, sintiendo su

cariño. Rubí contuvo las lágrimas ante esta escena que le recordaba tanto a sí misma y a su padre.

—Es hora de regresar —dijo el rey.

Aneris se apartó. Miró a su alrededor. Sus ojos se posaron en Rubí unos instantes. Se agachó a recoger la rosa con sumo cuidado.

—Veo que has cumplido tu misión.

Allí estaba el duende, a una distancia prudencial de ellos, sentado en el aire con una sonrisa divertida en el rostro. Rubí apretó la mandíbula. No podían dejar que ese ser despreciable se llevara la Rosa Escarlata. Trató de transformarse, pero no pudo. El lobo estaba exhausto.

—No… —intentó decir, pero las palabras quedaron atascadas en su garganta.

—Dejaré que te despidas de papi, pero sé breve. Tenemos que irnos.

—¿Qué quieres hacer conmigo?

El duende hizo aparecer una copa de vino y dio un sorbo antes de responder.

—Tengo grandes planes para esa rosa. Y te necesito a ti para usarla. Ya has visto lo que le ha pasado a esa bruja.

—Tú… —El rey del océano preparó el cetro, pero su hija le detuvo y le explicó lo que sucedía.

—Mi voluntad le pertenece, padre… Sin él tú ahora no tendrías de nuevo el poder del océano.

Rubí se sentía impotente, tirada en el suelo sin poder hacer nada. Sin poder transformarse y darle un buen mordisco.

—Vamos, libérala. No tienes por qué hacer eso.

La licántropa miró a la dueña de la voz y la esperanza acarició su corazón. ¡Día! ¡Era Día!

El ser sonrió encantado.

—¡Día! ¡Cuánto tiempo! Ah —dijo agitando la varita—, no sabes qué útil está siendo tu varita mágica. —Hizo desaparecer la copa y se llevó la vara brillante a la espalda para rascarse—. Llega a sitios donde uno mismo es incapaz de… —Gimió de placer para consternación del hada.

—¿Por qué no te largas y nos dejas en paz? Ya tienes mi varita, ¿no es suficiente?

El ser sonrió y la miró.

—Querida, nunca es suficiente… —Se relamió—. Con la rosa

podré hacer cosas que tu varita es incapaz de realizar. —Se la llevó a la mejilla y la frotó contra ella—. Por muy útil que sea esta preciosidad, su poder es muy limitado.

Rubí escuchó un grito. Reconoció la voz de Aneris, pero no comprendió qué había dicho. El duende se puso pálido y Día sonrió con satisfacción.

—¿Cómo has dicho?

La sirena repitió la palabra pronunciando con claridad, mas Rubí fue incapaz de entenderla. Era como si lo que decía se desvaneciera antes de llegar a su mente.

—Es imposible… —El duende negó con vehemencia—. No puedes saber mi nombre. Nadie lo ha descubierto jamás.

Y Rubí lo comprendió. El trato con el ser terminaba si la persona afectada descubría su nombre. Por eso no había podido escucharlo. Quien no lo supiera, no lo entendía. Debían descubrirlo por sí mismos.

Un repentino mareo la invadió y creyó que se desmayaba. Unos brazos la sostuvieron y no le hizo falta ver quién era para saber que era Día.

—Tranquila, estoy contigo.

El duende se marchó. La licántropa apenas se enteraba de lo que pasaba a su alrededor. La anciana le dio algo de beber —que sabía a trol— y sus heridas dejaron de sangrar. Sus sentidos se despejaron.

Desde su posición vio cómo Adrien, ya humano, se levantaba. Tragó saliva. ¿Pero no estaba muerto? ¿Y la rosa? Allí estaba, en el suelo, brillando con fuerza.

También apareció la familia de Aneris al completo.

—No sé si resulta agobiante o de lo más interesante —le susurró a Día, que soltó una risilla discreta.

Después de que la abuela de Aneris les explicara que Nessarose había jugado a su antojo con la maldición del Reino de la Rosa Escarlata y la que había padecido la propia Aneris como castigo oceánico, les dijo que todavía no se habían roto.

Rubí sollozó.

—¿No se ha terminado la pesadilla?

—Calla y mira —le dijo la anciana.

Aneris y Adrien se besaron. Rubí iba a retirar la mirada por respeto cuando una luz los envolvió.

—Ahora sí se ha roto cualquier maldición que pesara sobre ellos.

—¿Cómo es posible?

—El amor verdadero es el mayor de los contrahechizos, querida.

—Vaya cursilada…

—Cursilada o no, es la realidad.

—¿Qué ha pasado aquí?

Los ojos de los presentes se volvieron hacia las puertas del gran salón. Rubí sintió que se mareaba de nuevo. Allí, delante de ellos, estaban los mismísimos reyes del Reino de la Rosa Escarlata.

—La nueva reina cerró los espejos de viaje del Reino de la Rosa Escarlata —explicó Bella a Zoe—, menos el espejo mágico que se llevaron. Pero es ella quien controla la entrada a través de él.

—No me importa. Tengo que intentarlo. Mi reino depende de ello.

Bella y Blancanieves se miraron preocupadas.

—¿Qué pasa?

—La nueva reina no es precisamente… amable. Ha sometido el Reino del Piélago y el Reino de la Rosa Escarlata, arrebatando el trono a su legítimo dueño. No sabemos qué ha sido del príncipe Adrien: si sigue o no bajo la maldición, si sigue vivo… —Suspiró—. Nos invitó a presenciarlo. —La reina de piel de ébano soltó una carcajada—. Si no fuera porque no puedo enfrentarme a esa bruja…

Zoe suspiró y miró por la ventana. La noche había caído. El Reino de la Manzana de Plata era hermoso, con rosales y manzanos por doquier, simbolizando el amor de las reinas. Ojalá tuviera tiempo de quedarse y disfrutar. Ojalá pudiera quedarse y olvidarse de todo…

Se mordió el labio.

Podía hacerlo. Había logrado escapar. ¿Y si se quedaba allí y vivía como la princesa que realmente era?

Sacudió la cabeza, avergonzada por estos pensamientos. No dejaría a su hermano atrás.

Si no encontraba la solución en el Reino de la Rosa Escarlata, volvería y le convencería de que huyeran juntos. No seguirían prisioneros de los errores de su padre. Lo sentía por el reino, pero si no volvía con la solución era porque nada podían hacer.

—Iré —afirmó con seguridad.

—Acompáñanos —le pidió Bella.

La condujo a una de las torres; entraron en una sala plagada de

espejos de diferentes formas y tamaños. También había una vitrina llena de manzanas de diferentes colores que hizo fruncir el ceño a la joven.

—La sala predilecta de la antigua reina: mi madrastra —aclaró la reina de ébano—. La bruja malvada, la llamaba el reino.

«No me extraña», pensó Zoe, dado todo lo que le habían contado sobre ella.

Allí, sentado frente a una mesa, había un enano. La princesa pensó que era Topacio, pero lo descartó al ver que este iba tras ellas. No había quitado ojo a ninguna de las tres.

—¡Ber! ¿En qué estás trabajando ahora?

El enano las miró y Zoe apreció sus ojos verdes.

—Estoy jugando al ajedrez con Zaf mientras valoramos nuestro siguiente proyecto.

Zaf apareció tras ellos y recuperó su asiento. Ignoró a los recién llegados y estudió el tablero.

Zoe fue consciente de lo curiosos que eran los ojos de cada uno. Los de Zaf eran azules como… el zafiro. Los de Ber eran verdes, como el berilo.

«Qué original», pensó con ironía.

Las reinas procedieron a explicarles su presencia en la torre mientras la joven se acercaba a la mesa. El tablero de ajedrez era más largo de lo normal: tenía dos filas de piezas más, una a cada lado; esto le daba forma rectangular. En primer lugar, estaban los peones, unos de azul zafiro y otros rosa berilo. No, no eran peones, sino enanitos. También había reina, torres, rey, alfiles…

—¿Qué figuras son esas?

Blancanieves sonrió. Le recordó la primera vez que había visto a los enanitos jugando a tan curioso ajedrez.

—Mis amigos han ampliado el juego con dos filas y cuentan con ocho figuras más por jugador. —Señaló cada lado del tablero—. Detrás de cada torre hay dos puertas. Las torres emulan las murallas de un castillo, pero tras las murallas están las propias puertas, ¿verdad? —Zoe se encogió de hombros—. A su lado, detrás de cada caballo, está la guardia real: los soldados personales de la realeza que darán su vida por los herederos en caso de caer los reyes. —Dos figuras de caballeros con espadas—. Detrás del rey, la que siempre ha sido la pieza más importante, está la gobernanta. ¿Sabes quién es?

—Nunca he oído hablar de ella.

Zaf, que seguía sentado mientras su hermano se afanaba por la sala, alzó una ceja. Blancanieves continuó:

—Es la jefa de los criados: lleva el control. Sin ella, el castillo no funcionaría.

—Eso siempre ha sido trabajo de mi madre —repuso Zoe con un nuevo encogimiento de hombros.

Blancanieves sonrió. Cada reino era un mundo. Señaló una pieza, parecida al rey, con una llave en lugar de una cruz en la parte superior.

—Tu madre debe de hacer muy bien su trabajo, pues sin ella, el castillo no funciona. No es el rey el más importante, sino la gobernanta. Es por ello que, en su juego, es la más protegida. A su izquierda está el príncipe —una figura con dos cruces—, junto a uno de los guardias reales, y a su derecha la princesa. —Una figura con una corona doble—. Los herederos. Más importantes que el rey y la reina. Si estos mueren, el reino pasará a manos de sus hijos y, con la gobernanta y consejeros, el reino seguirá funcionando. En cambio, si mueren los herederos, ¿quién continuará con el mandato del rey?

Zoe asintió satisfecha. Le pareció curiosa esa forma de jugar, pero innecesaria. Eran ganas de meter más piezas porque sí. ¿La gobernanta? ¿Las puertas? ¿Los herederos? Menuda estupidez. Los importantes eran los reyes: siempre lo habían sido y siempre lo serían.

Se abstuvo de expresar su pensamiento en voz alta y se dejó llevar por Bella frente a un espejo ovalado horizontal.

Ber trasteó con el marco y la luna del espejo ondeó como si fuera líquido.

—No creo que sea buena idea. —Topacio habló por primera vez desde que subieran—. La estáis enviando en bandeja a la bruja esa del océano.

—No nos compete a nosotras tomar esa decisión, Topacio, y lo sabes —dijo Blancanieves con autoridad—. Sé lo que es estar a punto de perder tu reino. —Se acercó a la vitrina de las manzanas y cogió una naranja pálido—. Pero no irá desarmada. Ten. —Se la ofreció a la princesa.

—¿Una manzana? —inquirió con escepticismo.

Topacio gruñó.

—Estas manzanas poseen poder —explicó Bella, que rodeó los hombros de la muchacha, invitándola a aceptarla—. Esta es capaz de llevarte de vuelta a tu reino en caso de necesidad. Es lo mejor que

podemos darte si las cosas se ponen feas.

Zoe tragó saliva. Tenía miedo, pero ya había llegado hasta allí… y esa oferta la hacía sentirse más segura. La aceptó y la guardó en el interior de sus ropas.

—Estoy lista.

Zaf la colocó frente al espejo.

—Piensa a dónde quieres ir: el espejo te llevará si la puerta está abierta.

Zoe cerró los ojos para concentrarse y pensó con todas sus fuerzas en el Reino de la Rosa Escarlata, mas el espejo no mostró un lugar claro. La superficie se llenó de líneas, como si el cristal estuviera roto. Al otro lado, negrura, movimiento…

—Qué extraño…

La princesa no llegó a saber quién había hablado. Sin pensarlo, se acercó y tocó la luna del espejo, desoyendo los gritos que le pidieron que no lo hiciera.

Algo invisible la arrastró. Se arrepintió de haber tocado el cristal, pero no por los gritos de miedo que había escuchado, sino porque la última vez que había viajado así se había desmayado.

¿Y si se desmayaba en presencia de la bruja? Entonces no tendría oportunidad de ver el espejo, de preguntarle…

Tras una fuerte sacudida, aterrizó en el suelo con estrépito. Durante unos instantes, no se movió, temerosa de que la reina estuviera allí, mirándola, y que le lanzara un maleficio mortal al menor movimiento.

Pero a su alrededor todo era silencio. Levantó la mirada. Estaba sola. Apoyó la mano para levantarse y…

—¡Ay!

Se miró la palma. Estaba sangrando. Se había cortado. ¿Con qué había podido…? Miró el suelo con horror. Cientos de ojos verdes la miraban con el mismo terror.

—No…

¿Había roto el espejo al atravesarlo? Su mirada voló hasta el marco, vacío; volvió a los pedazos de sus reflejos y cogió uno con mucho cuidado, ignorando la mano sangrante. Sus ojos se inundaron en lágrimas.

Su esperanza se apagó.

—No… No, por favor. Tienes que ayudarme, tengo que saber…

Lloró, desconsolada. Todo había terminado.

Se levantó limpiándose la nariz con la manga. Mas cuando se disponía a lanzar el trozo de espejo bien lejos de ella, presa de la rabia, se dio cuenta de que no la estaba reflejando a ella. Sino a su hermano. ¿Cómo era posible? Quizás el espejo, aunque roto, no había perdido todavía su magia… Observó lo que acontecía en el pequeño cristal de plata.

Phir estaba en su habitación, dando vueltas. Parecía preocupado… ¿por ella? Seguro. Ojalá pudiera decirle que estaba bien.

Y podía hacerlo. La mano ensangrentada de Zoe sacó la manzana. Un mordisco y estaría con él en un momento.

Apareció la reina Sadi. Trató de calmarle y le ofreció el vaso de leche con miel y vainilla. A Zoe se le hizo la boca agua. Nadie sabía prepararlo como su madre. Le daba el toque perfecto, la medida exacta de miel y vainilla. Decía que había un ingrediente más, un ingrediente secreto: amor de madre.

Sonrió y una lágrima recorrió su mejilla.

Sadi se marchó. Phir suspiró, dejó el vaso en la mesita de noche y se tumbó en la cama.

Zoe, decidida, se llevó la fruta a los labios. Olía apetitosa y se veía sabrosa. Abrió la boca y…

Su corazón se detuvo. No podía creer lo que veía, y pensó que lo estaba imaginando. El pedazo de espejo la engañaba…

Su hermano se movía bruscamente sobre la cama, y crecía. Le salía pelo en algunas zonas. Su boca se alargó, sus dientes se afilaron, sus orejas crecieron. Su mirada dorada se tornó oscura y salvaje. De un salto, salió de la cama a cuatro patas y miró a Zoe directamente, quien, presa del terror, dejó caer el cristal, que se hizo añicos a sus pies.

Su hermano era el monstruo.

Tras la aparición de los reyes, los padres de Adrien, Día supo que había llegado el momento de marcharse. Ni ella ni Rubí pintaban nada allí. Ayudó a su amiga a levantarse y Aneris corrió a acompañarlas a las puertas del castillo.

—Gracias por todo. —Abrazó a Día con lágrimas en los ojos—. A las dos. Sin vosotras… —Abrazó a la licántropa con delicadeza. No le salían las palabras.

—Sé feliz —le pidió la anciana.

—Iré a veros al pueblo —prometió. Y Rubí supo que lo cumpliría. Aneris no desaparecería de su vida como habían hecho tantas personas.

Juntas, joven y anciana, caminaron por el sendero del Bosque del Invierno Mágico. Aullidos rompían el silencio de la noche.

—Vaya, tus amigos lobeznos están de fiesta hoy.

Rubí soltó una risilla y escuchó, atenta. No era habitual escuchar un coro tan amplio de lobos. Algo tendrían entre patas. Como cuando se había colado en el bosque una lechuza de lava. Se volvieron locos persiguiendo al pobre animal, que se había perdido y estaba desorientado. Por suerte no llegó a pasarle nada: volvió con su dueño, procedente de unas tierras muy lejanas.

Día la llevó a su casa y la acostó en la cama que había estado ocupando la sirena. Le preparó una pócima que le aliviaría el dolor de las heridas. Gracias a ella se quedó dormida enseguida.

Despertó bien entrada la tarde. No le dolía nada, pero al mirarse vio que las magulladuras seguían allí. Se desperezó con gusto y miró a través de la ventana. La gente correteaba de un lado a otro. Había mucha actividad, gritos, risas.

Se respiraba alegría.

Rubí sonrió. Por primera vez en años, se sentía en paz. Subió las piernas a su pecho y las rodeó, disfrutando de las vistas.

—Cucú… ¿Estás despierta? —Día se asomó, y al verla sonreír, se emocionó—. Espero que esto se repita más a menudo, querida.

Se sentó en la cama mientras la joven se llevaba las manos a los labios.

—Por fin puedo pasar página, Día. Todavía siento el dolor y la sed de venganza, pero he abierto los ojos. Ha llegado el momento de vivir.

La anciana se lanzó a sus brazos.

—¿Sabes? Aneris ha estado aquí. Me ha contado que los reyes han renunciado al trono y van a coronar a Adrien y, por supuesto, a nuestra Aneris. Creo que esos dos codiciosos han aprendido la lección por fin. Dormir durante años les ha hecho aprender.

—O les da miedo que vuelva a pasar y prefieren delegar por si acaso.

Día soltó una risotada.

—Eso también. Pero no me importan los motivos. Lo importante es que por fin este reino es libre y será gobernado como se merece. ¿Qué tal un pastel de setas para celebrarlo juntas? Y haré otro para el pueblo. Esta noche haremos cena todos juntos en la plaza. ¡Será divertido!

A Rubí le agradó la idea. El pastel de setas era una de las especialidades de su amiga. Se vistió con la ropa del día anterior y su caperuza. Bebió un zumo de frutas y salió hacia el bosque en busca de una buena cantidad de setas.

El evento de aquella noche la abrumaba. Aunque se sintiera mejor, no creía estar preparada para tanta gente. Tenía que cicatrizar. Habían pasado demasiadas cosas en poco tiempo, y las maldiciones habían jugado con ellos. Tenía que digerirlo, aclararse: discernir entre lo que eran recuerdos reales de inventados.

Aprovechando que estaba en el bosque, buscó las flores más bonitas para llevarlas a la tumba de sus abuelos y ofrecérselas no solo a ellos: también a sus padres. No importaba que no estuvieran allí enterrados, sus espíritus vagaban libres y seguramente la visitarían donde quiera que ella fuera.

Se internó en el claro sin nieve. Allí recordó cómo había empezado todo: su vida había dado un giro cuando el lobo la convirtió en lo que era ahora. Aunque lo recordaba como una oscura pesadilla, siempre le había parecido un don. Y ahora lo sentía como una

aventura. Además, le había permitido viajar, conocer hadas y hacer buenos amigos.

Se agachó junto a unas flores y suspiró mientras las recogía.

¿Qué sería de Zoe y Phir? Lo último que recordaba era la aparición de…

—Él… —musitó.

El duende. El mismo que había hecho un trato con Aneris. El mismo que le había robado la varita a Día.

¿Qué habría pasado en el Reino de las Quimeras?

Un gemido la alertó. Se giró, preparada para transformarse si era necesario. Entre los arbustos había alguien. Se acercó con cautela y, cuando apartó las ramas, el corazón le dejó de latir.

Se estaba viendo a sí misma.

—¿Ma… madre? —balbuceó.

Parpadeó hasta que sus ojos se acostumbraron a la claridad. No, no era su madre. Era ella misma, pero con una caperuza roja que…

—¿Caperucita Roja? —inquirió.

La joven que estaba inclinada sobre ella se echó hacia atrás, confusa. Zoe hizo un gran esfuerzo por incorporarse. Tenía las ropas hechas harapos y el frío se colaba por las roturas.

—Eres tú, ¿verdad? No estoy soñando. Eres Caperucita Roja.

Tenía que serlo. Esa caperuza característica y esa cara igual a la suya. Sí, era ella.

—¿Quién eres?

Con mucho esfuerzo, la princesa se levantó. Tuvo que sujetarse la camisa para que no se desprendiera de su cuerpo. La otra chica se apresuró a dejarle su capa rubí.

—Soy Zoe… ¿No me recuerdas?

La chica de la caperuza abrió la boca por la sorpresa.

—¿Qué haces aquí?

—Es… una larga historia. Ay, Caperucita, no sabes lo que…

—Rubí —la cortó—. Mi verdadero nombre es Rubí.

Zoe se humedeció los labios. En esos momentos le daba igual.

—Yo te seguiré llamando Caperucita, si no te importa.

La campesina se encogió de hombros y se acercó a ella para ayudarla a caminar y conducirla a la pastelería.

Allí esperó a que Zoe se bañara y se vistiera con prendas que le prestó. Luego le ofreció unos pasteles que la princesa saboreó con gusto.

—¿Por qué dejaste de responder a mis cartas?

Rubí se mordió el labio.

—No vas a creerme.

Zoe rio con amargura.

—Prueba. Ya me creo cualquier cosa.

—El Reino de la Rosa Escarlata ha estado bajo una maldición, hasta anoche, que por fin se rompió. Eso afectó a nuestros recuerdos. Ya no sabía quién eras. Así que… ignoraba las cartas que ya tenía. —Se encogió de hombros sintiéndose culpable al decirlo en voz alta.

—Así que una maldición… —Dio vueltas a una magdalena de zanahoria. Le dio un buen mordisco sin importarle las formas y, cuando tragó, habló—: Así es como está ahora mi reino desde que te fuiste. —Rubí abrió mucho los ojos—. Mi padre no cumplió el trato y ese ser nos castigó. Padre empezó a debilitarse: ahora yace en la cama, en coma. Y mientras esto sucedía, un monstruo empezó a asesinarnos. Al principio, solo aparecía una noche al año. Pero conforme la enfermedad de mi padre avanzaba, los ataques se hicieron más frecuentes. —Dejó el resto del bollo, desganada—. Lo mismo ataca varias noches seguidas como pasa semanas sin dar señales de vida.

—¿Qué clase de ser es ese? —Rubí no daba crédito.

—No lo sabemos. Nadie lo ha visto jamás hasta… la otra noche, en la que lo vi asesinar a una amiga. —Bajó la cabeza unos momentos en señal de respeto a la guerrera—. Mi madre ofreció una recompensa para quien lograra darle caza, mas nadie ha sido capaz de hacerlo. —Miró a la pastelera—. Somos prisioneros del reino. No podemos salir, por eso yo también dejé de escribirte. Ni siquiera estoy segura de por qué estoy aquí. Escapé en busca de ayuda, pero… no la he encontrado.

Rubí suspiró con pesar. Tenía que ser una auténtica pesadilla.

—¿Y tu hermano? —se atrevió a preguntar.

—Es el único cuerdo de mi familia. Sigue luchando por arreglar los errores de mis padres. Pero él no… —Se detuvo y miró a su antigua amiga como si la viera por primera vez. Se levantó de un salto —. ¡Eso es! ¡Tú puedes ayudarle!

La campesina se alejó unos pasos, abrumada.

—¿Yo?

—¡Claro! Tú… todavía eres un lobo, ¿verdad?

Rubí la mandó callar, pero no había nadie que pudiera escucharlas.

—Estoy segura, esto es el destino. Salí en busca de una respuesta y todo me ha traído hasta aquí. ¡Caperucita, tienes que salvar el Reino de las Quimeras!

Rubí estaba sentada entre los cojines de su rincón favorito, junto a la ventana. Se masajeaba las sienes tratando de aclarar sus pensamientos. Cogió una taza de la mesita que había frente a sí y dio un pequeño sorbo. Todavía quemaba, pero necesitaba relajarse.

Su encuentro con Zoe cuando se suponía que por fin todo había terminado le había provocado ansiedad. Esta la observaba en silencio, respetando su espacio, mientras jugueteaba con una manzana naranja.

Una vez se terminó la infusión, la pastelera se levantó a lavar la taza. Echó varias miradas disimuladas a Zoe, que todavía llevaba su caperuza roja. Decía que era muy calentita y le gustaba el tacto. Rubí se sentía extraña sin ella, y más todavía si estaba sobre otra persona. Mas no se atrevía a pedírsela después de lo que había debido de pasar en el Bosque del Invierno Mágico durante tantas horas.

—Escucha, Zoe… —Apoyó la espalda en el mostrador—. Yo no puedo ayudaros.

—¡Claro que puedes! Tú puedes dar con él por las noches y…

—¡No soy un perro de caza! —se ofendió la campesina—. Y acabo de salir de un lío tremendo. Brujas, maldiciones, sirenas, bestias, duendes… No puedo enfrentarme a nada ahora mismo, y menos cuando estoy intentando reconciliarme conmigo misma.

Zoe bajó la cabeza.

—Pero puedo llevarte ante Aneris.

—¿Quién? —Zoe frunció el ceño.

—Es la sirena que averiguó el nombre del duende y logró así romper el contrato.

—Tenía entendido que nadie que sepa su nombre puede decírselo a quien no lo sepa.

—Así es. De hecho, cuando lo gritó, yo no logré escucharlo. —Se

acarició la barbilla—. Pero puede decirte cómo lo averiguó. Ya es un comienzo, un paso hacia esa respuesta que buscas, ¿no?

La princesa no parecía muy convencida. Rubí no podía ofrecerle más. No la acompañaría; simplemente no podía. Aquel no era su problema: ella no era ninguna heroína, tan solo una pastelera con un don inútil para el Reino de las Quimeras. Por mucho que deseara volver a ver al príncipe Phir, era mejor dejar las cosas como estaban.

Zoe se sentó.

—¿Sabes? Tienes razón. Iremos a ver a esa tal Aneris. —Le dedicó una sonrisa que Rubí supo que no era real—. Después me marcharé y no te molestaré más.

Se sintió mal. Se arrodilló a sus pies y cogió esas manos reales que sostenían la fruta anaranjada.

—Lo siento, de verdad. Pero es mejor así, créeme. Yo no podría ayudaros.

—¿Sabes? La reina Bella me confundió contigo. —Rubí se sorprendió por el cambio de tema tan drástico—. Cuando me llamó Rubí no comprendí a quién se refería. Tenía que haberme dado cuenta. ¿Quién iba a ser sino mi amiga gemela? —Colocó la mano encima de la de Rubí.

—¿Viste a las reinas? ¿Qué tal está Bella?

—Feliz —musitó con voz cargada de envidia. Levantó la manzana ante sus ojos—. Me regalaron esta manzana para compartir con alguien importante para mí. Me gustaría hacerlo contigo, Caperucita.

La apelada sonrió y asintió. Se levantó a por un cuchillo para partirla en dos y no vio el brillo de culpabilidad que cruzaba los ojos de su antigua amiga.

No podía negarle eso. Ya que no podía aceptar acompañarla, por lo menos compartiría algo que parecía tan especial para la princesa.

Zoe la partió con delicadeza y le ofreció una mitad. Rubí se sentó junto a ella.

—Espera, dame la mano. —Entrelazaron los dedos de sus manos libres, chocaron las mitades de la manzana como si de un brindis se tratara y mordieron la fruta.

Aquel día el sol apretaba. Los habitantes del Reino de las Quimeras se habían atrevido a salir y disfrutar de él. Incluso la reina Sadi fue a tomar el té a casa de una de sus amigas nobles, que poseía una amplia terraza con vistas a palacio.

Solo habían tenido dos días de tregua por parte del monstruo, pero el calor fue suficiente para calmar los ánimos. Se respiraba esperanza: la última noche que el monstruo había vagado por el reino, no se había cobrado ninguna víctima. Tan solo había matado a todo un rebaño de ganado. Y aunque esto era una gran pérdida, también había sido un alivio. La reina había prometido compensar a la familia afectada para que pudieran reconstruir su medio de vida.

Phir se hallaba en el patio de armas, sudoroso, enfrentándose a otro joven de su edad más musculoso que él. Ninguno llevaba camisa, y Devar lucía una piel más bronceada incluso que la del príncipe.

Este entrenaba a diario sin descanso. Antes del alba hacía prácticas de caza y rastreo. Practicaba tiro con arco, espada, bastones y lucha cuerpo a cuerpo. Hacía ejercicios para mejorar su agilidad y resistencia. Y cuando no estaba en entrenamiento físico, se dedicaba a estudiar el mapa del reino, tachando los lugares investigados por él mismo. Se había propuesto dar con la criatura él mismo, y tenía que hacerlo de forma meticulosa. Los interrogatorios no habían aportado nada que no supieran.

—Si no atacas con fuerza, lo único que provocas en tu enemigo es la risa.

Devar solía mofarse de él. A Phir no le importaba. Apretaba los dientes y aprendía. Le había propuesto entrenar con él porque era el único que había recibido una instrucción de esgrima diferente a la suya. Era un rival que le aportaba mucho.

Pero tenía que aguantar las burlas y las arremetidas violentas. Devar peleaba como si estuviera en un duelo real. A veces, Phir creía que estaba tentado de acabar con su vida. Había salido con moratones en todos los entrenamientos.

Phir hizo una finta que engañó al bastardo. Este sonrió, encantado. Por fin el principito aprendía a luchar como un hombre; a ser un digno contrincante.

El duelo estuvo muy igualado, mas el príncipe se confió y Devar le hirió en el brazo, dando por terminada la lección.

—Vaya. Habías logrado sorprenderme. Pero al final se demuestra quién lucha como una princesita —dijo con retintín.

Phir se llevó la mano a la herida y presionó.

—Esto no era necesario.

Devar sonrió con altivez.

—Si entrenas en un duelo en el que sabes que no te herirán, no te emplearás a fondo ni aprenderás. —Ladeó la cabeza. Tenía el pelo castaño recogido en un moño, pero varios mechones habían escapado —. Y tú quieres aprender, ¿verdad, principito?

El joven de ojos dorados bufó.

—Vamos, principito. Los dos queremos lo mismo: dar muerte al monstruo.

—No te equivoques. Yo quiero liberar a mi reino. Tú solo lo haces por avaricia.

—Sí —se encogió de hombros—, pero el medio es el mismo. ¿Qué importan los motivos de cada uno? El resultado será esa liberación que buscas. Solo cambiará un poco el gobierno.

Phir iba a responder cuando llegó un mensajero.

—Disculpad, majestad: se trata de vuestra hermana.

El príncipe dejó caer la espada y se acercó al recién llegado con el corazón en un puño.

Rubí abrió los ojos, desorientada. ¿Se había dormido? ¿Cómo era posible? Estaba sentada en la pastelería con Zoe, comiendo una manzana, y de repente…

¿Dónde estaba?

Se incorporó y miró a su alrededor. Estaba en un callejón que los rayos del sol apenas se atrevían a iluminar. Se levantó apoyándose en la pared de una casa y avanzó tambaleante. Aquella ciudad no era su pueblo.

Los recuerdos la golpearon con fuerza.

Estaba en la capital del Reino de las Quimeras.

—¿Cómo…?

Miró hacia atrás. La mitad de la manzana mordida yacía a su lado. Pateó la fruta con rabia.

Zoe la había engañado.

Tenía que encontrarla y obligarla a llevarla de nuevo a casa. Ella no tenía que estar allí: no era su problema, y ni siquiera podía hacer nada.

Salió a la tarde. La ciudad había cambiado desde su niñez, aunque por todo lo que Zoe le había contado, no le extrañaba.

Había mucho movimiento, más del que le gustaría. Soldados iban y venían, hasta que unos la vieron y empezaron a cuchichear. Aquello no le gustó, así que giró sobre sus talones y caminó en dirección contraria para alejarse de ellos. Miró por encima del hombro y vio que la seguían. Maldijo para sus adentros y apresuró el paso. ¿Dónde estaba Zoe?

Al final sus piernas le fallaron, aún temblorosas por el viaje, y los soldados la alcanzaron. La ayudaron a levantarse.

—Princesa Zoe, no temáis. Os llevaremos de vuelta a palacio.

—¿Qué? —Intentó zafarse—. ¡No! ¡Os equivocáis! Yo no soy la princesa. Ella me ha engañado. Ella…

—Está desorientada —le dijo uno al otro.

—¡No estoy desorientada!

Empezaron a llevársela a la fuerza. Ella se revolvía sin éxito.

Entre las sombras, vio a alguien con una caperuza rubí. Con *su* caperuza rubí. Y bajo la capucha asomaba el rostro de la verdadera princesa.

—¡Allí! ¡La princesa está allí!

Los guardias la ignoraron.

Rubí vio cómo los labios de Zoe se movían diciendo: «Lo siento».

Y así, la campesina fue llevada al castillo y la princesa se quedó en la calle como una mendiga cualquiera.

Tercera parte
La princesa y la mendiga

Se sentía culpable por haber engañado a la que había sido una hermana para ella, mas no había tenido alternativa. Rubí era la única que podía ayudar a su hermano. Si ella había controlado al lobo, podía enseñarle.

Miró su reflejo en un charco. La lluvia lo deformaba constantemente. Se arrebujó en la caperuza, al amparo del porche de una tienda ya cerrada. Sus ojos miraron a uno y otro lado de la calle. El sol ya caía, amenazando con la oscuridad.

Tendría que malvivir hasta que todo se arreglase. Se había maquillado gracias al estuche mágico que el sátiro le había regalado de pequeña. Se había llenado el pelo de barro con reticencia, para volverlo marrón. Parecía otra.

Así nadie la reconocería.

Esperaba que Rubí se hiciera pasar por ella. Era la única forma de ganarse la confianza de Phir. Si la hubiera llevado a palacio sin más, él habría puesto objeciones. Incluso la expulsaría del reino si descubría su condición. Su hermano se había vuelto desconfiado con los años, y no era para menos después de todo lo que habían vivido.

Suspiró.

El frío empezó a extenderse con una gélida brisa. Al menos, la capa la protegía de la lluvia: el agua no había penetrado.

—He tenido que hacerlo, Caperucita. Por el bien de mi hermano… —se dijo para convencerse de que no había actuado mal al traerla en contra de su voluntad ni al llamar a los soldados diciendo que había visto a la princesa Zoe para que se la llevaran. Había tenido que hacerlo antes de que Rubí pudiera percatarse de lo que sucedía y escapase.

Y así, con el aire meciendo sus ropas, la lluvia improvisando una

melodía y los sentimientos de culpa tomando cada vez más peso, se acurrucó en una esquina y trató de dormir, la princesa convertida en mendiga.

Los guardias hacían oídos sordos a sus súplicas de que la soltaran. Alegaba que no era la princesa, pero ni siquiera la escuchaban. Al final se cansó y se dejó llevar.

Phir la creería, porque él sabía quién era.

Si es que la recordaba…

La condujeron a la sala del trono, donde una mujer de cabello y ojos dorados paseaba, nerviosa. Su cabeza estaba coronada con una tiara de cristal de oro, una combinación curiosa a ojos de Rubí. Al verla, corrió hacia ella sollozando.

La envolvió en sus brazos.

—Ay, mi niña, mi querida niña…

Hizo un gesto a los soldados para que se marcharan y, en cuanto estuvieron solas, se apartó de ella y le dio una bofetada.

—¿Cómo te atreves a hacernos esto?

Rubí se quedó petrificada. Se llevó la mano a la mejilla dolorida. Ella recordaba a una reina Sadi más cariñosa; ¿qué le había pasado?

—¡Madre!

Allí estaba él, Phir. La mirada verde se cruzó con la dorada. Caminaba con la porte propia de un príncipe, y vestía ropas azules y blancas, perfectas para él. Su pelo negro estaba desaliñado, algo que desencajaba la imagen que aportaba en ese momento.

Rubí tragó saliva. ¿De verdad era él? Había cambiado mucho en esos años. Era guapo, caminaba con seguridad, pero había miedo en sus ojos. Ella no recordaba ese temor. Él siempre se había caracterizado por la valentía que demostraba.

—Creo que ya ha tenido suficiente castigo —dijo mirándola de arriba abajo.

Rubí se miró sin comprender a qué se refería. Llevaba sus ropas de

campesina, con pantalones, todo ello marrón y verde, y sí: unas botas manchadas de barro. ¿Qué tenía de malo su atuendo?

—Phir, yo…

Él le puso la mano en el hombro y le dedicó una sonrisa.

—Ve a lavarte primero; un baño relajante, ropas limpias, y en la cena nos pones al día de tu aventura.

No parecía enfadado, tan solo aliviado.

La empujó con suavidad, animándola a marcharse, y Rubí decidió hacer lo que le decía. Ya le revelaría la verdad. Prefería hacerlo a solas, sin la reina Sadi delante. Si había reaccionado así con la que creía su propia hija, ¿qué le haría a ella?

Culparla de la huida de su pequeña.

Encerrarla.

Condenarla a muerte.

Salió y se quedó parada, tratando de vislumbrar en sus recuerdos el camino hacia la habitación de la princesa.

Avanzó hacia un lado y halló unas amplias escaleras. Le sonaban. Subió hasta la primera planta. ¿Sería allí?

Decidió subir hasta la siguiente, pero le pareció igual.

—No recordaba que todo fuera tan semejante —se dijo, frotándose la frente.

—¡Princesa!

Una joven doncella de cabello rojo oscuro y ojos marrones, que brillaban por la emoción, bajó desde la tercera planta.

—Nos teníais muy preocupados.

«Sí, la reina ya me lo ha demostrado», pensó Rubí con ironía.

—¿Estáis bien?

—Sí, solo quería tomarme un baño, por f… —Se contuvo a tiempo y se limitó a levantar la barbilla.

Estaba haciendo el papel de Zoe y, aunque fuera por poco tiempo, se comportaría como ella. Recordaba que de pequeña era mandona y caprichosa. Quizás había cambiado, pero se arriesgó a mantener esa actitud altiva por el momento.

Cuando entró en el dormitorio de la princesa, le vinieron recuerdos de risas, cuentos y grandes momentos compartidos. Sonrió con nostalgia.

Ya no eran las mismas. ¿Serían capaces de ser amigas de nuevo?

«¿Después de haberme engañado y haberme entregado en su lugar?», se dijo con una chispa de ira.

La doncella, cuyo nombre desconocía, le preparó el baño. Llenó la tina de la habitación contigua con agua bien caliente y la cubrió de flores blancas y amarillas. Desprendían un aroma intenso que mareó a Rubí. Mientras se desnudaba y se metía en ella, tuvo que respirar por la boca.

Allí metida, frotándose para acabar con la suciedad, miró el lujo de alrededor y bufó.

—Increíble lo que pueden permitirse los reyes y nobles mientras nosotros nos tenemos que conformar con baños de agua fría.

—¿Decís algo, alteza?

La cabeza de la doncella asomó por la puerta entornada.

—Todo está bien, gracias.

La criada abrió los ojos, sorprendida, y Rubí se maldijo. Agradecer un baño no era propio de Zoe.

—Voy a tirar estas ropas y enseguida vengo para…

—¡No! —Rubí fue consciente de la brusquedad con la que gritó. Había sacado un brazo para detenerla y había salpicado el suelo con el agua perfumada—. Quiero decir, llévalas a lavar. Las quiero conservar.

—Pero, princesa, estas ropas son…

—Es una orden.

La doncella se marchó. La joven se sintió culpable por haberla tratado así, pero no tardaría en marcharse. Y quería hacerlo con su ropa, no con un vestido cursi de Zoe.

En cuanto estuvo lista, salió, se secó con una toalla y fue a la habitación envuelta en ella. Inspeccionó el armario en busca de algo sencillo.

—Algo sencillo… ¡ja!

Todo eran vestidos pomposos, provocativos o llamativos. Nada que le gustara.

En un rincón había uno blanco, sobrio. Se lo empezaba a colocar cuando regresó la doncella.

—¡Pero princesa! ¿Un camisón? ¿Es que no bajaréis a cenar?

¿Camisón?

Rubí se miró en el espejo. No parecía una prenda de dormir. Suspiró y dejó que la muchacha eligiera: un vestido de noche azul oscuro, demasiado brillante para su gusto.

«Solo será esta noche…».

Se lo puso, dejó que la peinara y se marchó. Ya estaba

preguntándose si sería capaz de encontrar el comedor cuando se cruzó con Phir.

—Estás espectacular, hermanita.

Rubí tragó saliva y se puso roja.

—Escucha, Phir…

Él colocó el brazo de ella en el suyo y la condujo.

—No le tengas en cuenta la bofetada a madre. Estaba muy preocupada por ti, pero ya sabes que la situación la ha vuelto un poco… brusca. Pero te quiere. Nos quiere a los dos. —Rubí asintió y abrió la boca para hacer un nuevo intento—. Sí me gustaría pedirte que no vuelvas a dejarme así, Zoe. —Se detuvo y la miró a los ojos—. Casi me hundo sin ti aquí. Sin tu apoyo… —Suspiró—. He estado a punto de venirme abajo, de rendirme…

Y la joven le vio tan abatido que escondió el colgante rubí bajo sus ropas, incapaz de confesarle que no era su hermana; que no era ese apoyo que tanto necesitaba.

Que era una campesina convertida en princesa.

Pasó el día vagando por la ciudad. Pedía limosna, mas solo recibía malas palabras y miradas de desprecio.

«Si supieran quién soy en realidad…», pensó con ira contenida. «Cuando recupere mi posición se arrepentirán por haberme tratado así».

Al atardecer se sentó en una de las avenidas principales y apoyó la espalda en un edificio pequeño que parecía abandonado. Dejó la mano extendida, esperando que alguien se compadeciera ella; maldiciendo a todo el que ni siquiera se dignaba a mirarla.

Se sentía débil: no había probado bocado desde el día anterior, que había acabado con las provisiones. Las había devorado como si no hubiera un mañana. Tenía que haber pensado en guardar un poco…

Alguien lanzó un pedazo de pan a sus pies. Alzó la mirada y vio a un hombre con barba larga y huesos marcados. Estaba sucio y despeinado.

—Es todo lo que he conseguido hoy. Raciónalo.

La joven cogió el pan y le sacudió la tierra. Contuvo un gesto de repugnancia. Estaba hambrienta, sus tripas rugían. Tendría que contentarse.

—¿Qué le pasa a la gente? Les sobra el dinero —preguntó con deje molesto.

—Los reyes nunca han predicado con el ejemplo. —Se encogió de hombros—. ¿Por qué habrían de hacer los nobles algo que la familia real no? No somos más que un complemento de la ciudad. Existir significa que ellos siguen siendo superiores a nosotros. Y eso les hace sentirse realizados.

Zoe se limitó a darle un mordisco al pan. Ella era el mejor de los ejemplos. Los pobres estaban para servirlos, ¿para qué si no? Solo

merecían comer si cumplían su trabajo. Ella no había trabajado, por lo tanto… Miró el bollo. Por lo tanto, no merecía comer.

«Soy la princesa, aunque esté disfrazada», se dijo, tratando de convencerse de que merecía aquel premio.

—Esta noche hará frío; es mejor que te resguardes. —Señaló la casa que había tras ella.

—¿Y si vienen los dueños?

—Lleva años abandonada. Pero también puedes dormir aquí fuera, a merced del monstruo…

Zoe dejó de respirar. La sola mención le ponía los pelos de punta. Y no por la criatura en sí, sino por su reciente descubrimiento.

Se levantó y examinó la puerta y las ventanas. Giró la manija, pero estaba cerrada. Suspiró. Tendría que romper una de las ventanas si quería entrar.

La calle estaba cada vez menos concurrida. Nadie le prestaba atención. Se dirigió a un lateral que daba a un callejón, se quitó la capa rubí y envolvió el puño con ella. Rompió una ventana pequeña. Miró a ambos lados. Nadie parecía haberse enterado. Entró con cuidado de no cortarse.

El interior tenía sábanas y polvo.

Avanzó iluminada por los débiles rayos de sol. Era curioso. Le daba la sensación de haber estado allí…

—Claro. La casa de Caperucita Roja y sus padres.

Sonrió, melancólica, y terminó el pan paseando de un lado a otro para entrar en calor. Había una chimenea, pero no sabía encender un fuego.

Empezaba a arrepentirse de haberse quedado allí y no haber vuelto a palacio.

«Es mejor así».

Tapó como pudo la ventana por la que había entrado. Subió y halló una amplia habitación con una cama grande y otra más pequeña. Sacudió el polvo, se metió en la de matrimonio e hizo una bola con la capa para usarla de almohada.

Hacía frío. Se tapó hasta arriba con las mantas.

¿Cuánto aguantaría?

Las pesadillas la invadieron y, cuando quiso darse cuenta, ya era de día. Creyó que la luz matutina la había despertado, pero no. Había gritos en el exterior.

Se desperezó y calzó y se dirigió hacia la salida envolviéndose en

la capa, cuya caperuza colocó sobre sus dorados cabellos para pasar inadvertida, olvidándose de maquillarse.

Siguió el origen de los gritos. Provenían de una de las casas de los nobles, muy amigos de la familia real. A lo lejos pudo ver a su hermano, y a la falsa princesa luciendo uno de sus vestidos. Apretó los dientes. Ella con ropas rotas y manchadas y mientras Rubí…

«Es por Phir. Por todos».

Al parecer, había sido asesinado el heredero de la casa Nyx. Un amigo cercano del príncipe.

Zoe se abrió paso entre los curiosos, aunque en realidad no había nada que ver. Los soldados alejaban a la gente bajo amenaza de arresto. Uno la empujó hacia atrás con violencia.

—¡Aquí no hay nada que ver!

—¡No vuelvas a tocarme! —gritó ella.

El hombre la ignoró, pero alguien la vio.

Los ojos verdes de la falsa princesa estaban puestos en ella. Abrió la boca y susurró su nombre. Zoe supo que había llegado el momento de marcharse.

A base de codazos, salió de entre la multitud y callejeó con intención de despistar a su perseguidora.

—¡Zoe, para!

Frenó en seco. No podía más. Ella no estaba en forma, no como su hermano, a pesar de haberse entrenado con él.

—¿Se puede saber a qué estás jugando? —Rubí resollaba también, pero se notaba que no había supuesto tanto esfuerzo alcanzarla—. Tienes que volver y acabar con esto. Él te necesita.

—Tú no lo entiendes.

La princesa no se giró.

—Explícamelo entonces. Me has engañado y me has empujado para que ocupe tu lugar en palacio.

—¡Zoe!

Para cuando la falsa princesa se giró, la verdadera se había desvanecido de la vista de su hermano.

Por la tarde fueron los funerales. Phir parecía derrotado. Rubí dedujo que se trataba de un buen amigo suyo. Le daba rabia no poder consolarle como le gustaría, porque no tenía ni idea de hasta qué punto eran amigos. Puede que no tanto y que estuviera así por la situación: por otra muerte.

Si Phir hubiera llegado unos instantes antes esa misma mañana cuando ella había perseguido a Zoe, su papel como falsa princesa ya se habría terminado. Pero Zoe había desaparecido enseguida y Rubí había tenido que inventarse que se había distraído con una amiga. Él había fruncido el ceño, mas no había comentado nada al respecto y habían vuelto a palacio.

—Otro que ha muerto dentro de su casa sin signos de que hayan entrado por la fuerza —murmuró Phir cuando volvían.

—Le das demasiadas vueltas, principito. Hay gente que es tonta y ya está. No han cerrado bien sus casas y pasa lo que pasa.

Rubí echó una fugaz mirada al tal Devar. No sabía quién era, pero no parecía amigo de Phir. Y tampoco de Zoe, pues solo la buscaba con ganas de meterla en su cama. No respetaba a nadie que no fuera él mismo. Ella había tenido ganas de ponerle en su lugar en más de una ocasión, pero se había contenido, porque no era Rubí.

Era Zoe.

Debía comportarse como tal, por el momento.

Normalmente, Phir le replicaba con crudeza, pero no ahora. Se le veía mal de verdad.

—Todo se arreglará —le dijo.

Él la miró con cariño, agradeciendo su intento por consolarle.

Ninguno tenía ganas de cenar, salvo Devar, por supuesto, que se dirigió al comedor sin esperarlos. El príncipe y ella subieron hasta sus

habitaciones.

—Buenas noches —le deseó ella—. Intenta descansar.

—Espera. ¿Tampoco duermes esta noche conmigo? —Rubí se ruborizó solo de pensarlo—. Antes no podías dormir si no era junto a mí. ¿Ha pasado algo en el viaje que yo deba saber?

«Que yo no soy tu hermana».

—La leche de madre me ayuda a dormir. —Se encogió de hombros restándole importancia—. Además, tengo que aprender a lidiar sola con mis propios demonios.

—Vaya —sonrió—, ¿desde cuándo mi hermanita es tan madura?

«Si tú supieras…».

—¿Sabes? No solo es esto. Te noto…, no sé. Diferente. Es como si fueras tú y a la vez no. Ya no eres tan impulsiva ni alocada… —Phir se rascó la nuca—. Y a la vez siento… —Se cortó—. ¿Seguro que no ha pasado nada raro en el viaje?

—¿Aparte de conocer en persona a las soberanas del Reino de la Manzana de Plata, viajar al reino de una bestia y perderme en el Bosque del Invierno Mágico, quieres decir? —Soltó una carcajada—. Si no llego a tener esa manzana naranja conmigo…

Rubí había omitido la parte en la que se encontraba con Caperucita Roja, su amiga de la infancia. La versión que tenía Phir era que se había perdido en el bosque y había decidido volver.

—Será una sensación mía. Lo siento. Esto me tiene ya en un sinvivir.

La muchacha se acercó a él y le acarició la mejilla. Enseguida se dio cuenta de lo que estaba haciendo; la apartó, roja como una cereza, y se marchó tras desearle buenas noches con timidez.

Como cada noche, se encontró un vaso de leche con miel y vainilla, preparada por la propia reina. Le encantaba. Le llevaba una a ella y otra a Phir. Se la tomaba con gusto, calentita, mirando hacia la noche a través de la ventana. Era relajante. En cierto modo, le recordaba a Día. Ella sabía hacer bebidas que hacían sentir bien, no importaba cómo se sintiera.

La echaba de menos.

Ni siquiera había podido despedirse de ella, explicarle nada.

Rubí se sumergió en un profundo y agradable sueño lleno de lobos, bestias reales y sirenas.

Y seguiría soñando si Layra —gracias a otro sirviente había descubierto el nombre de la doncella de la princesa— no la estuviera

zarandeando con suavidad.

—Princesa Zoe, despertad. ¡Ha ocurrido algo extraordinario!

Rubí abrió un ojo y, al ver dónde estaba, volvió a cerrarlo, y apretó ambos con fuerza, deseando volver a su sueño o, por lo menos, a su pastelería.

—¡Vamos! Debéis vestiros y bajar a la sala del trono.

La joven resopló. La vida en la realeza no era para ella.

—¿No pueden hacer lo que quiera que sea sin mí?

Layra la miró extrañada.

—¡Os encantan los protocolos!

La pastelera se abstuvo de decir su verdadera opinión sobre ellos. Se incorporó y dejó que la doncella le pusiera un vestido rosa de lo más cursi. Mientras le cepillaba el pelo, veía sus gestos de disgusto.

—Pero si es uno de vuestros favoritos.

—¿Sí? No lo recordaba tan recargado.

Tenía volantes en distintos tonos de rosa desde la cintura a los pies, mezclados con tul y el torso estaba lleno de pedrería con un escote en forma de corazón.

—Ni siquiera es cómodo —se quejó al levantarse y dar dos pasos con él.

—Vamos, no lleguéis tarde. La reina no lo aprueba.

Rubí se dejó perfumar y se dirigió hacia la sala del trono, maldiciendo a Zoe con cada paso que daba. Se las iba a pagar.

Allí estaba Sadi, con una sonrisa radiante, los consejeros, nerviosos, y también Phir, vestido como un verdadero príncipe, que le dedicó una sonrisa.

—¿No está ya pasado de moda ese vestido? —le dijo cogiendo su mano y llevándola con él junto a la mujer.

—Colocaos bien, la cabeza alta, ¡erguidos! —les ordenó la reina.

Zoe —Rubí— a la derecha y Phir a la izquierda.

Y esperaron.

Un soldado entró y anunció:

—Reina Sadi, príncipe Phir, princesa Zoe, consejeros. ¡Por fin ha sucedido! El monstruo ha sido cazado y ejecutado. ¡He aquí al hombre que ha logrado tal proeza!

Entre los entusiasmados aplausos de los presentes —salvo de Rubí y Phir, que lo miraban estupefactos— hizo acto de presencia Devar. Caminaba con una sonrisa de oreja a oreja, altivo, superior. Tras él, un sirviente con visibles arañazos por todo el cuerpo y varios soldados

llevando algo que dejaron caer pesadamente tras Devar cuando este se detuvo.

—Majestades, he aquí al ser que había sometido al Reino de las Quimeras. Ahora vuestro reino es libre. Gracias a mí, es libre.

Hombres y mujeres lo vitorearon. La reina hizo una inclinación de cabeza con visible alivio en su expresión. Phir se acercó a lo que había en el suelo. Era un animal peludo de gran envergadura. Parecía un oso, pero de color negro; algo que no había visto jamás.

—¿Y cómo ha logrado algo tan grande eludirnos durante tantos años?

—Eh, principito, yo no respondo ante vuestra incompetencia o a cómo se las ha apañado esta cosa para burlaros. He cumplido con lo que se esperaba de mí.

—Así es —intervino Sadi—, y por tan buen servicio, obtendrás tu recompensa.

Rubí se mantuvo quieta, paciente, con una sonrisa que muchos confundieron con alivio por ser libres; pero era alivio porque, por fin, podría descubrirse y marcharse de allí.

O quizás… Miró a Phir brevemente. Quizás podía quedarse unos días de vacaciones con él y con Zoe (aunque primero tendría que ajustar cuentas con ella).

—Devar, os casaréis con la princesa Zoe y seréis coronado rey del Reino de las Quimeras.

La sonrisa de la joven se borró al momento. Miró a la mujer, creyendo haber escuchado mal. Esta le dedicó una mirada de advertencia y supo que había oído perfectamente.

Devar la miraba con deseo.

Por eso Zoe la había engañado para que ocupara su lugar: para librarse de aquella boda no deseada. Sintió náuseas. ¿Cómo podía haberle hecho eso? ¿Era una venganza por no haber respondido a ninguna de sus cartas? Rubí ya le había dejado claro el porqué…

Respiró hondo; no quería que nadie allí presente sospechara nada.

Devar se acercó con la más falsa de sus sonrisas.

«Zoe, te encontraré y ocuparás el lugar que te corresponde», juró.

Era noticia en todo el reino. El monstruo había sido capturado y, cumpliendo su palabra, la reina Sadi entregaría la corona y la mano de su hija a quien lo había hecho posible.

Zoe miraba con angustia un cartel en el que se anunciaba que tendrían tres noches de bailes de disfraces, a los que todos estaban invitados, y después se celebraría la boda.

¿Significaba eso que habían apresado a su hermano? La joven se mordió el labio y miró el castillo. No se había dicho nada sobre el monstruo, tan solo que había sido capturado. ¿Vivo? ¿Muerto? Se le encogió el corazón solo de pensar que Phir podría estar… No. Su madre no celebraría la boda si su hijo estaba muerto.

De regreso a su refugio, se encontró con dos personas mirando a través de las ventanas. Una era una anciana de pelo gris y blanco a la que no reconocía. El otro era Topacio.

—¿Cómo podemos estar seguros de que ese oso es el monstruo? Zoe no lo describió así.

Phir seguía a su madre mientras ella se afanaba por preparar el primer baile, que tendría lugar esa misma noche. Había enviado invitaciones a los demás reinos para hacerlos partícipes de la buena noticia e invitarlos a presenciar el enlace.

—¿Acaso habías visto un ser así antes? Es él, hijo. Tu hermana estaba confusa, traumada. Es normal que no recordara bien lo que había visto.

Mas el príncipe tenía sus dudas.

Dejó a su madre con sus quehaceres y se marchó a entrenar.

Necesitaba desahogarse. Allí se encontró con su hermana, algo extraño, pues ella jamás había ido a entrenar por sí misma. Cogía el arco con seguridad, no le temblaba el pulso. ¿Cuándo se había familiarizado tanto con el arma? La observó en silencio. La joven apuntó y disparó. No dio en el blanco, pero no estaba nada mal. Zoe pocas veces acertaba en la diana en sí.

—Sigo pensando que ese viaje te ha cambiado. —Se cruzó de brazos.

La princesa se sobresaltó y se giró con una nueva flecha en el arco.

—Los viajes cambian a las personas; tendrás que aceptarlo.

—Hasta tu tono de voz me parece diferente a veces.

Ella se encogió de hombros, dio media vuelta y disparó de nuevo. Lejos del blanco, pero en la diana.

—No es tan fácil como parece.

Phir se acercó a ella. La miró a los ojos unos instantes y notó sentimientos contradictorios. Era como si esos ojos verdes pertenecieran a otra persona. A alguien que removía sus entrañas. Pero luego la miraba de arriba abajo y no cabía duda alguna: era Zoe.

—Es cuestión de práctica, ya lo sabes.

La muchacha preparó una nueva flecha. Antes de que pudiera dispararla, Phir se acercó a ella.

—El brazo más arriba. Las piernas, ábrelas un poco más. Y no cierres un ojo, enfoca con los dos.

Sintió un estremecimiento en ella al tocarla. ¿O lo había imaginado?

—Ahora… dispara.

Y dio en el blanco. La joven se giró con una radiante sonrisa. Estaban muy cerca y él notó un calor inusual subiendo por su cuerpo. Tuvo que apartarse, aclarándose la garganta, que de repente se le había quedado seca.

—¡Aquí está mi dulce y traviesa prometida!

Los hermanos se giraron con cara de fastidio. Devar se acercaba con dos de sus soldados siguiéndole de cerca; iba a plantarle un beso en los labios, pero ella levantó el arco, obligándole a alejarse.

—Atrévete, bastardo.

Por mucho que al príncipe le agradase aquella escena, no dejaba de sorprenderle el cambio de actitud de Zoe hacia Devar. ¿Sería por la pérdida de la guerrera? ¿Ya no querría encamarse con nadie más ni

seguir con sus juegos lujuriosos?

—Ya la has oído, Devar. Aléjate de ella.

El príncipe se interpuso entre ambos. Con un gesto de cabeza, Devar ordenó a sus secuaces que sujetaran a Phir.

—¡Soltadme! Devar, te recuerdo que todavía no eres el rey.

—Por poco tiempo, principito —le dedicó una sonrisa cargada de malicia—. Así que ve aprendiendo a acatar mis órdenes y ser sumiso si quieres que me porte bien con tu hermanita.

»Me encanta cuando te pones guerrera. —Sin importarle la flecha que le apuntaba, se acercó y la cogió de la barbilla—. No sabes lo excitado que estoy ahora mismo.

A punto de besarla, dio un grito. Tenía sangre en el labio. Miró a la princesa, que se limpiaba la boca con la manga.

—¡Me has mordido!

—¡Zoe! —Phir estaba entre alarmado y pletórico.

—No estamos casados todavía, así que no te atrevas a tocarme.

Había furia en su mirada, valor, desafío. El príncipe jamás la había visto así. Cada vez estaba más convencido de que algo había pasado en el viaje. Algo había cambiado a su hermana y la había convertido en alguien diferente.

Pero ella se negaba a decirle la verdad.

¿Es que ya no confiaba en él?

Rubí había intentado por todos los medios escapar de palacio y encontrar a Zoe. Quería obligarla a decir la verdad. No estaba dispuesta a permitirle aquello.

En su tercer intento, uno de los guardias la cogió del brazo y la arrastró consigo.

—¡Suéltame, soy la princesa! —intentó sonar como Zoe—. Te arrepentirás de esto.

El hombre la condujo hasta la sala de consejeros, donde estaba Phir revisando unos papeles. Levantó la cabeza al verlos entrar y frunció el ceño.

—Alteza, vuestra hermana lleva toda la mañana intentando salir a escondidas de palacio.

Ella chasqueó la lengua con disgusto. Se soltó de él y se cruzó de brazos.

—Gracias, puedes retirarte.

El príncipe se levantó y se acercó a ella.

—Zoe, no te reconozco. Es como si fueras…

Unos toques en la puerta cortaron su deducción. Rubí maldijo a quien quiera que los hubiera interrumpido. Por fin estaba dispuesta a decir la verdad: se había acabado la farsa. Pero los consejeros entraron en la sala y fueron ocupando sus respectivas sillas. La última en llegar fue la reina, que miró a su hija con dureza y una advertencia grabada en el rostro.

«Compórtate».

La joven estaba a punto de estallar. Se hizo a un lado y presenció la reunión.

—Majestades —habló uno de los más ancianos—, los mensajeros han regresado.

Madre e hijo se miraron sin comprender.

—¿Cómo que han vuelto? —Sadi se inclinó en su asiento—. No les ha dado tiempo de llegar a sus destinos y volver. Es demasiado rápido.

—No han podido salir del reino, majestad.

—¿Cómo que no? —terció Phir—. El monstruo está muerto: somos libres.

Nadie supo responder a esa pregunta.

Rubí lo tenía claro. Si seguían prisioneros era porque el engreído de Devar se había equivocado.

Sonrió. Boda cancelada.

—Es mejor que avisemos…

—No. —La reina se puso en pie y los miró uno por uno—. Todo seguirá su curso. El reino debe creer que todo está arreglado.

—Madre, eso es miserable. El pueblo merece saber la verdad.

Rubí miró al príncipe con aprobación. Siempre estaba dispuesto a hacer lo correcto y era algo digno de admirar. Desde pequeña le admiraba. Ya entonces fantaseaba con casarse un día con él.

Desvió la mirada con las mejillas ardiendo.

—El pueblo merece la esperanza, y por fin se la hemos dado. Ahora todos piensan en los bailes, en la boda. Hacen planes.

—¡Planes que no podrán cumplir en cuando el monstruo ataque de nuevo! —Phir se levantó, incapaz de mantenerse sentado.

—El monstruo ya no atacará más, eso lo garantizo. Ya descubriremos cómo salir de esta prisión. Ahora nos tenemos que centrar en ser la familia real más feliz y dichosa que pueda existir. ¡Nuestra pequeña se casa!

Rubí no daba crédito a lo que oía. Muerto el monstruo o no, la maldición seguía allí. No podían ocultárselo al reino.

—Tienen que saberlo —terció acercándose a la mesa, ganándose varias miradas sorprendidas—. ¿Y si alguien quiere viajar? ¿Visitar a algún pariente lejano?

—Habrá soldados en las fronteras. Hasta el fin de las nupcias, nadie podrá viajar —dictaminó Sadi.

—Madre, no puedes hacer eso.

La reina dio un golpe en la mesa.

—¿Creéis que me gusta esta situación? ¡Vuestro padre sigue dormido a pesar de que el monstruo ya no vive! ¿Sabéis el dolor que eso significa?

Algunos de los presentes sí lo sabían. Habían sufrido pérdidas,

incluso más que ella.

La joven no había ido ni una sola vez a ver al rey Midas: sentía que no tenía derecho a hacerlo, pues no era la verdadera princesa. Pero sabía que la reina Sadi dormía todas las noches junto a él a pesar de su estado. ¿Cómo tenía que ser estar junto al ser amado y no poder ser abrazada por él?

—Ahora vienen días de alegría que no pienso arrebatar al reino. Ya han sufrido bastante —zanjó.

Rubí fue la segunda en salir de la sala, viendo que varios consejeros habían rodeado al príncipe. Ya encontraría el momento de hablar con él y contarle la verdad.

Sin embargo, Layra no se lo permitió.

Estuvo toda la tarde tras ella para los preparativos del baile. En ese momento se encontraban en los aposentos de la princesa, Rubí sentada en la cama con expresión aburrida mientras que la doncella abría una enorme caja con cara emocionada.

—¡Mirad vuestro disfraz para los bailes!

La campesina vio con horror lo que se extendía ante sus ojos. Era un vestido naranja chillón con plumas azules.

—No voy a ponerme esa cosa, Layra.

—Pero, mi señora —miró la prenda y luego a la falsa princesa—, vos misma encargasteis este disfraz para cuando se diera la ocasión. ¡Estabais deseando estrenarlo!

Rubí estuvo tentada de callarse y fingir, hacerse pasar por Zoe una vez más. Pero todo terminaría esa noche en el baile. Se lo iba a confesar a Phir, no le importaba que no fuera el momento adecuado. No podía seguir engañándole. Tenía que saber por qué la notaba rara. Tenía que encontrar a su hermana, reunir a la familia.

Y entonces Rubí se iría.

Era extraño. Desde el primer momento había querido irse, pero los recuerdos de su infancia la hacían ver que allí había sido feliz una vez. Se había sorprendido a sí misma pensando que tal vez podría volver a serlo.

Pero no. Ya no era una niña. Todo había cambiado.

Sadi había sucumbido al dolor por la pérdida de su esposo y ya no era la mujer cariñosa y alegre que recordaba.

Phir tenía el peso de todo un reino sobre sus hombros, aunque no fuese a heredarlo.

Zoe se había convertido en una joven caprichosa y egoísta que la

había engañado.

Allí ya no había sitio para Rubí.

—Escúchame: quiero que tomes buena nota de lo que quiero para el baile de esta noche.

Esa noche se desvelaría la verdad sobre ella y, ya que iba a hacerlo, vestiría como quisiera. Demostrando quién era.

Cuando fue a buscar a su hermana, Layra le dijo que no estaba lista y que bajaría más tarde al baile.

—Que no se retrase mucho, o madre se enfadará —le pidió a la doncella.

Phir se dirigió al gran salón, donde estaba todo listo para el baile, y donde la reina recibiría a los primeros invitados. Se celebraría hasta el comienzo de la noche, pues habían anunciado que el toque de queda lo levantarían con la boda. Y aunque nadie entendía el porqué, lo habían dejado estar ante la noticia de que por fin eran libres.

El príncipe se había puesto un pantalón blanco con botas de media pierna negras y adornos de oro; una casaca color vino y dorado y su corona. Sabía que su madre no aprobaría que se hubiera disfrazado de príncipe heredero —pues ya no lo era—, pero quería mostrar que, aunque Devar fuera coronado, el reino seguiría contando con Phir.

Las puertas estaban abiertas; había ambiente en el interior. Los camareros repartían bebidas espumosas que variaban entre el dorado, el rosado y el plateado. Los invitados se deleitaban bebiendo y riendo de las anécdotas de otros.

Él se hizo con una copa y estudió a cada uno. Cuán falsos le parecían en aquellos momentos, tras las amenazas recibidas durante esos años. Algunos habían planteado destronar a la actual familia real. Ahora, todo parecía haber quedado atrás: las tensiones y las malas palabras.

El salón se fue llenando. Unos alababan los disfraces de otros; algunos preguntaban quién estaba detrás de tal o cual máscara, pues no eran capaces de reconocerse. Ni Phir acertaba a descubrir por sí mismo quién había detrás de cada disfraz, salvo de las doncellas;

contuvo una mueca de hastío. Todas, absolutamente todas, habían elegido disfraces de criaturas voladoras, como ángeles o mariposas, con los mismos colores: blancos, azules o rosas. Y las que habían optado por llevar máscaras se habían colocado unas finas que les permitieran lucir el maquillaje.

Suspiró. Todo el mundo hablaba y reía. El joven deseaba compartir aquel espíritu festivo, pero no podía. Allí había ausencias por culpa del monstruo, entre ellas, amigos suyos. Y, además, no habían solucionado nada. Todas aquellas personas estaban allí engañadas.

—Majestad, ¿bailamos?

Phir apuró su copa y se giró. Allí estaba la primera. Detrás de la joven vio a su madre, que simulaba hablar con otros nobles, pero no perdía detalle concerniente a su hijo.

—Será para mí un placer, Cleiryss. —Dejó la copa en una bandeja, hizo una reverencia ante la joven despampanante de cabellos negros que le dedicaba una sonrisa seductora y la cogió de la mano para llevarla a la zona de baile.

Todos los ojos se volvieron hacia ellos, y él creyó escuchar cuchicheos a su alrededor. Tuvo que mantener su falsa sonrisa y concentrarse en el movimiento de sus pies.

Él ya no era el príncipe heredero.

Él ya no era nada.

Y todo el mundo lo sabía.

No le importaba lo que dijeran. Fingió disfrutar del baile con Cleiryss, y también del que compartió con la siguiente, y la siguiente. Algunas campesinas también se hicieron un hueco para compartir un baile con él; era una ocasión que no volvería a repetirse, pues no solían estar invitados más que los nobles a aquellas fiestas.

—Necesito un descanso —dijo al grupo que esperaba para seguir bailando con él.

Escuchó suspiros mientras se alejaba a buscar otra copa. Mientras se llevaba el líquido plateado a los labios, su madre le abordó.

—Hijo, no pierdas el tiempo con vulgares pueblerinas. Aunque ya no seas el heredero, debemos guardar las apariencias, y debes buscarte una joven acorde con nuestro estatus.

—Así que, además de engañarlos y casar a tu hija con alguien a quien no ama, quieres que me haga con el patrimonio de una de las mejores casas de nobles.

—No te equivoques, Phir —chocó su copa con la de él y sonrió a varios invitados que pasaron junto a ellos—, solo busco lo mejor para vosotros y para el reino.

Él contuvo una carcajada cargada de ironía. Bebió y volvió a dejar la copa en la bandeja.

Pensaba en cómo escaquearse de más bailes con aburridas doncellas cuando alguien captó su atención. Una recién llegada avanzaba con seguridad hacia el interior del salón. Llevaba un vestido rubí con transparencias de seda en brazos y escote, pedrería por el torso y una falda de vuelo que reflejaba la luz con cada paso que daba. Lo que destacaba era la enorme caperuza que cubría sus cabellos y una máscara de lobo gris y blanco que le cubría la parte superior del rostro, desde la nariz.

Phir sintió curiosidad e, ignorando a las que esperaban su turno con él, se dirigió hacia ella. Hizo una reverencia que la joven no respondió.

—¿Me concedéis este baile?

La muchacha le sonrió y asintió. Cuando la tomó de la mano, el príncipe la notó temblorosa.

—Tranquila, todavía no me he comido a nadie —bromeó al tiempo que giraba y la acercaba a sí, cogiéndola con delicadeza de la cintura. La otra mano se entrelazó con la de la joven y dio los primeros pasos.

Ella le siguió con torpeza; no era de la nobleza.

«Pero el vestido que lleva no se lo puede permitir alguien del vulgo», se dijo, tratando de comprender quién era su pareja de baile. No distinguía con claridad el color de su pelo: castaño, rubio quizás, y unos ojos verdes que se deleitaban con los suyos.

La hizo girar y la volvió a atraer. Al devolver la mano a su cintura, notó que se estremecía. O tal vez lo había imaginado.

Esa chica le intrigaba. El disfraz que había elegido, tan diferente de las demás, la seguridad con la que había entrado y, a la vez, el nerviosismo que parecía padecer junto a él. La mirada sencilla lo tenía cautivado.

No sabía cómo, no sabía por qué, pero le recordaba a Caperucita Roja. Y quizás por eso le había llamado la atención. Pero no podía ser ella. Y si no era ella, ¿para qué engañarse? La miró a los ojos.

—¿Y vuestro nombre?

Ella se limitó a bajar la cabeza. Si Phir pudiera verlo, apostaría a

que se había ruborizado.

Decidió no romper la ilusión, seguir fantaseando que bailaba con Caperucita Roja. Un sueño era eso: un sueño. Por la mañana se rompería la magia y volvería a la realidad.

La música de la orquesta de palacio se escuchaba por la ciudad, apagada, lejana. Zoe miraba las luces de la fiesta con tristeza. Le hubiera encantado ir, pero no tenía un vestido que ponerse. Había sopesado la ida de ir con la capa de Caperucita, pero era demasiado llamativa y era lo último que quería en ese momento.

—¡Rubí, por fin te encuentro!

La princesa siguió contemplando el castillo, ignorando su alrededor.

—¡Rubí!

Alguien le dio unos golpecitos en la espalda y dio media vuelta. Se encontró cara a cara con una anciana de cabello blanco y negro y mirada gris que la miraba con alivio y cariño.

—¿Sí?

—Querida niña —la abrazó con fuerza—, estás en peligro.

Despertó con una radiante sonrisa en los labios. Ni siquiera se dio cuenta hasta que se miró en el espejo. Era extraño verse así. Por primera vez en mucho tiempo sus ojos parecían desprender… luz.

Abrió la ventana y se dejó acariciar por el sol. Apoyó los codos en la repisa y observó el exterior, sin detenerse en nada en concreto. El aroma primaveral voló hasta ella, envolviéndola en su dulce melodía.

«Vive como querrían tus padres. Vive como quiero yo».

Las palabras que la abuelita le había dicho en su lecho de muerte. Una lágrima rebelde escapó por su mejilla. Que fuera feliz, eso quería ella.

Dio la espalda a la ventana y se apoyó contra el alféizar, soltando un suspiro.

No era tan fácil.

Anoche no se había atrevido a confesarle a Phir quién era. Ni siquiera la había reconocido como su hermana, y ella no se había atrevido a decir palabra alguna… porque no había querido estropear la magia del momento. Eso había sido el baile para ella: magia.

No habían bailado: habían volado por la sala. Ellos dos solos, sin nadie más a su alrededor. Y, cuando había terminado la canción, cuando había abierto la boca para decirle quién era en realidad, se había acobardado y se había marchado. Phir no había podido seguirla, rodeado de otras chicas que ansiaban bailar también con él.

Iba a hacer caso a la abuelita. Quedaban dos noches más de bailes. Los disfrutaría como si no existiera un mañana. Viviría el ahora. Disfrutaría de cada momento con Phir, sería feliz esos dos días que le quedaban.

—Mi señora, ¿estáis lista para el desayuno?

Layra interrumpió sus pensamientos. Al verla tan radiante, no

pudo evitar preguntarle el motivo.

—Fue un baile inolvidable, Layra. —Le dedicó una sonrisa y se vistió sin borrarla de su rostro.

—Me alegra oírlo, princesa Zoe. Merecéis disfrutar después de lo que os espera… —Se cortó antes de decir nada más que estropease la alegría de la joven y se puso a hacer la cama.

Rubí lo pasó por alto y salió hacia el comedor. Por el camino se encontró con Devar, que salía de una habitación seguido de una de las sirvientas más jóvenes de palacio. La muchacha sintió náuseas.

—Ah, mi futura esposa. —Se colocó el pelo y la ropa y caminó junto a ella—. Anoche no os vi en el baile. Me hubiera gustado lucir a mi prometida.

—No soy un objeto, Devar. Trátame con respeto.

Pero él seguía parloteando sin prestarle atención más que a su escote. La cogió de la cintura y bajó la mano hacia el culo, que agarró con fuerza.

Con un rápido movimiento, Rubí se lo quitó de encima y le estampó contra la pared.

—Escúchame bien, Devar. No vuelvas a tocarme si no quieres problemas. Yo no soy una estúpida doncella de la que te puedas aprovechar.

Él levantó las manos para apaciguarla, pero le dedicó una sonrisa de medio lado.

—Eh, eh, calma, loba. ¿Ya has olvidado lo que nos hemos divertido juntos? —La volvió a coger con ganas de la cintura y acercó sus babosos labios al cuello de ella—. A lo mejor tendría que recordártelo… —susurró de forma provocativa.

Rubí cerró los ojos, sintiendo su aliento. En cuanto él abrió los labios para saborearla, un agudo dolor le hizo doblarse por la mitad.

—Te lo he advertido, Devar.

Satisfecha al verle sufrir con el rodillazo que le había propinado en sus partes bastardas, se marchó con los labios curvados.

Phir estaba solo. La reina no había llegado, o bien ya se había marchado —y si era así, eso le supondría una reprimenda por haber llegado tarde—. Él parecía ensimismado. Jugueteaba con un melocotón que hacía rodar sobre la mesa con las yemas de sus dedos.

—Buenos días.

El príncipe parpadeó varias veces y le dedicó una sonrisa.

—Buenos días, Zoe. Madre no bajará a desayunar, se encuentra

algo indispuesta tras la fiesta. Quiere descansar para esta noche.

—Entonces empecemos. Devar también se encuentra indispuesto.

Phir frunció el ceño por el tono en que lo dijo, pero no comentó nada al respecto.

—No te vi anoche. ¿De qué ibas disfrazada?

—De ángel —respondió con un encogimiento de hombros mientras se untaba un trozo de pan con mermelada.

Él se echó hacia atrás y la volvió a mirar, esta vez con una ceja levantada.

—No me lo creo.

—¿Por qué?

—Porque te gusta destacar. ¿Cómo ibas a ir igual que las demás?

Rubí le dio un primer mordisco, que saboreó bien. Y un segundo. Antes del tercero, optó por desviar la atención de Phir.

—¿Y tú qué tal?

Una sonrisa tonta floreció en los labios de él y ella sintió mariposas en el estómago.

—Apareció una chica que… ¿No la viste? —Ella negó con inocencia, haciéndose la ingenua—. ¡Con lo que destacaba! Te habría encantado. Iba disfrazada de lobo con una enorme caperuza de un rojo rubí… No sé. Parecía diferente a las demás. —Le dio por fin un mordisco al melocotón—. *Era* diferente a las demás.

—¿Y eso lo sabes por un disfraz?

—Sé que suena estúpido. Que yo no soy así. Pero ella tenía algo diferente aparte del disfraz. Su mirada, sus movimientos… No sabría explicarlo. Me gustaría conocerla, saber quién es por lo menos. Me recordaba a Caperucita.

La joven se atragantó ante esta revelación. Tosió con fuerza y bebió, temiendo que Phir sospechara algo. Él no dijo nada, se limitó a sonreír, divertido.

Reinó el silencio hasta que ella se atrevió a romperlo, desviando su atención.

—¿Y si descubres quién es y te decepciona?

—Tendré que arriesgarme. Pero es que sentí… —Tragó saliva como si no se atreviera a decirlo en voz alta—. Sentí que la conocía de antes. Sentí una extraña conexión con ella. Necesito volver a verla, Zoe.

Sus ojos mostraban una sinceridad que a Rubí le provocó arritmia cardíaca. No quería hacerse ilusiones. Aquello no era más que un

sueño, y la noche antes de la boda ambos despertarían de él. La realidad los golpearía y cada uno tendría que hacer su vida.

Rubí volvería al Reino de la Rosa Escarlata… y no le volvería a ver.

Se quedó un rato en la cama, pensando en lo que había sucedido la noche anterior. En cómo seguiría con aquel engaño con alguien que parecía conocer tan bien a Rubí.

La anciana —cuyo nombre desconocía— le había dicho que estaba en peligro, pero no sabía que se estaba equivocando de persona. Zoe le había pedido que se calmara y que la acompañara a la antigua tetería, donde se alojaba.

—Vamos a dormir y mañana me lo explicas bien.

En un primer momento había temido que la mujer no le hiciera caso, pero parecía cansada y había aceptado su propuesta de buena gana. Su verdadera intención había sido ganar tiempo para pensar cómo librarse de ella sin que descubriera su identidad.

Miró hacia la cama grande. Se la había cedido a la anciana. Ya estaba vacía. Aguzó el oído, pero no escuchó nada en el piso inferior.

Se levantó, preparada para afrontar lo que tuviera que ser. Se miró en un espejo roto y puso cara de repugnancia. Sus cabellos rubios ya estaban tan sucios que parecían castaños. Había dormido con la capa rubí: era lo único que se mantenía limpio, como si repeliese la suciedad.

Allí había un baño, con agua fría, por supuesto. Solo se había atrevido a lavarse manos y cara y aun así le había supuesto un suplicio. Y sin jabón ni perfume.

¿Cómo era capaz de aguantar esa situación? Se lo preguntaba cada día. Mas la respuesta venía enseguida: por su hermano. Solo por él era capaz de abandonar un mundo de comodidades y caprichos.

Se animaba diciendo que era temporal. Pronto Caperucita solucionaría el problema —sabía que la noticia de que habían atrapado al monstruo era falsa; si no, hubieran levantado el toque de

queda y Caperucita habría revelado la verdad— y todo volvería a ser como antes. No, incluso mejor. No tendría que casarse con Devar —o Caperucita no tendría que casarse con Devar si lo solucionaba a tiempo— y al fin podría llevar la vida que quisiera. El rey volvería a la normalidad, Sadi también, por lo que ya no estarían tan pendientes de qué hacía o dejaba de hacer. Y como las responsabilidades del reino recaerían sobre Phir, ella solo se preocuparía de vivir y estar bella.

Bajó con paso lento. La mujer no estaba, pero sí había alguien allí: Topacio, el enano que había conocido en el Reino de la Manzana de Plata.

—¿Qué haces tú aquí?

—Eso mismo podría preguntaros yo, *majestad* —replicó él con tranquilidad.

Estaba sentado en un taburete alto; las piernas le colgaban y las balanceaba sin descanso.

—No es asunto tuyo.

Topacio se encogió de hombros.

—¿Le has contado que no soy quien ella cree? —preguntó recelosa.

—Como bien habéis dicho, no es asunto mío.

—¿Y qué haces aquí?

—Acompañar a una pobre anciana por orden de mis reinas.

La conversación se vio interrumpida por la mujer, que llegó con una cesta bien cargada.

—¡Buenos días, querida! Siéntate, que enseguida preparo unas buenas tortitas.

Zoe decidió obedecer si así ella se entretenía y no le daba conversación. El rato pasó así: la anciana afanada en la cocina y los otros dos mirándola con atención. No tardó mucho en tener un suculento desayuno preparado que sirvió a los dos comensales. Topacio devoró su ración sin prestarles atención. Pero la anciana se sentó junto a Zoe, que, salivando, dio cuenta de la primera de sus tortitas. Al saborearla bien, frunció el ceño con disgusto, gesto que no pasó desapercibido a la cocinera.

—¿Qué te pasa? Son tus favoritas.

Zoe tragó y se fijó en el resto. Estaba hambrienta, pero no sabía si sería capaz de acabárselo. El sabor no le resultaba agradable.

—¿Canela?

—Uno de mis ingredientes estrella.

—Ya… La verdad es que ahora mismo no me apetece mucho comer más.

Un brillo de suspicacia cruzó los ojos de la anciana y Zoe fingió un dolor de estómago.

—No me encuentro muy bien, la verdad.

—Bueno, te lo guardaré para el camino.

—¿El camino?

Zoe se levantó alarmada mientras la anciana guardaba las tortitas en un recipiente que sacó de la cesta.

—Nos tenemos que ir; ya te dije que estás en peligro.

Topacio tosió. La princesa no supo si lo había hecho adrede.

—Yo no voy a ninguna parte hasta que no me expliques qué está pasando.

—Es el cazador, querida.

—¿Qué cazador?

La anciana la miró, extrañada.

—¿No recuerdas al cazador?

Zoe maldijo para sus adentros. Desvió la mirada pasándola por el enano y vio que él parecía estar divirtiéndose con la situación.

—Sí, claro. —Se frotó la frente—. Perdona, muchas emociones últimamente.

La mujer se le acercó y cogió su mano con delicadeza.

—Rubí, ¿qué pasó? ¿Por qué te marchaste así?

—Luego hablaremos de eso. —Sonrió y le dio unas palmadas en la mano—. Dime, ¿qué pasa con el cazador?

—Viene a por ti. Quiere cazarte.

—¿Qué? —Zoe iba a preguntar por qué, mas enseguida recordó que ella no era Rubí, y que esta podía transformarse en lobo. Se le detuvo el corazón—. ¿Pero por qué? Después de tantos años, ¿por qué ahora?

—Según él —señaló al enano—, eres la amenaza de este reino.

Zoe frunció el ceño.

—Eso no tiene ningún sentido.

—Lo tenga o no, cuenta con el permiso de las reinas para ayudar al Reino de las Quimeras. Debemos irnos ya.

La joven empezó a pasear de un lado a otro, frotándose las manos con nerviosismo. Aquel hombre iba a dar caza a su hermano. Tenía que avisarle.

—No voy a irme.

Miró a la anciana. La mujer abrió mucho los ojos, dándose cuenta de la realidad. Pasó la vista de las tortitas a la caperuza y volvió a los ojos altivos de la joven.

—Tú no eres Rubí.

—No. Y si queremos prevenirla, tendré que colarme en el baile de esta noche.

Sabía que estaba mal, mas su corazón se lo pedía a gritos. Tras la conversación de esa mañana con Phir, estaba más decidida que nunca a continuar con la farsa. Solo dos noches más.

¿Acaso no lo merecía?

«¿Y él no merece saber la verdad?», dijo una vocecilla en su interior.

Se sentía culpable, pero al estar con él todo era tan… mágico. Nunca se había sentido así. Llevaba años inmersa en la oscuridad y, aunque había empezado a nadar hacia la superficie por sí misma, la reaparición de Phir en su vida le había dado la mano y había tirado de ella con fuerza.

Tuvo que convencer a Layra por la mañana de que bailara con ella.

—Pero, alteza, vos sois una maestra del baile. ¡Sois la mejor bailarina de todo el reino! —había respondido la doncella, sorprendida por la petición.

—Llevo tanto sin bailar que necesito ayuda para soltarme —alegó, convenciendo a Layra.

Ahora se percataba de su imprudencia. La doncella se había dado cuenta de que sus movimientos eran desastrosos. Se abstuvo de decir nada, cosa que Rubí había agradecido en silencio.

Esperó a que todo quedara tranquilo. Incluso le había dado la tarde libre a Layra. Quería prepararse sola y evitar que alguien pudiera relacionarla con Zoe.

Miró un cuenco que tenía en el tocador. Contenía un mejunje que había pedido que le prepararan expresamente. Nadie allí parecía conocer aquella mezcla extraña de hierbas y huevos crudos. De pequeña se la hacía su madre para la sequedad de la garganta cuando

estaba mala. Pero contenía un ingrediente extra: los huevos, que hacían que la voz se agudizara. No era agradable beberlo, pero quería hablar con el príncipe sin que la reconociera.

Se lo tomó rápido y se limpió con el dorso de la mano.

—Pues ya está.

Se tapó la boca y estalló en carcajadas. La voz sonaba ridícula.

Terminó de prepararse y, como la noche anterior, se dirigió con toda la seguridad de la que fue capaz hacia el salón de bailes. Al entrar, se quedó parada en el sitio. Abrió la boca por lo inesperado del espectáculo: el color rojo, como el de su vestido, como el de su nombre, abundaba. Todas las jovencitas habían copiado su color, y algunas, incluso su disfraz. Otras habían sido más atrevidas y habían optado por máscaras de otros animales, como el león o la pantera.

«¡He creado tendencia entre la nobleza!».

Si supieran que detrás de su máscara se escondía una plebeya…

Tuvo que reprimir una carcajada, pero se llevó el dorso a los labios y se permitió una risilla. Alguien observó este gesto, alguien que bailaba en la pista y a quien ella vio enseguida. Bajó la mano y se puso seria, tratando de aparentar.

El príncipe Phir se disculpó con su pareja y, sin apartar sus dorados ojos de ella, caminó hasta llegar donde estaba. Esta vez, ella le saludó con una reverencia. El joven le sonrió dedicándole otra y le tendió la mano.

Juntos, ante miradas cargadas de odio y envidia, de curiosidad e interés, se dirigieron al centro.

A Rubí le incomodaba ser el centro de todas las miradas. Mas, en cuanto levantó la cabeza y el dorado y el verde se encontraron, se olvidó del mundo. Se olvidó de las diferencias sociales entre ellos, de su condición, de todo. Mientras el príncipe la cogía con delicadeza por la cintura y sujetaba su mano, sintió que podían estar juntos.

Solo existía él.

Su sonrisa perfecta.

—Anoche os fuisteis muy rápido.

—Tenía un compromiso.

La joven se apartó, dio dos vueltas y volvió a sus brazos. Sus movimientos seguían siendo torpes, mas ahora al menos conocía los pasos de baile.

«Ay, Layra, cuánto te debo».

—¿Y qué hay de vuestro nombre?

—¿Qué tal si mantenemos el misterio? —rezongó ella con una sonrisa seductora que cautivó a su acompañante.

—Eso no es muy justo por tu parte, ¿no crees? Lo sabes todo de mí.

Se rodearon las cinturas con un brazo y giraron sin dejar de mirarse.

—No creáis que lo sé todo sobre vos.

Phir suspiró.

—No, claro que no. Seguro que no sabéis que vuestro príncipe es un cobarde.

Esta confesión pilló a Rubí desprevenida. Se detuvo unos instantes, hasta que él volvió a cogerla sin atreverse a mirarla a los ojos.

—Príncipe Phir, no es más valiente quien menos miedo tiene, sino quien, a pesar de ello, se enfrenta a lo que más teme.

Vio un asomo de sonrisa en los labios de él y esto la reconfortó. Phir no era un cobarde. Había visto de primera mano cómo luchaba por su reino, por mucho miedo que pudiera tener a lo que estuviera por venir.

—Contadme algo de vos, por favor. Lo que sea. Necesito saber que no estoy bailando con un sueño.

—Cuando este sueño acabe, tendré que marcharme.

Ante estas palabras, Phir se pegó más a ella; tanto, que Rubí pudo sentir su aliento en la piel. Cerró los ojos, deleitándose con el contacto, deseando sentir más.

—¿Y por qué tenéis que marcharos?

Las palabras de él sonaron tristes. Rubí abrió los ojos.

—Porque si me quedo, seré vuestra perdición.

—Creo que ya es tarde para eso.

Los ojos de Phir bajaron hasta posarse en sus labios. El corazón de ella latía con tanta fuerza que, de no estar encerrado en su pecho, ya se hubiera escapado.

Detuvieron su baile. La mano de él recorrió su brazo con suavidad, recreándose con el cálido contacto, sintiendo cómo la joven se estremecía. Subió por el hombro desnudo y, durante unos segundos, se detuvo y lo miró con deseo. Rubí se mordió el labio compartiendo ese sentimiento. El gesto atrajo la atención de él, que la cogió de la barbilla y se acercó a esos labios entreabiertos que se le antojaban tan apetecibles.

Ninguno se había dado cuenta de que la música ya no sonaba. De que la oscuridad había caído sobre el reino. De que un aullido había roto la noche.

—Phir, hijo, ven conmigo. Es importante.

La reina Sadi los miraba con una mezcla de disgusto y suma preocupación. Tras ella, un camarero llevaba una bandeja con un único vaso lleno de líquido blanco.

Rubí sintió frío en cuanto el príncipe se apartó de ella. Pudo leer en sus ojos el mismo pesar que sentía ella.

Cuando se marcharon, dejándola sola en medio de todas las miradas, otro aullido provocó el caos.

Phir tuvo que marcharse sin saber quién se escondía tras la máscara del lobo. Siguió a su madre fuera del salón. En cuanto atravesaron las puertas, se desató el caos. Otro aullido y gritos. Su madre lo agarraba con fuerza del brazo, tirando de él. Cogió el vaso del camarero que los seguía y se lo dio al príncipe.

—Toma, bébetelo.

—Madre, no voy a irme a mis aposentos y fingir que no está ocurriendo nada. —Se detuvo y la miró con dureza—. Voy a salir ahí fuera y buscarlo.

Para su sorpresa, ella no puso ninguna objeción. Se limitó a tenderle el vaso y decirle:

—Lo sé, hijo. Solo quiero que esto te despeje la mente.

—Es lo que me das todas las noches para conciliar el sueño; no me va a despejar: me va a adormecer.

—No, esto es diferente. Confía en mí.

Y Phir confió.

Se lo bebió de un trago, lo dejó en la bandeja y se encaminó hacia la salida, ordenando que le llevaran su espada. Tendió la corona del heredero a uno de los sirvientes que corría en dirección contraria.

En cuanto salió junto a la multitud, todo se volvió negro.

No había habido ninguna muerte durante la noche. Y era una suerte, dada la cantidad de gente que había corrido despavorida por la calle en dirección a sus casas. Nobles habían abandonado el castillo buscando la seguridad de sus hogares.

Zoe se hallaba envuelta en una manta bebiendo té bien caliente

que había preparado Día. Había intentado colarse en el baile, pero los guardias la habían echado de mala manera por no llevar la ropa adecuada. Y luego había empezado todo.

Le dolía la cabeza, tenía ojeras y estaba pálida. Apenas podía recordar nada, salvo los aullidos y la gente correr.

Mucha confusión.

Recordaba haber pensado en algún momento que debía buscar a su hermano: tenía que advertirle.

—Tengo que irme… Si el cazador encuentra a Phir antes que yo…

—Tu hermano no corre peligro. —Topacio miraba por la ventana, como si vigilara.

—¡El cazador está aquí! Ella dice que siempre encuentra a su presa, que nunca yerra un disparo. —Señaló a la anciana.

—No he dicho que esté aquí todavía.

—¡No me importa! —Se levantó y la manta resbaló de sus hombros.

—Tu hermano es un monstruo. ¿Cómo piensas detenerlo? —inquirió el enano.

Zoe apretó la mandíbula. Desvió la mirada.

—No lo sé. Pero no voy a permitir que sea asesinado. Él no lo merece. Todo es culpa del duende y su maldición.

Se dirigió hacia la puerta, pero Topacio se interpuso en su camino.

—¿Qué haces?

—Querida, siéntate —la invitó Día—. Hay algo que debes saber.

—No tengo tiempo que perder: mi hermano me necesita. Se ha acabado esta farsa.

—Primero vas a escucharla —le dijo el enano en un tono que no aceptaba réplica.

—Te ordeno que te apartes de mi camino, enano.

Él se cruzó de brazos como respuesta.

Por un momento, la princesa pensó que podría apartarlo de un empujón. No era más que un enano: ella podía con él. Mas el hombrecito era musculoso. Los bíceps se le marcaban a través de la apretada ropa. Quizás no debería subestimarlo por su corta estatura.

Chasqueó la lengua con disgusto y obedeció, un tanto enfurruñada. Detestaba que le dieran órdenes. Ella era una princesa.

—Muy bien, ¿qué tenéis que decirme?

Día cruzó una rápida mirada con Topacio, que asintió. Retorció las manos y empezó a caminar, como si no supiera cómo empezar.

—No fue tu hermano quien sembró el terror anoche.

Zoe abrió mucho los ojos, sorprendida ante tal revelación. Luego los entrecerró y estudió a ambos.

—Sé muy bien lo que vi en el espejo de la bestia. Vi a mi hermano transformarse en monstruo.

—No digo que no sea cierto. Pero si es cierto que eso es por culpa de una maldición, ¿por qué solo él?

La joven no se había parado a pensarlo. Había aceptado el hecho de que Phir era un monstruo por las noches y que debía salvarle como fuera. ¿Por qué él? ¿Por qué no Sadi o ella misma?

—¿Porque es el heredero? —Se encogió de hombros. Era la única respuesta posible.

—Si alguien quiere destrozaros la vida, no se limitaría al único heredero.

Zoe la miró con desconfianza.

—¿Qué quieres decir?

—Que el monstruo que anoche recorrió las calles buscando saciar su sed de sangre fuiste tú, querida.

Rubí había pasado la noche entera velando el sueño de Phir. Se había mantenido en su forma de lobo para protegerlo en caso de que el monstruo osara aparecer por allí.

Cuando él la había dejado en el baile, ella había tardado en reaccionar; había ido tras él y le había visto salir y desmayarse. Le habían llevado a la habitación y desde entonces no había despertado.

La reina le había echado un vistazo antes de marcharse, al parecer, no muy preocupada por su hijo.

Rubí rezaba por que Zoe estuviera bien y no se hubiera cruzado en el camino de la criatura. ¿Por qué le había pedido ayuda a ella? ¿Qué tenía que ver el hecho de que la pastelera pudiera transformarse en lobo con ese ser despiadado que los atemorizaba por las noches?

Un bostezo alertó sus oídos. El príncipe despertaba.

Rubí dejó atrás al lobo y se puso lo único que tenía de la noche anterior: el disfraz.

—¿Eres tú?

Antes de que tuviera tiempo de pensar, ella, de espaldas al joven, se colocó la máscara y se giró. Él se levantó y se acercó con pasos lentos, como si temiese que desapareciera en cualquier momento. Rubí tragó saliva. El torso de él estaba desnudo. Estaba moreno por los largos entrenamientos al sol, era musculoso y tenía alguna que otra cicatriz que fantaseó con besar.

—Pensé que no despertarías.

Lo dijo de verdad. Había temido por él al no comprender qué le había provocado el desmayo. ¿Y si era el siguiente tras su padre?

Phir se rascó la nuca, miró la cama y luego a ella.

—No recuerdo nada.

—Te desmayaste cuando salías a buscar al monstruo. —«Y, por

cierto, en realidad soy Rubí, y llevo días haciéndome pasar por tu hermana».

Bajó la mirada. Se sentía protegida por la máscara. Con ella, Phir no podía descubrirla. Sentía que no le mentía: simplemente era la misma chica del baile, cuando habían sido él y ella sin nombres, sin pasado, sin realidad.

—¿Puedo ver quién se esconde tras el lobo?

La joven le dio la espalda. Vio a Phir en el espejo de cuerpo entero que había frente a ella.

—No te gustará descubrirlo. —Su voz empezaba ser la suya, y temió que él lo notara.

Le vio acercarse más, con cuidado, con una mirada intensa que la desarmaba. Cerró los ojos. Si seguía mirándole, se derrumbaría.

Notó las manos de él en sus hombros. Empezó a girarla con delicadeza, y ella se dejó llevar sin abrir los ojos. Sintió una dulce caricia en la parte de la mejilla que tenía descubierta y su pecho se llenó de calor. Otra mano en su cintura la empujaba con suavidad mientras continuaba la caricia. Rubí gimió y, cuando por fin se atrevió a abrir los ojos, ya era tarde. Los labios del príncipe se habían fundido con los suyos.

Primero depositaron un beso fugaz; enseguida regresaron para quedarse y saborearla. La joven volvió a gemir de placer, abrió la boca y le permitió entrar en ella, devorarla.

Las manos de la chica se atrevieron a acariciar esos bíceps que la tenían atrapada, pasaron a la espalda, que se atrevió a arañar, y provocó un gemido en él. Phir la cogió en volandas y la llevó hasta la cama. Se colocó sobre ella, mordió sus labios y se atrevió a bajar por el cuello hasta el hombro que tanto había deseado durante la noche. Rubí enredó los dedos en su pelo y sintió cómo él se endurecía en contacto con ella.

Deseaba más. Abandonarse a las sensaciones que él le estaba provocando y olvidarse de quién era. Sentirle dentro de sí, solo por aquella vez. Hasta que se acabara el sueño.

Los labios de él volvieron a subir y se detuvieron contra su boca.

—¿Y tu nombre?

Las palabras salieron de sí sin control, y desveló su verdadero nombre.

—Rubí.

Sintió cómo él sonreía contra sus propios labios. Volvía a besarla

con pasión, mas ella se apartó y miró esos ojos dorados que echaban fuego por ella.

—Caperucita Roja.

Phir iba a volver a besarla, pero se detuvo. La joven le vio fruncir el ceño, confuso. Parpadeó varias veces y, antes de que ella pudiera detenerlo, le arrebató la máscara.

—¿Qué…?

Se apartó de ella con brusquedad, sosteniendo el rostro del lobo, tratando de comprender la situación. Rubí se levantó por el otro lado de la cama.

—¿Zoe?

—Phir, ¿no me recuerdas? La amiga de tu hermana. La niña que…

Se transformó ante sus ojos.

… se convertía en lobo.

El príncipe trastabilló al tratar de alejarse más de ella con los ojos abiertos por puro terror.

—¡Guardias!

Había ordenado a los soldados que mantuvieran en secreto el encarcelamiento de Rubí. Le había costado convencerlos de que no se trataba de la princesa Zoe, sino de una impostora que se había hecho pasar por ella para hacerse con el trono.

Pasó las horas en su habitación; no bajó a comer.

No sabía cómo sentirse.

Desde el regreso de su «hermana» la había notado diferente. Tanto, que incluso habían despertado en él ciertos sentimientos que no había llegado a comprender hasta el instante en que descubrió que detrás del lobo se escondía Caperucita Roja. Se había sentido tan confundido que había llegado a pensar que no era su hermana quien había vuelto en realidad. Pero, en realidad, sí era ella…

Se sirvió agua en un vaso de cristal y bebió. Sus ojos miraron por la ventana, pensando…

Caperucita Roja. *Rubí.*

La niña que había jugado y reído con Zoe. La habían acogido y tratado como a una más de la familia.

Se sentía traicionado.

El vaso se rompió entre sus dedos y le provocó varios cortes, que el príncipe ignoró.

Amor.

Traición.

Confusión.

Eso era lo que sentía. Y no quería sentir nada de ello. Tan solo odio por esa joven que los había engañado durante tantos años. Que se había atrevido a robarle el corazón.

Se envolvió la mano en un trozo de tela anaranjado y salió en dirección a las mazmorras.

—¿Phir? ¡Phir! —La reina Sadi avanzaba en compañía de Devar.

El príncipe los ignoró y apretó el paso.

Había ordenado que encerraran a Rubí en las celdas especiales. Esas celdas que no estaban pensadas para simples humanos.

Vio un lobo de espaldas a los barrotes, con la mirada fija en la pequeña ventana enrejada. Su oreja se movió y se giró, transformándose en esa mujer que había provocado tanto en Phir en tan poco tiempo. Estaba desnuda y, aunque lo intentó, el príncipe no fue capaz de apartar la mirada. El deseo se abría paso desde sus entrañas por mucho que él luchara por enterrarlo.

Rubí se puso una túnica que le habían dado antes de encerrarla.

—¿Cómo has podido hacernos esto?

—Este engaño fue idea de tu hermana. Me mintió y me hizo ocupar su lugar. —Se cruzó de brazos tratando de mantenerse serena.

—¿Cómo has podido causar tanto daño, tantas muertes, tanto terror?

La joven abrió la boca, incrédula. Se acercó y aferró los barrotes hasta que los nudillos se le quedaron blancos.

—¿Crees que yo he provocado lo que os está pasando?

Phir se acercó a ella.

—¿Quién si no? Eres un monstruo.

Estas palabras rompieron algo en el interior de la joven, que tuvo que hacer un gran esfuerzo por contener las lágrimas.

—Nunca creíste que lo fuera.

Él desvió la mirada.

—Estaba equivocado.

—Phir, llevo ocho años en el Reino de la Rosa Escarlata.

—¡Mentira! Dejaste de responder a las cartas de mi hermana. Porque no estabas allí, estabas aquí… ¿Fue él? —La cogió por la túnica a través de los barrotes—. ¿Él te envió para destruirnos? ¿Qué te ofreció? ¿Eh? ¿Cuánto dinero es suficiente para traicionarnos así?

Rubí se echó hacia atrás y logró zafarse.

—Pensaba que eras diferente. Nunca me viste como un monstruo, e incluso me ayudaste con lo que creímos una maldición. Pero ya veo que eres como los demás. Te fías de las apariencias e ignoras lo que dice tu corazón. A no ser que tu corazón te diga que yo soy un monstruo; entonces quiere decir siempre lo has pensado. Que me mentías.

—No vayas de víctima.

—No soy una víctima, Phir. Pero tampoco soy un monstruo, por mucho que quieras creerlo. Por mucho que me quieras cargar con crímenes que yo no he cometido. Y si no me crees, no tienes más que buscar a tu hermana. Hasta entonces, no te atrevas a dirigirme la palabra.

La noche estaba cerca, podía sentirlo. En aquel ventanuco, la posición del sol siempre parecía la misma. Pero el lobo aullaba en su interior con la llegada de la oscuridad, y ella solía dejarlo salir.

Aunque estuviera encerrada, esa noche también lo liberaría. Se quitó la túnica verde y la dobló para dejarla sobre lo que en algún momento debió haber sido un camastro duro e incómodo. Ahora yacía partido en dos, oxidado.

Dejó que el lobo la poseyera y se acurrucó en una esquina, donde empezaba a crecer la sombra. El pelaje la protegería del frío.

Se sentía mal por haber mentido a Phir, pero también estaba decepcionada con él. Era cierto que llevaban años sin verse, mas ¿cómo podía pensar que ella era capaz de cometer tales atrocidades? Rubí era muchas cosas, pero no una asesina. Había llegado a pensar que Phir era diferente; que si se descubría ante él podría enfadarse, sí, pero jamás hubiera imaginado aquello.

Empezó a dejarse llevar por el sueño cuando sus oídos captaron algo. Alzó la cabeza y observó, atenta, la semioscuridad. Los pasos, todavía lejanos, se acercaban, hasta que entraron en esa ala de las mazmorras. Dos soldados, un hombre y una mujer, llevaban a alguien cogido de brazos y piernas. Tras ellos, la reina Sadi.

Rubí ni respiró siquiera. No parecían haberla visto, y eso le hizo preguntarse si sabrían que estaba allí.

Entraron en la celda de enfrente y encadenaron a quien llevaban a la pared. Luego se marcharon sin pronunciar palabra alguna.

La loba se atrevió a levantarse y echar una ojeada curiosa. ¿Quién podía ser tan peligroso para que lo encerraran allí, donde ella había aprendido a lidiar con su nuevo espíritu años atrás?

Su aguda vista captó con claridad quién estaba allí, dormido.

El príncipe Phir.

Encerrado y encadenado por su propia madre.

Estaba a punto de realizarse la pregunta, mas la respuesta no tardó en llegar. El cuerpo del chico empezó a crecer y se llenó de pelo. Rasgó la ropa. La nariz se alargó, le crecieron orejas puntiagudas.

El monstruo.

Rubí entendió, con horror, quién era el verdadero culpable de las muertes del Reino de las Quimeras.

Y comprendió por qué Zoe había recurrido a ella, por qué la había engañado para que ocupara su lugar. Debía haber pensado que Rubí podía ayudar a su hermano con esa maldición.

Sin embargo, la princesa estaba equivocada.

—No hay rastro de ella, alteza.

—¡Seguid buscando!

Tras la conversación del día anterior con Rubí, Phir estaba muy alterado.

—¿Dónde está Zoe, principito?

Al marcharse los soldados, había aparecido Devar, apoyado en el marco de la puerta. Mantenía una expresión seria. Era la primera vez que Phir le veía así.

—No es de tu incumbencia.

El príncipe hizo amago de marcharse, pero el bastardo se lo impidió extendiendo el brazo.

—La boda solo se ha retrasado. Sigue siendo mi prometida.

Phir lanzó una sonora carcajada.

—¿Ah, sí? Te recuerdo que la mano de la princesa solo se concederá a quien dé muerte al monstruo. Y tú no lo has hecho.

—Es cuestión de tiempo. Estoy muy cerca de vuestro trono, principito. Yo que vos empezaría a tratarme con el debido respeto.

El joven de ojos dorados le empujó de mala manera, ignorando la sonrisa maliciosa que esbozaba el bastardo.

Iba camino de las mazmorras cuando un sirviente le alcanzó y le detuvo.

—La reina desea veros, majestad.

—Dile que nos veremos en la comida.

—Ha dicho que es urgente. Debe veros ya en sus aposentos.

Él apretó los dientes, pero cambió el rumbo de sus pasos y fue hacia el dormitorio real. Antes de entrar tropezó con el médico que atendía al rey; habían hecho venir al mejor y, aunque llevaba años sin haber mejoría, habían mantenido la esperanza de que diera con

alguna solución.

El hombre le pidió perdón, hizo una pronunciada reverencia y se marchó veloz, sin mirar atrás. Esa actitud activó las alarmas en el muchacho, que entró sin llamar.

La reina Sadi estaba sentada junto a su esposo y cogía su mano derecha. Las lágrimas surcaban su rostro redondo.

—¿Madre?

Se acercó lo suficiente para ver el dolor en los ojos de ella. La palidez en el cuerpo del rey.

—El médico dice que su corazón late muy despacio. Es cuestión de días…, Phir.

Él se rascó la nuca, preocupado, mirando a su padre.

Se les acababa el tiempo.

Hizo un gran esfuerzo por contener las lágrimas y salió de allí tan rápido como pudo. Bajó las escaleras de tres en tres y no se detuvo hasta llegar a lo más profundo de las mazmorras.

—¿¡Cómo puedo detenerlo!? —bramó.

Ya no estaba tan convencido de que Rubí fuera el monstruo que andaba buscando. Pero si estaba allí, si era cierto que Zoe la había traído, tenía que ser porque sabía algo.

La chica se acercó con cautela.

—Phir, el monstruo eres tú.

Él se echó hacia atrás, impactado.

—No estás en condiciones de insultarme.

Ella se acercó más y Phir vio que había miedo y preocupación en sus ojos verdes.

—Tu madre te droga con la leche que te da a beber cada noche. No la bebas y baja a esa celda. —Señaló con la cabeza la mazmorra de enfrente—. Lo descubrirás por ti mismo.

Phir quiso echarse a reír ante tal estupidez. Quiso gritarle, insultarla y… besarla.

Optó por marcharse, tratando de ignorar las palabras de Rubí, pero estas martillearon su cabeza hasta bien entrada la tarde, cuando quedaba muy poco para el anochecer.

Fue a cenar aparentando normalidad. La reina no apareció; supuso que seguía junto al rey, velando cada minuto de su vida. De lo que le quedaba.

El querría hacer lo mismo, pero no podía. Debía emplear cada segundo que restaba en terminar con aquella pesadilla.

Pero no sabía cómo.

Tuvo que compartir la velada con Devar, quien había invitado a una noble y tonteaba con ella ante los ojos del príncipe. La joven llevaba tiempo tratando de impresionar a Phir con juegos de seducción, caros vestidos e invitaciones a bailes privados. Aquel debía ser nuevo: ponerle celoso.

—Príncipe, vuestra madre me ha ordenado que os dé esto.

Un sirviente colocó delante de él un vaso con leche, miel y vainilla. Phir lo levantó ante sus ojos.

—El niño de mamá que necesita un vasito de leche caliente para irse a dormir —se burló el bastardo.

Su acompañante rio, y a su risa acompañó un ataque de tos.

—Ay, Devar, creo que nuestro jueguecito nocturno me ha enfermado. —Cogió una servilleta, preparada para más tos.

—Lo siento —susurró él junto a su oreja, lo suficiente alto para que el príncipe lo oyera—, no podía permitir que te vistieras.

Más risas y más tos.

—Tomad —ofreció Phir a la chica—, lleva miel. Os sentará bien.

—¿De verdad? —Los ojos de ella se iluminaron al ver que el príncipe se preocupaba por ella—. Muchas gracias, alteza.

Se lo bebió con gusto.

—Está delicioso. Tengo que pedir a mis criados que me lo hagan cada noche.

Phir decidió que era hora de marcharse. Dejó el postre a medias, se despidió con educación de la pareja y se dirigió a la puerta. Un grito le detuvo.

—¿Qué le has hecho, escoria?

Devar sostenía a la doncella, desmayada en sus brazos.

—Esta no es la solución.

Zoe había sido encadenada por Topacio, que había tenido que improvisar la forma de retener a la princesa. Día le había dado a beber una infusión tranquilizante la noche anterior, y aunque no había llegado a dormirla, Zoe se había mantenido calmada. La transformación no había tenido lugar, pues Día la había obligado a ponerse la caperuza de Rubí, explicándole que era mágica y podía ayudarla.

Había permitido que durante el día se la quitara, pues con el calor del sol y la chimenea encendida, la princesa había empezado a sudar.

—No podemos dejar que te pasees por ahí, como comprenderás —repuso el enano con tosquedad.

—Dejadme marchar. Me iré lejos.

—Querida, el problema no se acabaría así. Pondrías en peligro a otro reino —intervino la anciana, acercándose con una nueva infusión preparada para esa noche.

—Pero no sería mi reino.

La mujer suspiró y el enano resopló.

—Vaya una egoísta.

Con un gesto, Día pidió a Topacio que se mantuviera al margen.

—Cuando el cazador terminara aquí con tu hermano, iría a por ti.

El rostro de Zoe se endureció.

—Entonces tendré que darle caza yo a él.

Rubí había llegado a dudar de que el príncipe bajara al caer la noche. Suponía que Phir no la creería: no iba a desconfiar de su propia madre. Por eso se sorprendió cuando le vio aparecer con un manojo de llaves.

—Ha sido casualidad. La leche no llevaba nada. —La joven no comprendió bien de qué hablaba—. ¡Ni siquiera sé qué hago aquí!

—Phir, si no te has tomado la leche, enciérrate, por favor.

Él golpeó los barrotes que la mantenían presa.

—¡No! ¡Ya basta de manipularme!

Sus ojos mostraban confusión. No odio, ni desconfianza.

—Tienes que hacerlo si no quieres poner a nadie de este castillo en peligro. A tu madre, a tu padre…

—¡Ja! A mi padre le queda poco de vida… —Se agachó y enterró la cabeza entre las manos—. Y yo estoy aquí perdiendo el tiempo contigo.

Rubí se mordió el labio. Se puso a su altura.

—Phir, por favor. Tienes que confiar en mí.

El chico levantó la mirada y contempló sus ojos verdes. Durante unos instantes, el tiempo se detuvo, mas enseguida desvió la mirada y se levantó. Agitó las llaves con impotencia y caminó hacia la salida, ignorando su petición. Ella apoyó la cabeza en los barrotes, sintiendo no solo el frío del hierro, sino uno más gélido que amenazaba con estrujarle el corazón.

Los pasos regresaron. En silencio, le vio entrar en la celda de enfrente y cerrar con llave. Dejó las llaves puestas, detalle que a la joven no le pareció bien, y cuando iba a decírselo, él musitó:

—Si mi hermana confió en ti…

Rubí se abstuvo de decirle que Zoe estaba equivocada con ella. Si

lo hacía, Phir abriría y se marcharía, poniendo en peligro a más gente.

Los minutos pasaron lentos, en el más absoluto de los silencios. Él no decía nada y ella no se atrevía a iniciar una conversación que estropease las cosas.

«Como si pudiesen estar peor», se dijo.

—Vaya, vaya, vaya… Esto sí que no me lo esperaba.

Intercambiaron una mirada de incredulidad y se acercaron a mirar al autor de la voz.

—¿Sabéis, principito? Esto me facilita mucho las cosas.

Devar salió de entre las sombras con una daga cuya punta afilada acariciaba con los dedos. Su mirada codiciosa se posó en la joven.

—Me pregunto qué hace mi prometida encerrada como una vulgar criminal.

—Devar, es mejor que te vayas —ordenó Rubí.

—¿O si no qué? —Veloz, se hizo con las llaves antes que Phir—. No estáis en posición de mandar.

—Devuélveme las llaves, bastardo.

Pero el apelado le ignoró y se acercó a ella.

—Es una pena. Podríamos haber sido grandes soberanos juntos. Os hubiera dado placer cada noche como semanas atrás. Hubierais gritado mi nombre, demandando más, y yo os lo habría dado. —Intentó acariciar la mejilla de Rubí. Ella se apartó a tiempo, asqueada—. Habríamos gobernado este reino maldito con mano de hierro. Ahora tendré que hacerlo solo.

—¿Y cómo piensas lograrlo, exactamente?

Phir se había cruzado de brazos y lo miraba con una sonrisa burlona.

—Bueno… Los príncipes, únicos herederos al trono, morirán trágicamente a manos del temible monstruo. —Devar volvió sobre sus pasos para acercarse al príncipe—. Me he enterado de que al rey le quedan apenas unos días de vida; horas, quizás. La reina, viéndose sola, se suicidará —la sonrisa se borró de los labios de Phir—, no sin antes dejar una nota en la que declara que yo, y solo yo, soy el nuevo heredero. El único capaz de gobernar y limpiar de una vez por todas el reino.

Rubí supo que ese «limpiar» no se refería solo a dar caza al monstruo.

—¿Te das cuenta de las sandeces que estás diciendo? —Phir se había pegado contra la pared, fuera del alcance del bastardo—.

¡Hablas de asesinar a una familia real!

—Eh, eh. He intentado hacerlo por las buenas. He sido diplomático y me he volcado en dar placer a vuestra hermanita.

La respiración del príncipe se aceleró. Devar no le dio importancia, pero Rubí sabía lo que estaba a punto de suceder. La oscuridad era total: la noche había caído. Tan solo se adivinaban las siluetas por una antorcha encendida al fondo del pasillo.

—Devar, márchate o te arrepentirás —le advirtió la joven.

Sin embargo, el bastardo soltó una risilla, abrió la celda del príncipe, que se había agachado, y le dedicó una mirada altiva.

—¿Ni siquiera vais a oponer resistencia? Qué decepción…

Alzó el brazo con la daga preparada, pero no estaba listo para lo que vio. El príncipe crecía, convirtiéndose en algo terrorífico. Sus ojos, todavía dorados, le miraron de forma salvaje. Sus fauces, sedientas de sangre.

Devar gritó.

—¡Márchate! —chilló Rubí.

El monstruo se lanzó a por él, que reaccionó a tiempo e hirió a la bestia en un brazo. Eso no lo detuvo. El ser dio un manotazo que le hizo perder el arma. Sin darle tiempo a nada, le arrancó la garganta ante los ojos de una atemorizada Rubí, que no podía más que mirar, impotente.

—¡Phir! ¡Phir, escúchame! ¡No te dejes dominar por ella!

No sabía si el príncipe estaba allí dentro, si era consciente de algo.

La bestia se dirigió a la puerta abierta de la celda, para horror de la espectadora. Le dirigió una mirada a la chica, mas apenas le prestó atención.

Desesperada, Rubí se transformó en lobo y aulló con todas sus fuerzas.

Funcionó.

El monstruo fijó sus ojos en ella y se acercó con las fauces abiertas chorreando sangre, dispuesto a saciar esa sed salvaje.

Sentía dolor. Una extraña sensación de cansancio. Un desagradable escozor en el brazo.

Abrió los ojos. ¿Por qué sentía la cama tan fría y dura? ¿Por qué notaba un sabor metálico en la boca? ¿Por qué le temblaba el cuerpo? No, no eran las preguntas acertadas. ¿Dónde estaba?

Se incorporó y fue consciente de que estaba desnudo. Por completo. Y manchado de sangre. A su lado, unos barrotes. Tras ellos, unos ojos verdes capaces de hechizarle en una milésima de segundo.

—¿Caper… Rubí? ¿Qué…? —Al mirar a su alrededor, lo vio. Un cuerpo con la garganta desgarrada.

Devar.

—Lo siento, Phir…

El príncipe relacionó los hechos sin necesidad de explicaciones.

Él era el monstruo.

Su madre lo sabía.

Su hermana lo sabía.

Él no había querido creerlo.

Se levantó con esfuerzo, caminó descalzo hasta la que anoche fuera su celda y cogió su camisa rota, que anudó como pudo a su cintura. Recogió las llaves del suelo evitando mirar el cadáver y abrió la celda de Rubí, que no se atrevió a hacer movimiento alguno.

—¿Puedes ayudarme?

La joven negó como única respuesta.

—Solo romper la maldición lo hará.

Phir bajó la cabeza. Era lo que había temido. Recordaba muy bien a Caperucita —Rubí— de niña, y no tenía nada que ver con aquello. Ella nunca había sido un monstruo.

—Vamos, tenemos que hablar con mi madre.

La joven le miró de arriba abajo, enrojeciendo. Él, al percatarse, forzó una sonrisa.

—Sí, creo que antes deberíamos darnos un buen baño, y yo, ponerme algo más de ropa.

La cogió de la mano, amplió su sonrisa, que había dejado de ser fingida, y se encaminaron al interior de palacio.

Fue complicado sortear a los sirvientes que iban y venían ocupados en sus quehaceres diarios. Al llegar al dormitorio de ella, escucharon unos pasos y Phir se metió con ella en la habitación, la espalda apoyada en la puerta, atento a los pasos, que ya se alejaban. Miró su mano, todavía unida a la de la joven, y se dio cuenta de lo cerca que estaba de él. Lo sucedido dos noches atrás invadió su mente y, por un momento, se olvidó de todo y deseó repetir. Tiró de ella para eliminar el poco espacio que quedaba entre ellos. Con dos dedos le alzó la barbilla para obligarla a mirarle. Estaba tan roja que hacía honor a su nombre. Le pareció demasiado adorable.

—Todo tiene ahora tanto sentido…

Rozó los labios de Rubí, pero ella no esperó y se lanzó a los suyos, hambrienta.

—¿Princesa?

Layra.

Phir, en una demostración de velocidad y agilidad, se deslizó bajo la cama mientras la doncella entraba tras empujar por segunda vez la puerta, pues la primera algo le había impedido abrirla.

—¿Estáis bien? ¿Qué pintas son esas?

Desde su posición, el príncipe percibió el disgusto de la doncella.

«Las de una loba», respondió él con una sonrisa.

Esperó a que se marcharan a la habitación contigua para el baño de la falsa princesa. Él salió, sigiloso, y se dirigió a su dormitorio. Delante de Aden, el sirviente que se encargaba en exclusiva de su bienestar, fingió haber pasado la noche con una mujer, para excusar así no solo haber pasado la noche fuera, sino las pintas que traía. Sin embargo, por la mirada del criado, supo que no le había convencido, y no era para menos: su piel estaba manchada de algo que bien podía ser sangre.

«En realidad, lo es».

Aden siempre había sido discreto, y confiaba en que así continuara.

Mientras le preparaba el baño, miró la posición del sol. Pasaba del

mediodía. Suspiró. Siempre que no había bebido la leche había dormido hasta bien entrado el día… Ahora sabía por qué: en realidad no había dormido en toda la noche.

Estuvo a punto de dejarse llevar por la culpa, por todas las atrocidades que había cometido. Descubrirlo era un duro golpe.

Él era el culpable de todo: del sufrimiento de su reino, de tantas muertes de inocentes…

—El baño está listo, príncipe.

El joven de ojos dorados se sumergió en las perfumadas y cálidas aguas y frotó, queriendo quitar de su piel no solo la sangre, sino los crímenes.

Mandó llamar a su madre a la sala de consejeros. Allí solo estaban él y Rubí, que permanecía sentada con las manos entrelazadas en el regazo. Él paseaba con impaciencia, esperando a la reina. Le había dicho al soldado que no aceptara un no por respuesta.

La puerta se abrió.

—Espero que sea lo suficientemente importante como para apartarme de tu padre, Phir.

Miró a su hijo y a Rubí. Arrugó el ceño con disgusto al verla con pantalones, camisa y corsé.

—¿Desde cuándo sabes que soy el monstruo, madre?

Sadi abrió mucho los ojos, cerró tras de sí y escrutó al príncipe.

—Desde la muerte de esa guerrera. Uno de los criados me dijo que una noche había visto salir a esa cosa de tu habitación, y que cuando entró, tú no estabas. No fue difícil de relacionar cuando Zoe afirmó que te vio esa noche en que su amante murió.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—¿Qué hubieras hecho?

—Huir. Poneros a todos a salvo —replicó sin dudar.

La reina rio con amargura y tomó asiento.

—Eso no hubiera servido de nada. Lo mejor era controlarlo. Te drogaba cada noche y, aquellas en las que había luna llena, te encerraba en las mazmorras: el somnífero no era suficiente en esas noches.

Phir dio un puñetazo en la pared, exasperado. Respiró hondo y, entonces, se le ocurrió algo.

—No puede ser. Tiene que haber algo más.

—¿A qué te refieres, hijo?

Ambas le miraban intrigadas. Él se acercó a la mesa y apoyó las

manos en ella.

—Algunas de las noches que sí tomé ese mejunje también hubo muertes. ¿Era efectivo de verdad?

—Lo era —afirmó con seguridad.

Phir miró a Rubí y lo comprendieron al instante.

—Zoe… —dijeron al unísono.

—Tiene sentido —intervino Rubí—. ¿Por qué la maldición iba a limitarse solo a ti?

—Porque es el heredero —respondió la reina sin comprender la escena.

Él se le acercó y se sentó frente a ella.

—¿Nunca sospechaste que Zoe también padeciera la maldición?

Sadi frunció el ceño, confusa. Miró con brevedad a la joven y volvió a mirar a su hijo.

—Tú eres el heredero al trono —repitió, obstinada—. Ese ser quería dejar al reino sin rey y sin heredero.

—Y sin heredera. —Resopló, exasperado—. ¿Entonces por qué le dabas también leche? ¿La drogabas?

—No. No dormía bien. Y de pequeños os ayudaba a descansar. Solo quería cuidar de mi pequeña.

Phir dio un golpe en la mesa, sobresaltando a la reina.

—¿Cómo no lo he visto? —Se levantó—. Por eso a veces las muertes eran dentro de las casas. El monstruo debe poseernos incluso sin cambiar de forma: por eso la gente confiaba. Nos veía a nosotros y no vivía para contarlo… —Se frotó el pelo, nervioso—. ¿Cómo he estado tan ciego si lo tenía ante mis narices? Zoe no me vio a mí esa noche, porque sí me había tomado la leche: se vio a sí misma. Como yo esta noche; he podido verlo todo… Ha sido como una… pesadilla.

Como las pesadillas que los acosaban a ambos desde el inicio de la enfermedad del rey.

—¿Qué pasará cuando la vida de padre…? —No se atrevió a terminar la frase.

La reina cogió aire y lo expulsó antes de responder.

—El duende dijo que la maldición se haría definitiva: no habría ya forma de romperla. La deuda quedaría saldada.

Eso suponía dos cosas.

La primera, pensó Phir con horror mirándose las manos: que tanto él como Zoe quedarían convertidos en monstruos para siempre.

La segunda: que el reino dejaría de ser una prisión y ellos podrían

aterrorizar a otros.

—Tenemos que encontrar a Zoe cuanto antes—determinó mirando a Rubí.

La joven asintió y se levantó.

—¿Qué? ¿Qué estás diciendo? Ella es Zoe.

Sadi se levantó también, interponiéndose entre ellos y la salida.

—Madre, ella es Rubí. O como tú la recordarás: Caperucita Roja.

Los ojos de la mujer se abrieron con comprensión. Apretó los labios y, tras unos instantes que se les antojaron eternos, dijo:

—Encontradla.

Luego se marchó con un portazo. Rubí iba a ir tras ella, pero Phir la detuvo.

—Necesito pedirte perdón por… por todo. Por haberte llamado monstruo. Por haberte encerrado como a una alimaña.

Ella le sonrió con dulzura.

—Hiciste lo que creías correcto, Phir. Eso te honra.

El joven se recostó sobre la mesa.

—Ahora todo tiene sentido… Todo este tiempo has sido tú. —La miró con intensidad—. Me sentía extraño en tu presencia. Sentía que no eras mi hermana; sentía una conexión contigo que me era familiar, pero mis ojos me decían que eras Zoe.

—Alguien me dijo una vez que el órgano más sabio es el corazón, que es capaz de hacernos sentir lo que deseamos de verdad, mientras que los ojos nos muestran lo que creen que es real y nuestro cerebro busca la lógica a todo. El corazón nos marca el camino que anhelamos, pero no siempre somos capaces de verlo. A veces las personas que nos rodean nos dicen que no es lo correcto. A veces las circunstancias nos obligan a escoger el camino que nos impide ser felices. Por los demás.

Sonrió con melancolía. Eran palabras de su abuela. ¡Cuánta razón tenía! Ella siempre había escogido el camino correcto, no el deseado.

Phir extendió la mano y la invitó a acercarse. Rubí se dejó rodear por sus brazos.

—Unas palabras muy sabias. Cuando todo esto acabe, tendremos que aplicarlas —prometió con la esperanza brillando en sus ojos.

Y Rubí tomó esa ilusión y la depositó sobre la estela de la estrella fugaz que no veía, pero que sentía que cruzaba el firmamento.

Se separaron para abarcar más terreno. Habían quedado en reunirse a las afueras de la ciudad con la caída del sol. Para Rubí fue bastante complicado: tuvo que recogerse el pelo tras una capucha marrón para no ser reconocida como la princesa y poder preguntar por ella sin extrañar a nadie.

Ninguna de las personas a las que preguntó pudo darle una respuesta clara, y Rubí sospechaba que quienes decían haberla visto solo mentían para hacerse los interesantes.

El sol descendía. Resignada, se encaminó hacia las afueras. Cada vez había menos gente, que ya corría a refugiarse en sus casas. Se atrevió a quitarse la caperuza y liberar sus bucles. No le gustaba nada recogerse el pelo.

Algo rodeó sus piernas y le hizo perder el equilibrio. Se dio de bruces contra el suelo y se cortó las manos. Giró y se sentó como pudo; sopló las palmas para calmar el escozor.

Un enano se acercaba a ella, apuntándola con un arma de madera que parecía ser la causante de su caída.

—¿Se puede saber qué haces?

—Llevarte de vuelta para que no hagas algo de lo que te puedas arrepentir.

—¿Y qué se supone que voy a hacer?

El hombrecillo llegó hasta ella y se agachó para mirarla a la altura de los ojos.

—¿Dar caza al cazador?

Rubí iba a responderle de mala manera hasta que fue consciente de lo que acababa de escuchar.

—¿El cazador? —Miró alrededor y se inclinó hacia delante—. ¿Está aquí?

—Mira, a mí me da igual lo que hagas. —Empezó a desatarla—. Lo hago por Día.

—¿Día? —Rubí cogió el cuello del chaleco del enano y le acercó a sí—. ¿Te refieres a una anciana de pelo negro y blanco?

—¿A qué estás jugando? —Se zafó de ella.

—¡Rubí! ¿Estás bien?

Ambos miraron al príncipe, que corría hacia ellos desenfundando la espada que colgaba de su cinto.

El enano se giró hacia él y la joven vio que llevaba su capa colgada de la mochila. Se la arrebató.

—¿De dónde la has sacado?

—¿Te estás quedando conmigo, niña?

—Zoe —dijo Phir, que intercambió una mirada de comprensión con la muchacha.

Rubí se agachó de nuevo.

—Perdona —se disculpó, para sorpresa del hombrecillo—. Yo no soy Zoe: soy Rubí. Nos parecemos bastante… Él es Phir, su hermano: el príncipe. La estamos buscando. Es muy importante que la encontremos cuanto antes —terminó mirando al cielo, ya oscuro.

—Ah, sí. —Se relajó—. Soy Topacio. Vengo del Reino de la Manzana de Plata; me enviaron las reinas para ayudar a tu amiga Día a encontrarte a ti, precisamente, antes de que lo hiciera el cazador. Creíamos que había venido aquí para darte muerte, pero creemos que en realidad a quien va a cazar es a Zoe. Ella… —Se cortó.

—Lo sabemos —intervino el príncipe, acercándose—. ¿Dónde está?

—Hace horas que la buscamos. Logró escapar de los grilletes. Dijo que encontraría al cazador y lo aniquilaría antes de que él os matara a vosotros. —Señaló a Phir con la cabeza—. Día también anda buscándola. Pensaba que eras ella, lo siento. —Se dirigió a la joven.

—El cazador… —Rubí se levantó—. Lo conozco. Me salvó la vida. Es implacable: nunca falla; nunca deja un trabajo sin terminar.

—Tenemos que darnos prisa.

—Espera, Phir. Es mejor que te pongas esto.

Rubí le tendió su capa. Él no captó su intención, y ya iba a negarse cuando comprendió de golpe. Con ella puesta, Rubí era capaz de controlar al lobo, e incluso de no transformarse. Quizás con él funcionara.

—Por la ciudad no están. ¿Tienes alguna idea?

Topacio iba a responder cuando escucharon un aullido lastimero y se apresuraron a seguir la dirección del sonido. Se adentraron en la oscura pradera hasta llegar al bosque. Las tres lunas iluminaban la escena que se encontraron.

Un hombre estaba arrodillado con la mirada fija frente así. Apenas podían ver qué miraba, pero Rubí lo supo: su corazón le decía que se trataba de la anciana. Corrió con el corazón en un puño, logrando discernir con cada paso la cruda verdad. Esperaba que las sombras estuvieran jugando con ella y le estuvieran mostrando una realidad imposible. Pero no.

Se arrodilló, llorando.

—No, no, Día… —La abrazó con fuerza—. Tú también no… —Gritó implorando a las estrellas.

Todavía estaba caliente, mas la anciana no reaccionaba. Se había ido. La había dejado. Como sus padres, como su abuela. ¿Por qué ella también? ¿Era lo que merecía? ¿Estar sola en el mundo?

Una mano se posó sobre la de Día. Estaba más fría y pálida. Allí, a su lado, estaba Zoe. Phir la sostenía entre sus brazos como Rubí a Día. La princesa respiraba con dificultad. Estaba desnuda, y Topacio se acercó y tendió su capa sobre el cuerpo, cada vez más pálido. Una flecha le había atravesado la tripa.

—Ella me salvó… —Tosió sangre.

—Zoe…

Los ojos del príncipe se inundaron de lágrimas.

—Y yo quise salvarte a ti… Perdóname…

Rubí no tuvo problemas para adivinar que el cazador había disparado contra Zoe y Día se habría interpuesto entre ambos, lo que le había costado la vida. La abrazó con fuerza y cogió la mano de la princesa.

—Tenía que haber sido yo… —sollozó.

—No… —Tos. Sangre—. Tú nunca… has sido… un… monstruo.

—Zoe, no hables. Aguanta. Vamos a curarte —dijo Phir envolviéndola bien.

—Ya es tarde… Padre me espera…

Los ojos de la princesa brillaron mirando hacia delante, hacia un lugar vacío y oscuro.

—No, no es tarde. Vas a curarte y seguir disfrutando de… —La voz del príncipe se quebró al verla cerrar los ojos.

—Vive… Phir…, vive como… tú quieras… vivir.

El corazón de Zoe dejó de latir, y la mano que aferraba a Rubí cayó inerte a la hierba.

El llanto del príncipe inundó la noche, acompañado de los suaves sollozos de Rubí. Ambos estaban rotos por dentro. Ninguno se atrevía a moverse, como si ello pudiera devolverles la vida a aquellas que se habían ido.

Unas campanas lejanas tañeron una melodía triste, notas oscuras que anunciaban la muerte.

Por un momento, Phir pensó que sonaban en honor a su hermana, anunciando que la princesa ya no caminaba entre los vivos.

Frunció el ceño, extrañado. Nadie sabía que Zoe había muerto. En ese bosque solo estaban Caperucita y él, y todo el mundo creía que Rubí era la princesa…

Entonces cayó en la cuenta de lo que en realidad significaban: el rey había muerto.

Y si el rey había muerto, él…

Sintió la mirada de Caperucita y la miró con horror, sus ojos cargados de angustia y temor.

—Phir…

El príncipe miró sus manos. Estas cambiaban: crecían y se llenaban de pelo.

La capa de Caperucita ya no podía hacer nada.

Se alejó de su hermana y de Rubí; tropezó y cayó.

Lo último que sus ojos humanos vieron fue al cazador levantándose y preparando otra flecha mortal.

—No arrebatarás más vidas.

Rubí estaba entre Phir, prácticamente transformado, y el cazador, que la apuntaba.

—Apártate si no quieres acabar como tu amiga. No me gusta arrebatar vidas inocentes, pero si tengo que hacerlo por salvar miles de ellas, que así sea.

La licántropa dio un paso hacia él, dándole a entender que no pensaba apartarse.

—Esto no es lo que la reina querría, cazador.

—Ya no sirvo a la reina, enano.

—Todavía te importa; eso debería bastarte.

El hombre suspiró con hastío. Las palabras de Topacio lograron que bajara el arma unos centímetros, planteándose qué hacer. Le bastó el rugido del monstruo para tomar una decisión. Volvió a alzar su arco de madera blanca y filigranas de oro negro. Un arco que, disparado por él, jamás erraba.

—Yo puedo calmarlo —pidió Rubí, implorante.

—Calmarlo no basta.

—Puedo alejarlo de aquí hasta que encontremos una solución.

—No hay solución posible. Apártate.

—¿Serías capaz de arrebatar la vida que una vez salvaste?

El cazador arrugó el entrecejo. Ante sus ojos, la joven se transformó en lobo, desconcertándolo.

Entonces lo recordó.

El lobo.

El príncipe.

La niña mordida por el lobo.

Era la niña de la cueva. Cuando la salvó ya sabía lo que le pasaría;

sabía cuál sería su nueva condición. Pero también sabía que merecía una oportunidad, pues los licántropos podían llegar a controlar al lobo y convivir con él.

No se había equivocado con ella.

Pero el príncipe no era el mismo caso. Era un monstruo al que había que ejecutar.

Rubí se giró y llamó la atención de la bestia antes de que esta se fijara en el hombre y el enano.

Phir, sé que estás ahí dentro de alguna forma. Escucha mi voz…

El monstruo rugió.

El lobo aulló.

La noche que él había asesinado a Devar, Rubí había logrado calmarlo. Al ser en parte lobo, no llegaba a verla como una amenaza. Pero aquella noche estaban solos en las mazmorras. Ahora había sangre fresca a apenas unos metros. Y si ella podía olerla, él también.

No os mováis. Me lo llevaré de aquí.

El cazador no estaba por la labor de obedecer. Disparó. El agudo oído de Rubí fue capaz de adivinar la trayectoria y, de un salto, interceptó la flecha con sus dientes.

Al mirar al hombre lo vio enzarzado en una pelea con el enano, al que agradeció en silencio su ayuda. El movimiento de ambos llamó la atención del monstruo, que gruñó y se preparó para el ataque. Rubí aulló con todas sus fuerzas y se movió hacia un lado. La bestia siguió con la mirada sus pasos, hasta que enano y cazador quedaron a su espalda. La loba correteó y saltó. Él se acercó, cabeza ladeada.

Lo estaba consiguiendo.

—El amor verdadero es la magia más poderosa, capaz de romper cualquier maldición.

La voz de Día resonó en su cabeza. ¿Amor verdadero? Miró al monstruo sin dejar de provocarle para que la siguiera. ¿Lo que ella sentía por Phir era comparable a lo que Aneris había sentido por Adrien? Para ella, sin duda. Phir había supuesto una luz en sus tinieblas, y aunque estas habían empezado a disiparse cuando había apagado el odio que la había consumido durante años, el sol había salido cuando se había reencontrado con él.

—Busca en tu interior y hallarás la respuesta.

No. Esa voz no estaba en su cabeza. Día estaba despierta, con Zoe entre sus brazos y mirada débil fija en los animales.

¿Día? ¿Cómo es…?

El monstruo rugió y su atención volvió a los dos hombres. Topacio había inmovilizado al cazador.

Rubí aulló. El príncipe se relamía dirigiéndose hacia ellos.

La loba actuó rápido y se lanzó a morderle una pata.

El monstruo chilló de dolor y la miró con furia.

—Querida, si fuera tan fácil matar a un hada, ya nos habríamos extinguido.

La sonrisa de su amiga fue suficiente para dar esperanzas a Rubí, que echó a correr perseguida por el monstruo.

Sed de sangre…

Rabia…

Odio…

Una presa tierna que prometía ser apetitosa.

Le gustaba perseguir a sus presas. Era más placentero atraparlas y saborear su sangre como premio.

Si ese pequeño animal pensaba que lograría escapar, estaba muy equivocado.

Rubí corría entre los árboles. Cada vez sentía más cerca al monstruo; sus pisadas resonaban como una siniestra melodía que marcaba una cuenta atrás. Hacia el final de su vida.

Atacarle quizás había sido un error, porque ahora la veía como algo que saciaría también su sed. Pero había sido la única forma de llevarlo consigo.

Mientras huía le daba vueltas a las palabras de Día. Pero ¿qué podía hacer ella para romper la maldición? Aneris y Adrien se habían besado, sellando así ese amor verdadero. Miró hacia atrás y rio al pensar en besar al monstruo.

Aulló, desesperada.

¿Cuánto podría aguantar así?

¿Quién se cansaría antes de la persecución?

La respuesta la tenía clara: ella.

Veía en el monstruo una fortaleza muy superior a la suya.

¿Y si se rendía y terminaba de una vez con todo?

Los besos y las caricias de Phir acudieron a sus recuerdos.

No. No podía rendirse.

Por Zoe.

Por él.

Por ella misma.

Al llegar a un claro, se detuvo en seco. Allí había varios lobos mirándola fijamente. En cuanto el monstruo apareció tras ella dispuesto a darle un zarpazo mortal, uno de los lobos se lanzó a por él.

La estaban ayudando.

Mientras lo entretenían, la loba pensó una y otra vez en cómo ayudar a Phir. Cómo demostrarle que le amaba y así romper la

maldición.

¡Te quiero, Phir! Lucha contra ello, y huyamos juntos.

Se sintió estúpida, pero mantuvo la esperanza de que aquello funcionara.

El monstruo seguía atacando, hiriendo a sus congéneres.

La joven loba lloró, impotente. No daría con la solución de repente, y mucho menos presenciando aquella escena.

Uno de los animales cayó muerto.

Invadida por la desesperación, la angustia y la tristeza, Rubí sorteó a sus compañeros y se lanzó al cuello del monstruo. Le clavó los dientes con furia.

Tenía que terminar con aquello, tal y como el cazador había dicho.

Lo siento, Phir.

Sangre, quería sangre.

Haría cualquier cosa por ti. Ocuparía tu lugar. Te daría mi humanidad. Lo que fuera…

Necesitaba saciar su sed.

Te quiero.

Se desembarazó de las fauces que habían aprisionado su cuello. Estampó a la loba contra un árbol y se acercó.

Phir…

Alzó su zarpa dispuesto a…

¿Qué era eso? ¿Dónde estaban sus afiladas uñas? Miró la otra. Allí tampoco había. Eran dos manos humanas, inofensivas.

Ya no tenía sed de sangre.

No… Solo quería descansar…

Se sentó ante la atenta mirada de la loba. Los demás los rodeaban, preparados para atacar de nuevo.

Pero Phir ya no quería seguir con aquello. Phir…

—¿Caperucita?

Era su voz.

Había recuperado su cuerpo.

Era él de nuevo.

¿Phir? ¿Cómo lo has conseguido?

Él se miró las manos temblorosas.

—Yo no… —La vio herida—. ¿Estás bien?

La loba sonrió.

No es nada.

Mas esta respuesta no fue suficiente.

—¿He sido yo?

Ha sido el monstruo.

Phir se rascó la nuca, culpable. El monstruo era él.

Miró alrededor. No recordaba haber llegado hasta allí. No sabía por qué estaban rodeados de lobos que enseñaban los dientes.

No te harán daño.

Con un leve aullido de agradecimiento por parte de Rubí, los demás animales los dejaron solos.

Phir se rodeó los brazos, sintiendo el frío penetrar su piel. Los recuerdos le golpearon con furia.

Zoe.

Su padre.

El reino entero.

Se hubiera o no roto la maldición, no podía regresar.

Phir.

La voz de Rubí en su cabeza sonó asustada. La miró.

Phir, no puedo… No puedo transformarme.

—¿Qué?

La loba cerró los ojos con fuerza. Él esperaba que sucediera algo, pero no. Siguió siendo un animal.

—¿Alguna vez te ha pasado?

Ella sacudió la cabeza y miró sus patas. Entonces la volvió a levantar con una mirada de entendimiento.

Mi humanidad… Esa ha sido la prueba de amor verdadero.

—¿Qué?

Día me ha dicho que solo el amor verdadero puede romper una maldición. He sacrificado mi humanidad para dártela a ti.

Phir acarició el pelaje de Rubí. La miró con cariño y con un deseo muy intenso de abrazarla y besarla.

—Caperucita, no tenías que haber hecho eso. Ahora serás una loba para siempre.

Por ti haría lo que fuera. Y lo volvería a hacer.

El joven la abrazó con lágrimas en los ojos.

—Encontraremos la forma de devolverte tu humanidad —prometió—. Estaré a tu lado siempre, Rubí. Yo… —la miró a los ojos— te quiero.

Y Rubí le creyó.

La loba miró al joven que ya no era príncipe. Él tenía los ojos fijos en lo que dejaban atrás: la ciudad que había sido su hogar.

Tras el funeral del rey y varios días de luto, la reina había renunciado a la corona y se había ido a vivir lejos, con una prima. Phir había prometido visitarla.

El pueblo eligió un nuevo rey de entre los consejeros, un hombre sabio que llevaría el reino con rectitud.

Y él se había marchado a escondidas. Tenía mucho por lo que pagar y, aunque su pueblo lo ignorara, dentro de sí habitaba la culpabilidad por los crímenes cometidos. Día había tratado de convencerle de que no era culpa suya, que había sido víctima del duende, como tantos otros. Pero él sostenía que, si se hubiera ido con el duende años atrás, en lugar de esconderse tras el brazo de su padre permitiendo que incumpliera el trato, nada de aquello habría sucedido.

Los cuatro viajarían juntos por el método tradicional: a pie.

Topacio volvería al Reino de la Manzana de Plata.

Día iría a donde la llevara el viento.

Phir miró a Rubí. Ellos buscarían cómo devolverla a la normalidad . Habían decidido que su primer destino fuera el Bosque de las Hadas, pero la anciana ya les había dejado claro que sería en vano. Ellas no podían ayudarlos. Sin embargo, querían intentarlo de todos modos.

¿Estás preparado?

Él se agachó para ponerse a su altura y la miró con el mayor de los cariños.

—Ya no dejo nada atrás. Los buenos recuerdos vendrán conmigo. Los malos se quedarán aquí enterrados. ¿Qué me dices de ti?

Tampoco dejo nada atrás. Mi vida está a tu lado.

Se sonrieron.

Estaban convencidos de que hallarían una solución. Día les había dado esperanzas. Si toda maldición se podía romper, ¿qué no podrían hacer por Rubí, que no padecía ninguna?

La magia tenía sus límites, pero era capaz de arreglar cualquier cosa.

¿Verdad?

Fin.

¿Fin?

«No puede quedar así la historia de Rubí. Convertida en lobo…».

Tranquilo, lector. Es posible que podamos ver un final en esta historia, pero no será en esta entrega. Rubí y Phir viajarán juntos a lo largo y ancho de todos los reinos: quizás en alguno logren hallar una solución y vivir felices y comer perdices.

Día nos tiene intrigados. Hasta ahora ha aparecido en cada una de estas historias, ha ayudado a cada protagonista en mayor o menor medida. ¿Cuándo llegará su historia? Pronto… Pronto Día será la protagonista.

Aneris y Adrien viven felices en el Reino de la Rosa Escarlata.

Bella y Blancanieves, en el Reino de la Manzana de Plata.

¿Quiénes son? Ah, para ello deberás adentrarte en *La maldición de los reinos* y en *El espíritu del espejo*.

Y, de nuevo, parece que Rumpelstiltskin ha vuelto a salirse con la suya. Al menos un poquito.

Ahora, lector, te pregunto: ¿ya crees en la magia? ¿O necesitas viajar a algún otro reino para responder a todas tus preguntas?

No sueltes mi mano y es posible que viajemos de nuevo por otro reino; por otra historia llena de magia.

Sí, habéis leído bien la historia, no tenéis que volver atrás. No solo he cruzado dos cuentos en esta entrega, con pinceladas de otros, sino que han sido un total de cuatro. ¡Cuatro! ¿Cuatro? ¡Sí!

En primer lugar tenemos el mito del rey Midas, aquel rey que convertía en oro todo lo que tocaba. Necesitaba trama para esa primera parte, para cuando se viaja al reino de Phir y Zoe. Me puse a pensar y… ¡pum! Salió de la nada. Y menos mal… al final me ha permitido enlazar las historias de los personajes.

¿Te has fijado en la ilustración de la primera parte? Quizás te haya resultado confusa: es la estatua de oro de la reina con la caperuza de Rubí.

Obviamente tenemos la historia de *Caperucita Roja,* que desobedece a su madre y se interna en el bosque. Allí conoce al lobo y al príncipe Adrien (esto, además, lo habréis visto en los dos libros anteriores de la serie, si los habéis leído). Incluso tenemos la figura del cazador. Pero he toqueteado un poco el final (es que no me puedo contener, caray).

La segunda parte está enfocada a lo que sucede en *La maldición de los reinos*, por lo que aquí tenemos parte de *La Sirenita* y parte de *La Bella y la Bestia* (entonces serían cinco cuentos, no cuatro, esas mates…). Pero todo esto desde el punto de vista de Rubí, por supuesto. Si no has leído este libro de la serie, es normal que te hayas perdido un poco: te recomiendo leerlo para encontrarte. Si lo has leído, espero que haya sido enriquecedor vivir la parte de Rubí.

Y en último lugar tenemos el cuento de *El príncipe y el mendigo.* ¿Lo conoces? Sí, ese en el que un príncipe y un mendigo se parecen tanto que intercambian sus puestos. Pero el mendigo va a ser coronado… He preferido modificar un poco esto: en lugar de ser

coronada, aquí nuestra falsa princesa, además, iba a casarse con un pedorro (y es que Devar es un pedorro de cuidado).

Espero que, a los que erais fans de Rubí, os haya gustado la historia. He intentado ser fiel al personaje en todo momento, mostrar sus miedos e inquietudes, por qué actúa como lo hace. Y cómo poco a poco vuelve a recuperar parte de lo que era de niña.

Habréis visto que, salvo los personajes ya conocidos, he intentado no meter demasiados de otros cuentos como suelo hacer. Al verme limitada por la aparición de Rubí en el primer libro, me he dado cuenta de lo complejo que es escribir sobre algo ya escrito por el tema coherencia. Da muchos quebraderos de cabeza. Y, repito: espero que hayáis quedado satisfechos con la historia, a pesar de las dificultades que me he encontrado y de dejar numerosas explicaciones a «la magia».

Y, bueno, habréis visto que me he vuelto un poco más oscurilla. Muertes, sangre, final agridulce… ¡y alguna escena subida de tono! —cosa rara en mí—. Espero que este nuevo tono que voy añadiendo a esta serie os guste también.

Gracias por dar una oportunidad a *Reinos Malditos.*

Debo confesaros que no sé por dónde empezar. Ahora mismo tengo tantísimo que agradecer y a tantas personas…

A quienes primero voy a agradecer (y es que os lo habéis ganado) es a mis lectores. Sí, a ti que estás leyendo ahora mismo estas líneas. A lo mejor ni siquiera me conoces y te preguntarás, ¿por qué? Muy sencillo: sin ti, este *retelling* no hubiera tenido lugar. En serio. Yo solo tenía pensado escribir uno, ¡uno! Pero si sigues leyendo estas historias es porque te gustan, porque quieres más.

Como el anterior, esta historia me ha dado mucho trabajo, ¡más incluso! Si has leído *La maldición de los reinos*, ya imaginarás por qué.

Gracias a mis lectores cero, que esta vez han sido un muy buen equipo: Janet (@readmakesmehappy), Cristina (@martinarumas), Laura (@entrelibrosdetinta), Francisco (@f.j_rosell), Carolina (@carolflorensa.escritora), Tamara (@kingdom.stabooks), Natalia (@floresandbooks) y Lorena (@roteerbooks), a quien además quiero agradecer los maravillosos detallitos que me ha preparado para esta historia.

A mi prima Ana Paula (@hadadeincognito), como siempre, que con cada nueva portada se supera, y que sabe captar siempre lo que veo en mi cabeza. Además del nuevo mapa que hacía mucha falta en esta entrega. ¿Qué haría sin ti? Esta serie también es tuya.

A Ana (@escuderoportal). Como ya dije en el anterior, esta correctora no se me escapa :D Va a estar conmigo y con mis maravilosos «negó con la cabeza» durante mucho tiempo (pobrecita, la paciencia que tiene conmigo).

No puede faltar Ignacio, ahora mi marido, quien siempre me apoya en todos mis proyectos, quien hace que mi vida tenga sentido cuando yo no se lo veo. Te quiero un montón.

Y por supuesto a mi familia, que me están apoyando mucho también, y respaldan mi sueño como escritora. Sin mi hermana Marien no hubiera descubierto algunos de los mejores libros que he leído.

Gracias. Gracias. Gracias.